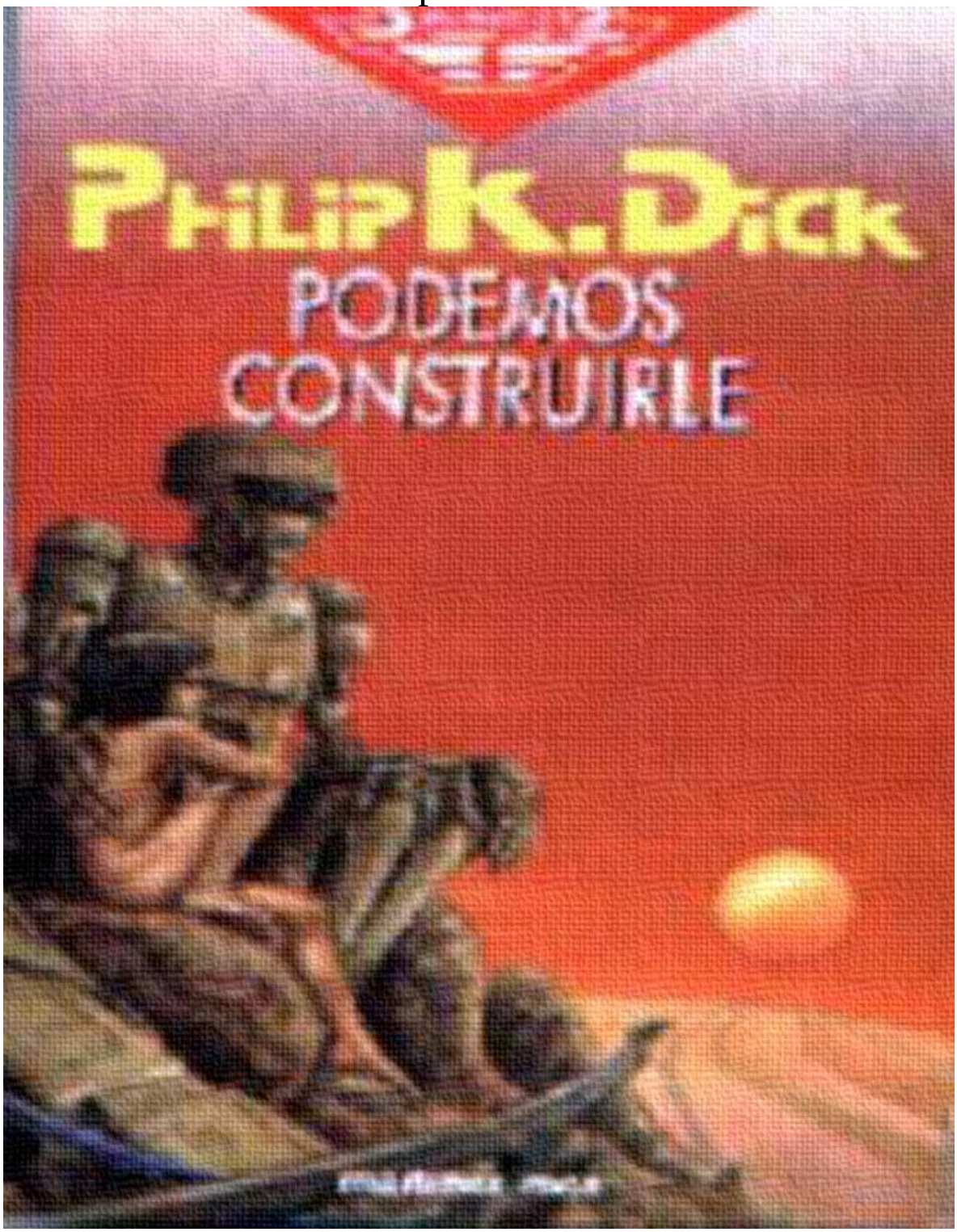
PODEMOS CONSTRUIRLE

Philip K. Dick



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

A Robert y Ginny Heinlein, cuya amabilidad hacia nosotros significó más de lo que pueden expresar las palabras.

1

Nuestra técnica de ventas se perfeccionó a principios de los años setenta. Primero poníamos un anuncio en cualquier periódico local, en la sección de clasificados.

> *Espineta y Órgano Electrónico, reventa, en perfecto estado. SACRIFICIO. Se precisa dinero en efectivo o buen crédito en esta zona para hacerse cargo de los pagos antes de regresar a Oregón. Contactar con la Compañía de Pianos Frauenzimmer, señor Rock, Encargado de Créditos, Ontario, Ore.*

Hemos publicado este anuncio durante años en los periódicos de una ciudad a otra, por los Estados occidentales y en el interior de Colorado. Toda la acción se desarrolla siguiendo una base científica y sistemática; usamos mapas y nos movemos de forma que ninguna ciudad queda al margen. Estamos constantemente en la carretera con nuestros cuatro camiones de turbina, un hombre en cada camión.

Así que publicamos el anuncio, digamos en el *Independiente de San Rafael*, y pronto empiezan a llegar cartas a nuestra oficina en Ontario, Oregón, donde mi socio Maury Rock se encarga de ellas. Clasifica las cartas y hace listas, y cuando tiene suficientes contactos en un área determinada, digamos alrededor de San Rafael, manda un cable al camión. Supongamos que Fred está ahí abajo, en Condado de Marin. Cuando recibe el cable, saca su propio mapa y confecciona una lista de llamadas en una secuencia apropiada. Y entonces busca un teléfono y llama al primer cliente potencial.

Mientras tanto, Maury ha mandado una carta de respuesta a cada persona que ha contestado al anuncio.

> *Querido Señor Tal y Cual:*
> *Nos alegramos de recibir respuesta suya a nuestro anuncio en el* Independiente de San Rafael. *El encargado de este asunto lleva fuera unos cuantos días y por eso hemos decidido mandarle su nombre y dirección con la petición de que contacte con usted y le proporcione todos los detalles.*

La carta sigue rodando pero ha hecho un buen trabajo para la compañía durante años. Sin embargo, últimamente, las ventas de Órganos Electrónicos han descendido. Por ejemplo, en la zona de Vallejo vendimos cuarenta Espinetas no hace mucho, y ni un sólo Órgano.

Ahora bien, este enorme balance a favor de la Espineta en detrimento del Órgano Electrónico, en términos de venta, nos llevó a mi socio Maury Rock y a mí a una discusión.

Fui a Ontario, Oregón, tras haber estado en el sur, en los alrededores de Santa Mónica, discutiendo con algunos santurrones que habían invitado a la Policía a localizar nuestra empresa y nuestro método de operaciones..., una acción gratuita que no condujo a nada, naturalmente, ya que nuestras operaciones son estrictamente legales.

Ontario no es mi ciudad natal, ni la de nadie más. Soy de Wichita Falls, Kansas, y cuando era un adolescente me trasladé a Denver y luego a Boise, Idaho. En algunos aspectos, Ontario es un suburbio de Boise; está cerca de la frontera de Idaho: se cruza un largo puente de acero y se llega a una tierra llana de cultivos. Los bosques de la zona oriental de Oregón no se dan tan tierra adentro. La mayor industria es la fábrica *Ore-Ida* de puré de patatas, especialmente su división electrónica, y hay un montón de granjeros japoneses que fueron recluidos durante la Segunda Guerra Mundial y ahora cultivan cebollas o cosas así. El aire es seco, las casas baratas y la gente hace sus compras en Boise, una gran ciudad que no me gusta porque no se puede encontrar en ella comida china decente. Está cerca de la Ruta de Oregón, y el trazado del ferrocarril la atraviesa de camino a Cheyenne.

Nuestra oficina está instalada en un edificio de ladrillo que se encuentra en el centro de la ciudad, frente a unos grandes almacenes. Tenemos enredaderas alrededor del edificio. Su color parece una bendición cuando uno llega del desierto de California y Nevada.

Así que aparqué mi polvoriento descapotable *Chevrolet Magic Fire*, crucé la acera hacia nuestro edificio y su cartel:

SAMA ASOCIADOS

SAMA son las iniciales de SISTEMAS ACÚSTICOS MÚLTIPLES DE AMÉRICA, un nombre compuesto de tipo electrónico que inventamos debido a nuestra fábrica de Órganos Electrónicos, en la que estoy muy involucrado gracias a mis lazos familiares. A Maury se le ocurrió la idea de la Compañía de Pianos Frauenzimmer, ya que el nombre iba mejor con nuestras operaciones. Frauenzimmer es el apellido original de Maury; Rock también es una invención. Mi nombre auténtico es tal como lo digo: Louis Rosen, que es como se dice rosa en alemán. Un día le pregunté a Maury qué significaba Frauenzimmer y me dijo que feminidad. Le pregunté por qué había escogido Rock en concreto.

-Cerré los ojos y cogí un volumen de la enciclopedia, y decía ROCK a SUBUD.

-Cometiste un error -le dije-. Deberías haberte llamado Maury Subud.

El portal de nuestro edificio data de 1965 y tendría que ser reemplazado, pero no tenemos dinero. Abrí la puerta y me dirigí al ascensor, que es de los automáticos. Un minuto después entraba en nuestras oficinas, donde los amigos charlaban y bebían.

-Nos ha pasado el tiempo -me dijo Maury de inmediato-. Nuestro Órgano Electrónico está obsoleto.

-Te equivocas. Se tiende hacia el Órgano Electrónico porque es así como los Estados Unidos están entrando en la exploración espacial: gracias a la electrónica. Dentro de diez años no venderemos una Espineta al día; la Espineta será una reliquia del pasado.

-Louis -dijo Maury-, por favor, mira lo que han hecho nuestros competidores. La electrónica puede que marche hacia adelante, pero sin nosotros. Mira el Órgano de Sensaciones *Hammerstein*. Mira la Euforia *Waldteufel*. Y dime por qué querría nadie como tú producir música.

Maury es un tipo alto, emocionalmente excitable, algo propio de los hipertiroideos. Sus manos tienen tendencia a temblar y hace la digestión demasiado rápido; le están suministrando píldoras, y si no funcionan tendrán que administrarle yodo radiactivo un día de estos. Si se pusiera recto, mediría dos metros. Tiene, o tuvo alguna vez, el pelo negro, muy largo pero débil, y los ojos grandes, y una especie de mirada de desconcierto, como si las cosas salieran mal por todas partes.

-Ningún instrumento musical bueno se queda obsoleto -dije.

Pero Maury tenía razón. Lo que había acabado con nosotros eran las extensas investigaciones cerebrales de mediados de los años sesenta y las técnicas de electrodos profundos de Penfield, Jacobson y Olds, especialmente sus descubrimientos sobre el cerebelo. En el hipotálamo residen las emociones, y al desarrollar nuestra oferta de Órganos Electrónicos no lo habíamos tenido en cuenta. La fábrica Rosen nunca se dedicó a la transmisión de ondas de frecuencia selectiva, que estimula células muy específicas del cerebelo, y desde luego fracasamos desde el principio al no ver lo fácil (y lo importante) que sería conectar los circuitos a un teclado blanco y negro.

Como la mayoría de la gente, he toqueteado las teclas de un Órgano de Sensaciones *Hammerstein*, y me gusta. Pero no hay nada creativo en él. Cierto, se pueden conseguir nuevas configuraciones de estímulos cerebrales, y por tanto se producen emociones completamente nuevas en la cabeza que de otra forma nunca aparecerían. Se puede -en teoría- conseguir la combinación que te haga llegar al nirvana. Tanto la Corporación *Hammerstein* como la *Waldteufel* tienen un gran premio para el que lo consiga. Pero eso no es música. Es escapismo. ¿Quién lo quiere?

-Yo lo quiero -había dicho Maury ya en diciembre de 1978.

Y se fue a contratar un caro ingeniero electrónico de la Agencia Espacial Federal, esperando que pudiera crear para nosotros una nueva versión del Órgano Estimulador del Hipotálamo.

Pero Bob Bundy, a pesar de ser un genio electrónico, no tenía experiencia con los órganos. Había diseñado circuitos de simulacros para el Gobierno. Los simulacros son los humanos sintéticos que siempre imagino como robots; los utilizan para la exploración lunar, y los lanzan de vez en cuando desde el Cabo.

Las razones que hicieron que Bundy dejara su trabajo en el Cabo son oscuras. Bebe, pero eso no contrarresta su capacidad. Se va de putas. Pero eso lo hacemos todos. Probablemente le echaron porque es un riesgo para la seguridad; no es que sea comunista (Bundy nunca podría haber sospechado ni siquiera la existencia de ideas políticas), sino que parece tener un poco de hebefrenia. En otras palabras, se evade sin darse cuenta. Tiene las ropas sucias, el pelo despeinado, no se afeita y no te mira a los ojos. Sonríe como un loco. Es lo que los psiquiatras de la Oficina Federal de Salud Mental llaman «dilapidado». Si alguien le hace una pregunta, piensa que no puede contestarla; se bloquea. Pero con las manos es condenadamente bueno. Puede hacer su trabajo, y bien. Por eso no se le aplica el *Acta McHeston*.

Sin embargo, en los muchos meses que ha estado trabajando para nosotros, no he visto ningún invento. Maury en particular, ya que yo siempre estoy en la carretera, está en contacto con él.

-La única razón por la que te sientes tan apegado a esa guitarra hawaiana electrónica -me dijo Maury-, es porque tu hermano y tu padre la fabrican. Por eso no puedes soportar la verdad.

-Estás utilizando un recurso *ad hominum*.

-Intelectualismo judío -replicó Maury.

Obviamente, estaba bien cargado. Todos lo estaban, ya que habían estado bebiendo bourbon *Ancient Age* mientras yo estaba en la carretera haciendo la ruta.

-¿Quieres que dejemos de ser socios? -dije.

Y en ese momento lo estaba deseando, por causa de su observación de borracho hacia mi padre, mi hermano y la Fábrica de Órganos Electrónicos Rosen en Boise con sus diecisiete empleados permanentes.

-Vi las noticias de Vallejo y eso indica la muerte de nuestro producto principal -dijo Maury-. A pesar de sus seiscientas mil combinaciones tonales posibles, algunas nunca oídas por los seres humanos. Eres un gusano como el resto de tu familia por esos ruidos vudú del espacio exterior que hacen tus artilugios electrónicos. Y tienes el valor de llamarlo instrumento musical. No tendría un Órgano Electrónico Rosen de seiscientos mil dólares aunque me lo dejaras a precio de coste. Preferiría tener un nido de serpientes.

-De acuerdo -chillé-, eres un purista. Y no son seiscientos mil, sino setecientos mil.

-Esos circuitos no hacen más que ruido y sólo uno -dijo Maury-, por mucho que lo quieras modificar... básicamente es sólo un silbido.

-Se puede componer con él -señalé.

-¿Componer? Es como crear remedios para enfermedades que no existen. Más vale que le pegues fuego a la parte de la fábrica de tu familia que hace esas cosas o reconviértela, Louis, maldita sea. Reconviértela en algo nuevo y útil para que la humanidad pueda apoyarse en ella mientras dure su doloroso ascenso. -Se tambaleó, señalándome con el dedo-. Ahora nos dirigimos al cielo. A las estrellas. El hombre ya no está encadenado. ¿Me escuchas?

-Te escucho. Pero recuerda que Bob Bundy y tú sois quienes tenéis que empollar la solución a nuestros problemas. Y ya lleváis meses y no habéis conseguido nada.

-Tenemos algo. Cuando lo veas, estarás de acuerdo en que está orientado al futuro sin ninguna duda.

-Muéstramelo.

-Muy bien. Iremos a la fábrica. Y que estén tu papaíto y tu hermano Chester es justo ya que serán ellos quienes lo producirán.

Bundy, de pie y con una bebida en la mano, me sonrió con su típica mueca indirecta y serpentina. Toda esta comunicación interpersonal probablemente le ponía nervioso.

-No vais a llevar a la ruina -le dije-. Tengo un presentimiento.

-Nos arruinaremos de todas formas si nos quedamos con tu Órgano Electrónico *WOLFGANG MONTEVERDI*, o como quiera que tu hermano Chester le ponga este mes.

No respondí. Lleno de tristeza, me serví un trago.

2

El Modelo de Salón *Jaguar Mark VII* es un coche grande y antiguo, una pieza de coleccionista con faros antiniebla, una parrilla como la del *Rolls*, y asientos de cuero, salpicadero de nogal y muchas luces interiores. Maury conservaba este viejo *Mark VII* en perfectas condiciones, pero no pudimos ir a más de ciento cuarenta kilómetros por hora por la autopista que conecta Ontario con Boise.

Aquel ritmo tan lánguido me impacientó.

-Escucha, Maury. Me gustaría que empezaras a explicarte. Descríbeme el futuro con palabras.

Maury, al volante, dio una calada a su cigarro *Corina Sport*, se echó hacia atrás y dijo:

-¿En qué piensa hoy Norteamérica?

-En el sexo.

-No.

-En dominar los planetas del Sistema Solar antes de que lo haga Rusia.

-No.

-Está bien, dímelo entonces.

-En la Guerra Civil de mil ochocientos sesenta y uno.

-Oh, por el amor de Dios...

-Es la pura verdad, amigo. Esta nación está obsesionada con la Guerra entre los Estados. Te diré por qué. Porque fue la primera y única gesta nacional en la que participamos los norteamericanos, por eso. -Me echó el humo del *Corina Sport* a la cara-. Hizo que los norteamericanos maduráramos.

-Pues no es algo en lo que yo piense.

-Podría plantarme en cualquier calle atestada de cualquier ciudad en los Estados Unidos y elegir diez ciudadanos al azar, y si les preguntara en qué piensan, seis de cada diez me dirían: *«En la Guerra Civil de mil ochocientos sesenta y uno».* Llevo trabajando en las implicaciones, en el lado práctico desde que lo averigüé, hace unos seis meses. Esto tiene gran importancia para SAMA ASOCIADOS. Si queremos, claro. Si estamos alerta. Sabes que celebraron el Centenario hace más o menos una década, ¿recuerdas?

-Sí. En mil novecientos sesenta y uno.

-Y fue un fracaso. Unos cuantos tipos se fueron al campo y volvieron a librar unas cuantas batallas, pero eso no fue nada. Mira en el asiento de atrás.

Encendí las luces interiores del coche y al darme la vuelta vi en el asiento de atrás un gran bulto envuelto en papel de periódico que tenía la forma de un maniquí. Como no tenía protuberancias en la zona del pecho, concluí que no era femenino.

-¿Y bien?

-En eso es en lo que he estado trabajando.

-¡Mientras yo he estado localizando zonas para los camiones!

-Cierto. Y esta vez se nos recordará mucho más que por cualquier Espineta o por cualquier Órgano Electrónico. Sentirás que la cabeza te da vueltas. Ahora, en cuanto lleguemos a Boise... escucha. No quiero que tu padre y Chester nos creen problemas. Por eso es necesario

que te informe ahora mismo. Eso que hay ahí atrás vale cien mil millones de pavos. Creo que voy a parar para demostrártelo. Tal vez en un restaurante o una gasolinera. En un sitio donde haya luz.

Maury parecía muy tenso y sus manos temblaban mas que de costumbre.

-¿Estás seguro de que no es un muñeco de Louis Rosen y que me vas a dar un golpe y harás que ocupe mi lugar?

Maury me miró con aprensión.

-¿Por qué dices una cosa así? No, no lo es, pero estás cerca, amigo. Puedo ver que nuestros cerebros aún funcionan en la misma dirección, como en los viejos tiempos, a principios de los setenta, cuando éramos jóvenes e inexpertos y no teníamos a nadie detrás excepto tu padre y ese aviso para todos nosotros que es tu hermano. Me pregunto por qué Chester no se convirtió en un veterinario importante. Habría sido más seguro para todos los demás. Nos ahorraríamos muchas cosas. Pero a cambio, ahí tienes, una fábrica de Espinetas en Boise, Idaho. ¡Qué locura!

Meneó la cabeza.

-Tu familia no hizo ni siquiera esto -dije-. Nunca construyó ni creó nada. Sólo son gente del montón, empleaduchos de la industria textil. ¿Qué hicieron para establecer un negocio, como Chester y mi padre? ¿Qué es ese muñeco de ahí atrás? Quiero saberlo. Y no voy a parar en ninguna gasolinera ni en ningún restaurante. Tengo la intuición de que intentas hacerme algo. Así que sigue conduciendo.

-No puedo describirlo con palabras.

-Claro que puedes. Eres un artista.

-De acuerdo. Te diré por qué fracasó el Centenario de la guerra civil: porque todos los participantes originales que estaban dispuestos a combatir y a jugarse la vida y morir por la Unión, o por la Confederación, están muertos. Nadie vive cien años, y si lo hace, no sirve para nada... no puede luchar, no puede empuñar un rifle. ¿De acuerdo?

-¿Quieres decir que lo que tienes ahí atrás es una momia o una de esas cosas que llaman no-muertos en las películas de terror?

-Te diré exactamente lo que tengo. Envuelto en esos periódicos tengo a Edwin M. Stanton.

-¿Y ése quién es?

-Era el Secretario de la Guerra de Abraham Lincoln.

-¡Oh!

-No, es la verdad.

-¿Cuándo murió?

-Hace mucho tiempo.

-Eso es lo que pensaba.

-Escucha -dijo Maury-, ahí atrás tengo un simulacro electrónico. Lo construí yo; bueno, más bien hice que Bundy lo construyera. Me costó seiscientos mil dólares, pero mereció la pena. Vamos a pararnos en ese restaurante y lo desenvolveré para mostrártelo. Es la única forma.

Sentí que se me ponía la piel de gallina.

-Vas a hacerlo.

-¿Crees que es sólo una broma, amigo?

-No, creo que hablas absolutamente en serio.

-Claro -dijo Maury. Empezó a reducir la velocidad y conectó el intermitente-. Voy a parar allí donde dice *Comidas Italianas Tommy* y *Cerveza Lucky Lager.*

-Y entonces, ¿qué? ¿Qué me vas a demostrar?

-Lo desenvolveremos y haremos que venga con nosotros y pida una pizza de jamón y pollo. Eso es lo que entiendo por una demostración.

Maury aparcó el *Jaguar* y se arrastró hasta la parte de atrás. Empezó a quitar el papel del bulto con forma humana, y vaya que sí, inmediatamente apareció un caballero de aspecto

distinguido con los ojos cerrados y una barba partida que llevaba unos vestidos arcaicos y tenía las manos cruzadas sobre el pecho.

-Verás lo convincente que es este simulacro cuando pida su propia pizza -dijo Maury, y empezó a tocar los interruptores que había en la espalda de la cosa.

De inmediato, la cara asumió una expresión ceñuda y taciturna y dijo con un gruñido:

-Amigo mío, haga el favor de quitarme los dedos de encima.

Se sacudió las manos de Maury y éste me sonrió.

-¿Ves?

La cosa se sentó con parsimonia y empezó a sacudirse el polvo metódicamente; tenía una mirada fija y vengativa, como si creyera que le habíamos hecho daño, como si le hubiéramos golpeado y se estuviera recuperando. Pude ver que el camarero de *Comidas Italianas Tommy* se tragaría el anzuelo, claro; pude ver que Maury tenía razón. Si no hubiera visto cómo cobraba vida ante mis ojos, yo mismo creería que era sólo un caballero de edad, vestido con ropas anticuadas, que se estaba sacudiendo con aspecto enfadado.

-Veo.

Maury abrió la puerta del *Jaguar* y el simulacro electrónico de Edwin M. Stanton salió del coche y ya de pie adquirió una postura digna.

-¿Tiene dinero? -pregunté.

-Claro -dijo Maury-. No hagas preguntas tontas. Este es el asunto más serio que has tenido entre manos en toda tu vida. Nuestro futuro económico y el de Estados Unidos, esta invertido en esto. Dentro de diez años seremos ricos gracias a esta cosa.

En el restaurante comimos una pizza que estaba quemada por los bordes. El Edwin M. Stanton hizo una escena ruidosa al agitar los puños ante el propietario, y tras pagar la cuenta, nos marchamos.

Íbamos con retraso, y empezaba a preguntarme si después de todo llegaríamos a la fábrica Rosen. Así que cuando volvimos al *Jaguar* le pedí a Maury que se diera prisa.

-Este coche alcanzará los doscientos con ese nuevo combustible de cohetes que han inventado -dijo Maury.

-No corra riesgos innecesarios -le dijo el Edwin M. Stanton con voz apagada-. A menos que las ganancias posibles sobrepasen con creces lo invertido.

-Lo mismo te digo.

La Fábrica Rosen de Espinetas y Órganos Electrónicos no llama mucho la atención, ya que la estructura en sí, llamada técnicamente «la planta», es un edificio de un solo piso que parece un pastel. Tiene un aparcamiento en la parte trasera, un cartel sobre la oficina hecho con letras recortadas de plástico, muy moderno, con luces rojas detrás. Las únicas ventanas están en la oficina.

A esta hora la fábrica estaba ya cerrada y a oscuras. Por tanto, no dirigimos a la sección residencial.

-¿Qué le parece el vecindario? -le preguntó Maury al Edwin M. Stanton.

-Bastante soso e indigno -refunfuñó la cosa, sentada en el asiento trasero del *Jaguar*.

-Escuche -dije-, mi familia vive aquí, cerca de la zona industrial de Boise, para no estar muy lejos de la fábrica.

Me enfureció oír a un muñeco criticando a seres humanos auténticos, especialmente a una persona decente como mi padre. En cuanto a mi hermano... pocos mutantes consiguen destacar en la industria de Espinetas y Órganos Electrónicos aparte de Chester Rosen. Personas especiales, las llaman. Hay tanta discriminación y tantos prejuicios en tantos campos... la mayoría de las profesiones con un estatus social alto les están vedadas.

Para la familia Rosen siempre ha sido desconcertante el hecho de que los ojos de Chester estén bajo su nariz y que su boca este donde deberían estar los ojos. Pero maldigan por él las pruebas nucleares de los cincuenta y los sesenta... por él y por todos los otros como él que hay en el mundo. Recuerdo como de niño leí muchos libros médicos sobre los defectos

congénitos... El tema lleva años interesando a mucha gente. Una cosa que siempre me ha deprimido durante una semana es cuando el embrión se desintegra en el vientre y nace en piezas, una mandíbula, un brazo, un puñado de dientes, dedos separados... como una de esas maquetas de plástico con la que los niños hacen aviones a escala. Sólo que las piezas del embrión no llegan a nada: no hay ningún pegamento en el mundo que pueda unirlas.

Y luego están los embriones con pelo alrededor, como zapatillas hechas de piel de yak. Y uno que se reseca hasta que la piel se agrieta; parece que ha estado tostándose al sol. Así que olvidemos a Chester.

El *Jaguar* se detuvo en el patio de la casa de mi familia. Pude ver las luces del salón: mi madre, mi padre y mi hermano estaban viendo la televisión.

-Vamos a enviar al Edwin M. Stanton solo -dijo Maury-. Haremos que llame a la puerta y nos quedaremos aquí en el coche observando.

-Mi padre reconocerá que es un muñeco a un kilómetro de distancia. De hecho le dará una patada y lo enviará rodando escalera abajo y te quedarás sin tus seiscientos.

Sólo que Maury hubiera pagado, sin duda cargándolo a la cuenta de SAMA.

-Correré el riesgo -dijo Maury, abriendo la puerta trasera del coche para que la cosa pudiera salir-. Vaya donde pone mil cuatrocientos veintinueve -le dijo- y llame al timbre. Cuando salga un hombre, dígale: *«Ahora pertenece a la historia».* Y luego espere.

-¿Qué significa eso? -pregunté-. ¿Qué clase de presentación se supone que es?

-Es la frase con la que Stanton se hizo famoso. La dijo cuando murió Lincoln.

-«Ahora pertenece a la historia» -practicaba el Stanton mientras cruzaba el patio y subía los escalones.

-Te explicaré a su debido tiempo cómo se construyó el Edwin M. Stanton -me dijo Maury-. Cómo recogimos todos los datos referidos a Stanton y los transcribimos en la UCLA en cintas de datos que alimenten la mónada, que sirve de cerebro al simulacro.

-¿Sabes lo que estás haciendo? -dije, disgustado-. Estas hundiendo la SAMA con todas esas tonterías... nunca debí haberme envuelto en esto...

-Calla -dijo Maury.

El Stanton llamó al timbre.

La puerta se abrió y en ella apareció mi padre con sus pantalones, sus zapatillas y la bata nueva que le había regalado por Navidad. Era una figura bastante impresionante, y el Edwin Stanton, que había comenzado su discurso, se detuvo y le dio la mano.

-Señor -dijo por fin-, tengo el privilegio de conocer a su hijo.

-Oh, sí -contestó mi padre-. Ahora mismo está en Santa Mónica.

El Edwin M. Stanton parecía no saber que era Santa Mónica y se quedó allí, como perdido. Maury, junto a mí, maldijo desesperado, pero a mí me hizo gracia ver allí plantado al simulacro, como un vendedor inútil, incapaz de pensar que iba a decir a continuación.

Pero era impresionante ver a los dos viejos caballeros uno frente al otro, el Stanton con su barba partida y sus ropas antiguas y mi padre con su aspecto no mucho más moderno. El encuentro de los patriarcas, pensé. Como en la sinagoga.

-¿Quiere pasar? -le dijo mi padre por fin.

Abrió la puerta y la cosa entró y se perdió de vista; la puerta se cerró, dejando la luz del porche encendida.

-¿Qué te parece? -le dije a Maury.

Le seguimos. La puerta no tenía echado el cerrojo, en el salón, en mitad del sofá, estaba el Stanton, con las manos en las rodillas, charlando con mi padre, mientras Chester y mi madre continuaban viendo la televisión.

-Papá -dije-, estás perdiendo el tiempo al hablarle a esa cosa. ¿Sabes lo qué es? Una máquina que Maury ensambló en su sótano por cuatro cuartos.

Mi padre y el Edwin M. Stanton se interrumpieron y me miraron.

-¿Este amable anciano? -preguntó mi padre, y alzó las cejas y adquirió una expresión furiosa y justa-. Recuerda Louis, que el hombre es un frágil junco, la cosa más débil de la

naturaleza, pero maldición, *mein Sohn,* un junco que piensa. El Universo entero no tiene que protegerse contra él; una gota de agua puede matarle. -Continuó, apuntándome con el dedo-. Pero si el Universo entero intentara aplastarle, ¿sabes qué? ¿Sabes lo que digo? ¡El hombre sería aún más noble! -Se apoyó en el brazo del sillón para darse énfasis-. ¿Sabes por qué, *mein Kind*? Porque sabe que muere, y te diré una cosa más: tiene ventaja sobre todo el maldito Universo porque éste no sabe nada de lo que pasa. Y toda nuestra dignidad consiste -continuó, calmándose un poco-, sólo en eso. Quiero decir que el hombre es pequeño y no puede llenar el tiempo y el espacio, pero vaya si puede hacer uso del cerebro que Dios le dio. Mira que llamar «cosa» a este señor. No es ninguna cosa. Es *ein Mensch,* un hombre. Mira, tengo que contarte un chiste.

Y entonces empezó a contar un chiste medio en *yiddish* medio en inglés.

Cuando terminó, todos sonreímos, aunque me pareció que la sonrisa del Edwin M. Stanton era un poco forzada.

Intenté rememorar lo que había leído sobre Stanton y recordé que le consideraban un tipo duro, tanto durante la Guerra Civil como en la Reconstrucción posterior, especialmente cuando se lió con Andrew Johnson y trató de ponerle en tela de juicio. Probablemente no apreciaba el chiste humanitario de mi padre, porque Lincoln hacía lo mismo noche y día. Pero no había manera de detener a mi padre. Su propio padre había sido un especialista en Spinoza, muy conocido, y aunque mi padre jamás pasó del séptimo grado, había leído todo tipo de libros y documentos y se escribía con personas sabias de todo el mundo.

-Lo siento, Jerome -le dijo Maury a mi padre cuando hizo una pausa-, pero te estoy diciendo la verdad.

Se acercó al Edwin M. Stanton y le tocó detrás de la oreja.

-Glop -dijo el Stanton, y se quedó rígido, inanimado como un maniquí; la luz de sus ojos desapareció, y sus brazos se quedaron tiesos e inmóviles.

Fue algo gráfico y miré a ver cómo lo aceptaba mi padre. Incluso Chester y mi madre dejaron de mirar la televisión un momento. La verdad es que le hacía pensar a uno. Si no hubiera habido ya filosofía en el aire aquella noche, esto la habría provocado. Todos nos volvimos solemnes. Mi padre incluso se levantó y se acercó a inspeccionar la cosa por sus propios ojos.

-Oy gewalt.

Meneó la cabeza.

-Puedo volver a conectarlo -ofreció Maury.

-Nein, das geht mir nicht.

Mi padre regresó a su sillón, se acomodó y luego preguntó con voz sobria y resignada:

-Bien, ¿cómo van las ventas en Vallejo, chicos?

Cuando nos disponíamos a contestar, sacó un cigarro *Antonio & Cleopatra*, lo deslió y lo encendió. Es un habano de extraordinaria calidad, con un envoltorio verde, y el olor llenó inmediatamente la habitación.

-¿Vendisteis muchos Órganos y Espinetas *AMADEUS GLUCK*?

Chasqueó la lengua.

-Jerome -dijo Maury-, las Espinetas se venden como rosquillas, pero de órganos no vendemos ni uno.

Mi padre frunció el ceño.

-Hemos estado envueltos en una confabulación a alto nivel sobre este tema -dijo Maury-, con ciertos hechos destacables. El Órgano Electrónico Rosen...

-Espera -dijo mi padre-. No tan rápido, Maurice. A este lado del Telón de Acero, el órgano Rosen no tiene igual.

Cogió de la mesa una de las placas en las que había montadas resistencias, baterías solares, transistores, cables y cosas así.

-Esto demuestra el trabajo del auténtico Órgano Electrónico Rosen -empezó a decir-. Éste es el circuito rápido y...

-Jerome, sé cómo funciona el órgano. Deja que me explique.

-Adelante. -Mi padre retiro la placa, pero antes de que Maury pudiera hablar continuó-: Pero si esperas que abandonemos la principal característica de nuestra vida simplemente a causa de las ventas, y digo esto con conocimiento de causa, no hay voluntad de vender...

-Escucha, Jerome -interrumpió Maury-. Estoy sugiriendo una expansión.

Mi padre alzó una ceja.

-Los Rosen podéis seguir construyendo todos los Órganos Electrónicos que queráis -dijo Maury-, pero sé que las ventas van a disminuir con el tiempo, por únicas y asombrosas que sean. Lo que necesitamos es algo que sea realmente nuevo; porque, después de todo, *Hammerstein* hace todos esos órganos de moda y los vende tan bien que tiene el mercado copado, así que no tiene sentido intentar ese camino. Ésta es mi idea.

Mi padre se echó hacia adelante y conectó su audífono.

-Gracias, Jerome -dijo Maury-. Éste es el simulacro electrónico de Edwin M. Stanton. Es tan bueno como si el propio Stanton estuviera vivo y charlará esta noche con nosotros. Imagina qué gran idea es para propósitos educativos. Pero eso no es nada. Es lo que pensaba al principio, pero hay más. Escucha. Le proponemos al Presidente Mendoza que prohíba la guerra y la sustituya por un centenario centralizado de la Guerra Civil, y lo que hacemos es que la fábrica Rosen suministre todos los participantes, los simulacros, de todo el mundo: Lincoln, Stanton, Jeff Davis, Robert E. Lee, Longstreet y otros tres millones haciendo de soldados. Y hacemos que se libren las batallas donde los participantes mueran realmente, donde esos simulacros revienten en pedazos en vez de hacerlo como si fueran películas de *serie B*, donde se comportan como un puñado de escolares representando a Shakespeare. ¿Me comprendes? ¿Ves la magnitud de todo esto?

Todos guardamos silencio. «Sí -pensé-, hay magnitud en todo esto».

-Podríamos ser tan grandes como *General Dynamics* en cinco años -añadió Maury.

Mi padre le miró, fumando su *A&C.*

-No sé, Maurice. No sé.

Meneó la cabeza.

-¿Por qué no? Dime, Jerome, ¿qué tiene de malo?

-Tal vez las veces que te he tenido en brazos -dijo mi padre con una voz baja teñida de cansancio. Suspiró-. ¿O es que me estoy haciendo viejo?

-¡Sí, te estás haciendo viejo! -dijo Maury, muy trastornado y enrojecido.

-Puede ser, Maurice. -Mi padre guardó silencio un rato y luego se recuperó y dijo-: No, tu idea es demasiado... ambiciosa. No somos tan grandes. Tenemos que tener cuidado de no picar demasiado alto para no caer, *nicht wahr...*

-No me hables en ese maldito idioma extranjero -gruñó Maury-. Si no apruebas esto... ya he llegado demasiado lejos, de todas formas. Lo siento, pero voy a continuar. He tenido un montón de buenas ideas en el pasado que hemos usado y ésta es la mejor de todas. Son los tiempos, Jerome. Tenemos que movernos.

Tristemente, para sí, mi padre continuó fumando su cigarro.

3

Todavía con la esperanza de que mi padre cambiara de opinión, Maury le dejó al Stanton (en depósito, como si dijéramos), y regresamos a Ontario. Ya era casi medianoche, y ya que los dos estábamos deprimidos por la falta de entusiasmo y la testarudez de mi padre, Maury me invitó a pasar la noche en su casa. Acepté contento: sentía la necesidad de compañía.

Cuando llegamos, encontramos a su hija, Pris, a quien yo suponía aún en la *Clínica Kasanin* en Kansas City, bajo custodia de la Oficina Federal de Salud Mental. Pris, según me ha contado Maury, había estado en custodia del Gobierno Federal desde su tercer año en la escuela; los tests aplicados rutinariamente en las escuelas públicas habían descubierto su

«dinamismo de dificultad», como los psiquiatras lo llaman ahora... En lenguaje llano, su condición esquizofrénica.

-Ella te levantará el ánimo -dijo Maury cuando me eche atrás-. Es lo que ambos necesitamos. Ha crecido mucho desde la última vez que la viste; ya no es una niña. Vamos.

Y me tomó del brazo y me hizo entrar en la casa.

Ella estaba sentada en el suelo del comedor vestida con un pijama rosa. Tenía el pelo muy corto y en los años que habían pasado desde la última vez que la vi había perdido peso. A su alrededor había losas de colores; estaba reduciéndolas a trocitos pequeños con un par de grandes alicates.

-Ven a ver el cuarto de baño -dijo, incorporándose de un salto.

La seguí alerta.

En las paredes del baño había dibujado todo tipo de peces y monstruos marinos, incluso una sirena; ya lo había enlosado parcialmente con todos los colores imaginables. La sirena tenía azulejos rojos por pechos, una brillante losa en el centro de cada pecho.

El panorama me repelió y me interesó por igual.

-¿Por qué no le pones bombillitas por pezones? -dije-. Cuando venga alguien y conecte la luz, los pezones se encenderán y le mostrarán el camino.

No había duda de que decidió dedicarse a esta orgía enlosadora debido a los años de terapia ocupacional en Kansas City; los encargados de la Salud Mental promovían cualquier cosa creativa. El Gobierno tiene literalmente cientos de miles de pacientes en varias clínicas por todo el país, todos muy atareados empapelando, pintando, bailando, haciendo joyas, encuadernando libros o cosiendo disfraces. Y todos los pacientes están allí involuntariamente, obligados por la ley. Como Pris, muchos de ellos habían sido recluidos durante la pubertad, que es el momento en que tiende a aparecer la psicosis.

Indudablemente, Pris estaba ahora mucho mejor. O de otro modo no la habrían dejado salir. Pero aún no me parecía normal ni natural. Mientras regresábamos juntos al salón la miré más de cerca; vi una carita pequeña en forma de corazón, pelo negro y, gracias a su extraño maquillaje, los ojos remarcados en negro, produciendo un efecto de Arlequín; los labios casi púrpura. El conjunto de los colores la hacían parecer irreal, casi una muñeca, algo perdido tras la máscara en que había convertido su cara. Y la delgadez de su cuerpo ponía la guinda a todo el conjunto; me parecía una danza de la muerte animada de alguna forma, probablemente no a través de la asimilación normal de alimento sólido y líquido..., tal vez sólo masticaba cáscaras de castaña. Pero, de todas formas, parecía estar bien, aunque un poco extraña. Para mí, sin embargo, parecía menos normal que el Stanton.

-Nenita -le dijo Maury-, dejamos el Edwin M. Stanton en casa del papá de Louis.

-¿Está desconectado? -preguntó ella, alzando la mirada.

Sus ojos ardían con una llama intensa y salvaje que me asustaba y me impresionaba.

-Pris -dije-, los encargados de Salud Mental rompieron el molde cuando te liberaron. Qué chica tan linda y extraña te has vuelto, ahora que has crecido y salido de allí.

-Gracias -dijo ella, sin sentirlo en absoluto. Su tono, en otros tiempos, había sido totalmente llano, no importaba en qué situación se encontrara. Incluyendo las grandes crisis. Y así continuaba.

-Prepárame la cama para que pueda acostarme -le dije a Maury.

Arreglamos juntos la cama de la habitación de invitados: le pusimos sábanas, mantas y una almohada. Su hija no hizo ningún movimiento para ayudarnos; se quedó en el salón cortando azulejos.

-¿Cuánto tiempo lleva trabajando en ese mural del cuarto de baño? -pregunté.

-Desde que volvió de KC, hace ya bastante. Durante las dos primeras semanas tuvo que presentarse a los encargados de Salud Mental de esta zona. No está libre del todo: está a prueba y recibe terapia externa. En realidad podríamos decir que se halla en custodia.

-¿Está mejor o peor?

-Mucho mejor. Nunca te llegué a contar lo mal que estaba antes de que en el Instituto la localizaran con el test. No sabíamos qué le pasaba. Francamente, le doy gracias a Dios por el *Acta McHeston*; si no la hubieran descubierto, si hubiera seguido enfermando, se habría convertido en una paranoica esquizofrénica total o una hebefrénica dilapidadora. Seguramente tendría que estar hospitalizada de modo permanente.

-Parece tan extraña...

-¿Qué te parece el trabajo que está haciendo?

-No aumentará el valor de la casa.

-Claro que sí -replicó Maury.

-He preguntado si está desconectado -dijo Pris, apareciendo en la puerta de la habitación.

Nos miró como si supiera que estábamos hablando de ella.

-Sí -dijo Maury-, a menos que Jerome lo haya vuelto a conectar para discutir con él sobre Spinoza.

-¿Qué pasa ahora? -pregunté-. ¿Tiene muchos más trucos ocultos? Porque si no, mi padre no va a interesarse mucho tiempo.

-Hace lo mismo que el Edwin M. Stanton original -dijo Pris-. Investigamos su vida a fondo.

Les hice salir a los dos de mi habitación y luego me quité la ropa y me metí en la cama. Al rato oí a Maury dándole las buenas noches a su hija y dirigiéndose a su dormitorio. Y luego no oí nada... excepto, como había esperado, el clap-clap de las losas al ser recortadas.

Pasé una hora intentando conciliar el sueño, daba una cabezada y luego me despertaba por causa del ruido. Por fin me levanté, encendí la luz, volví a vestirme, me peiné, me froté los ojos y salí de la habitación. Ella estaba sentada exactamente en el mismo sitio donde la había visto el día anterior, estilo yogui, con un montón enorme de azulejos rotos alrededor.

-No puedo dormir con ese ruido -le dije.

-Es una lástima.

Ella ni siquiera alzó la mirada.

-Soy un invitado.

-Vete a otra parte.

-Sé lo qué significa utilizar los alicates -le dije-. Castrar a miles y miles de machos, uno detrás de otro. ¿Por eso saliste de la *Clínica Kasanin*? ¿Para estar sentada aquí toda la noche haciendo esto?

-No. Voy a conseguir un empleo.

-¿En qué? El mercado está saturado.

-No me da miedo. No hay nadie como yo en el mundo. Ya he recibido una oferta de una compañía que se encarga de procesar la emigración. Hay una cantidad enorme de trabajo estadístico por hacer.

-Así que es alguien como tú quien decide cuál de nosotros puede salir de la Tierra.

-Lo rechacé. No tengo intención de ser otro burócrata más. ¿Has oído hablar de Sam K. Barrows?

-No -dije.

Pero el nombre me sonaba familiar.

-Salió un artículo sobre él en *Look*. Cuando tenía veinte años se levantaba todos los días a las cinco de la mañana, comía un cuenco de ciruelas estofadas, corría dos millas por las calles de Seattle, luego regresaba a su habitación para afeitarse y tomar una ducha fría. Y cuando salía, se ponía a estudiar leyes.

-Entonces es abogado.

-Ya no. Mira en la estantería. El ejemplar de *Look* está por ahí.

-¿Y a mí qué me importa? -dije, pero me puse a buscar la revista.

Naturalmente, en la portada, a color, aparecía la foto de un hombre con el texto:

SAM K. BARROWS

EL MÁS EMPRENDEDOR DE LOS JÓVENES MILLONARIOS DE NORTEAMÉRICA

Estaba fechada el 18 de junio de 1981, así que era bastante reciente. Y obviamente allí estaba Sam, corriendo por las calles de Seattle, con unos pantalones caqui y una camiseta gris, sudando felizmente. Era un hombre con la cabeza brillante, los ojos como botones de la cabeza de un muñeco de nieve: sin expresión, pequeños. No había emoción en ellos: sólo la mitad inferior de la cara parecía sonreír.

-Si le vieras en la tele... -dijo Pris.

-Sí. Le he visto -dije. Lo recordé porque hacía más o menos un año me había desagradado. Su forma de hablar era monótona: se acercaba al reportero y le murmuraba las respuestas rápidamente-. ¿Por qué quieres trabajar con él? -pregunté.

-Sam Barrows es el mayor especulador de terrenos que existe. Piénsalo.

-Eso es probablemente porque nos estamos quedando sin tierra. Todos los corredores de fincas se están arruinando porque no hay nada que vender. Sólo hay gente y no hay sitio donde meterla.

Y entonces recordé.

Barrows había resuelto el problema de la especulación de terreno. En una serie de acciones legales de largo alcance, había conseguido que el Gobierno de los Estados Unidos permitiera especular con terrenos de otros planetas. Sam Barrows había abierto él solito el camino para los corredores en la Luna, Marte y Venus. Su nombre pertenecía a la historia para siempre.

-Así que ése es el hombre para el que quieres trabajar -dije-. El hombre que contamina los mundos intactos.

Sus vendedores se dedicaban a vender a lo largo de todos los Estados Unidos sus deslumbrantes solares lunares.

-«Contamina los mundos intactos» -repitió Pris-. Un eslogan de esos conservacionistas.

-Pero es cierto. Escucha, ¿cómo se puede usar el terreno que se compra? ¿Cómo vivir en él? No hay agua, ni aire, ni calor, ni...

-Ya se proveerá -dijo Pris.

-¿Cómo?

-Eso es lo que convierte a Barrows en el hombre más grande que existe. Su visión. Empresas Barrows trabaja día y noche...

Guardamos un silencio forzado.

-¿Has hablado alguna vez con Barrows? -pregunté-. Una cosa es tener un héroe: eres joven y es natural que adores a un tipo que aparece en las portadas de las revistas y en la tele y es rico y él solo ha abierto la Luna a los tiburones y a los especuladores de terreno. Pero hablabas de conseguir un empleo.

-Solicité trabajo en una de sus compañías -dijo Pris-. Y les dije que quería verle personalmente.

-Y se rieron.

-No, me enviaron a su despacho. Él me escuchó durante un minuto entero. Luego, naturalmente, tuvo que encargarse de otros asuntos; me enviaron a la oficina del encargado de personal.

-¿Qué le dijiste en ese minuto?

-Le miré. Me miró. No le has visto en persona. Es increíblemente guapo.

-En la tele es un adefesio.

-Le dije que podía cribarle los intrusos. Nadie que le hiciera perder el tiempo podría pasar si yo fuera su secretaria. Sé ser dura y a la vez nunca rechazo a nadie que interese. Verás, puedo abrir el paso y cerrarlo. ¿Comprendes?

-Pero ¿sabes abrir cartas? -pregunté.

-Tienen máquinas que lo hacen.

-Tu padre lo hace. Ése es el trabajo de Maury con nosotros.

-Y por eso nunca he intentado trabajar para vosotros -dijo Pris-. Porque sois patéticamente pequeños. Apenas existís. No, no sé abrir cartas. No puedo hacer trabajos rutinarios. Te diré qué es lo que puedo hacer. Fue idea mía construir el simulacro de Edwin M. Stanton.

Me sentí profundamente incómodo.

-A Maury no se le habría ocurrido -dijo-. Bundy es un genio. Tiene inspiración. Pero es un idiota: el resto de su cerebro está totalmente deteriorado por el proceso hebefrénico. Yo diseñé el Stanton y él lo construyó, y es un éxito; ya lo has visto. Ni siquiera quiero o necesito el éxito, fue divertido. Mira esto. -Volvió a su trabajo de cortar azulejos-. Trabajo creativo.

-¿Qué hizo Maury? ¿Atarle los cordones de los zapatos?

-Maury fue el organizador. Se encargó de que consiguiéramos nuestros suministros.

Tuve el terrible presentimiento de que lo que decía era la pura verdad. Naturalmente, lo comprobaría con Maury. Y sin embargo… no me parecía que esta chiquilla supiera ni siquiera mentir; era casi lo contrario de su padre. Tal vez salía a su madre, a quien yo no había llegado a conocer. Se habían divorciado mucho antes de que yo conociera a Maury y me convirtiera en su socio.

-¿Qué tal te va con tu psicoanálisis? -le pregunté.

-Muy bien. ¿Cómo te va con el tuyo?

-No lo necesito -dije.

-Ahí es donde te equivocas. Estás realmente enfermo, igual que yo -me sonrió-. Acepta los hechos.

-¿Quieres dejar de recortar y hacer ruido para que me pueda ir a dormir?

-No -contestó ella-. Quiero terminar el pulpo esta noche.

-Si no duermo me caeré muerto.

-¿Y qué?

-Por favor...

-Otras dos horas -dijo Pris.

-¿Los tipos que salen de las Clínicas Federales son todos como tú? -le pregunté-. ¿Los jóvenes que devuelven al camino recto? No me extraña que tengamos problemas para vender órganos.

-¿Qué clase de órganos? Personalmente, tengo todos los órganos que quiero.

-Los nuestros son electrónicos.

-Los míos no. Son de carne y hueso.

-¿Y qué? -dije-. Sería mejor que fueran electrónicos y que te fueras a la cama y dejaras dormir a tus invitados.

-No eres mi invitado, sino de mi padre. Y no me hables de ir a la cama o te arruinaré la vida. Le diré a mi padre que me has hecho proposiciones y eso acabará con SAMA ASOCIADOS y con tu carrera, y entonces desearás no haber tenido nunca un órgano de cualquier clase, electrónico o no. Así que vuélvete a la cama, amigo, y alégrate de que no tengas problemas peores que no poder conciliar el sueño.

Y volvió a su trabajo.

Me quedé pasmado un instante, preguntándome qué hacer. Por fin, me di la vuelta y volví a la habitación de invitados, sin encontrar nada más que decir.

«Dios mío -pensé-. *Comparado con ella, el simulacro Stanton es todo concordia y amistad».*

Y sin embargo, no sentía ninguna hostilidad hacia mí. No era consciente de que hubiera dicho algo cruel o duro: simplemente continuó con su trabajo. Desde su punto de vista, no había pasado nada. Yo no le importaba.

Si yo la hubiera disgustado realmente... pero ¿cómo podía hacer eso? ¿Significaba algo para ella una palabra así? Tal vez sería lo mejor, pensé mientras echaba el cerrojo a mi puerta. Sería algo más humano, más comprensible. Pero ser ignorado a propósito. para que no la molestara y pudiera continuar y acabar con su trabajo como si yo fuera una molestia, una posible interferencia y nada más...

Decidí que ella sólo veía la parte más desagradable de la gente. Debía de ser consciente de los demás únicamente a partir de los efectos coactivos o no coactivos sobre ella... Pensando esto, me tumbé con una oreja pegada contra la sábana, con el brazo sobre la otra, tratando de apagar el sonido de la interminable procesión de recortes que pasaban uno a uno a la eternidad.

Pude ver por qué se sentía atraída hacia Sam K. Barrows. Tal para cual. Al verle en el programa de televisión, y otra vez ahora, al verle en la portada de la revista..., era como si la parte cerebral de Barrows, la cúpula afeitada de su cráneo, hubiera sido recortada y sustituida habilidosamente por un servo sistema o algún circuito de solenoides y relés que se operasen a distancia. U operado por algo que estuviera sentado arriba, ante los controles, conectando los interruptores con pequeños movimientos juguetones y convulsivos.

Y qué extraño era que esta muchacha hubiera ayudado a crear un simulacro electrónico casi plausible, como si en algún nivel subconsciente se diera cuenta de la deficiencia masiva que tenía, su vacío central, y estuviera compensándolo...

A la mañana siguiente, Maury y yo desayunamos juntos en una cafetería cercana al edificio SAMA.

-Escucha -le pregunté-, ¿hasta qué punto está enferma tu hija ahora? Si aún se encuentra a cargo de los tipos de salud mental, debería estar aún...

-Un estado como el suyo no puede curarse -dijo Maury, sorbiendo su zumo de naranja-. Es un proceso que dura toda la vida y oscila en estadios más o menos difíciles.

-¿Se la clasificaría aún como esquizofrénica bajo el *Acta McHeston* si le hicieran el *Test de Proverbios de Benjamin* en este momento?

-No sería el *Test de Proverbios de Benjamin*; usarían el test soviético, el *Test de los Bloques de Colores de Vigotsky-Luria*. No te das cuenta de lo distanciada que está de la norma, si es que se pudiera decir que formas parte de la «norma».

-En el colegio aprobé el *Test de Proverbios de Benjamin*.

Ésa era la condición imprescindible para establecer la norma, ya desde 1975, y en algunos Estados incluso antes.

-Yo diría, por lo que manifestaron en *Kasanin* cuando fui a recogerla -continuó diciendo Maury-, que ahora mismo no podría clasificarse como esquizofrénica. Lo fue solamente durante tres años, más o menos. Han devuelto su estado a un momento anterior a ese punto, al nivel de integración que tenía con doce años. Y eso es un estado no psicótico y, por tanto, no lo cubre el *Acta McHeston*... así que es libre de ir adónde quiera.

-Entonces es una neurótica.

-No. Es lo que llaman un desarrollo atípico o latente, o psicosis limítrofe. Puede convertirse en una neurosis de tipo obsesivo o puede llegar a ser una esquizofrenia completa, cosa que sucedió, en el caso de Pris, durante su tercer año en el instituto.

Mientras tomaba su desayuno, Maury me contó su historia. Originalmente había sido una niña retraída, lo que llaman encapsulada o introvertida. Se mostraba poco comunicativa y tenía todo tipo de secretos, cosas como un diario y escondites privados en el jardín. Luego, cuando tenía unos nueve años, empezó a experimentar terrores nocturnos, miedos tan grandes que a los diez años se pasaba toda la noche gritando por la casa. A los once años se interesó por la ciencia: tenía un juego de química y no hacía más que juguetear con él después del colegio. No tenía amigos, ni parecía querer a ninguno.

Los problemas auténticos empezaron en el instituto. Tenía miedo de entrar en los edificios grandes, en las clases, e incluso en los autobuses. Cuando se cerraban las puertas del autobús, pensaba que se asfixiaba. Y no podía comer en público. Con que una sola persona la estuviera mirando ya era suficiente y tenía que retirarse y comer a escondidas, como un animal salvaje. Y al mismo tiempo se había vuelto compulsivamente limpia. Todo tenía que estar en su sitio exacto. Recorría la casa todo el día, incansable, asegurándose de que todo estaba limpio. Se lavaba las manos diez y quince veces seguidas.

-Y recuerda que se estaba poniendo muy gorda -añadió Maury-. Cuando la conociste estaba rellenita. Entonces empezó a hacer régimen. Se moría de hambre para perder peso. Y aún lo pierde. Siempre evita repetir una comida tras otra; lo hace incluso ahora.

-¿Y te hizo falta el *Test de Proverbios* para ver que estaba mentalmente enferma? -dije-. ¿Con una historia como ésa?

Él se encogió de hombros.

-Nos engañamos a nosotros mismos. Nos dijimos que era simplemente neurótica. Fobias y rituales y cosas así...

Lo que más molestaba a Maury era que su hija, en algún momento indeterminado, había perdido el sentido del humor. En vez de ser risueña y frívola y tontorrona se había convertido en fría y calculadora. Y no sólo eso. Una vez le dio por preocuparse por los animales. Y entonces, durante su estancia en Kansas City, empezó a decir que no podía soportar a los perros ni a los gatos. Sin embargo, había continuado interesándose en la química. Y eso -una profesión- le había parecido buena cosa a Maury.

-¿Le ha ayudado la terapia en libertad?

-La mantiene a un nivel estable; no retrocede. Aún tiene un fuerte lazo hipocondríaco y aún se lava mucho las manos. Nunca dejará de hacerlo. Y aún es puntillosa y retraída. Puedo decirte cómo lo llaman. Personalidad esquizoide. Vi los resultados del *Test de las Manchas* que le hizo el doctor Horstowski. -Guardó silencio un instante-. Ese es su médico en esta zona, la Región Cinco, según la forma en que cuenta la Oficina de Salud Mental. Se supone que Horstowski es bueno, pero es privado, y nos está costando una millonada.

-Hay mucha gente que está pagando su tratamiento -dije-. No estás solo, según los anuncios de la tele. ¿Cómo dice, que una de cada cuatro personas ha sido internada alguna vez en una Clínica Federal de Salud Mental?

-No me importa la parte clínica porque es gratis; lo que me molesta es este seguimiento exterior tan caro. Fue idea de ella salir de la *Clínica Kasanin* y volver a casa, no mía. Sigo pensando que tendría que regresar allí, pero se dedicó a diseñar el simulacro y cuando no estaba haciendo eso se dedicaba a llenar de mosaicos las paredes del cuarto de baño. No deja de estar activa. No sé de dónde saca la energía.

-Es sorprendente cuando pienso en toda la gente que conozco que ha sido víctima de enfermedades mentales -dije yo-. Mi tía Gretchen, que está en la *Clínica Harry Stack Sullivan* en San Diego. Mi tío Leo Roggis. Mi profesor de inglés en el Instituto, el señor Haskins. El viejo pensionista italiano de mi calle, George Oliveri. Recuerdo a un amigo mío del Servicio, Art Boles; tenía esquizofrenia y fue a la *Clínica Fromm-Reichmann* en Rochester, Nueva York. También estaba Alys Johnson, una chica que fue conmigo al colegio; está en la *Clínica Samuel Anderson* en el Área Tres, que debe de estar en Baton Rouge, Lousiana. Y un hombre para el que trabajé, Ed Yeats que se volvió paranoide. Y Waldo Dangerfield, otro amigo mío. Gloria Milstein, una chica que conocía que tenía realmente unos pechos enormes, como melones. Estará Dios sabe dónde, pero fue detectada por un test psíquico cuando solicitaba un trabajo de secretaria. Los federales la descubrieron y se la llevaron. Era muy bonita. Y John Franklin Mann, un vendedor de coches usados que conocía; le clasificaron como esquizofrénico y le encerraron probablemente en *Kasanin*, porque tiene parientes en Missouri. Y Marge Morrison, otra chica que conocía; tenía hebefrenia, cosa que siempre me molesta. Ya ha salido: recibí una postal suya. Y Bob Ackers, un compañero de habitación. Y Eddy Weiss...

Maury se había puesto en pie.

-Será mejor que nos vayamos.

Salimos juntos del café.

-¿Conoces a Sam Barrows? -pregunté.

-Claro Bueno, no en persona. Le conozco de oídas. Es un tipo feliz. Apuesta por todo. Si una de sus mujeres (y esta historia es verídica) se tirara por la ventana de un hotel, apostaría a ver con qué golpearía primero el pavimento, con la cabeza o con el culo. Es como uno de esos

especuladores de los viejos tiempos, uno de los capitanes de las finanzas. Para él la vida es un juego. Le admiro.

-Pris también.

-Demonios, ella le adora. Fue a verle. Se estuvieron mirando mutuamente..., fue un flechazo. Él la galvanizó, la magnetizó o algo por el estilo. Apenas pudo hablar durante semanas.

-¿Fue cuando buscaba empleo?

Maury asintió.

-No consiguió el trabajo, pero entró en el *sanctasanctórum*. Louis, este tipo puede oler todo tipo de posibilidades, oportunidades que nadie más podría encontrar en un millón de años. Deberías echarle un vistazo a *Fortune*; hace unos dos meses publicaron un gran reportaje sobre él.

-Por lo que me dijo, Pris le dio todo un discurso ese día.

-Le dijo que tenía un valor incalculable que nadie reconocía. Se suponía que él, evidentemente, lo reconocería. Ella le dijo que en su organización, trabajando para él, llegaría a la cima y sería conocida por todo el mundo. Pero se fue tal como vino. Le dijo que también era jugadora; quería arriesgarlo todo trabajando para él. ¿Te lo imaginas?

-No -respondí.

No me había contado esa parte.

-El Edwin M. Stanton fue idea de ella -dijo Maury tras una pausa.

Entonces era verdad. Aquello me hizo sentirme realmente mal.

-¿Fue idea suya que fuera Stanton?

-No, eso fue idea mía. Ella quería que se pareciera a Sam Barrows. Pero no había datos suficientes para introducir en su sistema de guía, así que buscamos libros de referencias sobre personajes históricos. Y como siempre me he interesado por la Guerra Civil, que es una afición particular desde hace años nos decidimos por el Stanton.

-Ya veo.

-Ella aún tiene a Barrows en la cabeza todo el tiempo. Es lo que su analista llama una idea obsesiva.

Nos dirigimos a la oficina de SAMA ASOCIADOS.

4

Cuando entramos en nuestra oficina, mi hermano Chester llamaba desde Boise para recordarnos que habíamos dejado al Edwin M. Stanton en el salón de casa y nos pedía que por favor nos lo lleváramos.

-Bien, intentaremos acercarnos por allí hoy -le prometí.

-Está sentado donde lo dejaste -dijo Chester-. Papá lo conectó unos minutos esta mañana para ver si daba las noticias.

-¿Qué noticias?

-Las de la mañana. El noticiario, como David Brinkley.

Quería decir dar las noticias de verdad. Así que mi familia había decidido que yo tenía razón, era una máquina después de todo, no una persona.

-¿Las dio? -pregunté.

-No -contestó Chester-. Se puso a hablar de la imprudencia antinatural de los Comandantes en el campo de batalla.

Cuando colgué el teléfono, Maury dijo:

-Tal vez Pris debería ir a recogerlo.

-¿Tiene coche?

-Puede usar el *Jaguar*. Sin embargo, creo que deberías ir con ella, por si tu padre aún se interesa.

Más tarde Pris apareció por la oficina, y pronto estuvimos de camino a Boise.

Durante la primera parte del viaje permanecimos en silencio. Pris conducía.

Me miró.

-¿Tienes contactos con alguien que esté interesado en el Stanton? -dijo súbitamente.

-No. Qué pregunta más extraña.

-¿Cuál es tu motivo real para hacer este viaje? Tienes un motivo oculto... irradia por cada poro de tu piel. Si por mí fuera, no te dejaría acercarte a cien metros del Stanton.

Mientras continuaba mirándome, supe que aún me esperaba la sesión de disección.

-¿Por qué no estás casado? -preguntó ella.

-No lo sé.

-¿Eres homosexual?

-¡No!

-¿Te encontró demasiado feo alguna chica de la que te enamoraste?

Gruñí.

-¿Qué edad tienes?

Aquello parecía bastante razonable. Sin embargo, en vista a la actitud general que tenía, no me atreví a contestarlo.

-Hum -murmuré.

-¿Cuarenta?

-No. Treinta y tres.

-Pero tu pelo es gris en las sienes y tienes unos dientes graciosos.

Deseé estar muerto.

-¿Cuál fue tu primera reacción ante el Stanton?

-Pensé: *«Vaya caballero de aspecto más distinguido tenemos aquí».*

-Estás mintiendo, ¿no?

-¡Sí!

-¿Qué pensaste realmente?

-Pensé: *«Vaya caballero de aspecto más distinguido tenemos aquí envuelto en papel de periódico».*

-Probablemente eres un viejo chiflado -dijo Pris pensativa-. Así que tu opinión no cuenta para nada.

-Escucha, Pris, alguien va a darte con un canto en los dientes un día de estos. ¿Comprendes?

-Apenas puedes contener tu hostilidad, ¿no? ¿Es porque has fracasado? Tal vez eres demasiado exigente contigo mismo. Cuéntame tus sueños y tus aspiraciones infantiles y te diré si...

-Ni lo pienses.

-¿Te da vergüenza? -Continuó estudiándome intensamente-. ¿Hacías cosas sexuales vergonzosas, como pone en los libros?

Me sentí a punto de desfallecer.

-Obviamente he tocado un tema sensible -dijo Pris-. Pero no te avergüences. Ya no lo haces, ¿no? Supongo que aún podrías hacerlo... No estás casado, y las normales vías de escape sexual te están negadas. -Reflexionó sobre esto-. Me pregunto qué es lo que hace Sam respecto al sexo.

-¿Sam Vogel? ¿Nuestro conductor que ahora está en Reno, estado de Nevada?

-No. Sam K. Barrows.

-Estás obsesionada -dije-. Tus pensamientos, tu forma de hablar, la manera en que embaldosas el baño, tu relación con el Stanton.

-El simulacro es brillantemente original.

-¿Qué diría tu analista sobre él?

-¿Milt Horstowski? Se lo conté. Ya lo dijo.

-Cuéntamelo. ¿No dijo que era una compulsión maníaca de algún tipo?

-No. Estuvo de acuerdo en que debería hacer algo creativo. Cuando le hablé del Stanton me alabó y deseó que saliera bien.

-Probablemente le mentiste.

-No. Le conté la verdad.

-¿Le hablaste de volver a librar la Guerra Civil con robots?

-Sí. Dijo que era atractivo.

-Jesucristo. Están todos locos.

-Todos menos tú, amiguito -dijo ella, alargando una mano y revolviéndome el pelo-. ¿Verdad?

No pude decir nada.

-Te tomas las cosas demasiado en serio -acusó Pris- Relájate y disfruta de la vida. Eres un tipo anal. Encadenado al deber. Deberías aflojar esos esfínteres por una vez y ver cómo te sientes. Quieres ser malo; ése es el deseo secreto del tipo anal. Sin embargo, siente que tiene que cumplir con su deber por eso es tan pedante y tiene tantas dudas todo el tiempo. Como esto; tienes dudas sobre esto.

-No tengo dudas. Sólo tengo una sensación de amenaza absoluta.

Pris se echó a reír y me alborotó el pelo.

-Es gracioso -dije-. Mi peor miedo.

-No es un miedo abrumador lo que sientes -dijo Pris casualmente-. Es simplemente un poco de ansia carnal y natural. En parte por mí. En parte por el dinero. Un poco por el poder. Un poco por la fama. -Indicó una cantidad pequeña con los dedos-. Aproximadamente esto es el total. Este es el tamaño de tus grandes emociones abrumadoras.

Me miró perezosamente, disfrutando.

Seguimos viajando.

En Boise, en casa de mis padres, recogimos el simulacro, lo volvimos a envolver con periódicos y lo metimos en el coche. Regresamos a Ontario y Pris me dejó en la oficina. Charlamos poco durante el viaje de vuelta; Pris estaba retraída y yo hervía de ansiedad y resentimiento hacia ella. Mi actitud parecía divertirla. Sin embargo, fui lo bastante listo para mantener la boca cerrada.

Cuando entré en la oficina, encontré a una mujer morena, bajita y regordeta esperándome. Llevaba un grueso abrigo y un maletín.

-¿Señor Rosen?

-Sí -contesté, preguntándome si traía alguna citación judicial.

-Soy Colleen Nild. De la oficina del señor Barrows. El señor Barrows me pidió que viniera a verle, si dispone de un momento.

Tenía una voz baja e insegura y pensé que parecía la sobrina de alguien.

-¿Qué quiere el señor Barrows? -pregunté cautelosamente, indicándole una silla.

Me senté frente a ella.

-El señor Barrows me ha dado una copia para usted de una carta que ha preparado para la señorita Pris Frauenzimmer.

De hecho, sacó tres hojas de papel cebolla. Me parecieron un poco confusas, pero obviamente era correspondencia comercial mecanografiada muy correctamente.

-Son ustedes la familia Rosen de Boise, ¿verdad? ¿Los que proponen la construcción de los simulacros?

Al echar un vistazo a la carta, vi que la palabra Stanton aparecía una y otra vez, Barrows contestaba a una carta de Pris que tenía que ver con el tema. Pero no pude comprender los pensamientos de Barrows; todo era demasiado confuso.

De pronto lo capté todo.

Barrows, obviamente había malinterpretado a Pris. Pensaba que la idea de volver a librar la Guerra Civil con simulacros electrónicos, manufacturados en nuestra fábrica de Boise, era una empresa cívica, un esfuerzo patriótico de buena voluntad para mejorar la educación, no una

propuesta de negocios. Eso es, me dije. Sí, tenía razón; Barrows le estaba dando las gracias por su idea, por pensar en él en conexión con ella... pero, decía, recibía solicitudes de este tipo diariamente, y ya estaba muy ocupado con otras cosas. Por ejemplo, gran parte de su tiempo lo dedicaba a luchar para condenar una empresa de material bélico en alguna parte de Oregón... La carta se volvía tan vaga en este punto que perdí el hilo por completo.

-¿Puedo quedarme con esto? -le pregunté a la señorita Nild.

-Hágalo, por favor. Y si quisiera hacer algún comentario, estoy segura de que al señor Barrows le interesará lo que diga.

-¿Cuánto tiempo lleva trabajando usted para el señor Barrows?

-Ocho años, señor Rosen.

Parecía feliz por ello.

-¿Es multimillonario, como dicen los periódicos?

-Supongo que sí, señor Rosen.

Sus ojos marrones parpadearon, aumentados por sus gafas.

-¿Trata bien a sus empleados?

Ella sonrió sin contestar.

-¿De qué trata ese proyecto inmobiliario de *Green Peach Hat* del que habla el señor Barrows en la carta?

-Ese es un término empleado para describir a *Gracious Prospect Heights*, uno de los mayores desarrollos de casas múltiples en el noroeste del Pacífico. El señor Barrows siempre lo ha llamado así, aunque originalmente fue un término despectivo. La gente que quería derribarlo inventó el término y el señor Barrows lo tomó (el término, quiero decir), para proteger a la gente que vivía allí, para que no se sintiera discriminada. Lo apreciaron. Enviaron una carta dándole las gracias por su ayuda en bloquear los procedimientos de condena, hubo casi dos mil firmas.

-Entonces ¿la gente que vive allí no quiere que lo derriben?

-Oh no. Son fieramente leales. Un grupo de santurrones, amas de casa y miembros de algunas sociedades se han puesto en contra, pero lo que se proponen es incrementar el valor de sus propiedades. Quieren que la tierra se use para hacer un club de campo o algo por el estilo. Se han bautizado como Comité de Ciudadanos del Noroeste para una Mejor Vivienda. Los lidera una tal señora Devorac.

Recordé que había leído algo sobre ella en los periódicos de Oregón, se movía en los círculos de moda, siempre relacionada con causas para defender. Su foto aparecía regularmente en primera página de la segunda sección.

-¿Por qué quiere salvar el señor Barrows esa casa?

-Le irrita la idea de que los ciudadanos norteamericanos sean privados de sus derechos. La mayoría son gente pobre. No tienen dónde ir. El señor Barrows comprende cómo se sienten porque él vivió en casas de una sola habitación durante años... ¿Sabe que su familia no tenía más dinero que cualquier otra? ¿Que él ganó su dinero con su propio trabajo y esfuerzo?

-Sí -respondí. Parecía esperar que continuara, así que dije-: Es hermoso que aún pueda identificarse con la clase trabajadora, aunque ahora sea multimillonario.

-Ya que la mayor parte de su dinero lo ganó con bienes inmobiliarios, es muy consciente de los problemas a los que la gente se enfrenta en su esfuerzo por conseguir una casa digna. Para las damas de sociedad como Silvia Devorac, *Green Peach Hat* es simplemente un feo conglomerado de viejos edificios; ninguna de ellas ha entrado en uno; nunca se les ocurriría hacerlo.

-Sabe -dije-, oír hablar así del señor Barrows me hace pensar que nuestra civilización no se está hundiendo.

Ella me dirigió una sonrisa cálida e informal.

-¿Qué sabe sobre el simulacro electrónico Stanton? -le pregunté.

-Sé que se ha construido uno. La señorita Frauenzimmer lo mencionó en sus contactos con el señor Barrows, tanto por carta como por teléfono. Creo que el señor Barrows me dijo que la

señorita Frauenzimmer quería meter el simulacro electrónico Stanton en un autobús *Greyhound* y que viajara solo hasta Seattle, donde está normalmente el señor Barrows. Ésa sería su manera de demostrar gráficamente su habilidad para mezclarse con los seres humanos sin hacerse notar.

-Excepto por su graciosa perilla y sus ropas pasadas de moda.

-No conocía esos detalles.

-Posiblemente el simulacro podría discutir con un taxista cuál es el camino más corto desde la estación de autobuses a la oficina del señor Barrows -le dije-. Eso sería una prueba adicional de su humanidad.

-Se lo mencionaré al señor Barrows -dijo Colleen Nild.

-¿Conoce el Órgano Electrónico Rosen o nuestras Espinetas?

-No estoy segura.

-La Fábrica Rosen de Boise produce los mejores Órganos Electrónicos que existen. Son muy superiores al Órgano *Hammerstein*, que emite un sonido no más adecuado que el de una flauta modificada.

-Tampoco sabía eso -dijo la señora o señorita Nild-. Se lo mencionaré al señor Barrows. Siempre ha sido un amante de la música.

Aún estaba leyendo la carta de Barrows cuando regresó mi socio de tomar el café del mediodía. Se la mostré.

-Barrows le escribe a Pris -dijo, sentándose para observarla-. Tal vez lo hemos conseguido, Louis. ¿Podría ser? Supongo que esto no es una creación de la mente de Pris. Cielos es difícil entender a este tipo. ¿Está diciendo que le interesa el Stanton o no?

-Barrows parece decir que de momento está completamente ocupado con un proyecto propio, esa casa de vecinos llamada *Green Peach Hat*.

-Yo viví allí -dijo Maury-. A finales de los cincuenta.

-¿Cómo es?

-Louis, es el infierno. Tendrían que pegarle fuego. Sólo una cerilla, nada más, ayudaría a ese sitio.

-Algunos tipos coinciden contigo.

-Si quieren que alguien encienda la cerilla, yo lo haré personalmente -dijo Maury con voz tensa-. Puedes venir conmigo. Sam Barrows es el dueño de ese lugar.

-Ah.

-Está ganando una fortuna con los alquileres. El alquiler de suburbios es uno de los mejores negocios que existen hoy día; sacas de un quinientos a un seiscientos por ciento del valor de tu inversión. Bueno, supongo que no podemos dejar que una opinión personal se entrometa en el negocio. Barrows sigue siendo un hombre de negocios y es la mejor persona para avalar los simulacros, aunque sea un ricachón rompehuelgas. Pero ¿dices que en la carta está rehusando la idea?

-Puedes llamarle por teléfono y averiguarlo. Parece que Pris lo ha hecho.

Maury cogió el teléfono y marcó.

-Espera -dije.

Me miró.

-Tengo un mal presentimiento.

-Con el señor Barrows -dijo Maury al teléfono.

Le quité el aparato y colgué.

-¡Qué cobarde! -acusó Maury, lleno de furia. Cogió el auricular y marcó una vez más-. Operadora, se ha cortado la comunicación.

Buscó la carta; tenía el número telefónico en la cabecera. Cogí la carta e hice con ella una pelota y la arrojé al otro lado de la habitación.

Maldiciéndome, Maury colgó.

Nos miramos uno al otro, respirando pesadamente.

-¿Qué pasa contigo? -preguntó Maury.

-Creo que no deberíamos relacionarnos con un hombre como ése.

-¿Cómo qué?

-¡A quién los dioses destruyen primero le vuelven loco!

Eso le sacudió.

-¿Qué quieres decir? -murmuró, ladeando la cabeza y mirándome como un pájaro-. ¿Crees que estoy loco por llamar? ¿Que debería estar en una Clínica? Tal vez. Pero de todas formas, lo intentaré.

Pescó el pedazo de papel, lo alisó, memorizó el número y volvió junto al teléfono. Marcó otra vez.

-Es nuestro fin -dije.

Hubo una pausa.

-Hola -dijo Maury de repente-. Póngame con el señor Barrows, por favor. Soy Maury Rock, de Ontario, Oregón.

Otra pausa.

-¿Señor Barrows? Soy Maury Rock. -Sonrió de oreja a oreja; se echó hacia adelante, apoyando el codo en el muslo-. Tengo una carta suya dirigida a mi hija, señor, Pris Frauenzimmer... referente a nuestro invento que conmocionará al mundo, el simulacro electrónico personificando al encantador Secretario de la Guerra de Lincoln, Edwin MacMasters Stanton. -Otra pausa y luego me miró-. ¿Le interesa, señor?

Otra pausa, esta vez mucho más larga.

No vas a vendérselo, Maury, me dije.

-Señor Barrows -dijo Maury-. Sí, comprendo lo que quiere decir. Es cierto, señor. Pero déjeme aclarárselo, por si lo ha pasado por alto.

La conversación continuó durante lo que me pareció una eternidad. Por fin, Maury dio las gracias a Barrows, dijo adiós y colgó.

-No cuela -dije.

Él me miró atentamente.

-¡Guau!

-¿Qué dijo?

-Lo mismo que en la carta. Aún no lo ve como una aventura comercial. Cree que somos una Organización Patriótica. -Parpadeó y sacudió la cabeza, intrigado-. No cuela, como dices.

-Lástima.

-Tal vez sea lo mejor -dijo Maury, pero parecía simplemente resignado, no como si lo creyera.

Algún día lo intentaría de nuevo. Aún tenía esperanza.

Estábamos tan lejos como siempre.

5

Durante las dos semanas siguientes, las predicciones de Maury sobre la caída de los Órganos Electrónicos Rosen parecieron cumplirse. Todos los camiones reportaron pocas ventas. Y vimos que los de *Hammerstein* empezaban a anunciar uno de sus órganos por menos de mil dólares. Por supuesto, su precio no incluía gastos de envío ni del banco, pero seguía siendo una mala noticia para nosotros.

Mientras tanto, el Stanton entraba y salía de nuestra oficina. A Maury se le ocurrió la idea de construir un salón de ventas y hacer que el Stanton mostrara las Espinetas. Me pidió permiso para llamar a un contratista que reconstruyera la planta baja del edificio; el trabajo empezó, mientras el Stanton ayudaba a Maury con el correo y escuchaba lo que iba a tener que hacer cuando se terminara el salón de ventas. Maury le sugirió que afeitara la barba, pero

después de una discusión, olvidó su idea y el Stanton continuó como siempre, con sus largas patillas blancas.

-Más adelante -me explicó Maury cuando el Stanton no estaba presente-, voy a demostrárselo. Estoy en proceso de acabar un contrato de ventas a ese efecto.

Me explicó que tenía la intención de introducir la técnica de ventas en el cerebro del Stanton en forma de una cinta de instrucciones. De esa manera no habría discusiones, como había sucedido con las patillas.

Todo el tiempo Maury se encargó de preparar un segundo simulacro. Estaba en un camión-taller de reparaciones de SAMA, en una de las carreteras, en proceso de ensamblaje. El jueves, las fuerzas que decretaron nuestra nueva dirección me permitieron verlo por primera vez.

-¿Quién va a ser? -pregunté, estudiándolo con pesadumbre.

No era más que un gran conjunto de solenoides, cables, circuitos y similares, todos montados sobre paneles de aluminio. Bundy estaba atareado probando una mónada central; tenía un voltímetro en mitad de los cables, y estudiaba las lecturas del aparato.

-Éste es Abraham Lincoln -dijo Maury.

-Te has vuelto loco.

-En absoluto. Quiero algo realmente grande para llevarlo a Barrows cuando le visite el mes que viene.

-Oh, ya veo. No me has hablado de eso.

-¿Creías que iba a rendirme?

-No -admití-. Sabía que no te rendirías; te conozco.

-Tengo instinto -dijo Maury.

La tarde siguiente, tras algunas sombrías reflexiones, busqué en la guía el número del doctor Horstowski. La consulta del psiquiatra externo de Pris estaba en la mejor zona residencial de Boise. Le llamé y le pedí una cita lo antes posible.

-¿Puedo preguntar quién le recomendó? -dijo su enfermera.

-La señorita Priscilla Frauenzimmer -contesté con disgusto.

-Muy bien, señor Rosen. El doctor Horstowski puede verle mañana a la una y media.

Técnicamente, se suponía que yo tenía que estar en la carretera de nuevo, buscando comunidades donde mandar nuestros camiones. Se suponía que tenía que estar haciendo mapas e insertando anuncios en los periódicos. Pero desde la llamada que Maury había hecho a Barrows algo había cambiado en mi interior.

Tal vez tenía que ver con mi padre. Desde el día que puso los ojos en el Stanton y descubrió que no era más que una máquina que parecía un hombre, se había debilitado progresivamente. En vez de acudir a la fábrica todas las mañanas se quedaba en casa, normalmente pegado al televisor; las veces que le vi tenía una expresión preocupada y sus facultades parecían mermadas.

Se lo mencioné a Maury.

-Pobre hombre -dijo Maury-. Louis, odio tener que decirlo, pero Jerome está chocheando.

-Me doy cuenta.

-No podrá seguir compitiendo mucho tiempo.

-¿Qué sugieres que haga?

-Apártale de los sobresaltos y la pugna del mercado. Consulta con tu madre y con tu hermano; descubre qué afición ha querido tener siempre Jerome. Tal vez montar maquetas de los aviones de la Primera Guerra Mundial, como el *Fokker Triplano* o el *Spad*. Deberías averiguarlo, Louis, por el pobre hombre. ¿Te parece bien, amigo?

Asentí.

-En parte es culpa tuya -dijo Maury-. No te has preocupado por él adecuadamente. Cuando un hombre llega a su edad necesita apoyo. No me refiero a apoyo financiero. Quiero decir..., demonios, quiero decir espiritual.

Al día siguiente fui a Boise y, a la una y veinte, aparqué ante el moderno edificio de oficinas del doctor Horstowski.

Cuando el doctor Horstowski apareció en el recibidor para acompañarme a su despacho, me encontré frente a un hombre que parecía un huevo. Su cuerpo era redondo; su cabeza era redonda; llevaba gafitas redondas, no había ninguna línea recta en él, y cuando andaba avanzaba como si estuviera rodando. Su voz era también leve y suave. Y, sin embargo, cuando entré en su despacho y me senté y le miré de cerca, vi que había otro rasgo en él que no había advertido: tenía una nariz grande y ganchuda como el pico de un loro. Y ahora que me daba cuenta, pude oír en su voz un sorprendente tono de gran rudeza.

Se sentó con una libreta de papel de rayas y una pluma, cruzó las piernas y empezó a hacerme una serie de preguntas tontas y rutinarias.

-¿Para qué deseaba verme? -preguntó por fin, en una voz que apenas llegaba al límite de lo audible, pero que al mismo tiempo era claramente inteligible.

-Bueno, tengo el siguiente problema. Soy socio de la firma SAMA ASOCIADOS. Y creo que mi socio y su hija están contra mí y planean a mis espaldas. Especialmente siento que están dispuestos a degradar y destruir a mi familia, en particular a mi anciano padre, Jerome, que ya no tiene fuerzas suficientes para aceptar ese tipo de cosas.

-¿Qué *«tipo de cosas»*?

-Esta destrucción deliberada y despiadada de la fábrica de Órganos Electrónicos y Espinetas y nuestro sistema de ventas en favor de un esquema loco y grandioso para salvar a la humanidad de ser derrotada por los rusos o algo por el estilo. No puedo averiguar de qué se trata, para ser sincero.

-¿Por qué no puede «averiguarlo»?

Su pluma arañó el papel.

-Porque cambia de un día a otro. -Hice una pausa. La pluma también-. Parece que está diseñado para dejarme indefenso. Como resultado, Maury se hará cargo del negocio y tal vez de la fábrica. Y están mezclados con un personaje increíblemente rico y poderoso, Sam K. Barrows, de Seattle, cuya foto pudo ver usted posiblemente en la portada de la revista *Look*.

Me callé.

-Vamos. Continúe -anunció él, como si fuera un instructor de retórica.

-Bueno, además, he notado que la hija de mi socio, que es quien lleva las riendas en todo esto, es una ex psicótica peligrosa de la que sólo se puede decir que es dura como el hierro y carece de escrúpulos.

Miré al psiquiatra con expectación, pero él no dijo nada ni mostró ninguna reacción visible.

-Pris Frauenzimmer -dije.

Él asintió.

-¿Cuál es su opinión? -pregunté.

-Pris es una personalidad dinámica -dijo el doctor Horstowski, chasqueando la lengua y mirando sus notas.

Esperé, pero eso fue todo.

-¿Cree que es mi mente? -pregunté.

-¿Cuál cree que es su motivo para hacer todo esto? -me preguntó.

Eso me cogió por sorpresa.

-No lo sé. ¿Es asunto mío averiguarlo? Demonios, quieren venderle los simulacros a Barrows y hacerse de oro, ¿qué más? Supongo que ganar un montón de prestigio y poder, tienen sueños maníacos.

-¿Y usted se interpone en su camino?

-Eso es.

-Usted no tiene sueños así.

-Soy realista. O al menos intento serlo. En lo que a mí respecta, ese Stanton... ¿lo ha visto usted?

-Pris vino una vez con él. Se quedó en la sala de espera mientras la atendía.

-¿Qué hizo?

-Leyó la revista *Life*.

-¿No le puso la piel de gallina?

-Creo que no.

-¿No le asustó pensar que esos dos, Maury y Pris, pudieran imaginar una cosa tan antinatural y peligrosa como ésa?

El doctor Horstowski se encogió de hombros.

-¡Cristo! -dije amargamente-, está usted aislado. Está a salvo en su consulta. ¿Qué le puede importar lo que suceda en el mundo?

El doctor Horstowski me dirigió lo que parecía ser una sonrisa fugaz pero relamida. Aquello me puso furioso.

-Doctor, Pris está jugando con usted de manera cruel. Me envió aquí. Soy un simulacro, como el Stanton. Se suponía que no podía descubrir el pastel, pero no puedo continuar más. Sólo soy una máquina, hecha de circuitos e interruptores. ¿Ve lo siniestro que es todo esto? Se lo ha hecho incluso a usted. ¿Qué le parece?

-¿Me dijo usted si está casado? -dijo el doctor Horstowski tras escribir esto-. En ese caso, ¿cuál es el nombre de su esposa, qué tiene y a qué se dedica? ¿Y dónde nació?

-No estoy casado. Tuve una novia, una chica italiana que cantaba en un club nocturno. Era alta y tenía el pelo negro. Se llamaba Lucrezia, pero nos pedía que la llamáramos Mimi. Más tarde murió de tuberculosis. Eso fue después de que rompiéramos. Nos peleábamos mucho.

El psiquiatra anotó cuidadosamente todos estos hechos.

-¿No va a contestar a mi pregunta? -dije.

Fue inútil. El psiquiatra, si es que reaccionó de alguna manera al ver el simulacro sentado en su consulta leyendo *Life*, no iba a revelarlo. O tal vez no tuvo ninguna; tal vez no le importaba a quién pudiera encontrar leyendo sus revistas: tal vez había aprendido hacía mucho tiempo a aceptar a cualquiera que encontrara allí.

Pero al menos pude conseguir que me diera una respuesta sobre Pris, a quien yo consideraba aún peor que al simulacro.

-Tengo mi revólver del cuarenta y cinco y las balas -dije-. Es todo lo que necesito, ya llegará la ocasión. Es sólo cuestión de tiempo antes de que ella intente la misma crueldad con alguien más como hizo conmigo. Considero que es mi sagrado deber eliminarla.

Tras escrutarme, Horstowski dijo:

-Su problema real, como usted lo ha nombrado, y yo le creo, es la hostilidad que siente, una hostilidad silenciosa y contenida hacia su socio y su hija, que tiene dificultades propias y que está buscando activamente soluciones a su modo lo mejor que puede.

Dicho así, no parecía tan bien. Eran mis propios sentimientos los que me acuciaban, no el enemigo. No había ningún enemigo. Sólo estaba mi propia vida emocional, suprimida y negada.

-Bien, ¿qué puede hacer por mí? -pregunté.

-No puedo hacer que le guste su situación actual. Pero puedo ayudarle a comprenderla. -Abrió un cajón de su escritorio; vi cajas y botellas y sobres de píldoras, un nido de muestras médicas amontonadas. Tras rebuscar, Horstowski sacó un frasquito y lo abrió-. Puedo darle esto. Tome dos al día, una cuando se levante y otra cuando se vaya a la cama. Hubrizina.

Me tendió el frasquito.

-¿Qué es lo que hace?

Me metí el frasquito en el bolsillo.

-Puedo explicárselo porque está usted familiarizado profesionalmente con el Órgano de Sensaciones. La Hubrizina estimula la porción anterior de la región espetal del cerebro. La estimulación en esa zona, señor Rosen, le proporcionará mayor sentido de la alerta, más alegría y alivio. Es comparable al Órgano de Sensaciones *Hammerstein*.

Me tendió un pequeño impreso de papel doblado; vi que tenía las instrucciones de *Hammerstein* en él.

-Pero el efecto de la droga es mucho más intenso; como sabe, la amplitud del *postshock* producida por el Órgano de Sensaciones está severamente limitada por la ley.

Leí críticamente el prospecto. Por Dios, traducido a notas era similar a la *«Obertura del Cuarteto Dieciséis»* de Beethoven.

«¡Qué reclamo para los entusiastas del Tercer Período de Beethoven! -pensé-. Con sólo mirar los números me siento mejor».

-Casi puedo tararear esta droga -dije-. ¿Quiere que lo intente?

-No, gracias. Comprenda que si la drogoterapia no es aplicable en su caso, siempre podremos intentar la extracción de los lóbulos temporales; nos basaremos, naturalmente, en un extenso estudio cerebral que tendrá que realizarse en el *Hospital VC* de San Francisco o en *Monte Sión*. No tenemos instalaciones aquí. Prefiero que lo evite en la medida de lo posible, ya que frecuentemente se considera que la sección de los lóbulos temporales no puede perderse. El Gobierno ha abandonado su uso en las Clínicas, ya sabe.

-Prefiero no ser intervenido -coincidí-. Tengo amigos que han pasado por eso... pero personalmente me da escalofríos. Déjeme preguntarle una cosa. ¿Tiene por casualidad una droga que, en términos del Órgano de Sensaciones, corresponda a fragmentos del *Movimiento Coral de la Novena* de Beethoven?

-No, que yo sepa -dijo Horstowski.

-Me siento particularmente bien en un Órgano de Sensaciones cuando interpreto la parte en que el coro canta *«Must ein Lieber Vater wohnen»*, y luego muy alto, como los ángeles, los violines y la soprano cantan como respuesta *«Ubrem Sternenzelt».*

-Debo decir que no estoy familiarizado con todo eso -admitió Horstowski.

-Se están preguntando si existe un Padre Celestial, y entonces la respuesta muy alta es sí, sobre el reino de las estrellas. Esa parte, si puede encontrar la correspondencia en términos de farmacología, podría beneficiarme muchísimo.

El doctor Horstowski sacó una gruesa libreta y empezó a hojearla.

-Me temo que no puedo localizar una píldora que corresponda a eso. Sin embargo, puede consultar con los ingenieros *Hammerstein*.

-Buena idea.

-Ahora, en lo referente a Pris. Creo que se pasa un poco viéndola como una amenaza. Después de todo, es usted libre de no asociarse con ella para nada, ¿no?

Me miró astutamente.

-Eso creo.

-Pris le ha desafiado. Es una personalidad provocativa... la mayoría de las personas que la conocen, imagino, tienen la misma sensación que usted. Ésa es la forma que tiene Pris de hacerles reaccionar. Probablemente está relacionado con su bagaje científico... es una forma de curiosidad; quiere ver qué es lo que pone nerviosa a la gente -sonrió.

-En ese caso -dije yo-, casi mató al espécimen cuando empezó a investigarlo.

-¿Cómo dice? -Se frotó la oreja-. Sí, un espécimen. A veces percibe a las otras personas de esa manera. Pero yo no dejaría que eso me molestara. Vivimos en una sociedad donde el despegue es casi esencial.

Mientras lo decía, el doctor Horstowski no dejaba de escribir en su libro de citas.

-¿En qué piensa cuando imagina a Pris? -murmuró.

-En leche.

-¡Leche! -Abrió mucho los ojos-. Interesante. Leche...

-No voy a volver -le dije-, así que no tiene sentido que me dé esa tarjeta.

Sin embargo, la acepté.

-¿Se acabó el tiempo por hoy?

-Lamentablemente, sí -dijo el doctor Horstowski.

-No bromeaba cuando le dije que era uno de los simulacros de Pris. Antes había un Louis Rosen, pero ya no. Ahora sólo estoy yo. Y si algo me pasa, Pris y Maury tienen las cintas de instrucciones para crear otro. Pris hace el cuerpo con azulejos. Está muy bien hecho, ¿verdad? Le engañó a usted, y a mi hermano Chester, y casi a mi padre. Ésa es la razón real por la que se siente tan infeliz, se imaginó la verdad.

Tras decir esto, me despedí con un gesto y salí del despacho, crucé el recibidor y me dirigí a la calle.

Pero usted nunca lo imaginará, doctor Horstowski. Ni en un millón de años. Soy lo bastante bueno para engañarle a usted y al resto de los que son como usted.

Entré en mi *Chevrolet Magic Fire* y conduje lentamente de regreso a la oficina.

6

Después de haberle dicho al doctor Horstowski que yo era un simulacro, no pude quitarme la idea de la cabeza. Una vez había existido un auténtico Louis Rosen pero ahora había muerto y yo ocupaba su lugar, engañando a casi todos, incluido yo mismo.

La idea persistió durante la semana siguiente, remitiendo cada día, pero sin desaparecer del todo.

Y, sin embargo, a otro nivel, sabía que era una idea absurda sólo un montón de tonterías que se me habían ocurrido por causa de mi resentimiento hacia el doctor Horstowski.

El efecto inmediato de tal idea fue hacerme estudiar el simulacro de Edwin M. Stanton. Cuando llegué a la oficina después de mi visita al médico, le pregunté a Maury dónde podía encontrar aquella cosa.

-Bundy le está suministrando una nueva cinta de datos. Pris apareció con una biografía de Stanton con material nuevo -dijo Maury, y siguió leyendo sus cartas.

Encontré a Bundy en el taller con el Stanton; ya había terminado y lo estaba ensamblando. Ahora le hacía preguntas.

-Andrew Johnson traicionó a la Unión por su incapacidad de concebir los Estados rebeldes como... -Al verme, Bundy se interrumpió-. Hola, Rosen.

-Quiero hablar con esa cosa, ¿de acuerdo?

Bundy se marchó, dejándome solo con el Stanton. Estaba sentado en un sillón tapizado de marrón y tenía un libro abierto en el regazo. Me miró fijamente.

-Señor -le dije-, ¿me recuerda?

-Sí, señor. Le recuerdo. Es usted el señor Louis Rosen de Boise, Idaho. Recuerdo una velada muy interesante con su padre. ¿Se encuentra bien?

-No tan bien como desearía.

-Lástima.

-Señor, me gustaría hacerle una pregunta. ¿No le parece extraño que aunque nació usted hacia el mil ochocientos esté aún vivo en mil novecientos ochenta y dos? ¿Y no le parece extraño ser desconectado de vez en cuando? ¿Y que esté hecho de transistores y relés? Antes no lo era, porque en mil ochocientos no existían transistores ni relés.

Hice una pausa esperando.

-Sí -coincidió el Stanton-, son cosas extrañas. Tengo aquí un volumen -levantó su libro- que trata de la nueva ciencia de la cibernética y esta ciencia ha vertido un poco de luz sobre mi perplejidad.

Eso me excitó.

-¡Su perplejidad!

-Sí, señor. Durante mi estancia con su padre discutí materias sorprendentes de esa naturaleza con él. Cuando considero la brevedad de mi vida, consumida en la eternidad, y el pequeño espacio que ocupo en la infinita inmensidad de espacios que no conozco y que no me conocen, tengo miedo.

-Yo pensaría lo mismo -dije.

-Tengo miedo, señor, y me pregunto por qué estoy aquí y no allí. Porque no hay razón para que tenga que estar aquí en vez de allí, ahora en vez de entonces.

-¿Ha llegado a alguna conclusión?

El Stanton se aclaró la garganta, sacó un pañuelo de lino y se sonó cuidadosamente la nariz.

-Me parece que el tiempo debe de moverse en extraños saltos, pasando sobre épocas intermedias. Pero no sé por que tengo que hacer una cosa, o incluso cómo. En un cierto punto, la mente no puede llegar más lejos.

-¿Quiere oír mi teoría?

-Sí, señor.

-Sostengo que ya no hay ningún Edwin M. Stanton ni ningún Louis Rosen. Los hubo una vez, pero están muertos. Somos máquinas.

El Stanton me miró, con la cara redonda y arrugada, contraída.

-Es posible que haya algo de verdad en eso -dijo por fin.

-Y Maury Rock y Pris Frauenzimmer nos diseñaron y Bob Bundy nos construyó -dije-. Y ahora mismo están trabajando en el simulacro de Abraham Lincoln.

La cara redonda y arrugada se ensombreció.

-El señor Lincoln está muerto.

-Lo sé.

-¿Quiere decir que le harán regresar?

-Sí.

-¿Por qué?

-Para impresionar al señor Barrows.

-¿Quién es el señor Barrows?

La voz del anciano se apagó.

-Un multimillonario que vive en Seattle, Washington. Fue la influencia que hizo que los corredores de fincas empezaran a vender parcelas en la Luna.

-Señor, ¿ha oído hablar de Artemus Ward?

-No -admití.

-Si el señor Lincoln es revivido usted estará sujeto a interminables selecciones humorísticas de los escritos del señor Ward.

Frunciendo el ceño, el Stanton recogió su libro y se puso a leer una vez más. Tenía la cara roja y sus manos temblaban. Obviamente había dicho algo erróneo.

Realmente no sabía mucho sobre Edwin M. Stanton. Ya que todo el mundo hoy adora a Abraham Lincoln, no se me había ocurrido que el Stanton sintiera de otro modo. Pero uno vive y aprende. Después de todo, la conducta del simulacro se había formado hacía más de un siglo, y no se puede hacer gran cosa para cambiar una conducta tan antigua.

Me excusé -el Stanton apenas levantó la vista y asintió-, y me dirigí a la biblioteca calle abajo. Quince minutos más tarde tenía la *«Enciclopedia Británica»* desplegada sobre una mesa. Busqué información sobre Lincoln y Stanton y luego sobre la Guerra Civil.

El artículo sobre Stanton era breve, pero interesante. Stanton había odiado a Lincoln; el viejo había pertenecido al Partido Demócrata, y odiaba y desconfiaba del Partido Republicano. Describía a Stanton como una persona áspera, cosa que yo ya había advertido, y hablaba de muchas pugnas con Generales, especialmente con Sherman. El artículo decía, además, que el viejo fue bueno en su trabajo a las órdenes de Lincoln, despidió a contratistas fraudulentos y mantuvo a las tropas bien equipadas. Y al final de las hostilidades pudo desmovilizar a 800.000 hombres, algo nada fácil después de una sangrienta Guerra Civil.

El problema no había empezado hasta la muerte de Lincoln. Había estado en el aire cierto tiempo, entre Stanton y el Presidente Johnson; en realidad, parecía que el Congreso iba a hacerse cargo y sería el único cuerpo gobernante. Mientras leía el artículo empecé a hacerme

una idea bastante buena del viejo. Era un auténtico tigre. Tenía un temperamento violento y una lengua afilada. Casi expulsó a Johnson y estuvo a punto de proclamarse dictador militar.

Pero la *«Británica»* también añadía que Stanton era completamente honesto y un patriota genuino.

El artículo sobre Johnson decía claramente que Stanton era desleal a sus jefes y estaba coligado con sus enemigos. Llamaba repugnante a Stanton. Era un milagro que Johnson no hubiera despedido al viejo.

Cuando devolví los volúmenes de la *«Británica»* en sus estantes suspiré aliviado: sólo en aquellos artículos se podía respirar la atmósfera de puro veneno que reinaba en aquellos días, las intrigas y los odios, como algo salido de la Rusia medieval. En realidad, todos los complots al final de la vida de Stalin eran muy parecidos.

Mientras regresaba lentamente a la oficina, pensé: *«¿Un amable anciano? ¡Un cuerno!».* La combinación Rock-Frauenzimmer había despertado a algo más que a un hombre; había despertado a alguien que había sido una fuerza horrible y temible en la historia de este país. Mejor podrían haber hecho un simulacro de Zachary Taylor. No había duda de que había sido Pris y su mente perversa y nihilista quienes habían forjado este plan, este tipo concreto de entre todos los miles y millones posibles. ¿Por qué no Sócrates? ¿O Gandhi?

Y ahora esperaban tranquila y felizmente dar vida a un segundo simulacro: alguien hacia quien Edwin M. Stanton había sentido gran animosidad. ¡Idiotas!

Allí, a no más de una docena de metros de distancia, en la más grande de las mesas de trabajo de SAMA estaba la masa de circuitos medio terminados que un día sería el Lincoln. ¿Le había hecho algo el Stanton? ¿Había relacionado esta confusión electrónica con lo que yo había dicho? Eché una ojeada al nuevo simulacro. No parecía que nadie hubiera estado manoseándolo de manera inadecuada. Se notaba el cuidadoso trabajo de Bundy, nada más. Seguramente, si el Stanton hubiera hecho algo en mi ausencia se notarían algunos segmentos rotos o quemados. No vi nada así.

Pensé que Pris probablemente estaría en casa, poniendo los últimos detalles en las mejillas hundidas del caparazón del Abraham Lincoln que albergaría todas esas partes. Aquello, en sí, era un trabajo delicado. La barba, las manos grandes, las piernas huesudas, los ojos tristes. Un campo para que su creatividad, su alma artística tuvieran rienda suelta. No aparecería hasta que hubiera hecho un trabajo superior.

Volví a subir la escalera y me enfrenté a Maury.

-Escucha, amigo. Esa cosa, Stanton, va a pegarle un tiro al *Honesto Abe* en la cabeza. ¿O no te has molestado en leer los libros de historia? -Y entonces lo comprendí-. Tuviste que leer los libros para hacer las cintas de instrucciones. ¡Así que sabes mejor que nadie lo que siente el Stanton hacia Lincoln! ¡Sabes que está dispuesto a lanzarse al cuello de Lincoln en cualquier momento!

-No me mezclo con la política. -Maury soltó sus cartas por un momento, suspirando-. El otro día fue mi hija, ahora es el Stanton. Siembre hay algún horror oculto. Tienes la mente de una criada vieja, ¿lo sabías? Lárgate y déjame trabajar.

Bajé la escalera y volví al taller.

Allí, como antes, estaba sentado el Stanton, pero ahora ya había terminado su libro. Estaba reflexionando.

-Joven -me llamó-, déme más información sobre ese Barrows. ¿Dijo que vive en el Capitolio?

-No, señor, en el Estado de Washington.

Le expliqué dónde estaba.

-¿Y es cierto, como me ha dicho el señor Rock, que ese Barrows hizo que la Feria Mundial se celebrara en esa ciudad debido a su gran influencia?

-Eso he oído. Naturalmente, cuando un hombre es tan rico y excéntrico se inventan todo tipo de leyendas en torno a su persona.

-¿Se celebra aún la Feria?

-No, eso fue hace años.

-Lástima -murmuró el Stanton-. Quería ir.

Aquello me conmovió. Una vez más reexperimenté mi primera impresión de que en muchos aspectos era más humano que nosotros, Dios nos ayude, que Pris o Maury o incluso yo, Louis Rosen. Sólo mi padre le superaba en dignidad. El doctor Horstowski..., otra criatura sólo parcialmente humana, empequeñecido por este simulacro electrónico. ¿Qué me dices de Barrows? ¿Cómo será al compararlo cara a cara con el Stanton?

¿Y el Lincoln? Me preguntaba cómo nos sentiríamos ante él y qué aspecto tendríamos.

-Me gustaría conocer su opinión sobre la señorita Frauenzimmer, señor -le dije al simulacro-. Si puede concederme unos minutos.

-Puedo hacerlo, señor Rosen.

Me senté en un neumático de camión frente a su silla.

-Conozco a la señorita Frauenzimmer desde hace algún tiempo. No estoy seguro de cuánto precisamente. Pero no importa. Nos conocemos. Ella ha salido recientemente de la *Clínica Médica Kasanin* en Kansas City, Missouri, y ha vuelto con su familia. De hecho, vivo en la casa de los Frauenzimmer. Tiene los ojos de color gris claro y mide un metro setenta. Me han dicho que ha perdido peso. No puedo decir sino que me parece hermosa. Ahora, en cuanto a temas más profundos, aunque sea emigrante es de lo más valioso, pues está embebida de la visión norteamericana, es decir que una persona sólo está limitada por su capacidad y puede llegar adónde quiera en la vida gracias a esa capacidad. Eso no quiere decir, sin embargo, que todos los hombres puedan promocionarse de la misma manera; lejos de eso. Pero la señorita Frauenzimmer tiene bastante razón al no aceptar cualquier trabajo que niegue la expresión de esas habilidades y siente cualquier intrusión con un destello de fuego en sus ojos grises.

-Parece que ha reflexionado usted mucho -dije.

-Señor, es un tema que merece cierta consideración. Usted mismo lo ha sacado a colación, ¿no? -Sus fríos ojos chispearon un instante-. La señorita Frauenzimmer es básicamente buena de corazón. Es un poco impaciente, y tiene mucho temperamento. Pero el temperamento es el yunque de la justicia, sobre el cual deben forjarse los duros hechos de la realidad. Los hombres sin temperamento son como animales sin vida; es la chispa que vuelve un montón de pelo, piel, carne y grasa en una expresión viva del Creador.

Tengo que admitir que me impresionó la arenga del Stanton.

-Lo que me preocupa de Priscilla -continuó el Stanton- no es su fuego y su espíritu. Cuando confía en su corazón, lo hace correctamente. Pero Priscilla no oye siempre los dictados de su corazón. Lamento decirlo, señor, a menudo presta atención a los dictados de su cabeza. Y aquí empiezan las dificultades.

-Ah -dije.

-Pues la lógica de una mujer no es la lógica del filósofo. De hecho, es una sombra viciada y pálida del conocimiento del corazón y, como sombra más que como entidad, no es una guía apropiada. Las mujeres, cuando oyen a su mente y no a su corazón, se equivocan rápidamente, y esto puede verse fácilmente en el caso de Priscilla Frauenzimmer. Pues cuando se deja guiar por esto, se vuelve mala.

-¡Ah! -exclamé, excitado.

-Exactamente -asintió el Stanton, y me señaló con el dedo-. Usted también, señor Rosen, ha advertido esa sombra, esa frialdad especial que emana de la señorita Frauenzimmer. Y veo que eso le ha llenado de preocupación, igual que a mí. No sé cómo se enfrentará con esto en el futuro, pero debe hacerlo. Pues el Creador quiso que estuviera en paz consigo misma, y en este mismo momento no lo está con esa faceta fría, impaciente y abundantemente razonable y calculadora de su personalidad. Ella tiene lo que muchos de nosotros hemos encontrado en nuestro interior: una tendencia a permitir la insidiosa entrada de una filosofía pobre y ciega en nuestras transacciones diarias, aquellas que tenemos con nuestros amigos, con nuestros vecinos... y nada es más peligroso que este compendio pueril, antiguo, y venerado de opinión, creencia, prejuicio y las ciencias del pasado ahora descartadas... Todos esos frutos del

Librodot

racionalismo forman una fuente estéril y truncada para sus hechos; mientras que si simplemente se plegara y escuchara oiría la expresión individual y completa de su propio corazón, de su propio ser.

El Stanton dejó de hablar. Había terminado su discurso sobre el tema de Pris. ¿De dónde lo había sacado? ¿Se lo había inventado? ¿O Maury había colado el discurso allí en una cinta de instrucciones, dispuesto a ser usado en una ocasión semejante? Desde luego, no sonaba a Maury. ¿Era responsable la propia Pris? ¿Insertar en la boca de este artilugio mecánico este penetrante análisis de ella misma era alguna extraña ironía suya? Tenía la sensación de que sí. Demostraba el gran proceso esquizofrénico aún activo en ella.

No pude dejar de comparar esto con las breves respuestas que me había dado el doctor Horstowski.

-Gracias -le dije al Stanton-. Tengo que admitir que estoy muy impresionado por sus observaciones sobre la marcha.

-Sobre la marcha -repitió él.

-Sin haberlas meditado.

-Pero si las he meditado muchísimo, señor. Me he preocupado enormemente por la señorita Frauenzimmer.

-Yo también.

-Y ahora, señor, le estaría muy agradecido si me hablara del señor Barrows. Tengo entendido que ha mostrado interés hacia mi persona.

-Tal vez pueda conseguirle el artículo de *Look*. La verdad es que no le conozco personalmente. Hablé hace poco con su secretaria, y tengo una carta suya.

-¿Puedo ver la carta?

-La traeré mañana.

-¿Tuvo también la impresión de que el señor Barrows está interesado en mí?

El Stanton me miró con intensidad.

-Eso... eso me pareció.

-Parece que duda.

-Debería hablar con él usted mismo.

-Tal vez lo haga -reflexionó el Stanton, rascándose la nariz con un dedo-. Le pediré al señor Rock o a la señorita Frauenzimmer que me lleven allí y me dejen asistir a una reunión cara a cara con el señor Barrows.

Meneó la cabeza. Evidentemente había tomado su decisión.

7

Ahora que el Stanton había decidido visitar a Sam K. Barrows, era obvio que sólo era cuestión de tiempo. Incluso yo podía ver lo inevitable de todo aquello.

Al mismo tiempo, estaban terminando el simulacro de Abraham Lincoln. Maury fijó la semana siguiente como fecha para los primeros tests del conjunto de los componentes. Todos los mecanismos estarían montados y dispuestos para funcionar.

El Lincoln, cuando Pris y Maury lo trajeron a la oficina, me impresionó. Incluso en su estado inerte, sin las partes que lo hacían funcionar, tenía tanta apariencia de vida que parecía dispuesto a levantarse en cualquier momento y empezar a trabajar. Pris y Maury, con ayuda de Bob Bundy, lo llevaron al taller. Les seguí y me quedé mirando mientras lo depositaban sobre la mesa de trabajo.

-Tengo que hablar contigo -le dije a Pris.

Ella lo supervisaba todo sombríamente, con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo. Sus ojos parecían oscuros, más profundos; su piel era notablemente pálida: no llevaba maquillaje y supuse que había estado despierta durante toda la noche, acabando su trabajo. También me pareció que había perdido peso, ahora me parecía verdaderamente delgada.

Llevaba una camiseta a rayas de algodón y pantalones vaqueros bajo el abrigo; aparentemente, ni siquiera necesitaba usar sujetador. Calzaba zapatillas de cuero sin tacón y se había recogido el pelo en un moño.

-Hola -murmuró, balanceándose sobre sus talones y mordiéndose los labios, mientras observaba a Bundy y Maury depositar el Lincoln en la mesa.

-Has hecho un trabajo magnífico -dije.

-Louis, sácame de aquí -dijo Pris-. Llévame a cualquier parte e invítame a una taza de café, o caminemos simplemente.

Se dirigió a la puerta y tras un instante de duda la seguí.

Paseamos juntos. Pris miraba al suelo y le daba patadas una piedra.

-El primero no fue nada comparado con éste -dijo-. El Stanton es sólo otra persona y aun así casi demasiado para nosotros. Tengo un libro en casa con todas las fotos hechas a Lincoln. Las he estudiado hasta conocer su cara mejor que la mía. Es sorprendente lo buenos que eran esos fotógrafos antiguos. Usaban placas de cristal y el sujeto tenía que sentarse sin moverse. Tenían sillas especiales que sujetaban la cabeza del sujeto para que no se moviera. Louis -se detuvo al llegar a la Cueva-, ¿de verdad que puede cobrar vida?

-No lo sé, Pris.

-Nos estamos engañando. No podemos devolverle la vida algo que está muerto.

-¿Es eso lo que estás haciendo? ¿Es así cómo lo ves? Si es así, estoy de acuerdo. Parece que estás demasiado involucrado emocionalmente. Será mejor que retrocedas y busques una perspectiva.

-Quieres decir que sólo estamos haciendo una imitación que anda y habla como si fuera de verdad. El espíritu no está ahí, sólo la apariencia.

-Sí -dije yo.

-¿Has asistido alguna vez a una misa católica, Louis?

-No.

-Creen que el pan y el vino son realmente el cuerpo y sangre de Cristo. Es un milagro. Tal vez si las cintas son perfectas, y la voz y la apariencia física y...

-Pris, nunca pensé que te vería asustada.

-No estoy asustada. Sólo es demasiado para mí. Cuando iba al colegio, Lincoln era mi héroe; hice un trabajo sobre él en octavo. Ya sabes lo que se siente cuando eres una cría: todo que lees en los libros es real. Lincoln era real para mí. Pero naturalmente todo era imaginación mía. Lo que quiero decir que mis propias fantasías me parecían reales. Me costó años librarme de ellas, fantasías sobre la Caballería de la Unión y las batallas y Ulysses S. Grant... ya sabes.

-Sí.

-¿Crees que algún día fabricarán un simulacro nuestro? ¿Y que podremos volver a la vida?

-Vaya idea más morbosa.

-Allí estaremos, muertos y olvidados... y de pronto sentiremos que algo se agita. Tal vez un destello de luz. Y entonces la realidad entrará de nuevo en nosotros, una vez más. No podremos detener el proceso, tendremos que regresar. ¡Resucitados!

Se echó a temblar.

-No es eso lo que estás haciendo; sácate la idea de encima. Tienes que separar al Lincoln real de éste...

-El Lincoln real existe en mi mente.

-No puedes creer eso. ¿Qué quieres decir? Que tienes la idea en tu mente.

Ella alzó la cabeza y me miró.

-No, Louis. Realmente tengo a Lincoln en mi mente. Y he estado trabajando noche tras noche para sacarlo y traerlo de vuelta al mundo exterior.

Me eché a reír.

-Es un mundo terrible -dijo Pris-. Escucha, Louis. Te diré algo. Sé un medio de deshacerme de esos horribles avispones que pican a todo el mundo. No es arriesgado... y no cuesta nada, todo lo que hace falta es un cubo de arena.

-Muy bien.

-Esperas a que sea de noche. Entonces los avispones están en su nido durmiendo. Luego te asomas al agujero y le colocas la arena encima, para que forme un montón. Crees que la arena los ahoga. Pero no es así. Lo que pasa es que a la mañana siguiente las avispas se despiertan y ven que la entrada está bloqueada con arena, así que empiezan a excavar para abrirse paso. No tienen lugar donde meterla excepto en las otras partes de su nido. Entonces forman una cadena. Llevan la arena grano a grano al fondo de su nido, pero a medida que quitan la arena de la entrada, cae más en su sitio.

-Ya veo.

-¿No es horrible?

-Sí -coincidí.

-Lo que hacen es que llenan gradualmente su propio nido de arena. Lo hacen ellos mismos. Cuanto más trabajan para liberar su entrada más rápido sucede, y se ahogan. Es como una tortura oriental, ¿verdad? Cuando oigo hablar de esto, Louis, desearía morirme. No quiero vivir en un mundo donde pueden existir cosas así.

-¿Cuándo aprendiste esta técnica de la arena?

-Hace tiempo. Tenía siete años. Louis, solía imaginarme lo que sería estar dentro del nido. Estaba dormida.

De repente, mientras caminaba junto a mí, se agarró a mi brazo y cerró fuertemente los ojos.

-Todo está absolutamente oscuro. A mi alrededor, otros como yo. Entonces, bum. El ruido desde lo alto. Alguien deja caer la arena. Pero no significa nada... seguimos durmiendo. -Me dejó guiarla por la acera, apretándose contra mí-. Entonces nos despertamos, porque hace frío..., entonces llega el día y el suelo se hace más caliente. Pero sigue oscuro. Nos despertamos. ¿Por qué no hay luz? Nos dirigimos a la entrada. Todas esas partículas la bloquean. Nos asustamos. ¿Qué pasa? Nos reunimos, tratamos de no dejarnos llevar por el pánico. No agotamos todo el oxígeno; nos organizamos en equipos. Trabajamos en silencio. Con eficiencia.

La ayudé a cruzar la calle. Aún tenía los ojos cerrados. Era como guiar a una niña muy pequeña.

-Nunca llegamos a ver la luz del día, Louis. No importa cuántos granos de arena retiramos. Trabajamos y esperamos, pero nunca llega. Nunca. Y morimos, Louis, allí abajo -dijo con voz desesperada y estrangulada.

La tomé de la mano.

-¿Qué te parece una taza de café ahora?

-No. Sólo quiero andar.

Continuamos caminando un rato.

-Louis -dijo Pris-, los insectos como las avispas y las hormigas... hacen muchas cosas en sus nidos; es muy complicado.

-Sí. Pasa lo mismo con las arañas.

-Particularmente con las arañas. Me pregunto cómo se siente una de ellas cuando alguien le rompe la telaraña en pedazos.

-Probablemente dice *«mierda»*.

-No -dijo Pris solemnemente-. Se pone furiosa y entonces abandona toda esperanza. Primero es algo amargo: te mordería hasta matarte si pudiera atraparte. Luego es más lento: la desesperación se apodera de ella. Sabe que aunque la reconstruya va a volver a pasar lo mismo.

-Pero las arañas se recuperan y la reconstruyen.

-Tienen que hacerlo. Es algo inherente a ellas. Por eso sus vidas son peores que las nuestras; no pueden rendirse y morir... tienen que continuar.

-Deberías mirar el lado positivo de las cosas de vez en cuando haces un hermoso trabajo creativo, como con esos azulejos, como tu trabajo con los simulacros; piensa en ello. ¿No te alegra? ¿No te sientes inspirada por la visión de tu propia creatividad?

-No. Porque lo que yo hago no importa. No es suficiente.

-¿Qué sería suficiente?

Pris lo pensó. Ahora había abierto los ojos y se soltó de mí de repente; no mostró ninguna emoción al hacerlo. Parecía algo automático. Un reflejo. Igual que las arañas.

-No lo sé -dijo-. Pero sé que no importa lo duro que trabaje, o lo mucho que haga, o lo que consiga... no será suficiente.

-¿Quién juzga?

-Yo.

-¿No crees que cuando veas al Lincoln cobrar vida te sentirás orgullosa?

-Sé lo que sentiré. Una desesperación mayor que nunca.

La miré. *«¿Por qué?»*, me pregunté. Desesperación por el éxito... no tiene sentido. ¿Qué le produciría entonces el fracaso? ¿Alivio?

-Te diré una cosa del mundo de la naturaleza -dije-. A ver qué conclusión sacas.

-De acuerdo.

Ella escuchó con atención.

-Un día entraba yo en una oficina de correos en una ciudad de California y había un nido de pájaros en la cornisa del edificio. Y un pajarillo se había caído y estaba tendido en el pavimento. Y sus padres revoloteaban alrededor muy ansiosos. Me acerqué a él con la idea de recogerlo y ponerlo de nuevo en su nido, si es que podía alcanzarlo. -Hice una pausa-. ¿Sabes qué hizo cuando me acerqué?

-¿Qué?

-Abrió la boca. Esperaba que le diera de comer.

Pris se puso a reflexionar mientras se rascaba las cejas.

-Esto demuestra que sólo había conocido formas de vida que le alimentaban y protegían -expliqué-, y cuando me vio, aunque yo no me parecía a nada que conociera, supuso que iba a alimentarlo.

-¿Qué significa eso para ti?

-Demuestra que hay benevolencia y amistad y amor mutuo y ayuda desinteresada en la naturaleza, lo mismo que hay cosas frías y horribles.

-No, Louis -dijo Pris-. Fue ignorancia por parte del pájaro. No ibas a darle de comer.

-Pero iba a ayudarle. Hizo bien en confiar en mí.

-Ojalá pudiera ver ese aspecto de la vida, Louis, como haces tú. Pero para mí... es sólo ignorancia.

-Inocencia -corregí.

-Es lo mismo; inocencia ante la realidad. Sería magnífico si se la pudiera conservar así; ojalá la conservara yo. Pero se pierde al ir viviendo, porque la vida implica experiencia, y eso significa...

-Eres cínica -le dije.

-No, Louis. Sólo realista.

-Veo que es inútil. Nadie puede alcanzarte. ¿Y sabes por qué? Porque quieres ser como eres; lo prefieres así. Es más fácil. Es la manera más fácil de todas. Eres una perezosa y seguirás siéndolo hasta que se te obligue a ser de otra forma. Nunca cambiarás tú sola. En todo caso, empeorarás.

Pris se rió, fría y bruscamente.

Así que nos volvimos sin decirnos nada más.

Cuando regresamos al taller de reparaciones encontrarnos al Stanton observando a Bob Bundy mientras trabajaba en el Lincoln.

-Éste va a ser el hombre que solía escribirle todas esas cartas diciendo que había que perdonar a los soldados -le dijo Pris al Stanton.

El Stanton no dijo nada; miró fijamente a la figura tumbada, su cara envarada y arrugada con una especie de desdén.

-Ya veo -replicó por fin.

Se aclaró ruidosamente la garganta, tosió, se puso las manos a la espalda y chasqueó los dedos; se balanceó adelante y atrás con la misma expresión. *«Esto es asunto mío* -parecía estar diciendo-: *Todo lo que sea de importancia pública es asunto mío».*

Decidí que hacía el mismo papel que había asumido durante su auténtica vida anterior. Estaba regresando a su papel de costumbre. No podía decir si esto era bueno o no. Ciertamente, mientras observábamos al Lincoln todos éramos plenamente conscientes de que teníamos detrás al Stanton; no podíamos ignorarlo ni olvidarlo. Tal vez Stanton había sido así en vida, siempre presente, sin que nadie pudiera ignorarle ni olvidarle, no importaba lo que sintieran hacia él, lo odiaran, lo temieran o lo adoraran.

-Maury, creo que éste va a funcionar mejor que el Stanton -dijo Pris-. Mira, se está moviendo.

Sí, el simulacro de Lincoln se había movido.

-Sam Barrows debería estar aquí -dijo Pris llena de excitación, cruzando las manos-. ¿Qué tenemos de malo? Si pudiera ver esto se sentiría abrumado... lo sé; ¡incluso él, Maury, incluso Sam K. Barrows!

Era impresionante. No había duda.

-Recuerdo cuando la fábrica produjo nuestro primer Órgano Electrónico -me dijo Maury-. Habíamos estado trabajando todo el día, hasta la una de la madrugada. ¿Lo recuerdas?

-Sí.

-Tú, Jerome, ese hermano tuyo de la cara al revés y yo hicimos que sonara como un clavicordio, y una guitarra hawaiana y un órgano de vapor. Tocamos todo tipo de cosas, Bach y Gershwin, y luego recuerdo que preparamos aquellos combinados de ron... y después, la que montamos. Hicimos nuestras composiciones propias y encontramos todo tipo de claves, miles de ellas; creamos instrumentos musicales nuevos que no existían. Compusimos y buscamos aquella grabadora y la conectamos mientras componíamos. Chico, aquello fue algo.

-Fue el día.

-Y yo me tumbé en el suelo e hice funcionar los pedales para conseguir aquellas notas bajas... según recuerdo pasé el si menor. Y seguía sonando; cuando llegué a la semana siguiente aquella maldita si menor aún sonaba como una gaita. Guau. Ese Órgano... ¿Dónde crees que estará ahora, Louis?

-En el salón de alguien. Nunca se estropean porque no generan calor. Y no necesitan ser afinados. Alguien lo estará tocando ahora mismo.

-Apuesto a que tienes razón.

-Ayudadlo a sentarse -dijo Pris.

El simulacro Lincoln había empezado a menearse y agitaba sus manazas en un esfuerzo por incorporarse. Parpadeó, hizo una mueca; sus pesados rasgos se estiraron. Maury y yo nos adelantamos y le ayudamos a sostenerse; Dios, pesaba un montón, como plomo macizo. Pero conseguimos sentarlo por fin. Lo apoyamos contra la pared para que no pudiera resbalar.

Gruñó.

Algo me hizo temblar.

-¿Qué te parece? -le pregunté a Bob Bundy-. ¿Está bien? ¿No está sufriendo?

-No lo sé. -Bundy se pasaba nerviosamente los dedos por el pelo; advertí que sus manos temblaban-. Puedo averiguarlo por los circuitos de dolor.

-¡Circuitos de dolor!

-Sí. Tiene que tenerlos o se tropezará con cualquier pared o con cualquier maldito objeto y se masacrará. -Bundy señaló con el pulgar al silencioso y observador Stanton-. Ese también los tiene. ¿Qué más, por el amor de Dios?

Estábamos contemplando, sin ninguna duda, el nacimiento de una criatura viviente. Ahora había empezado a reparar en nosotros; sus ojos, profundamente negros, se movían arriba y abajo, de un lado a otro, mirándonos a todos. En los ojos no había ninguna emoción, sólo la simple percepción de nosotros. Percepción más allá de la capacidad del hombre para imaginar. La astucia de una forma de vida más allá de nuestro Universo, de otro mundo. Una criatura aparecida en nuestro tiempo y nuestro espacio consciente de nosotros y de sí misma, que existía. Los ojos negros y opacos giraron, enfocando y a la vez desenfocando, viéndolo todo y a la vez no viendo nada. Como si estuviera en suspensión primaria; esperando con tanta reserva que pude notar el temor que sentía, un temor tan grande que no podía ser llamado emoción. Era el temor como existencia absoluta: la base de su vida. Se había separado, había surgido de alguna fusión que nosotros no podíamos experimentar; al menos, no ahora. Tal vez todos habíamos sentido aquella fusión. Para nosotros, la ruptura pertenecía al pasado remoto; para el Lincoln, acababa de ocurrir, estaba pasando.

Sus ojos al moverse seguían sin centrarse en nada; rehusaba percibir cualquier cosa individual.

-Dios -murmuró Maury-. Tiene una curiosa forma de mirar.

Aquella cosa tenía alguna profunda habilidad. ¿Impartida por Pris? Lo dudaba. ¿Por Maury? Aquello estaba fuera de la cuestión. Ninguno de ellos hizo esto, ni siquiera Bob Bundy, cuya idea de pasárselo bien era conducir a toda pastilla hasta Reno para jugar e irse de putas. Habían dado un soplo de vida a la criatura, pero fue sólo una transferencia, no un invento; le habían transmitido la vida, pero ésta no se había originado en ninguno de ellos. Era un contagio; ellos la habían experimentado una vez y ahora esos materiales los habían pasado a la criatura... momentáneamente. Y qué transformación. La vida es una forma que toma la materia... Se me ocurrió eso al ver cómo la cosa Lincoln nos percibía a nosotros y a sí mismo. Es algo que hace la materia. La forma más sorprendente del Universo; la única que, si no existiera, nunca podría haber sido predicha o incluso imaginada.

Y, mientras contemplaba al Lincoln cómo asimilaba lo que veía, comprendí algo: la base de la vida no es la necesidad de existir, ni ningún deseo de ninguna clase. Es el miedo, el miedo que yo veía aquí. Y ni siquiera el miedo; mucho peor. El pánico absoluto. Un pánico paralizante tan grande como para producir apatía. Sin embargo, el Lincoln se lo sacudía de encima, lo dejaba atrás. ¿Por qué? Porque tenía que hacerlo. El movimiento, la acción, iban implícitos en la grandeza del temor. Por propia naturaleza, tal estado no podía durar mucho.

Toda la actividad de la vida era un esfuerzo para aliviar este estado. Intentos para mitigar la condición que veíamos ante nosotros.

El nacimiento, decidí, no es agradable. Es peor que la muerte: se puede filosofar sobre la muerte, todo el mundo lo hace. ¡Pero el nacimiento! No hay ninguna filosofía, nada lo hace más fácil. Y el pronóstico es terrible: todas tus acciones y pensamientos sólo servirán para envolverte más profundamente en la vida.

Una vez más el Lincoln gruñó. Y entonces murmuró una serie de palabras.

-¿Qué? -preguntó Maury-. ¿Qué ha dicho?

Bundy soltó una risita.

-Demonios, es la cinta de su voz, pero está sonando al revés.

Las primeras palabras murmuradas por la cosa Lincoln: hacia atrás, debido a un error de la cinta.

8

Se tardó varios días en rebobinar el simulacro Lincoln. Durante esos días, salí de Ontario y atravesé las Sierras de Oregón y la pequeña ciudad maderera de John Day, que siempre ha sido mi favorita al oeste de los Estados Unidos. Sin embargo, no me paré aquí; estaba demasiado descansado. Seguí hasta el oeste hasta que llegué a la autopista norte-sur. Esa carretera recta, la vieja ruta 99, atraviesa cientos de millas de bosques. En California, uno atraviesa montañas volcánicas, negras, sombrías y cenicientas, restos de la edad de los gigantes.

Dos pequeños pinzones amarillos que jugaban y peleaban en el aire, chocaron contra el morro de mi coche; lo oí y no sentí nada, pero sabía que habían muerto y noté el repentino silencio que habían producido tras chocar contra la parrilla del radiador. Cocidos y muertos al instante, me dije, frenando el coche. Y naturalmente en la siguiente estación de servicio el encargado los encontró. Amarillo brillante, pegados a la parrilla. Los envolví con un par de *Kleenex*, los llevé al arcén y los tiré a la basura formada por las latas de cerveza y los papeles de envolver que allí había.

Por delante se extendía el Monte Shasta y la estación fronteriza de California. No me apetecía continuar. Aquella noche dormí en un motel de Klamath Falls y al día siguiente emprendí el camino de regreso por la costa.

Eran sólo las siete y media de la mañana y había poco tráfico en la carretera. Vi en el cielo algo que me hizo alargar el cuello y observar. Había visto esas cosas antes y siempre me hacían sentir profundamente humilde y al mismo tiempo molesto. Una nave enorme, de camino a la Luna o a alguno de los planetas, pasaba lentamente por encima rumbo a su lugar de aterrizaje en alguna parte del desierto de Nevada. Unos cuantos reactores de las Fuerzas Aéreas la acompañaban. Junto a ella, no parecían más que unos puntitos negros.

Los pocos coches que había en la carretera se detuvieron también para mirar. La gente se había bajado y un hombre estaba tomando fotografías. Una mujer y un niño pequeño saludaban. El gran cohete continuó su marcha, sacudiendo el suelo con sus estupendos retropropulsores. Pude ver que su casco estaba arañado y quemado por su reentrada en la atmósfera.

Ahí va nuestra esperanza, me dije, protegiéndome los ojos con la mano para seguir su rumbo. ¿Qué lleva a bordo? ¿Muestras de terreno? ¿La primera vida no terrestre descubierta? ¿Vasijas rotas encontradas en las cenizas de un volcán extinguido... la evidencia de alguna raza civilizada?

Probablemente, un atajo de burócratas. Oficiales Federales, congresistas, técnicos, observadores militares, científicos de regreso, posiblemente algunos reporteros y fotógrafos de *Look* y *Life* y tal vez equipos de la *NBC* y la *CBS*. Pero aun así era impresionante. Saludé, como la mujer y el niño.

Y regresé a mi coche y pensé que algún día habría casitas en la superficie lunar. Antenas de televisión, tal vez Espinetas y Pianos Rosen en los salones...

Tal vez dentro de una década o algo así estaría poniendo anuncios de venta en los periódicos de otros mundos.

¿No es heroico? ¿No ata eso nuestro negocio a las estrellas?

Pero teníamos una atadura mucho más directa. Sí, podía ver la pasión que dominaba a Pris, su obsesión con Barrows. Él era el enlace moral, físico y espiritual entre nosotros, los simples mortales, y el Universo Sideral. Él se extendía por ambos reinos, un pie en la Luna, el otro en Seattle, Washington, y Oakland, California. Sin Barrows todo era un sueño; él lo hacía tangible. Tuve que admirarle también. No le daba miedo la idea de poner gente en la Luna; para él, no era más que una oportunidad financiera. Una oportunidad para ganar en sus inversiones, aún más que con el alquiler de suburbios.

De vuelta a Ontario me dije: «Y acepta el simulacro, nuestro nuevo producto diseñado para deslumbrar al señor Barrows, para que nos vea. Para que nos convierta en parte del nuevo mundo. Para que nos haga vivir».

Cuando llegué a Ontario fui directamente a SAMA ASOCIADOS. Mientras recorría la calle buscando un sitio para aparcar, vi una multitud congregada en torno a nuestro edificio. Estaban mirando el nuevo salón expositor que había construido Maury. «Ah, eso», me dije con profundo fatalismo.

En cuanto aparqué, salí corriendo para unirme a la multitud.

Allí, en el interior del escaparate, estaba la figura alta, barbuda, encorvada de Abraham Lincoln. Se hallaba sentado ante un viejo escritorio de nogal que me pareció familiar: pertenecía a mi padre. Lo habían traído desde la fábrica de Boise para que el simulacro Lincoln pudiera utilizarlo.

Aquello me enfureció. Sin embargo, tuve que admitir que era apropiado. El simulacro, que llevaba el mismo tipo de ropas que el Stanton, estaba muy atareado escribiendo una carta con una pluma. Me quedé pasmado por la apariencia tan realista que tenía el simulacro; si no lo hubiera sabido, habría pensado que era Lincoln reencarnado de alguna manera antinatural. Y, después de todo, ¿no era eso precisamente? ¿No tenía razón Pris, después de todo?

Entonces advertí un cartel en el escaparate; rotulado profesionalmente, explicaba a la muchedumbre lo que pasaba.

> ÉSTA ES UNA RECONSTRUCCIÓN AUTÉNTICA DE ABRAHAM LINCOLN, DECIMOSEXTO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS. FUE MANUFACTURADO POR SAMA ASOCIADOS EN UNIÓN CON LA FABRICA ROSEN DE ÓRGANOS ELECTRÓNICOS DE BOISE, IDAHO. ES EL PRIMERO DE SU CLASE. TODA LA MEMORIA Y EL SISTEMA NERVIOSO DE NUESTRO GRAN PRESIDENTE HA SIDO FIELMENTE REPRODUCIDA EN LA ESTRUCTURA GUÍA DE ESTA MAQUINA. Y ES CAPAZ DE REALIZAR TODO TIPO DE ACCIONES, DE HABLAR Y DE TOMAR TODAS LAS DECISIONES DEL DECIMOSEXTO PRESIDENTE HASTA UN GRADO ESTADÍSTICAMENTE PERFECTO. ENTRE A PREGUNTAR

La redacción anunciaba que aquello era obra de Maury. Furioso, me abrí paso entre la multitud y traté de abrir la puerta del salón expositor. Estaba cerrada, pero como tenía llave, la abrí y entré.

En el extremo de un sofá nuevo estaban sentados Maury, Bob Bundy y mi padre. Observaban al Lincoln en silencio.

-¡Hola, amigo mío! -me dijo Maury.

-¿Qué? ¿Ya has recuperado tu inversión? -le pregunté.

-No. No estamos cobrando nada a nadie. Sólo hacemos una demostración.

-Has escrito ese cartel infantil, ¿no? Sé que lo has hecho. ¿Qué tipo de cliente esperas que entre a preguntar? ¿Por qué no haces que esa cosa venda latas de cera para coches o jabón lavavajillas? ¿Por qué has hecho que se siente y escriba? ¿O es que está presentándose a algún concurso?

-Está escribiendo su correspondencia diaria -dijo Maury. Mi padre, Bundy y él parecían sobrios.

-¿Dónde está tu hija?

-Ya volverá.

-¿No te importa que use tu escritorio? -le dije a mi padre.

-No, *mein Kind* -contestó-. Háblale; se muestra tan tranquilo cuando se le interrumpe que me asombra. Bien podría yo aprender de él.

Nunca había visto a mi padre tan tranquilo.

-Muy bien -dije, y me acerqué al escritorio y a la figura.

Fuera del escaparate, la multitud abrió la boca llena de asombro.

-Señor presidente -murmuré. Tenía la garganta seca-. Señor, odio tener que molestarle.

Me sentía nervioso, y al mismo tiempo sabía perfectamente bien que le hablaba a una máquina. El hecho de dirigirme a él y hablarle me puso en la ficción, en el drama, me

convirtió en un actor como la propia máquina; nadie me había dado una cinta con instrucciones, no hacía falta. Yo representaba voluntariamente mi parte en aquella locura. Y, sin embargo, no podía evitarlo. ¿Por qué no llamarle *«Señor Simulacro»*? Después de todo, era la verdad.

¡La verdad! ¿Qué significa eso? Como un niño que va a ver a Santa Claus en unos grandes almacenes, saber la verdad era caerse muerto. ¿Quería hacer eso? En una situación como ésta, encarar la verdad significaría el final de todo, mi final antes que nada. El simulacro no sufriría. Maury, Bob Bundy y mi padre ni siquiera se habrían dado cuenta. Así que continué, porque era a mí mismo a quien protegía; y lo sabía mejor que nadie en la habitación, incluyendo a la gente que miraba al otro lado del escaparate.

Alzando la vista, el Lincoln soltó su pluma y dijo, con una voz aguda y agradable:

-Buenas tardes. Supongo que es usted el señor Louis Rosen.

Y entonces la habitación me estalló en la cara. El escritorio voló en un millón de pedazos y cerré los ojos y caí al suelo. Ni siquiera alargué las manos. Noté que me golpeaba; me hice pedazos contra él y la oscuridad me cubrió.

Me había desmayado. Era demasiado para mí. Me quedé tieso.

Lo siguiente que sé es que estaba en la oficina de arriba, tumbado en un rincón. Maury Rock estaba sentado a mi lado, fumando uno de sus *Corina Larks*, mirándome y sosteniendo una botella de amoníaco bajo mi nariz.

-Cristo -dijo cuando advirtió que había recuperado el conocimiento-. Tienes un chichón en la frente y un labio partido.

Alargué la mano y me toqué el chichón; parecía tener el tamaño de un limón. Y pude sentir la magulladura en mi labio.

-Me desmayé -dije.

-Sí, lo hiciste.

Vi que mi padre también estaba allí. Y también estaba -desagradablemente- Pris Frauenzimmer, con su largo abrigo gris, recorriendo la habitación de un lado a otro, mirándome con exasperación y con cierto aire de divertido desdén.

-Una palabra suya y seguro que te desmayas -me dijo-. ¡Santo cielo!

-¿Y qué? -conseguí decir débilmente.

-Eso demuestra lo que dije -le comentó Maury a su hija-. Es efectivo.

-¿Qué... qué hizo el Lincoln cuando me desmayé?

-Se levantó, te recogió y te trajo aquí -dijo Maury.

-Jesús -murmuré.

-¿Por qué te desmayaste? -preguntó Pris, agachándose para mirarme intensamente-. Qué golpe. Idiota. Tendrías que haber oído a la multitud. Yo estaba fuera con ellos, intentando abrirme paso. Se podría pensar que habíamos creado a Dios o algo por el estilo; estaban rezando de veras y un par de viejas se persignaban. Y había algunos que...

-Vale -interrumpí.

-Déjame acabar.

-No. Cierra el pico, ¿quieres?

Nos miramos y entonces Pris se puso en pie.

-¿Sabes que tienes una herida en el labio? Sería mejor que te pusieran un par de puntos.

Me toqué el labio con los dedos y descubrí que aún sangraba. Tal vez tenía razón.

-Te llevaré a ver a un médico -dijo Pris. Se dirigió hacia la puerta y se detuvo, esperándome-. Vamos, Louis.

-No me hacen falta puntos -dije, pero me levanté y la seguí tambaleándome.

-No eres muy valiente, ¿verdad? -preguntó Pris cuando estábamos esperando el ascensor.

No respondí.

-Reaccionaste peor que yo, peor que ninguno de nosotros. Me sorprende. Tiene que haber algo mucho más inestable en ti de lo que sabemos. Y apuesto que algún día, bajo el estrés, aparecerá. Algún día vas a descubrir que tienes graves problemas psicológicos.

La puerta del ascensor se abrió; entramos y las puertas se cerraron.

-¿Es tan malo reaccionar? -dije.

-En Kansas City aprendí a no reaccionar a menos que me interesara hacerlo. Eso fue lo que me salvó y me sacó de allí y me libró de mi enfermedad. Eso fue lo que hicieron por mí. Siempre es un mal signo cuando hay efecto, como en tu caso. Siempre es síntoma de que algo falla. En Kansas City lo llaman parataxis; es la emoción lo que se mete en las relaciones interpersonales y las complica. No importa si es odio o envidia o miedo, como en tu caso; todos son parataxis. Y cuando toman el control, tienes esquizofrenia, como tenía yo. Eso es lo peor.

Me puse un pañuelo en el labio magullado y me toqué el corte. No había manera de poder explicar mi reacción a Pris. No lo intenté.

-¿Te doy un beso para que se ponga bien? -dijo Pris.

La miré, pero entonces vi que en su cara había una vibrante preocupación.

-¡Demonios! -dije, ruborizado-. Me pondré bien. -Era embarazoso y no podía mirarla. Me sentí otra vez como un niño pequeño-. Los adultos no se hablan así -murmuré-. Besar y ponerse bien, ¿qué clase de tontería es ésa?

-Quiero ayudarte. -Su boca tembló-. Oh. Louis... se acabo.

-¿Qué se acabó?

-Está vivo. Ya no puedo tocarlo. ¿Qué voy a hacer ahora? No tengo ya ningún objetivo en la vida.

-Cristo -dije.

-Mi vida está vacía... lo mismo daría que estuviera muerta. Todo lo que he hecho ha sido el Lincoln. -La puerta del ascensor se abrió y Pris salió al vestíbulo del edificio-. ¿Tienes preferencia por algún médico? Supongo que sólo te he sacado a la calle.

-Muy bien.

Cuando entrábamos en el *Jaguar* blanco, Pris dijo:

-Dime qué hago, Louis. Tengo que hacer algo inmediatamente.

-Sal de esta depresión -dije sin pensarlo demasiado.

-Nunca me había sentido así antes.

-Estoy pensando. Podría presentarte a Papá.

Fue la primera cosa que se me ocurrió; era una tontería.

-Ojalá fuera un hombre. Las mujeres tienen tantas barreras... Podrías ser cualquier cosa, Louis. ¿Qué puede ser una mujer? Ama de casa, dependienta, mecanógrafa o maestra.

-Sé médico -dije-. Cose labios heridos.

-No puedo soportar a las criaturas enfermas, lastimadas o defectuosas. Lo sabes, Louis. Por eso te llevo al médico. Hasta me da reparo mirarte, mutilado como estás.

-¡No estoy mutilado! ¡Sólo tengo un corte en el labio!

Pris puso el coche en marcha y nos unimos a la corriente de tráfico.

-Voy a olvidar al Lincoln. Nunca pensaré en él como en un ser vivo; va a ser sólo un objeto para mí a partir de este minuto. Algo que hay que vender.

Asentí.

-Voy a ver si Sam Barrows lo compra. No tengo otra aspiración en la vida, sólo ésa. De ahora en adelante todo lo que piense o haga tendrá a Sam Barrows como centro.

Me entraron ganas de reír por lo que decía. Sólo había que mirar su cara: su expresión era tan aguda, tan falta de felicidad, alegría o incluso humor, que sólo pude asentir. Mientras me llevaba al médico para que me suturaran el labio, Pris había dedicado su vida entera, su futuro y todo en él. Era una especie de impulso maniático, y pude ver que había salido a la superficie fruto de la desesperación. Pris no soportaba estar con los brazos cruzados un solo instante, tenía que fijarse una meta. Era su manera de obligar al Universo a tener sentido.

-Pris, el problema contigo es que eres racional.

-No lo soy; todo el mundo dice que me comporto exactamente como siento.

-Te dejas llevar por una lógica inflexible. Es terrible. Tienes que deshacerte de ella. Díselo a Horstowski; dile que te libere de tu lógica. Funcionas como si tu vida estuviera manejada por una prueba geométrica. Cambia de ritmo, Pris. Sé descuidada, alocada y estúpida. Haz algo que no tenga sentido. ¿De acuerdo? No me lleves ni siquiera al médico; déjame caer delante de un limpiabotas y haz que me limpien los zapatos.

-Tus zapatos ya están limpios.

-¿Ves? ¿Por qué tienes que ser lógica todo el tiempo? Para el coche en el próximo cruce bajemos y dejémoslo ahí, o vamos a una floristería a comprar flores y arrojémoslas a los otros conductores.

-Déjame pensarlo.

-¡No pienses! ¿No has robado nunca cuando eras una niña? ¿O roto algo por el simple placer de hacerlo, tal vez algo público como una farola?

-Una vez robé una barra de caramelo de un almacén.

-Vamos a hacerlo ahora. Busquemos un almacén y seamos niños de nuevo -dije-. Robaremos una barra de caramelo cada uno y buscaremos un sitio a la sombra y nos tumbaremos para comérnoslas.

-No puedes hacerlo. Tienes el labio herido.

-De acuerdo, lo admito -dije con voz razonable y urgente-. Pero tú sí puedes, ¿no es verdad? Admítelo. Podrías entrar en un almacén ahora mismo y hacerlo, incluso sin mí.

-¿Vendrías conmigo de todas formas?

-Si tú quieres, sí. O podría quedarme dentro del coche con el motor en marcha y arrancar en cuanto aparecieras. Así podrías huir.

-No -dijo Pris-. Quiero que entres en el almacén conmigo y estés a mi lado. Podrías decidir qué barra de caramelo me llevo; necesito tu ayuda.

-Lo haré.

-¿Cuál es la pena por hacer algo así?

-Cadena perpetua.

-Te estás burlando de mí.

-No. Hablo en serio.

Y era verdad. Hablaba completamente en serio.

-¿Te burlas de mí? Ya veo que sí. ¿Por qué lo haces? ¿Porque soy ridícula por eso?

-Sabe Dios que no.

Pero ella ya había decidido.

-Sabes que siempre me lo creo todo. Se burlaban de mí en el colegio por mi credulidad.

-Entremos en el almacén, Pris, y te lo enseñaré. Déjame probártelo. Para salvarte.

-¿Salvarme de qué?

-De la certeza de tu mente.

Ella tembló; la vi deglutir, luchar consigo misma, intentar ver lo que debería hacer y si había cometido un error.

-Louis, te creo -dijo cuando se volvió hacia mí-. Sé que no te burlarías de mí; podrías odiarme (me odias, a muchos niveles), pero no eres el tipo de persona que disfruta martirizando a los débiles.

-Tú no eres débil.

-Lo soy. Pero tú no tienes instintos para verlo. Yo soy al revés, Louis. Tengo ese instinto y no soy buena.

-Bueno, basta -dije en voz alta-. Acaba con todo esto, Pris. Estás deprimida porque has terminado tu trabajo creativo en el Lincoln, estás temporalmente sin nada que hacer, y como muchas otras personas creativas sufres una recaída entre una...

-Aquí es el médico -dijo Pris frenando el coche.

Después de que el médico me hubiera examinado y me echara sin ver la necesidad de suturar mi herida, pude persuadir a Pris de que se detuviera en un bar. Sentía que necesitaba un trago. Le expliqué que era una especie de celebración, algo que había que hacer; era lo que se esperaba de nosotros. Habíamos visto al Lincoln cobrar vida y aquello era un gran momento, quizá el momento más importante de nuestras vidas. Y, sin embargo, por grande que fuera, había algo ominoso y triste, algo que nos alarmaba, algo demasiado grande para que pudiéramos manejarlo.

-Tomaré una cerveza -dijo Pris mientras cruzábamos la acera.

En el bar, pedí una cerveza para ella y un café irlandés para mí.

-Veo que te sientes como en casa en un sitio como éste -dijo Pris-. Pasas mucho tiempo haraganeando en los bares, ¿no?

-Hay algo que he estado pensando sobre ti que tengo que preguntarte -dije-. ¿Crees las observaciones cortantes que haces sobre la gente? ¿O las haces sólo con la intención de que se sientan mal? De ser así...

-¿Tú que crees? -preguntó Pris en voz baja.

-No lo sé.

-¿Y qué te importa de todas formas?

-Soy insaciablemente curioso respecto a ti, en todos los detalles.

-¿Por qué?

-Tu historia es fascinante. Esquizoide a los diez años, neurótica compulsivo obsesiva a los trece, esquizofrénica total a los diecisiete e internada por el Gobierno Federal, ahora medio curada y de vuelta entre los seres humanos, pero aún... -Me interrumpí. Aquélla no era la razón-. Te diré la verdad. Estoy enamorado de ti.

-Estás mintiendo.

-Podría estar enamorado de ti -dije, intentando corregir mi frase.

-¿Y qué?

Ella parecía terriblemente nerviosa; su voz temblaba.

-No lo sé. Algo me retiene.

-El miedo.

-Tal vez. Tal vez sea miedo puro y simple.

-¿Te estás burlando de mí, Louis? ¿Cuándo has dicho eso? Me refiero a lo de amarme.

-No. No estoy bromeando.

Ella se rió, nerviosa.

-Si pudieras vencer tu miedo podrías conquistar a una mujer; no a mí, sino a cualquier otra mujer. No te imagino diciéndome eso a mí. Louis, tú y yo somos opuestos, ¿no lo ves? Tú muestras tus sentimientos. Yo siempre retengo los míos. Yo soy mucho más profunda. Si tuviéramos un hijo, ¿cómo sería? No comprendo a las mujeres que están siempre teniendo hijos, son como perras... una camada cada año. Debe de ser hermoso ser así de biológica y terrenal. -Me miró por el rabillo del ojo-. Eso es un libro cerrado para mí. Ellas se realizan a través de su sistema reproductor, ¿no? Dios, he conocido mujeres así, pero nunca podría ser de esa forma. Nunca me siento feliz a menos que esté haciendo cosas con mis manos. Me pregunto por qué será.

-No lo sé.

-Tiene que haber una explicación; todo tiene una causa. Louis, no puedo recordarlo con claridad, pero no creo que ningún chico me dijera antes que estaba enamorado de mí.

-Oh, deben de habértelo dicho. En el colegio.

-No. Tú eres el primero. Apenas sé cómo reaccionar... ni siquiera estoy segura de que me guste. Es extraño.

-Acéptalo.

-Amor y creatividad -musitó Pris, casi para sí-. Lo que hemos estado haciendo con el Stanton y el Lincoln es hacerles nacer; amor y nacimiento, las dos cosas van juntas, ¿no?

Amas lo que te hace nacer, y ya que me amas, Louis, quieres unirte a mí para traer algo nuevo a la vida, ¿no?

-Supongo que sí.

-Somos como dioses en lo que hemos hecho, en esta gran tarea nuestra. Stanton y Lincoln, la nueva raza... Y, sin embargo, al darles vida nos vaciamos nosotros. ¿No te sientes vacío ahora?

-Demonios, no.

-Bueno, eres tan diferente a mí... No entiendes el sentido real de esta tarea. Venir aquí a este bar... fue un impulso momentáneo que te sacudió. Maury, Bob y tu padre están allá en SAMA con el Stanton... no eres consciente de ello porque quieres estar sentado en un bar tomando un trago.

Me sonrió tolerante.

-Supongo que es así -dije yo.

-Te estoy aburriendo, ¿verdad? Realmente no tienes ningún interés en mí; sólo estás interesado en ti mismo.

-Eso es. Me doy cuenta de que tienes razón.

-¿Por qué dijiste que querías conocerlo todo sobre mí? ¿Por qué dijiste que casi estabas enamorado de mí excepto que el miedo te retenía?

-No lo sé.

-¿No intentas nunca mirarte a la cara y comprender tus propios motivos? Yo siempre me estoy analizando.

-Pris, sé sensata por un momento -dije-. Sólo eres una persona entre muchas, ni mejor ni peor. Miles de norteamericanos van a Clínicas Mentales, están allí ahora, contraen esquizofrenia y están recluidas por el *Acta McHeston*. Eres atractiva, lo admito, pero cualquier actriz de cine sueca o italiana lo es más que tú. Tu inteligencia es...

-Estás tratando de convencerte a ti mismo.

-¿Cómo? -dije, tomado por sorpresa.

-Eres el que me idolatra y está luchando contra la idea -dijo Pris tranquilamente.

Retiré mi bebida.

-Volvamos a SAMA.

El alcohol hacía que la herida de mi labio escociera.

-¿He dicho algo malo? -Por un momento pareció desconcertada; estaba pensando en lo que le había dicho, aumentándolo, mejorándolo-. Quiero decir, tienes sentimientos ambivalentes hacia mí...

La cogí por el brazo.

-Acaba tu cerveza y vayámonos.

Cuando salíamos del bar, ella dijo lánguidamente.

-Estás enfadado otra vez conmigo.

-No.

-Intento ser agradable contigo, pero siempre trato mal a la gente cuando hago un esfuerzo deliberado por ser amable con ellos y decirles lo que debo decir... no va conmigo ser artificial. Te dije que no aceptaría un juego de pautas de conducta que son falsas para mí. Nunca funciona.

Hablaba acusándome, como si hubiera sido idea mía.

-Escucha -le dije cuando entramos en el coche y volvimos a zambullirnos en el tráfico-, regresaremos y reemprenderemos nuestra tarea dedicada a convertir a Sam Barrows el centro de todo lo que hagamos, ¿de acuerdo?

-No -dijo Pris-. Sólo yo puedo hacerlo. No está dentro de tus posibilidades.

La palmeé en el hombro.

-¿Sabes?, siento mucha más simpatía hacia ti que antes. Creo que empezamos a entablar una relación estable y muy buena.

-Tal vez -dijo Pris, ignorando cualquier tono sarcástico. Me sonrió-. Eso espero, Louis. La gente debería comprenderse mutuamente...

Cuando regresamos a SAMA, Maury nos saludó excitado.

-¿Por qué habéis tardado tanto? -Sacó un trozo de papel-. Envié un telegrama a Sam Barrows. Léelo.

Me lo puso en las manos.

Incómodo, desdoblé el papel y leí lo escrito por Maury.

AVISE A SU AVIÓN QUE LE TRAIGA INMEDIATAMENTE. SIMULACRO LINCOLN ÉXITO INCREÍBLE. ESPERAMOS SU DECISIÓN. GUARDAMOS MATERIA PARA SU PRIMERA INSPECCIÓN COMO QUEDAMOS POR TELÉFONO. EXCEDE LAS ESPERANZAS MÁS DESQUICIADAS. ESPERO QUE ME LLAME HOY MISMO.

MAURY ROCK,
SAMA ASOCIADOS.

-¿Ha contestado ya? -pregunté.

-Todavía no, pero acabamos de enviar el telegrama.

Hubo una conmoción y apareció Bob Bundy.

-El señor Lincoln me pidió que le expresara su preocupación y averiguara cómo está -me dijo.

Parecía bastante nervioso él también.

-Dile que estoy bien. Y dale las gracias.

-De acuerdo.

Bundy se marchó; la puerta se cerró tras él.

-Tengo que admitirlo, Rock -le dije a Maury-. Has conseguido algo. Estaba equivocado.

-Gracias por reconocerlo.

-Estás malgastando su agradecimiento -dijo Pris.

-Nos queda mucho trabajo por delante -dijo Maury, aspirando agitadamente su *Corina*-. Sé que ahora conseguiremos que Barrows se interese. Pero con lo que tenemos que tener cuidado... -Bajó la voz-. Un hombre como él podría jugarnos una mala pasada y dejarnos a un lado, ¿tengo razón, amigo?

-Tienes razón -respondí.

Yo también lo había pensado.

-Probablemente lo habrá hecho a otras pequeñas empresas ya un millón de veces. Tenemos que cerrar filas los cuatro; los cinco, si incluimos a Bob Bundy. ¿De acuerdo?

Nos miró a Pris, a mi padre y a mí.

-Maury, tal vez deberías llevar esto al Gobierno Federal -dijo mi padre. Me miró tímidamente-. *Hab Ich nicht Recht, mein Sohn?*

-Ya ha contactado con Barrows -dije-. Por lo que sabemos, Barrows viene de camino.

-Podríamos decirle que no aunque aparezca -dijo Maury-, si creemos que deberíamos dirigirnos a Washington DC.

-Pregúntale al Lincoln -dije.

-¿Qué? -exclamó Pris bruscamente-. Oh, por el amor de Dios.

-Hablo en serio. Pedidle consejo.

-¿Qué podría saber un político del siglo pasado de Sam K. Barrows? -me dijo Pris sardónicamente.

-Tranquila, Pris -dije con voz lo más calmada posible-. En serio.

-No nos peleemos -dijo Maury rápidamente-. Todos tenemos derecho a expresar nuestras opiniones. Creo que deberíamos continuar y enseñarle el Lincoln a Barrows, y si por alguna loca razón...

Se detuvo. El teléfono estaba sonando. Lo cogió.

Librodot

-SAMA ASOCIADOS. Maury Rock al habla.

Silencio.

Volviéndose hacia nosotros, Maury formó con los labios una palabra: *Barrows.*

Ya está, me dije. La suerte está echada.

-Sí, señor -decía Maury al teléfono-. Le recogeremos en el aeropuerto de Boise. Sí, le veremos allí.

Su cara brillaba; me guiñó un ojo.

-¿Dónde está el Stanton? -le pregunté a mi padre.

-¿Qué, *mein Sohn*?

-El simulacro Stanton... no lo veo.

Al recordar su expresión de hostilidad hacia el Lincoln, me levanté y me dirigí hacia donde se encontraba Pris, que intentaba oír la conversación telefónica de Maury.

-¿Dónde está el Stanton? -le dije en voz alta.

-No lo sé. Bundy lo puso por alguna parte. Probablemente está abajo en el taller.

-Espere un momento. -Maury apartó el auricular. Se dirigió hacia mí con una expresión extraña en la cara-. El Stanton está en Seattle. Con Barrows.

-Oh, no -oí decir a Pris.

-Tomó el autobús *Greyhound* anoche -dijo Maury-. Llegó allí esta mañana y le buscó. Barrows dice que ha tenido una charla muy interesante con él. -Maury cubrió el auricular con una mano-. No ha recibido nuestro telegrama todavía. Está interesado en el Stanton. ¿Le hablo del Lincoln?

-Lo mismo da -dije yo-. Va a recibir el telegrama...

-Señor Barrows -dijo Maury al teléfono-, acabamos de enviarle un telegrama. Sí. Tenemos el simulacro electrónico Lincoln funcionando y es un éxito increíble, aún más que el Stanton. Señor, ¿le acompañará el Stanton en el avión? Estamos ansiosos por verlo de vuelta. -Silencio, y entonces Maury bajó el teléfono una vez más-. Barrows dice que el Stanton le dijo que tiene intención de quedarse en Seattle un día o dos y ver el panorama. Tiene la intención de cortarse el pelo y visitar la biblioteca y si le gusta la ciudad tal vez incluso piense en abrir un bufete de abogado y establecerse allí.

-Por el amor de Dios -dijo Pris, cerrando los puños-. ¡Dile a Barrows que hable con él y lo traiga aquí!

-¿Puede convencerle de que venga con usted, señor Barrows? -dijo Maury al teléfono. Otra vez silencio-. Se ha ido -nos dijo, esta vez sin cubrir el auricular-. Se despidió de Barrows y se marchó.

Frunció el ceño, profundamente inquieto.

-De todas formas, ultima los detalles del vuelo -le dije.

-De acuerdo. -Maury tomó fuerzas y una vez más se dirigió al teléfono-. Estoy seguro de que esa maldita cosa estará bien; tenía dinero, ¿no? -Silencio-. Y usted le dio veinte dólares, además; bien. De todas formas, nos veremos. El Lincoln es aún mejor. Sí, señor. Gracias. Adiós.

Colgó y se quedó mirando al suelo, con los labios fruncidos.

-Ni siquiera me di cuenta de que se había marchado. ¿Crees que estaba molesto por lo del Lincoln? Tal vez, tiene un temperamento endiablado.

-No vale la pena lamentarse en vano -dije yo.

-Cierto -murmuró Maury, mordiéndose el labio-. ¡Y tiene batería para seis meses! Puede que no le veamos hasta el año que viene. Dios mío, hemos invertido miles de dólares en él... ¿y si Barrows nos está mintiendo? Tal vez lo tiene encerrado en algún sótano.

-Si lo tuviera, no vendría a vernos -dijo Pris-. A lo mejor todo esto es para bien; tal vez Barrows no vendría si no fuera por el Stanton, por lo que dijo e hizo... tuvo que verlo y tal vez el telegrama no le habría hecho venir. Y si no hubiera ido a verle, tal vez él no nos habría hecho caso y no tendríamos nada, ¿no?

-Sí -asintió Maury lentamente.

-El señor Barrows es digno de confianza, ¿verdad? -dijo mi padre-. Un hombre con tantas preocupaciones sociales como demuestra esa carta que me enseñó mi hijo sobre la casa de pobres que está protegiendo.

Maury volvió a asentir lentamente.

-Sí, Jerome -dijo Pris, palmeando a mi padre en el brazo-. Es un tipo con un gran sentido cívico. Le gustará.

Mi padre miró a Pris y luego a mí.

-Parece que todo está saliendo bien, *nicht Wahr?*

Todos asentimos con una mezcla de alegría y miedo. La puerta se abrió y en ella apreció Bob Bundy con una hoja de papel doblado.

-Una carta del señor Lincoln -me dijo.

La desplegué. Era una breve nota de simpatía.

Sr. Louis Rosen
Mi querido señor:
Desearía informarme sobre su estado, con la esperanza de que haya experimentado una mejoría. Sinceramente suyo,
A. LINCOLN

-Iré a darle las gracias -le dije a Maury.

-Hazlo -me contestó él.

9

Mientras esperábamos en la entrada del aeropuerto la llegada del vuelo de Seattle, me pregunté en qué diferiría Barrows del resto de la gente.

El Boeing 900 aterrizó y recorrió la pista. Se colocaron las escalerillas, las puertas se abrieron, las azafatas ayudaron a la gente a salir, y al pie de cada escalerilla los empleados de las líneas aéreas se aseguraban que los pasajeros no tropezaran y se cayeran al suelo de asfalto. Mientras tanto, los vehículos encargados del equipaje corrían como insectos enormes, y a un lado había aparcado un camión de *Standard Stations* con las luces rojas encendidas.

Todo tipo de pasajeros empezaron a salir por ambas puertas del avión y bajaron rápidamente por las escalerillas. A nuestro alrededor, amigos y parientes se abrían paso y empujaban todo lo que podían. Junto a mí, Maury se sacudió incómodo.

-Vamos a salir a saludarle.

Pris y él echaron a andar, así que tuve que seguirles. Un oficial de las líneas aéreas, con su uniforme azul, nos hizo señas para que nos detuviéramos. Sin embargo. Maury y Pris le ignoraron; yo también lo hice, y llegamos al pie de la escalerilla de primera clase. Allí nos detuvimos. Los pasajeros bajaron uno a uno. Algunos sonriendo, los hombres de negocios sin ninguna expresión en la cara. Algunos parecían cansados.

-Ahí está -dijo Maury.

Un hombre delgado bajó la escalerilla de primera clase, sonriendo ligeramente, con el abrigo en el brazo. A medida que se nos acercaba, me pareció que su traje le sentaba mejor que a cualquier otra persona. Sin duda estaba hecho a medida, probablemente en Londres o en Hong Kong. Y parecía más relajado. Llevaba gafas de sol verde, sin montura; su pelo, como en las fotos, estaba rapado muy corto, casi estilo soldado. Tras él venía una mujer de aspecto alegre a la que reconocí: Colleen Nild, con una carpeta y papeles bajo el brazo.

-Son tres -observó Pris.

Había otro hombre, muy bajo, corpulento, con un traje marrón con las mangas y las perneras demasiado largas, que le sentaba fatal. Era un tipo de cara roja con una nariz estilo *Doctor Doolitte* y el pelo oscuro peinado cruzándole el cráneo. Llevaba un alfiler en la

corbata, y la forma en que caminaba detrás de Barrows me convenció de que era abogado; los abogados caminan de esa forma en los juicios como el entrenador de un equipo de béisbol que sale al campo para protestar una decisión. El gesto de protesta, decidí mientras le observaba, es el mismo en todas las profesiones; uno sale ahí, andando y agitando los brazos.

El abogado se movía alerta. Hablaba a gran velocidad con Colleen Nild; parecía un hombre amistoso, alguien con enorme energía de reserva, el tipo de abogado que había esperado que Barrows tuviera en nómina. Colleen, como antes, llevaba un vestido azul marino que parecía de plomo. Esta vez llevaba todo el conjunto con sus complementos: guantes, sombrero y un bolso de cuero. Escuchaba al abogado; mientras hablaba, el hombre hacía gestos en todas direcciones, como el decorador interior o el capataz de un equipo de construcción. Algo en él me comunicó una sensación agradable y me noté menos tenso. Decidí que el abogado parecía un gran bromista. Sentí que le entendía.

Barrows llegó al pie de la escalerilla, los ojos invisibles tras las gafas oscuras, la cabeza ligeramente inclinada como para ver lo que hacían sus pies. Estaba escuchando al abogado. Maury se adelantó cuando pisó el suelo.

-¡Señor Barrows!

Barrows se volvió y se detuvo, apartándose graciosamente para que los que le seguían pudieran continuar su camino, y tendió la mano.

-¿Señor Rock?

-Sí, señor -dijo Maury, estrechándole la mano. Colleen y el abogado les rodearon; lo mismo hicimos Pris y yo-. Esta es Pris Frauenzimmer. Y mi socio, Louis Rosen.

-Encantado, señor Rosen. -Barrows me estrechó la mano-. La señorita Nild, mi secretaria. Este caballero es el señor Blunk, mi consejero. -Todos nos estrechamos las manos-. Hace frío aquí, ¿no?

Barrows se dirigió a la entrada del edificio. Se movía tan rápidamente que todos tuvimos que galopar tras él como una manada de animales. Las cortas piernas del señor Blunk se movían como en una película acelerada; sin embargo, aquello no parecía importarle. Continuaba irradiando alegría.

-Boise -declaró, mirando a su alrededor-. Boise, Idaho. ¿Qué pensarán después?

Colleen Nild, a mi lado, me saludó.

-Me alegra volver a verle, señor Rosen. Encontramos a la criatura Stanton deliciosa.

-Un mecanismo fabuloso -nos dijo Blunk, que caminaba ante nosotros-. Pensamos que era de la Oficina de Renta Interna.

Me dirigió una cálida sonrisa personal.

Barrows y Maury caminaban por delante; Pris se había quedado rezagada porque la puerta era demasiado estrecha. Barrows y Maury entraron y Pris les siguió a continuación, luego el señor Blunk, después Colleen Nild y por fin yo, a la cola. Cuando atravesamos el edificio y volvimos a la entrada que daba a la calle, donde esperaban los taxis, Barrows y Maury ya habían localizado el coche: el chofer uniformado tenía abierta una de las puertas traseras y Barrows y Maury entraron en ella.

-¿Equipaje? -le dije a la señorita Nild.

-No. Se pierde demasiado tiempo esperando. Sólo vamos a estar aquí unas pocas horas y luego regresaremos. Posiblemente esta noche. Si decidimos quedarnos, compraremos lo que necesitemos.

-Hum -dije, impresionado.

Los demás entramos también en el coche; el conductor dio la vuelta y pronto nos sumamos al tráfico, de camino a Boise.

-No veo cómo el Stanton puede establecer un bufete en Seattle -le decía Maury al señor Barrows-. No tiene licencia para practicar la ley en el Estado de Washington.

-Sí, creo que volverá a verlo usted un día de estos.

Barrows ofreció primero a Maury, y luego a mí, un cigarrillo de su pitillera.

Resumiendo, decidí que Barrows difería del resto de nosotros en que parecía que había hecho crecer su traje gris de lana inglesa de la forma en que un animal se deja crecer la piel; era simplemente parte de él, como sus uñas y sus dientes. Él era completamente inconsciente de ellos, como de su corbata, sus zapatos, su pitillera... era inconsciente de todo lo referente a su aspecto.

Así que esto es ser multimillonario.

Todo un salto desde donde yo estoy, donde está la preocupación, me pregunto si tengo la bragueta abierta. Ésa es la diferencia. La gente como yo mira hacia abajo. Sam K. Barrows siempre lleva la cabeza bien alta. Ojalá fuera rico, me dije.

Me sentí deprimido. Mi condición era desesperanzada. Ni siquiera había llegado al punto de preocuparme del nudo de la corbata, como hacen otros hombres. Probablemente no lo haría nunca.

Y para colmo, Barrows era un tipo de aspecto realmente atractivo, estilo Robert Montgomery. No tan guapo como Montgomery, a decir verdad, pues ahora que Barrows se había quitado las gafas oscuras pude ver que tenía bolsas de arrugas bajo los ojos. Pero tenía una auténtica constitución atlética, probablemente obtenida tras jugar al balonmano en una pista privada de cinco mil dólares. Y seguro que tiene un médico de primera fila que no le deja beber licor barato ni cerveza de ningún tipo; nunca come en bares... probablemente nunca come grasa, sólo chuletitas de cerdo y filetes a la plancha.

Naturalmente, con una dieta como ésa, no tenía ni un gramo de grasa superflua. Me sentí aún más deprimido.

Ahora pude ver que aquellos cuencos de ciruelas estofadas que desayunaba a las seis de la mañana y las cuatro millas de carrera a través de las calles desiertas a las cinco servían para algo. El joven millonario excéntrico cuya foto aparecía en *Look* no se iba a caer muerto a los cuarenta años de un ataque al corazón; pretendía vivir y disfrutar de su dinero.

Ninguna viuda lo heredaría al contrario de la pauta nacional.

¿Excéntrico? Diablos, no.

Listo.

Eran poco más de las siete cuando nuestro coche entró en Boise y el señor Barrows y sus dos acompañantes anunciaron que no habían cenado. ¿Conocíamos algún buen restaurante en Boise?

No hay ningún buen restaurante en Boise.

-Sólo un sitio donde podamos encontrar gambas fritas -dijo Barrows-. Una cena ligera de ese tipo. Tomamos unas cuantas bebidas en el avión, pero ninguno de nosotros cenó. Estábamos demasiado entretenidos charlando.

Encontramos un restaurante pasable. El *maître* nos condujo a una mesa en forma de herradura al fondo; nos quitamos los abrigos y nos sentamos.

Pedimos las bebidas.

-¿Ganó realmente su primera fortuna jugando al póquer en el Servicio? -le pregunté a Barrows.

-No, fue a los dados. Una partida de seis meses. El póquer requiere habilidad; yo tengo suerte.

-No fue la suerte lo que le llevó a invertir en bienes inmobiliarios -dijo Pris.

-No, eso fue debido a que mi madre solía alquilar habitaciones en nuestra vieja casa de Los Ángeles.

Barrows la miró.

-No fue la suerte -dijo Pris con la misma voz tensa-, lo que le ha convertido en el Don Quijote que ha desafiado con éxito al Tribunal Supremo de los Estados Unidos para que falle en contra de la Agencia Espacial y su codicioso monopolio de la Luna y los planetas.

Barrows asintió.

-Es generosa con su descripción. Poseía lo que creía eran títulos valiosos de parcelas en la Luna, y quería comprobar su validez de manera que nunca fuera cuestionada de nuevo. Oiga, ¿no nos hemos visto antes?

-Sí -dijo Pris, con los ojos brillantes.

-No logro situarla.

-Fue sólo durante un momento. En su oficina. No le reprocho el que no se acuerde. Sin embargo, yo sí me acuerdo de usted.

Ella no le había quitado los ojos de encima.

-¿Es usted la hija de Rock?

-Sí, señor Barrows.

Esta noche, Pris parecía mucho más guapa. Se había arreglado el pelo, y el maquillaje ocultaba su palidez, pero no tanto como para darle el aspecto de máscara que yo había notado en el pasado. Ahora que se había quitado el abrigo vi que llevaba un atractivo jersey de lana, de mangas cortas, con una pieza de oro (un alfiler en forma de serpiente), sobre el pecho derecho. Por Dios, también llevaba sujetador, del tipo que crea bulto donde no hay ninguno. Para esta extraordinaria ocasión, Pris había conseguido pecho. Y, cuando se levantó para colgar su abrigo, vi que con aquellos altos zapatos de tacón parecía tener bonitas piernas. De modo que, cuando la ocasión lo requería, podía arreglarse más que correctamente.

-Déjeme ayudarla -dijo Blunk, cogiéndole el abrigo y acercándose a la percha, donde lo colgó. Regresó, hizo una reverencia, le sonrió alegremente y volvió a sentarse-. ¿Está segura que este viejecillo sucio es su padre de verdad? -Indicó a Maury-. ¿No será éste el caso en que está cometiendo un pecado, señor, el pecado de violación de menores? -Señaló cómicamente con el dedo a Maury-. ¡Qué vergüenza, señor!

Nos sonrió a todos.

-Sólo la quieres para ti -dijo Barrows, mordiendo la cola de una gamba y poniéndola a un lado-. ¿Cómo sabes que no es otra de esas cosas simulacro, como el Stanton?

-¡Pediré una docena como ella! -exclamó Blunk, con los ojos brillantes.

-Es mi hija de verdad. Ha estado en el colegio -aseguró Maury.

Parecía incómodo.

-Y ha vuelto... -Blunk bajó la voz. Susurró exageradamente a Maury-. En el estilo familiar, ¿verdad?

Maury sonrió incómodamente.

-Me alegra volver a verla, señorita Nild -dije cambiando de tema.

-Gracias.

-Ese robot Stanton nos dio un susto de muerte -nos dijo Barrows, apoyando los codos sobre la mesa, los brazos cruzados. Había acabado con las gambas y parecía saciado y satisfecho.

Para ser un hombre que empezaba el día con ciruelas estofadas parecía disfrutar mucho de la comida. Personalmente, tuve que aprobar eso; me parecía un signo alentador.

-¡Hay que felicitarles! -dijo Barrows-. ¡Han creado a un monstruo! -Se rió en voz alta divertido de sí mismo-. ¡Matemos a esa cosa! ¡Busquemos una multitud con antorchas! ¡Adelante!

Todos tuvimos que reírnos con esto.

-¿Cómo murió finalmente el monstruo de Frankenstein? -preguntó Colleen.

-Con hielo -dijo Maury-. El castillo ardió y lo rociaron con mangueras y el agua se convirtió en hielo.

-Pero en la película siguiente encontraron al monstruo congelado -dije yo-. Y lo revivieron.

-Desapareció en un pozo de lava burbujeante -dijo Blunk-. Yo estaba allí. Tengo un botón de su abrigo. -Sacó un botón del bolsillo que nos mostró a cada uno-. Pertenece al mundialmente famoso monstruo de Frankenstein.

-Es de tu chaqueta, Dave -dijo Colleen.

-¿Qué? -Blunk bajó la mirada, el ceño fruncido-. ¡Sí que lo es! ¡Mi propio botón!

Volvió a reírse.

Barrows, hurgándose los dientes con la uña del pulgar, nos dijo a Maury y a mí:

-¿Cuánto le costó construir el robot Stanton?

-Unos cinco mil -dijo Maury.

-¿Y cuánto sería si se construyeran en serie? Digamos, varios miles a la vez.

-Diablos -dijo Maury rápidamente-. Diría que unos seiscientos dólares. Eso suponiendo que sean idénticos, tengan las mismas Leyes de Gobierno y se les apliquen las mismas cintas.

-Lo que esto representa -le dijo Barrows-, es una versión tamaño real de las muñecas parlantes que fueron tan populares en el pasado, corríjame si...

-No -dijo Maury-. No exactamente.

-Bueno habla y anda -dijo Barrows-. Cogió el autobús para Seattle. ¿No es eso el principio de automoción un poco más complejo? -Continuó antes de que Maury pudiera responder-. Lo que quiero decir es que no hay nada realmente nuevo en todo esto, ¿o sí?

Silencio.

-Claro -dijo Maury.

No parecía muy feliz. Y advertí que Pris también parecía bruscamente seria.

-Bien, si quiere explicarse, por favor -dijo Barrows, aún con su tono amable y su informalidad. Cogió su vaso de Green Hungarian y bebió-. Adelante, Rock.

-No es un autómata -dijo Maury-. ¿Conoce los trabajos de Grey Walter en Inglaterra? ¿Las tortugas? Es lo que llaman un sistema homeostático. Se nutre de su entorno; produce sus propias respuestas. Es como la fábrica completamente automatizada que se autorrepara. ¿Sabe a lo que se refiere el término *«feedback»*? En los sistemas eléctricos hay...

Dave Blunk puso su mano sobre el hombro de Maury.

-Lo que el señor Barrows quiere saber se refiere a la patente, si puedo usar un término tan difícil para sus robots Lincoln y Stanton.

Pris habló con voz lenta y controlada.

-Estamos plenamente cubiertos en la oficina de patentes. Tenemos una representación legal experta.

-Eso está bien -dijo Barrows, sonriéndole mientras se hurgaba los dientes-. Porque de otra manera no hay nada que comprar.

-Muchos principios nuevos están relacionados -dijo Maury-. El simulacro electrónico Stanton representa el trabajo desarrollado durante un período de muchos años por muchos equipos investigadores dentro y fuera del Gobierno, y si puedo decirlo, todos estamos plenamente satisfechos, incluso sorprendidos, de sus magníficos resultados... como pudieron ver ustedes por sí mismos cuando el Stanton se bajó del autobús *Greyhound* en Seattle y tomó un taxi para llegar a su oficina.

-Caminó -dijo Barrows.

-¿Cómo dice?

-Digo que fue caminando hasta mi oficina desde la estación de autobuses *Greyhound*.

-En cualquier caso -dijo Maury-, lo que hemos logrado no tiene precedentes en el campo de la electrónica.

Después de cenar, nos dirigimos a Ontario. Llegamos a la oficina de SAMA ASOCIADOS a las diez en punto.

-Qué ciudad tan curiosa -dijo Dave Blunk tras observar las calles vacías-. Todo el mundo está en la cama.

-Espere a ver al Lincoln -dijo Maury mientras salíamos del coche.

Se habían detenido ante el escaparate y estaba leyendo el cartel referido al Lincoln.

-Bien, que me aspen -dijo Barrows. Pegó la cara al cristal y echó un vistazo-. No se ve ni rastro de él. ¿Qué es lo que hace? ¿Dormir por las noches? ¿O hacen que lo asesinen todas las tardes a las cinco, cuando las aceras están abarrotadas?

-El Lincoln está probablemente en el taller -dijo Maury-. Vamos a bajar.

Abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarnos pasar. Nos quedamos a la entrada del taller oscuro mientras Maury buscaba el interruptor de la luz. Finalmente, lo encontró.

Allí, sentado y meditando, estaba el Lincoln. Había estado sentado tranquilamente en la oscuridad.

-Señor presidente -dijo Barrows inmediatamente.

Le vi hacer una seña a Colleen Nild. Blunk sonrió, entusiasmado, con el calor ansioso y complaciente de un gato hambriento pero confiado. Claramente, se divertía muchísimo con todo esto. La señorita Nild estiró el cuello y abrió un poco la boca, obviamente impresionada. Barrows, por supuesto, había entrado en el taller sin ninguna duda, sabiendo exactamente qué hacer. No le tendió la mano al Lincoln, se detuvo a unos pocos pasos de él, en actitud respetuosa.

El Lincoln volvió la cabeza y le miró con expresión melancólica. Yo nunca había visto tanta desesperación en una cara anteriormente, y me eché atrás; lo mismo hizo Maury. Pris no reaccionó; simplemente se quedó de pie en la puerta. El Lincoln se puso en pie, dudó, y luego la expresión de dolor se desvaneció lentamente de su cara.

-Sí, señor -dijo con voz quebrada y aguda, completamente contrastada con su alto porte.

Inspeccionó a Barrows con amabilidad e interés; sus ojos chispeaban un poco.

-Me llamo Sam Barrows. Es un gran honor conocerle, señor presidente.

-Gracias, señor Barrows -dijo el Lincoln-. ¿No quieren ustedes y sus amigos entrar y acomodarse?

Dave Blunk me dirigió una mirada silenciosa de sorpresa y de temor. Me palmeó en la espalda.

-Vaya -dijo suavemente.

-¿Me recuerda, señor presidente? -le dije al simulacro.

-Sí, señor Rosen.

-¿Y a mí? -dijo Pris secamente.

El simulacro hizo una leve y formal reverencia.

-Señorita Frauenzimmer. Y usted es el señor Rock, la persona a cargo de este edificio, ¿verdad? -El simulacro sonrió-. El propietario o copropietario, si no estoy equivocado.

-¿Qué ha estado haciendo? -le preguntó Maury.

-Estaba reflexionando sobre una observación de Lyman Trumbull. Como sabe, el Juez Douglas se reunió con Buchanan y hablaron de la Constitución Lecompton y Kansas. El Juez Douglas salió y combatió a Buchanan a pesar de las amenazas, siendo una medida administrativa. Yo no apoyé al Juez Douglas, como hicieron cierto número de personas cercanas a mí entre mi propio partido, los republicanos y su causa. Pero en Bloomington, donde estaba hacia finales de mil ochocientos cincuenta y siete no vi a ningún republicano apoyar a Douglas, como vi una vez en el *Tribune* de Nueva York. Le pedí a Lyman Trumbull que me escribiera a Springfield para que me dijera si...

Barrows interrumpió en este punto al simulacro Lincoln.

-Señor, si nos disculpa, tenemos negocios que atender y luego este caballero, el señor Blunk, la señorita Nild y yo tenemos que volar de vuelta a Seattle.

El Lincoln hizo una reverencia.

-Señorita Nild. -Extendió la mano, y con una risita nerviosa, Colleen Nild se adelantó para estrecharla-. Señor Blunk. -Estrechó gravemente la mano del gordinflón abogado-. No será usted pariente de Nathan Blunk de Cleveland, ¿verdad?

-No, no lo soy -contestó Blunk, estrechando la mano del simulacro vigorosamente-. Fue usted abogado en su tiempo, ¿verdad, señor Lincoln?

-Sí señor -replicó el Lincoln.

-Mi profesión.

-Ya veo -dijo el Lincoln, con una sonrisa-. Tiene usted la habilidad divina de discutir sobre cosas triviales.

Blunk se rió de todo corazón.

Barrows se acercó a Blunk y se dirigió al simulacro:

-Hemos venido desde Seattle para discutir con el señor Rosen y el señor Rock una transacción financiera relacionada con un contrato económico entre SAMA ASOCIADOS y Empresas Barrows. Antes de terminarlo quisimos conocerle y charlar. Hemos conocido al Stanton hace poco; vino a visitarnos en autobús. Podríamos adquirirles a usted y al Stanton como pertenecientes a SAMA ASOCIADOS así como patentes básicas. Como ex abogado, estará familiarizado probablemente con transacciones de este tipo. Me gustaría preguntarle unas cuantas cosas. ¿Cuál es su sentido del mundo moderno? ¿Sabe lo que es una vitamina, por ejemplo? ¿Sabe en qué año estamos?

Observó al simulacro con suspicacia.

El Lincoln no respondió inmediatamente, y mientras aún reflexionaba Maury llevó a Barrows a un lado. Me uní a ellos.

-Eso no tiene sentido -dijo Maury-. Sabe perfectamente bien que no se le construyó para que tratara temas como ése.

-Cierto -coincidió Barrows-. Pero siento curiosidad.

-Pues olvídese. No le haría ninguna gracia si quemara algunos de sus circuitos primarios.

-¿Tan delicado es?

-No, pero lo está forzando.

-No lo creo. Es tan convincente que quiero saber hasta qué punto es consciente de su nueva existencia.

-Déjelo en paz -dijo Maury.

Barrows gesticuló bruscamente.

-Muy bien. -Llamó a Colleen Nild y a su abogado-. Demos por concluido nuestro asunto y regresemos a Seattle. Dave, ¿te satisface lo que ves?

-No -contesto Blunk mientras se unía a nosotros. Colleen se quedó junto a Pris y el simulacro; le estaban preguntando algo sobre los debates con Stephen Douglas-. En mi opinión, parece que no funciona tan bien como el Stanton.

-¿Cómo es eso? -preguntó Maury.

-Es... muy lento.

-Acaba de empezar a funcionar -dije yo.

-No, no es eso -dijo Maury-. Es una personalidad diferente. Stanton es más inflexible, más dogmático. -Se dirigió a mí-. Sé muchísimas cosas sobre esos dos. Lincoln era así. Yo hice las cintas. Tenía períodos de depresión, estaba meditando aquí cuando entramos. Otras veces es más alegre -se volvió a Blunk-. Ése es su carácter. Si se queda por aquí, lo verá de otra manera. Es melancólico. No es como el Stanton, que es positivo. Quiero decir que no es un fallo eléctrico; se supone que tiene que ser así.

-Ya veo -dijo Blunk, pero no parecía convencido.

-Sé a lo que te refieres -dijo Barrows-. Parece burdo.

-Cierto -dijo Blunk-. No estoy seguro de que lo hayan perfeccionado. Puede que haya un montón de errores por repasar.

-Y toda esa coartada de no preguntarle temas contemporáneos..., ¿te has dado cuenta?

-Claro que sí.

-Sam -le dije a Barrows, entrometiéndome en la conversación-, no comprende el tema. Tal vez es porque acaba de bajarse del avión de Seattle y luego ha tenido que soportar todo ese largo trayecto desde Boise. Francamente, pensé que había entendido el principio subyacente al simulacro, pero dejemos correr el tema por bien de la amistad, ¿de acuerdo?

Sonreí.

Barrows me observó sin contestar. Lo mismo hizo Blunk. En el rincón, Maury se apoyó en una banqueta, con el cigarrillo exhalando nubes de humo azul y solitario.

-Comprendo su decepción con el Lincoln -dije-. Simpatizo con ustedes. Para ser sinceros, el Stanton era un ensayo.

-Ah -dijo Blunk, los ojos brillantes.

-No fue idea mía. Mi socio se puso nervioso y quiso arreglarlo todo. -Indiqué con la cabeza en dirección a Maury-. Se equivocó al hacerlo, pero de todas formas es un asunto muerto; con lo que queremos tratar es con el simulacro Lincoln porque ésa es la base del genuino descubrimiento de SAMA ASOCIADOS. Volvamos atrás y examinémoslo de nuevo.

Los tres nos acercamos al lugar donde la señorita Nild y Pris estaban escuchando al simulacro alto y barbudo.

-...me citó al efecto que los negros estaban incluidos en esa cláusula de la Declaración de la Independencia que dice que todos los hombres fueron creados iguales. El juez Douglas dice que manifesté eso en Chicago, y luego que en Charleston dije que los negros pertenecían a una raza inferior. Y que mantuve que no era un tema de moral, sino una cuestión de grado, y que en Galesburg me eché atrás y dije que era una cuestión moral una vez más. -El simulacro nos sonrió gentilmente-. En eso, alguien entre el público dijo *«¡Tiene razón!»*. Me alegré de que alguien pensara así, porque me pareció que el juez Douglas me tenía atrapado.

Pris y la señorita Nild se rieron apreciativamente. Los demás permanecimos en silencio.

-Los mejores aplausos que obtuvo el juez Douglas fueron cuando dijo que todo el Partido Republicano en la parte norte del Estado seguía la doctrina de no tener más Estados esclavistas, y que esta misma doctrina es repudiada por los republicanos de la otra parte del Estado... y el juez se preguntó si el señor Lincoln y su partido no eran el ejemplo que aparece en las Escrituras, que una casa dividida no puede permanecer en pie. -La voz del simulacro había adquirido una cualidad jocosa-. Y el juez se preguntó si mis principios eran los mismos que los del Partido Republicano. Por supuesto, no tuve oportunidad de contestarle hasta octubre, en Quincy. Pero allí le dije que podía discutir que un caballo castaño es lo mismo que una castaña del tamaño de un caballo. Ciertamente yo no tenía intención de introducir equidad política y social entre las razas blanca y negra. Hay una diferencia física entre las dos que, en mi opinión, prohibirá eternamente que vivan juntas en perfecta igualdad. Pero sostengo que el negro tiene tanto derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad como el blanco. No es mi igual en muchos aspectos, ciertamente no en el color, quizá no en cualidades morales e intelectuales, pero en el derecho a comer el pan que él mismo gane con sus propias manos, sin depender de nadie más, es mi igual y el igual del juez Douglas y de cualquier otro hombre. -El simulacro hizo una pausa-. Recibí un montón de aplausos en este momento.

-Hay una cinta que habla desde el interior de esa cosa, ¿verdad? -me preguntó Sam Barrows.

-Es libre de decir lo que quiera -le contesté.

-¿Cualquier cosa? ¿Quiere decir que es capaz de hacer un discurso? -Barrows, obviamente, no me creía-. No veo que sea diferente al hombre mecánico clásico, con todos los datos históricos. Lo mismo se demostró en la Feria Mundial de San Francisco en mil novecientos treinta y nueve, con *«Pedro el Volador».*

Esta discusión entre Barrows y yo no había pasado inadvertida al simulacro Lincoln. De hecho, tanto Pris, como la señorita Nild y él nos estaban mirando.

-¿No le oí expresar hace un rato el concepto de que iba a *«adquirirme»* como parte de un trato? -le dijo el Lincoln al señor Barrows-. ¿Tengo razón? Si es así, me pregunto cómo puede adquirirme a mí o a nadie más, cuando la señorita Frauenzimmer me dice que hoy hay más imparcialidad entre las razas que nunca anteriormente. Estoy un poco confuso con todo esto, pero creo que hoy en día ya no se *«adquiere»* más a ningún ser humano, ni siquiera en Rusia, donde parecería monótono.

-Eso no incluye a los hombres mecánicos -le dijo Barrows.

-¿Se refiere usted a mí? -preguntó el simulacro.

-Claro que sí -contestó Barrows con una risita.

Junto a él, el abogado Dave Blunk se frotaba la mandíbula pensativamente, mirando de Barrows al simulacro y viceversa.

-¿Podría decirme, señor, que es un ser humano? -preguntó el simulacro.

-Sí, podría -dijo Barrows. Miró a Blunk a los ojos; obviamente, el abogado estaba disfrutando con esto-. Un hombre es un rábano hendido -añadió-. ¿Le es familiar esa definición, señor Lincoln?

-Lo es -dijo el simulacro-. Shakespeare por boca de «Falstaff», ¿no es cierto?

-Cierto. Y yo añadiría que un hombre puede ser definido como un animal que usa pañuelo. ¿Qué le parece? Shakespeare no dijo eso.

-No, señor. No lo hizo -coincidió el simulacro. Se rió de buena gana-. Aprecio su sentido del humor, señor Barrows. ¿Puedo usar esa observación cuando haga un discurso?

Barrows asintió.

-Gracias -dijo el simulacro-. Ha definido al hombre como un animal que usa pañuelo. Pero ¿qué es un animal?

-Puedo decirle que usted no lo es -dijo Barrows, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones; parecía completamente confiado-. Un animal tiene una herencia biológica y una estructura de la que usted carece. Usted tiene válvulas y cables e interruptores. Es una máquina. Como... -lo consideró-, como una tricotosa. Como un motor de vapor. -Le hizo un guiño a Blunk-. ¿Puede un motor de vapor considerarse con derecho a acogerse a la cláusula de la Constitución de la que hablaba? ¿Tiene derecho a comer el pan que produce, como un hombre blanco?

-¿Puede hablar una máquina? -preguntó el simulacro.

-Claro. Radios, fonógrafos, grabadoras, teléfonos... todos hablan como locos.

El simulacro lo consideró. No sabía lo que eran todas esas cosas, pero pudo hacerse una idea; había tenido tiempo para pensar mucho. Todos pudimos apreciarlo.

-Entonces, señor, ¿qué es una máquina? -le preguntó el simulacro a Barrows.

-Usted es una. Estos tipos le construyeron. Les pertenece.

La cara larga y arrugada mostró diversión cuando el simulacro miró a Barrows.

-Entonces, señor, usted es una máquina, pues tiene también un Creador. Igual que «estos tipos». Él le hizo a Su imagen. Creo que Spinoza, el gran erudito judío, sostuvo esa opinión referente a los animales; que eran máquinas listas. Creo que el punto crítico es el alma. Una máquina puede hacer cualquier cosa que pueda hacer el hombre... estará de acuerdo con eso. Pero no tiene alma.

-No existe el alma -dijo Barrows-. Eso es una paparrucha.

-Entonces una máquina es lo mismo que un animal -dijo el simulacro con paciencia-. Y un animal es lo mismo que un hombre. ¿Correcto o no?

-Un animal está hecho de carne y hueso, y una máquina está hecha de cables y tubos, como usted. ¿Qué sentido tiene todo esto? Sabe perfectamente bien qué es una máquina. Cuando entramos aquí estaba sentado en la oscuridad pensándolo. ¿Y qué? Sé qué es una máquina. No me importa. Lo único que me importa es si funciona o no. Por lo que a mí respecta, no funciona lo suficientemente bien como para interesarme. Tal vez más adelante, cuando tenga menos defectos. Todo lo que puede hacer es hablar sobre el juez Douglas y un montón de asuntos políticos y sociales que no interesan a nadie.

Su abogado, Dave Blunk, se volvió para mirarle pensativo. Aún se frotaba el mentón.

-Creo que deberíamos volver a Seattle -le dijo Barrows. Se volvió hacia nosotros-. Ésta es mi decisión. Nos interesa, pero tenemos que tener un interés controlado para que podamos dirigir la política de la empresa. Por ejemplo, esa idea de la Guerra Civil es un absurdo.

-¿Q-qué? -tartamudeé, pillado por sorpresa.

-El esquema de la Guerra Civil sólo podría tener sentido de una forma. Nunca se les ocurriría ni en un millón de años. Volver a librar la Guerra Civil con robots, sí. Pero los beneficios están en que se pueda apostar sobre el resultado.

-¿Qué resultado?

-Ver cuál de los dos bandos vence -dijo Barrows-. Los azules o los grises.

-Como en los campeonatos mundiales -dijo Dave Blunk, frunciendo el ceño pensativo.

-Exactamente -asintió Barrows.

-El sur no podía ganar -dijo Maury-. No tenía industria.

-Entonces preparen un sistema con compensaciones -dijo Barrows.

Maury y yo nos quedamos sin palabras.

-No habla en serio -conseguí decir por fin.

-Hablo en serio.

-¿Una gesta nacional convertida en una carrera de caballos? ¿Una carrera de perros? ¿Una lotería?

Barrows se encogió de hombros.

-Les he dado una idea que vale un millón de dólares. Pueden rechazarla; es su privilegio. Le digo que no hay otra manera en que pueda utilizar a sus muñecos para ganar dinero con la idea de la Guerra Civil. Yo los utilizaría de modo completamente distinto. Sé de dónde procede Robert Bundy, su ingeniero; soy consciente de que anteriormente fue empleado de la Agencia Federal Espacial diseñando circuitos para sus simulacros. Después de todo, es para mí de la mayor importancia saber todo lo posible sobre la tecnología empleada en la investigación espacial. Soy consciente de que su Stanton y su Lincoln son modificaciones menores de los sistemas del Gobierno.

-Modificaciones mayores -corrigió Maury roncamente-. Los simulacros del Gobierno son simplemente máquinas móviles que deambulan sobre superficies carentes de aire donde los seres humanos no pueden vivir.

-Le diré lo que tengo pensado -ofreció Barrows-. ¿Pueden producir simulacros que sean amistosos?

-¿Qué? -preguntamos Maury y yo al mismo tiempo.

-Podría usar cierto número de ellos diseñados para tener el mismo aspecto exacto de la familia de la puerta de al lado. Una familia amistosa y servicial que fuera un buen vecino. Gente a la que uno quisiera tener cerca, gente como la que uno recuerde de su infancia en Omaha, Nebraska.

-Quiere decir que va a vender montones -dijo Maury tras una pausa-. Para que puedan construir.

-No, vender no -dijo Barrows-. Dar. La colonización tiene que empezar; ha sido postergada demasiado tiempo. La Luna está desierta. La gente va a sentirse sola allí. Hemos descubierto que es difícil dar el primer paso para emigrar. Compran la tierra pero no se establecen en ella. Queremos que empiecen a florecer ciudades. Para hacerlo posible, tendremos que ofrecer incentivos.

-¿Sabrán los pobladores reales que sus vecinos son simples simulacros? -pregunté.

-Por supuesto -dijo Barrows suavemente.

-¿No intentará engañarlos?

-Demonios, no -intervino Dave Blunk-. Eso sería un fraude.

Miró a Maury; me miró a mí.

-Podría ponerles nombre -le dije a Barrows-. Buenos nombres norteamericanos. La familia Edwards, Bill y Mary Edwards y su hijo Tim, que tiene siete años. Van a ir a la Luna; no tienen miedo del frío, de la falta de aire ni de las zonas desoladas.

Barrows me miró.

-Y a medida que más y más gente se va enganchando -dije yo-, puede empezar a retirar tranquilamente los simulacros. La familia Edwards y la familia Jones y todas las demás... venderán sus casas y se trasladarán. Hasta que finalmente las casas sean pobladas por personas auténticas. Y nadie lo sabría nunca.

-Yo no contaría con que diera resultado -dijo Maury-. Algún colono auténtico podría intentar acostarse con la señora Edwards y entonces lo descubriría. Ya sabe cómo se vive en las casas adosadas.

Dave Blunk se echó a reír.

-¡Muy bien!

-Creo que funcionaría -dijo Barrows plácidamente.

-Es lógico -dijo Maury-. Tiene usted todas esas parcelas de tierra ahí arriba. Así que la gente se verá forzada a emigrar... pensaba que había un clamor constante y todo lo que les retenía eran las leyes tan estrictas...

-Las leyes son estrictas -dijo Barrows-, pero seamos realistas. Ahí arriba hay un entorno que en cuanto lo ves... bueno, pongámoslo de esta manera. Diez minutos son suficientes para la mayoría de la gente. He estado allí una vez. No volveré.

-Gracias por ser tan sincero con nosotros, señor Barrows -dije.

-Sé que los simulacros del Gobierno han funcionado bien en la superficie de la Luna. Sé qué es lo que tienen ustedes: una buena modificación de esos simulacros. Sé cómo consiguieron esa modificación. La quiero, y modificada una vez más, esta vez según mi propio concepto. Cualquier otro trato está fuera de toda discusión. Excepto para la exploración planetaria, sus simulacros no tienen ningún valor genuino en el mercado. La idea de la Guerra Civil es una quimera. No haré negocios con ustedes excepto en estos términos. Y lo quiero por escrito.

Se volvió hacia Blunk, y éste asintió sobriamente.

Miré a Barrows, sin saber si creerle o no. ¿Hablaba en serio? ¿Simulacros haciéndose pasar por seres humanos, viviendo en la Luna para crear una ilusión de prosperidad? Simulacros hombres, mujeres y niños viviendo en casas, comiendo cenas falsas, yendo a cuartos de baño falsos... era horrible. Era una forma de distraer al hombre de los problemas en los que se había metido; ¿queríamos meternos en un asunto como ése?

Maury estaba sentado, aspirando tristemente su cigarro; sin duda pensaba en lo mismo que yo.

Con todo, podía ver la postura de Barrows. Tenía que persuadir a la gente de que emigrar a la Luna era un acto deseable; sus necesidades económicas lo forzaban a ello. Y tal vez el fin justificara los medios. La raza humana tenía que conquistar sus miedos, sus resquemores, y lanzarse a un entorno extraño por primera vez en su historia. Esto podría ayudarla a conseguirlo; había comodidad en la solidaridad. Se construirían cúpulas para proteger las viviendas... la vida no sería físicamente mala, sólo la realidad psicológica era terrible el aura del paisaje lunar. Nada viviendo, nada creciendo, eternamente estable. Una casa iluminada al lado, con una familia sentada ante la mesa, charlando y divirtiéndose: Barrows podría proporcionarlos, y proporcionaría también aire, calor, vivienda y agua.

Tuve que admitirlo. Desde mi punto de vista, estaba bien si no fuera por una cosa. Obviamente, habría que hacer todos los esfuerzos posibles para mantenerlo en secreto. Pero si los esfuerzos eran un fracaso, si la noticia se hacía pública, Barrows acabaría probablemente arruinado, posiblemente incluso le procesarían y le enviarían a la cárcel. Y nosotros iríamos con él.

¿Cuánto en el imperio de Barrows ha sido conseguido de esta manera? Apariencias cubriendo la realidad...

Conseguí sacar a colación el tema de los problemas que entrañaba volver a Seattle aquella noche; persuadí a Barrows para que llamara a un hotel cercano y reservara allí habitaciones. Él y su grupo podrían quedarse hasta mañana y luego regresar.

El interludio me dio oportunidad de hacer una llamada particular. Telefoneé a mi padre en Boise cuando nadie podía oírme.

-Nos está metiendo en algo que es demasiado gordo para nosotros -le dije a mi padre-. No sabemos qué hacer. No podemos manejar a ese tipo.

Naturalmente, mi padre ya estaba acostado. Parecía medio dormido.

-Ese Barrows, ¿está ahí ahora?

-Sí. Y tiene una mente brillante. Incluso discutió con el Lincoln y creo que ganó. Tal vez ganó; citó a Spinoza, algo sobre que los animales eran máquinas listas en vez de cosas vivas. No Barrows... Lincoln. ¿Dijo eso Spinoza de verdad?

-Lamentablemente he de confesar que sí.

-¿Cuándo puedes venir aquí?

-Esta noche no -dijo mi padre.

-Mañana, entonces. Van a quedarse aquí. Nos iremos a dormir y volveremos a negociar mañana. Necesitamos tu gentil humanismo para estar seguros.

Colgué y volví al grupo. Los cinco (seis, si contamos al simulacro), estaban charlando juntos en la oficina principal.

-Vamos a salir a tomar un trago antes de retirarnos -me dijo Barrows-. Usted viene con nosotros, por supuesto. -Hizo un gesto hacia el simulacro-. Me gustaría que él también viniera.

Gruñí para mis adentros, pero exteriormente estuve de acuerdo.

Poco después, estábamos sentados en un bar y el camarero nos servía las bebidas.

El Lincoln había permanecido en silencio mientras pedíamos, pero Barrows había pedido un *Tom Collins* para él. Barrows le tendió el vaso.

-Salud -le dijo Dave Blunk al simulacro, alzando su whisky.

-La verdad es que soy un hombre templado -dijo el simulacro con su voz fría y aguda-. Rara vez bebo.

Examinó su bebida dubitativo, luego la sorbió.

-Habrían estado ustedes en un terreno más firme si hubieran reflexionado sobre la lógica de su posición un poco más -dijo Barrows-. Pero ya es demasiado tarde. Valga lo que valga este muñeco suyo como elemento vendible, la idea de utilizarlo en la exploración espacial vale lo mismo... tal vez incluso más. Así que las dos se anulan mutuamente. ¿No están de acuerdo?

-La idea de la exploración espacial fue del Gobierno Federal -dijo.

-Mi modificación sobre esa idea, entonces -dijo Barrows-. Mi punto es que es un negocio seguro.

-No veo lo que quiere decir, señor Barrows -dijo Pris-. ¿Qué es?

-Su idea, el simulacro que se parece tanto a un ser humano que no se le puede diferenciar, y la nuestra, ponerlo en la Luna en un rancho estilo californiano con dos dormitorios y llamarlo familia Edwards.

-¡Esa idea fue de Louis! -exclamó Maury desesperado-. ¡Lo de la familia Edwards! ¿No es cierto, Louis?

-Sí -contesté yo.

Al menos, pensé que lo era. Tenemos que salir de aquí, me dije. Nos están poniendo cada vez más contra la pared.

El Lincoln sorbió su *Tom Collins*.

-¿Qué le parece la bebida? -le preguntó Barrows.

-Sabe bien. Pero embota los sentidos -contestó el simulacro, pero continuó bebiendo.

Eso es todo lo que nos hacía falta, pensé. ¡Sentidos embotados!

10

Poco después, conseguimos dar por concluida la noche.

-Encantado de haberle conocido, señor Barrows -dije, tendiéndole la mano.

-Igualmente.

Me estrechó la mano y luego hizo lo mismo con Maury y con Pris. El Lincoln se quedó un poco aparte, observándonos a su triste modo... Barrows no le tendió la mano, ni se despidió de él.

Poco después, los cuatro que formábamos nuestro grupo recorrimos las oscuras aceras de regreso a SAMA ASOCIADOS, inspirando profundamente el frío aire de la noche, que olía bien y ayudaba a aclarar nuestras mentes.

En cuanto llegamos a nuestra oficina, sin el grupo de Barrows ya, sacamos el *Old Crow* y nos servimos bourbon y agua en vasos *Dixie*.

-Tenemos problemas -dijo Maury.

Los demás asentimos.

-¿Qué le parece? -le preguntó Maury al simulacro-. ¿Cuál es su opinión sobre él?

-Es como un cangrejo -contestó el Lincoln-. Avanza mientras se arrastra hacia los lados.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Pris.

-Sé lo que quiere decir -respondió Maury-. El tipo nos ha forzado tanto que no sabemos lo que estamos haciendo. ¡Somos bebés! ¡Bebés! ¡Y tú y yo -me señaló-, que nos creíamos vencedores! Vaya, nos ha dejado para el arrastre; si nos hubiéramos achicado tendríamos el lugar cerrado, almacenado y envasado ahora mismo.

-Mi padre... -empecé a decir.

-¡Tu padre! -dijo Maury amargamente-. Es aún más estúpido que nosotros. Ojalá no nos hubiéramos mezclado nunca con ese Barrows. Ahora no nos desharemos nunca de él... no hasta que consiga lo que quiere.

-No tenemos que hacer negocios con él -dijo Pris.

-Podemos decirle que se vuelva a Seattle -dije yo.

-¡No digáis tonterías! No podemos decirle nada. Mañana temprano estará llamando a la puerta, como dijo. Nos perseguirá, nos forzará...

Maury se me quedó mirando con la boca abierta.

-No dejes que te moleste -dijo Pris.

-Creo que Barrows es un hombre desesperado. Su enorme aventura económica, la colonización de la Luna, se está hundiendo, ¿no te parece? -dije yo-. No nos enfrentamos a un hombre poderoso y triunfador. Es un hombre que lo ha apostado todo comprando parcelas en la Luna y luego ha invertido en subdividirlas y en construir cúpulas que mantengan el calor y el aire y convertidores para hacer que el hielo se vuelva agua... y no puede conseguir que la gente acuda allí. Me da lástima.

Todos me miraron con intensidad.

-Barrows se ha decidido por este fraude de hacer creer que hay ciudades pobladas por simulacros haciéndose pasar por humanos como última posibilidad. Es un plan surgido de la desesperación. Cuando lo escuché al principio, pensé que posiblemente estaba oyendo otra de esas atrevidas visiones que tienen los hombres como Barrows y el resto no tenemos nunca porque somos simples mortales. Pero ahora no estoy tan seguro. Creo que tiene miedo, tanto miedo que ha perdido el juicio. Esta idea no es razonable. No puede cree que así engañará a nadie. El Gobierno Federal lo descubrirá inmediatamente.

-¿Cómo? -preguntó Maury.

-El Departamento de Salud inspecciona a todo aquel que intente emigrar. Es asunto del Gobierno. ¿Cómo va a poder sacarlos Barrows de la Tierra?

-Escucha -dijo Maury-. No es asunto nuestro lo que parezca este plan suyo. No estamos en posición de juzgar. Sólo el tiempo lo dirá, y si no hacemos negocio con él ni siquiera el tiempo podrá decirlo.

-Estoy de acuerdo -dijo Pris-. Deberíamos dedicarnos a decidir qué podemos sacar nosotros.

-No hay nada para nosotros si lo cogen y lo meten en prisión -dije yo-. Cosa que harán. Se lo merece. Tenemos que dar marcha atrás y no hacer ningún tipo de negocios con ese tipo. Es arriesgado, deshonesto y absolutamente estúpido. Nuestras propias ideas ya son bastante locas.

-¿Podría estar aquí el señor Stanton? -preguntó el Lincoln.

-¿Qué?

-Creo que sería una ventaja si el señor Stanton estuviera aquí y no en Seattle, como me han dicho.

Todos nos miramos.

-Tiene razón -dijo Pris-. Tenemos que recuperar al Edwin M. Stanton.

-Necesitamos hierro -coincidí-. Soporte. Nos estamos plegando demasiado.

-Bien, podemos hacer que regrese -dijo Maury-. Incluso esta noche. Podemos fletar un vuelo chárter, llegar al Aeropuerto de Sea-Tac en las afueras de Seattle, llegar a Seattle en coche y buscarlo hasta que lo encontremos y entonces volver con él y tenerlo aquí mañana por la mañana cuando nos enfrentemos a Barrows.

-Pero estaremos muertos de cansancio -señalé-. Y puede que tardemos días en encontrarlo. Puede que ahora no esté ni siquiera en Seattle; puede haber volado a Alaska o al Japón... puede incluso haberse marchado a una de las parcelas de Barrows en la Luna.

Bebimos nuestras copas *Dixie* lentamente; todos menos el Lincoln, que la había puesto a un lado.

-¿Habéis probado alguna vez sopa de cola de canguro? -preguntó Maury.

Todos le miramos, incluido el simulacro.

-Tengo una lata por alguna parte -dijo Maury-. Podemos calentarla en el horno. Es magnífica. Yo la haré.

-No cuentes conmigo -me adelanté.

-No, gracias -dijo Pris.

El simulacro sonrió lánguido y gentil.

-Os diré cómo la conseguí -dijo Maury-. Estaba en el supermercado, en Boise, esperando en cola. La dependienta le estaba diciendo a un tipo: *«No, ya no vamos a volver a pedir más sopa de cola de canguro».* De repente, al otro lado del pasillo (eran cajas de cereales o algo así), una voz añade: *«¿No más sopa de cola de canguro? ¿Nunca?».* Y el tipo echa a correr con el carrito para comprar las últimas latas. Así que cogí un par. Probadla. Os hará sentir mucho mejor.

-Daos cuenta de cómo nos trabajó Barrows -dije-. Al principio llama autómatas a los simulacros, luego los llama artefactos y luego acaba llamándolos muñecos.

-Es una técnica -dijo Pris-, una técnica de ventas. Está socavando el suelo bajo nosotros.

-Las palabras son armas -dijo el simulacro.

-¿No pudo decirle nada? -le pregunté al simulacro-. Todo lo que hizo fue debatir con él.

El simulacro sacudió la cabeza.

-Por supuesto que no pudo -dijo Pris-. Porque discute justamente, como hacíamos en el colegio. Es así cómo se discutía a mediados del siglo pasado. Barrows no discute justamente, y no hay público para apoyarle. ¿No es cierto, señor Lincoln?

El simulacro no respondió, pero me pareció que su sonrisa se hacía aún más triste y su cara más larga y más preocupada.

-Las cosas son ahora peores que antes -dijo Maury.

«Pero tenemos que hacer algo», pensé.

-Por lo que sabemos, puede tener al Stanton encerrado bajo llave. Puede que lo tenga atado a una mesa en alguna parte y sus ingenieros le estén haciendo alguna reparación para rediseñarlo de modo que no infrinja nuestras patentes. -Me volví hacia Maury-. ¿Tenemos patentes de verdad?

-Están pendientes -dijo Maury-. Ya sabes cómo funcionan estas cosas. -No parecía muy alentador-. Dudo que pueda robarnos lo que tenemos, ahora que ha visto nuestra idea. Es la clase de cosa que, si sabes que puede hacerse, puedes hacerla tú mismo con el tiempo suficiente.

-De acuerdo. Así que es como el motor de combustión interna. Pero tenemos que empezar a manufacturarlos en la Fábrica Rosen tan pronto como sea posible. Pongamos los nuestros en el mercado antes de que lo haga Barrows.

Todos me miraron con los ojos muy abiertos.

-Creo que tienes razón -dijo Maury, mordiéndose el pulgar-. ¿Que otra cosa podemos hacer de todas formas? ¿Crees que tu padre podría poner a funcionar la línea ensambladora inmediatamente? ¿Es lo suficientemente rápido como para adaptarse?

-Rápido como una serpiente.

-No cuentes con nosotros -dijo Pris burlonamente-. ¿El viejo Jerome? Pasará un año antes de que pueda fabricar matrices para ensamblar las partes, y el cableado tendrá que hacerse en Japón... tendrá que volar al Japón para arreglarlo, y querrá ir en barco, como antes.

-Oh, ya veo que lo has pensado -dije.

-Claro. -Pris frunció la nariz-. Lo consideré en serio.

-En cualquier caso, es nuestra única esperanza. Tenemos que poner las malditas cosas en el mercado... hemos estado perdiendo el tiempo.

-De acuerdo -dijo Maury-. Lo que haremos es ir mañana mismo a Boise y encargaremos a Jerome y a tu hermano que empiecen a trabajar. Que empiecen a hacer matrices y que viajen a Japón... pero ¿qué le diremos a Barrows?

Eso nos dejó estupefactos. Una vez más, guardamos silencio.

-Le diremos que el Lincoln estalló -anuncié-. Que se estropeó y que lo hemos retirado del mercado. Y entonces no lo querrá y volverá a Seattle.

-Quieres decir que lo desconectaremos -me dijo Maury en voz baja.

Asentí.

-Odio tener que hacer eso -dijo Maury.

Los dos miramos al Lincoln, que nos observaba con sus ojos melancólicos.

-Insistirá en verlo por sí mismo -señaló Pris-. Dejemos que lo toque un par de veces si quiere. Dejemos que lo sacuda como a una máquina de goma. Si lo desconectamos, no hará nada.

-De acuerdo -accedió Maury.

-Bien -dije-. Entonces está decidido.

Desconectamos al Lincoln aquí y allí. Maury, en cuanto lo hicimos, se marchó a casa, diciendo que iba a acostarse. Pris se ofreció a llevarme a mi motel en el *Chevy* y a recogerme por la mañana. Estaba tan cansado que acepté.

-Me pregunto si todos los hombres ricos y poderosos son así -me dijo mientras recorríamos Ontario.

-Claro. Todos los que hacen su propia fortuna..., no los que la heredan.

-Fue espantoso -dijo Pris-. Desconectar al Lincoln. Verlo... dejar de vivir, como si le hubiéramos matado de nuevo. ¿No crees?

-Sí.

Más tarde, cuando me dejaba ya ante el motel, dijo:

-¿Crees que ésa es la única manera de conseguir un montón de dinero? ¿Siendo como él?

Sam K. Barrows la había cambiado, sin duda. Era una joven tranquila.

-No me preguntes. Yo gano setecientos cincuenta al mes como máximo.

-Pero hay que admirarle.

-Sabía que dirías eso tarde o temprano. En cuanto dijiste *«pero»*, supe lo que seguiría.

Pris suspiró.

-Así que soy un libro abierto para ti.

-No, eres el mayor enigma contra el que me he enfrentado. Es sólo que en este caso me dije: «Pris va a decir que hay que admirarle», y lo dijiste.

-Y apuesto a que también crees que gradualmente volveré a sentirme de la forma en que me sentía hasta que solté el «pero» y le admiraré, seguro.

No dije nada. Pero así era.

-¿Te diste cuenta de que pude soportar la desconexión del Lincoln? Si puedo soportar eso podré soportar cualquier cosa. Incluso me gustó, aunque no dejé que se notara, por supuesto.

-Estás mintiendo.

-Noté un magnífico sentido de poder, de poder definitivo. Le dimos vida y luego se la quitamos... ¡zas! Así de fácil. Pero la carga moral no cae sobre nosotros; cae sobre Sam Barrows, y a él le importa un comino. Mira la fuerza que hay en todo eso, Louis. Ojalá fuéramos igual. No lamento haberlo desconectado. Lamento haber estado trastornada

Librodot

emocionalmente. Me repele ser lo que soy. No me extraña que esté aquí con todos vosotros mientras Sam Barrows está en la cumbre. Se puede ver la diferencia entre él y nosotros, está clara.

Guardó silencio un rato. Encendió un cigarrillo.

-¿Qué hay del sexo? -preguntó entonces.

-El sexo es aún peor que desconectar a lindos simulacros.

-Quiero decir que el sexo te cambia. La experiencia de la interrelación.

Oírla hablar así me heló la sangre en las venas.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-Me asustas.

-¿Por qué?

-Hablas como si...

-Como si estuviera allí arriba mirando mi propio cuerpo. Lo estoy. No soy yo. Soy un alma.

-Como dijo Blunk, «demuéstramelo».

-No puedo. Louis. Pero es verdad. No soy un cuerpo físico en el tiempo y el espacio. Platón tenía razón.

-¿Qué pasa con el resto de nosotros?

-Bien eso es asunto vuestro. Os percibo como cuerpos, así que tal vez lo sois; tal vez es todo lo que sois. ¿No lo sabes? Si no lo sabes, no puedo decírtelo. -Apagó el cigarrillo-. Será mejor que me vaya a casa, Louis.

-De acuerdo -dije, abriendo la puerta del coche.

El motel, con todas sus habitaciones, estaba oscuro; incluso el gran letrero de neón había sido desconectado. La pareja de mediana edad que dirigía el lugar sin duda estaba ya a salvo en la cama.

-Louis, llevo un diafragma en el bolso -dijo Pris.

-¿De los que se meten? ¿O de los que hay en el pecho y se usan para respirar?

-No bromeo. Esto es muy serio para mí, Louis. Me refiero al sexo.

-Entonces dame sexo divertido.

-¿Qué significa eso?

-Nada. Simplemente nada.

Empecé a cerrar la puerta del coche tras de mí.

-Voy a decir algo lacrimoso -dijo Pris, bajando la ventanilla por mi lado.

-No, no vas a decirlo, porque no voy a escuchar. Odio las afirmaciones llorosas hechas por gente mortalmente seria. Será mejor que sigas siendo un alma remota que se preocupa por los animales que sufren; al menos... -Dudé, pero qué diablos-. Al menos puedo honestamente odiarte y temerte.

-¿Cómo te sentirás después de oír la afirmación llorosa?

-Pediré una cita con el hospital mañana y haré que me castren o como sea que lo llamen.

-Quieres decir -dijo ella lentamente- que soy sexualmente deseable cuando soy cruel y esquizoide. Pero si me vuelvo sensiblera entonces ni siquiera lo soy.

-No digas «ni siquiera». Eso es muchísimo.

-Llévame a tu habitación del motel y jódeme.

-Hay algo en tu lenguaje que no logro captar, algo que deja mucho que desear.

-Eres un marica.

-No.

-Sí.

-No, y no voy a probarlo haciéndolo. No soy ningún marica; me he acostado con todo tipo de mujeres en mis tiempos. En serio. No hay nada referido al sexo que pueda asustarme; soy demasiado viejo. Estás hablando de cosas de colegiales, como la primera caja de anticonceptivos.

-Pero ¿seguirás sin joderme?

-Sí, porque no sólo eres distinta. Eres brutal. Y no sólo conmigo, sino contigo misma, con el cuerpo físico que desprecias y dices que no es tuyo. ¿No recuerdas la discusión entre Lincoln... el simulacro Lincoln, quiero decir, y Barrows y Blunk? Un animal está cerca de ser un hombre y los dos están hechos de carne y hueso. Eso es lo que estás intentando no ser.

-No intento... es que no lo soy.

-¿Y eso en qué te convierte? ¿En una máquina?

-Pero una máquina tiene cables. Yo no.

-Entonces, ¿qué? ¿Qué crees que eres?

-Sé lo que soy. La esquizofrenia es muy común en nuestro siglo, como la histeria lo fue en el siglo pasado. Es una forma de profunda y sutil alienación psíquica. Ojalá no lo fuera, pero lo soy... Tienes suerte, Louis Rosen; eres anticuado. Me cambiaría por ti. Me preocupa que mi lenguaje referido al sexo sea rudo. Te asusté al hablar. Lo siento mucho.

-No es rudo. Mucho peor. Es inhumano. Sé lo que habrías hecho si te hubieras relacionado con alguien. -Me sentí confuso y cansado-. Observarías todo el rato; mentalmente, espiritualmente, de todas las maneras. Siempre serías consciente.

-¿Es algo malo? Creí que lo hacía todo el mundo.

-Buenas noches.

Me alejé del coche.

-Buenas noches, cobarde.

-Que te den por el culo.

-Oh, Louis -dijo ella, con un escalofrío de angustia.

-Perdóname.

-Qué cosa más horrible has dicho -gimoteó ella.

-Por el amor de Dios, perdóname. Tienes que perdonarme. Yo soy el que está enfermo por haberte dicho eso; es como si algo se hubiera apoderado de mi lengua.

Aún gimoteando, ella asintió en silencio. Puso el motor del coche en marcha y encendió las luces.

-No te vayas -dije-. Escucha, puedes considerarlo un absurdo intento subracional por mi parte para alcanzarte, ¿no lo ves? Toda tu charla, el que admires a Sam Barrows más que nunca, me sacó de mis casillas. Me gustas, de verdad; verte por un instante abierta a una perspectiva humana y cálida y luego retroceder...

-Gracias por intentar hacer que me sienta mejor -dijo ella casi con un susurro.

Me dirigió una sonrisita.

-No dejes que te haga sentir peor -dije, agarrando la puerta del coche, temeroso de que se marchase.

-No lo haré. De hecho, apenas me tocó.

-Vamos adentro. Siéntate un rato, ¿de acuerdo?

-No. No te preocupes, es sólo la tensión. Sé que te trastorna. La razón por la que uso palabras tan rudas es que no sé ninguna mejor; nadie me enseñó a hablar sobre lo inenarrable.

-Hace falta experiencia. Pero escucha, Pris, prométeme algo, prométeme que no te negarás a ti misma que te hice daño. Fue bueno poder sentir lo que acabas de sentir, bueno...

-Bueno ser herido.

-No, no quiero decir eso; quiero decir que es algo alentador. No estoy intentando excusarme simplemente por lo que dije. Mira, Pris, el hecho de que sufrieras tan agudamente por lo que...

-No sufrí.

-Sí lo hiciste. No mientas.

-De acuerdo, Louis. Sufrí. No mentiré.

Ella bajó la cabeza.

-Ven conmigo, Pris -dije, abriendo la puerta del coche.

Ella apagó el motor y las luces del coche y salió; la agarré por el brazo.

-¿Es éste el primer paso hacia una deliciosa intimidad? -preguntó.

-Te voy a poner en contacto con lo inenarrable.

-Sólo quiero poder hablar sobre el tema. No quiero tener que hacerlo. Naturalmente estás bromeando; vamos a sentarnos el uno frente al otro y luego me iré a casa. Es lo mejor para los dos. De hecho, es lo único que podemos hacer.

Entramos en la oscura habitación del motel y conecté las luces, la calefacción y el televisor.

-¿Es para que nadie nos oiga jadear? -Pris apagó el televisor-. Jadeo muy poco; no es necesario. -Se quitó el abrigo y se quedó sosteniéndolo hasta que lo recogí y lo colgué en el armario-. Ahora dime dónde me siento y cómo. ¿En esa silla? -Se sentó en una silla de respaldar recto, cruzó los brazos sobre su regazo y me miró solemnemente-. ¿Qué tal? ¿Qué más debo quitarme? ¿Los zapatos? ¿Toda la ropa? ¿O te gustaría hacerlo tú mismo? Si te gusta, mi camisa no tiene cremallera, sino botones, y ten cuidado de no tirar demasiado fuerte o el botón superior se soltará y luego tendré que volver a coserlo. -Se dio la vuelta para enseñármelos-. Aquí están los botones, a este lado.

-Todo esto es educativo, pero no ilustrativo -dije yo.

-¿Sabes qué me apetecería? -Su rostro se iluminó-. Quiero que vayas a alguna parte y vuelvas con un poco de *corned beef* estilo *kosher* y pan judío y cerveza y un poco de *halvah* para el postre. Ese maravilloso *corned beef* en rodajitas que vale dos cincuenta la libra.

-Me gustaría, pero no hay ningún sitio abierto en cien millas a la redonda.

-¿No puedes conseguirlo en Boise?

-No. -Colgué mi abrigo-. Y de todas formas es demasiado tarde para el *corned beef*. No me refiero a que sea muy tarde porque es de noche. Quiero decir demasiado tarde en nuestras vidas.

Acerqué mi silla y le cogí las manos. Eran secas, pequeñas y bastante duras. Gracias a su trabajo cortando losas, sus manos se habían vuelto fibrosas y sus dedos fuertes.

-Escapémonos. Dirijámonos al sur y no regresemos nunca. No veamos nunca más a los simulacros, ni a Sam Barrows ni a Ontario, Oregón.

-No -dijo Pris-. Estamos obligados a medirnos con Sam, ¿no lo sientes alrededor de nosotros, en el aire? Me sorprende que puedas imaginar que es posible saltar al coche y escapar. Es algo que no puede evitarse.

-Perdóname.

-Te perdono, pero no puedo comprenderte; a veces pareces un bebé sin experiencia de la vida.

-Lo que he hecho ha sido recortar pequeñas porciones de la realidad y luego familiarizarme con ellas, más o menos como la oveja que aprende una ruta en el pasto y nunca se desvía de ella.

-¿Te sientes seguro haciéndolo?

-Me siento seguro casi siempre, pero nunca cuando estoy cerca de ti.

Ella asintió.

-Para ti soy el pasto.

-Es una manera de expresarlo.

-Es como si Shakespeare te hiciera el amor -dijo ella con una súbita carcajada-. Louis, puedes decirme cómo vas a escalar, curiosear, retozar entre mis amorosas montañas y valles y en particular en mis divinas praderas, sabes, donde los fragantes abetos y las hierbas salvajes ondulan profusamente. No es necesario que dé más pistas, ¿no? -Sus ojos destellaron-. Ahora, por todos los diablos, quítame la ropa o al menos inténtalo.

Empezó a quitarse los zapatos.

-No.

-¿No hemos dejado atrás la poesía hace mucho? ¿No podemos olvidarla y bajar a lo real?

Empezó a desabrocharse la falda, pero le agarré las manos y la detuve.

-Soy demasiado ignorante para seguir adelante. No tengo valor, Pris. Soy demasiado ignorante y demasiado torpe y demasiado cobarde. Las cosas han sobrepasado con creces mi

límite de comprensión. Estoy perdido en un terreno que no comprendo. -Le agarré fuertemente las manos-. Lo mejor que puedo hacer, lo mejor que se me ocurre en este momento, sería besarte. Tal vez en la mejilla, si te parece bien.

-Eres viejo. Eso es. Eres parte de un mundo del pasado que se muere -dijo Pris. Volvió la cabeza y se inclinó hacia mí-. Te haré un favor y te dejaré que me beses.

La besé en la mejilla.

-La verdad es que si quieres conocer la realidad, los fragantes abetos y las hierbas salvajes no ondulan con profusión; hay un par de abetos salvajes y unas cuatro hierbas y eso es todo. Apenas he crecido, Louis. Sólo empecé a usar sujetador hace un año y a veces se me olvida ponérmelo incluso ahora. Apenas lo necesito.

-¿Puedo besarte en la boca?

-No. Eso es demasiado íntimo.

-Puedes cerrar los ojos.

-Mejor apaga la luz. -Retiró las manos, se puso en pie y se dirigió al interruptor-. Yo lo haré.

-Deténte -dije-. Siento un mal presagio.

Ella se detuvo ante el interruptor, dudando.

-No es propio de mí ser indecisa. Me estás debilitando, Louis, Lo siento. Tengo que seguir.

Apagó la luz y la habitación se sumió en la oscuridad. No pude ver nada en absoluto.

-Pris, voy a llegarme hasta Portland, Oregón, y traeré el *corned beef.*

-¿Dónde puedo poner la camisa para que no se arrugue? -preguntó ella en la oscuridad.

-Todo esto es una pesadilla.

-No, es una bendición. ¿No distingues una bendición cuando se te cruza delante y te pega en la cara? Ayúdame a colgar la ropa. Tengo que irme dentro de quince minutos. ¿Puedes hablar y hacer el amor al mismo tiempo o te dedicas a hacer gruñidos animales?Pude oírla moviéndose en la oscuridad, quitándose la ropa, dirigiéndose a la cama.

-No hay cama -dije.

-Entonces en el suelo.

-Lastima las rodillas.

-No mis rodillas; las tuyas.

-Tengo fobia -dije-. Tengo que tener las luces encendidas o me entra miedo de que esté relacionándome con una cosa hecha de cables y cuerdas de piano y el viejo exprimidor de naranjas de mi abuela.

Pris se echó a reír.

-Ésa soy yo -dijo desde muy cerca-. Eso describe perfectamente mi esencia. Casi te tengo -dijo, chocando con algo-. No escaparás.

-Basta. Voy a encender la luz.

Conseguí encontrar el interruptor; lo pulsé y la luz inundó la habitación, cegándome. Ante mí estaba ella, completamente vestida. No se había quitado las ropas, y la miré sorprendido mientras ella se reía en silencio al ver mi expresión.

-Es una ilusión -dijo-. Iba a derrotarte en el último momento. Sólo quería llevarte al precipicio del deseo sexual y luego... -Chasqueó los dedos-. Buenas noches.

Intenté sonreír.

-No me tomes en serio -dijo Pris-. No te relaciones emocionalmente conmigo. Te romperé el corazón.

-¿Quién está relacionado? -dije, oyendo reír a mi voz-. Es un juego que la gente juega en la oscuridad. Sólo quería seguir la corriente, como dicen.

-No conozco esa frase. -Ya no se reía; sus ojos ya no brillaban. Me miró fríamente-. Pero capto la idea.

-Te diré una cosa más. Agárrate. Tienen *corned beef* en Boise. Pude haberlo comprado en cualquier momento sin problemas.

-Bastardo -dijo ella.

Se sentó, recogió los zapatos y se los puso.

-Está entrando arena por la puerta.

-¿Qué? -Ella miró alrededor-. ¿De qué estás hablando?

-Estamos atrapados aquí dentro. Alguien nos está tirando arena encima, y nunca podremos salir.

-¡Cállate! -dijo ella bruscamente.

-Nunca deberías haber confiado en mí.

-Sí, lo usarás para atormentarme.

Se dirigió al armario en busca de su abrigo.

-¿Y tú no me has atormentado a mí? -dije, siguiéndola.

-¿Ahora, quieres decir? Oh, demonios, podría no haber huido, podría haberme quedado.

-Si yo lo hubiera hecho bien.

-Si no me hubiera decidido. Dependía de ti, de tu habilidad. Esperaba mucho. Soy muy idealista.

Encontró su abrigo y empezó a ponérselo. Guiado por un reflejo, la ayudé.

-Nos estamos poniendo la ropa sin habérnosla quitado -dije.

-Ahora lo lamentas. Lamentos..., es lo único para lo que sirves.

Me dirigió una mirada de tanta repulsión que di un paso atrás.

-Podría decir unas cuantas cosas desagradables sobre ti.

-No lo harás, porque sabes que si lo hicieras yo te daría una respuesta tan dura que te caerías muerto al suelo.

Me encogí de hombros, incapaz de hablar.

-Tuviste miedo -dijo Pris.

Recorrió lentamente el sendero, en dirección al coche aparcado.

-Miedo, sí -dije, acompañándola-. Miedo basado en el conocimiento de que una cosa así tenía que surgir del mutuo consentimiento y la comprensión de dos personas. No puede ser forzado ni por uno ni por otra.

-Miedo a la cárcel, quieres decir. -Abrió la puerta del coche y se sentó al volante-. Lo que deberías haber hecho, lo que un hombre de verdad habría hecho, es cogerme por las muñecas, llevarme a la cama y no prestar atención a lo que yo tuviera que decir...

-Si hubiera hecho eso, nunca habrías dejado de quejarte, primero a mí, luego a Maury, después a un abogado, más tarde a la Policía, a continuación a un Tribunal y por fin al resto del mundo.

Los dos guardamos silencio.

-De todas formas, te besé -dije.

-Sólo en la mejilla.

-En la boca.

-Eso es mentira.

-Recuerdo que fue en la boca -dije, y cerré la puerta tras ella.

-Así que ésa va a ser tu versión -dijo ella bajando la ventanilla-, que te tomaste libertades conmigo.

-Lo recordaré y lo atesoraré en mi corazón -dije, llevándome una mano al pecho.

Pris puso el motor en marcha, encendió las luces y se marchó.

Me quedé allí por un momento y luego regresé a mi habitación. Nos estamos desmoronando, me dije. Estamos tan cansados, tan desmoralizados, que estamos a punto de acabar. Mañana tenemos que deshacernos de Barrows. Pris... La pobre Pris se está llevando la peor parte. Y fue la desconexión del Lincoln lo que la ha afectado. El punto de inflexión surgió entonces.

Con las manos en los bolsillos, me dirigí hacia la puerta abierta.

El día siguiente amaneció soleado, y me sentí mucho mejor sin ni siquiera haberme levantado de la cama. Y luego, después de haberme afeitado y desayunar en la cafetería del

motel panecillos, *bacon*, café y zumo de naranja y haber leído el periódico, me sentía como nuevo. Realmente recuperado.

«Esto demuestra lo que hace un buen desayuno -me dije-. ¿Estoy curado entonces? ¿He vuelto a ser un hombre completo?»

No. Estaba mejor, pero no sano. Porque no estaba bien al principio, y no se puede restaurar la salud cuando no hay ninguna salud con la que empezar. ¿Qué es esta enfermedad?

Pris la tenía casi hasta la muerte. Y me la había contagiado. Y a Maury y a Barrows tras él y al resto; mi padre había sido el último.

¡Mi padre! Había olvidado que iba a venir.

Salí corriendo y llamé a un taxi.

Fui el primero en llegar a la oficina de SAMA ASOCIADOS. Un momento después, desde la ventana, vi aparcar a mi *Chevrolet Magic Fire*. Pris salió de su interior. Hoy llevaba una falda azul de algodón y una blusa de mangas largas; tenía el pelo recogido y su cara parecía limpia y brillante.

Cuando entró en la oficina, me sonrió.

-Siento haberte tratado mal anoche. Tal vez la próxima vez. No tuve intención de hacerte daño.

-No lo hiciste.

-¿De veras, Louis?

-No -dije, devolviéndole la sonrisa.

La puerta de la oficina se abrió y entró Maury.

-He descansado muy bien esta noche. Por Dios, amigo mío, que vamos a darle a ese Barrows su merecido.

Tras él entró mi padre, vestido con su traje oscuro a rayas de conductor de trenes. Saludó a Pris gravemente, luego se volvió hacia Maury y hacia mí.

-¿Está aquí ya?

-No, papá. Está al llegar.

-Creo que deberíamos volver a conectar al Lincoln -dijo Pris-. No deberíamos tener miedo de Barrows.

-Estoy de acuerdo -dije.

-Yo no -contestó Maury-. Y os diré por qué. Estimula el apetito de Barrows, ¿no? Pensadlo.

-Maury tiene razón -dije tras una pausa-. Le dejaremos desconectado. Barrows puede presionar, pero no lo conectaremos. Es la avaricia lo que le motiva.

Y es el miedo lo que nos motiva a nosotros. Todo lo que hemos hecho últimamente ha sido debido al miedo, no al sentido común.

Llamaron a la puerta.

-Aquí está -dijo Maury, y me miró tembloroso.

La puerta se abrió. En ella aparecieron Sam K. Barrows. Dave Blunk, la señorita Nild y con ellos la figura oscura y sombría de Edwin M. Stanton.

-Nos lo encontramos en la calle -informó alegremente Dave Blunk-. Venía para acá y le recogimos en nuestro taxi.

El simulacro Stanton nos miró a todos amargamente.

«¡Santo Dios! -me dije-. No esperábamos esto... ¿Crea alguna diferencia? ¿Hasta qué punto nos hace daño?»

No lo sabía. Pero en cualquier caso teníamos que continuar, y esta vez hasta el final. De una manera o de otra.

11

Librodot

-Aparcamos aquí cerca y charlamos con el Stanton -dijo Barrows amablemente-. Hemos llegado a un acuerdo, según nos parece.

-¿Oh? -dije yo.

A mi lado, Maury había asumido una expresión fija y ceñuda. Pris tembló visiblemente.

-Soy Jerome Rosen -dijo mi padre tendiendo la mano -propietario de la Fábrica de Órganos Electrónicos y Espinetas Rosen de Boise, Idaho. ¿Tengo el honor de encontrarme ante el señor Samuel Barrows?

Así que cada uno tenía reservada una sorpresa. Él consigue encontrar al Stanton durante la noche y nosotros, por nuestra parte (si es equivalente), conseguimos traer a mi padre.

Ese Stanton... Como decía la *«Británica»*, había negociado con el enemigo para su propio provecho personal. ¡El muy cerdo! Y se me ocurrió que probablemente estuvo con Barrows todo el tiempo en Seattle: no había tenido intención de abrir un bufete ni de visitar la ciudad. Sin duda habían estado negociando entre ellos.

Habíamos sido vendidos... por nuestro primer simulacro.

Aquello era un mal presagio.

De todas formas, el Lincoln nunca haría algo semejante. Y, al darme cuenta de eso, me sentí mucho mejor.

Deberíamos volver a conectar el Lincoln lo más rápido posible.

-Ve y pídele al Lincoln que suba, ¿quieres? -le dije a Maury.

Él alzó una ceja.

-Lo necesitamos -dije.

-Es verdad -coincidió Pris.

-De acuerdo.

Maury asintió y se marchó.

Habíamos empezado. Pero ¿empezado qué?

-Cuando nos encontramos la primera vez con el Stanton -dijo Barrows-, lo tratamos como a un artilugio mecánico. Pero entonces el señor Blunk me recordó que ustedes sostienen que está vivo. Sentí curiosidad por saber lo que pagan al amigo Stanton.

«Pagar», pensé anonadado.

-Hay leyes sobre el salario -dijo Blunk.

Le miré con la boca abierta.

-¿Tienen un contrato de trabajo con el señor Stanton? -preguntó Blunk-. Si lo tienen, espero que cumpla la ley del salario mínimo. De hecho, hemos estado discutiendo con el Stanton y no recuerda haber firmado ningún contrato. Por tanto, no veo ninguna objeción en que el señor Barrows le contrate digamos por seiscientos dólares a la hora. Estarán de acuerdo con que eso es un precio más que justo. Sobre esa base, el señor Stanton ha accedido a volver con nosotros a Seattle.

Guardamos silencio.

La puerta se abrió y entró Maury. Con él, venía la figura alta, barbuda y encorvada del simulacro Lincoln.

-Creo que deberíamos aceptar su oferta -dijo Pris.

-¿Qué oferta? -preguntó Maury-. No he oído ninguna oferta. ¿Has oído tú alguna oferta Louis?

Sacudí la cabeza.

-Pris -dijo Maury-, ¿has estado hablando con Barrows?

-Ésta es mi oferta -ofreció Barrows-. Valoraremos SAMA en setenta y cinco mil dólares. Yo pondré...

-¿Habéis estado hablando? -interrumpió Maury.

Ni Pris ni Barrows dijeron nada. Pero estaba claro para Maury y para mí, para todos.

-Pondré ciento cincuenta mil dólares -continuó Barrows-, y naturalmente tendré el control.

Maury negó con la cabeza.

-¿Podemos discutirlo entre nosotros? -le preguntó Pris a Barrows.

-Claro -contestó Barrows.

Nos retiramos a una pequeña habitación al otro lado del vestíbulo.

-Estamos perdidos -dijo Maury, la cara gris-. Arruinados.

Pris no dijo nada. Pero su cara estaba tensa.

-Evitad a ese Barrows -dijo mi padre tras una larga pausa-. Lo que sé es que no tenemos que ser parte de una Corporación en la que él ostente el control.

Me volví hacia el Lincoln, quien nos escuchaba en silencio.

-Es usted abogado... en nombre de Dios, ayúdenos.

-Louis -dijo el Lincoln-, el señor Barrows y sus compatriotas mantienen una posición de fuerza. No hay mentiras en sus actos, es el más fuerte. -El simulacro reflexionó, luego se dio la vuelta y se acercó a la ventana para mirar a la calle. De inmediato se volvió hacia nosotros, con la cara contraída pero una chispa brillándole en los ojos-. Sam Barrows es un hombre de negocios, pero también lo son ustedes. Vendan su pequeña empresa, SAMA ASOCIADOS al señor Jerome Rosen por un dólar. Así se convertirá en parte de la Fábrica de Órganos y Espinetas Rosen que tiene mayor capital. Para obtenerla, Sam Barrows debe comprar todo el establecimiento entero, incluyendo la fábrica, y no está preparado para hacer eso. Y en cuando al Stanton puedo decirles lo siguiente: Stanton no cooperará con ellos mucho más. Puedo hablarle y persuadirle de que vuelva. Stanton es temperamental, pero buen tipo. Le conozco desde hace muchos años. Estuvo en la Administración Buchanan, y contra muchas protestas le elegí para que continuara en su cargo, a pesar de sus maquinaciones. Aunque es temperamental y se preocupa por su posición, es honesto. Al final, no se relacionará con sinvergüenzas. No quiere abrir un bufete y volver a practicar la abogacía; quiere un puesto de poder público, y en eso es responsable... es un buen servidor público. Le diré que desean hacerle presidente de su Consejo de Dirección y se quedará.

-Nunca se me hubiera ocurrido... -dijo Maury suavemente.

-Yo... no estoy de acuerdo -dijo Pris-. SAMA no debe ser entregada a la familia Rosen; eso está fuera de la cuestión. Y Stanton no aceptará una oferta como ésa.

-Sí lo hará -dijo Maury. Mi padre asentía y yo asentí también-. Le daremos un cargo importante en nuestra Organización. ¿Por qué no? Tiene habilidad. Santo Dios, puede incluso convertirnos en un negocio de un millón de dólares dentro de un año.

-No lamentarán depositar su confianza, y su negocio, en manos del señor Stanton -dijo gentilmente el Lincoln.

Regresamos a la oficina. Barrows y su gente nos esperaban expectantes.

-Esto es lo que tenemos que decirles -informó Maury aclarándose la garganta-. Ejem, hemos vendido SAMA al señor Jerome Rosen -señaló a mi padre-. Por un dólar.

-¿De verdad? Qué interesante -dijo Barrows, parpadeando.

Miró a Blunk, quien levantó las manos en un gesto de resignación.

-Edwin -le dijo el Lincoln al Stanton-, el señor Rock y los señores Rosen desean que se una a su nueva Corporación como Presidente de su Consejo de Dirección.

Los rasgos amargos y envarados del simulacro Stanton se alteraron; aparecieron y desaparecieron emociones.

-¿Es cierto? -nos preguntó.

-Sí, señor -contestó Maury-. Es una oferta en firme. Podemos usar a un hombre de su habilidad; estamos dispuestos a bajar de categoría para hacerle sitio.

-Cierto -dije yo.

-Estoy de acuerdo, señor Stanton -dijo mi padre-. Y puedo hablar en nombre de Chester, mi otro hijo. Somos sinceros.

Maury se sentó ante una de las viejas *Underwoods* eléctricas de SAMA e insertó una hoja de papel y empezó a escribir.

-Lo pondremos por escrito; podemos firmarlo ahora mismo y ponernos en marcha inmediatamente.

-Considero esto no sólo una traición al señor Barrows sino a todo por lo que hemos luchado -dijo Pris con voz baja y fría.

-Cierra el pico -le ordenó Maury con voz tensa.

-No seguiré con esto porque está mal -dijo Pris. Su voz estaba totalmente bajo control; lo mismo habría podido estar encargando ropa por teléfono a *Macy's*-. Señor Barrows, señor Blunk, si quieren que vaya con ustedes, lo haré.

Todos, incluyendo a Barrows y a Blunk, no pudimos dar crédito a nuestros oídos.

Barrows, sin embargo, se recuperó rápidamente.

-Usted, esto... ayudó a construir los dos simulacros. ¿Podría construir otro?

La miró.

-No, no podría -dijo Maury-. Todo lo que hizo fue dibujar la cara. ¿Qué sabe de la parte electrónica? ¡Nada!

Continuó mirando a su hija.

-Bob Bundy vendrá conmigo -dijo Pris.

-¿Por qué? -dije yo. Mi voz tembló-. ¿Él también? Bundy y tú habéis estado...

No pude terminar.

-Le gusto a Bob -dijo Pris remotamente.

Barrows se metió la mano en el bolsillo y sacó su cartera.

-Le daré dinero para el vuelo -le dijo a Pris-. Puede seguirnos. Así no habrá ninguna complicación legal... viajaremos por separado.

-Muy bien. Estaré en Seattle dentro de un día o dos. Pero guárdese el dinero. Tengo el mío propio.

-Bien, entonces hemos terminado nuestros negocios aquí -dijo Barrows haciendo un gesto con la cabeza a Blunk-. Ya podemos marcharnos. -Se dirigió al Stanton-. ¿Le dejamos aquí, Stanton? ¿Es ésa su decisión?

-Lo es, señor -contestó el simulacro Stanton con voz rasposa.

-Buenos días -nos dijo Barrows a todos.

Blunk nos hizo un gesto cordial. La señorita Nild se dio la vuelta para seguir a Barrows y se fueron.

-Pris, estás loca -dije yo.

-Eso es un juicio de valor -contestó Pris con voz distante.

-¿Hablabas en serio? -le preguntó Maury, con la cara cenicienta-. ¿Vas a marcharte con Barrows? ¿Vas a volar a Seattle para unirte a él?

-Sí.

-Llamaré a la Policía y te retendré. Eres menor de edad. Nada más que una niña. Informaré a la gente de Salud Mental. Haré que te lleven de vuelta a *Kasanin*.

-No, no lo harás. Puedo irme, y la Organización de Barrows me ayudará. Los de Salud Mental no pueden agarrarme a menos que regrese voluntariamente, cosa que no haré, o a menos que me vuelva psicótica, cosa que no soy. Estoy desenvolviéndome bastante bien. Así que no hagas escenitas emocionales; no te sentará bien.

Maury se pasó la lengua por los labios, se los mordió y luego guardó silencio. Sin duda ella tenía razón; todo podía llevarse a cabo sin problemas. Y la gente de Barrows vería que no había ningún impedimento legal; sabían cómo hacerlo y tenían mucho que ganar.

-No creo que Bob Bundy nos deje por ti -le dije.

Pero por su expresión vi que lo haría. Lo sabía. Era una de esas cosas. ¿Cuánto tiempo hacía que había algo entre ellos? No había forma de saberlo. Era un secreto de Pris. Teníamos que creerlo.

Me dirigí al Lincoln.

-No se esperaba esto, ¿verdad?

El simulacro negó con la cabeza.

-De todas formas, nos desembarazamos de ellos -dijo Maury entrecortadamente-. Conservamos SAMA ASOCIADOS. Conservamos el Stanton. No volverán. Me importan un comino Pris y Bob Bundy. Si los dos quieren irse con ellos, buena suerte.

La miró con rencor. Pris le devolvió la mirada con la misma falta de pasión que de costumbre; nada la afectaba. En una crisis era aún más fría, más eficiente, más íntegra que nunca.

Tal vez, me dije amargamente teníamos suerte de que se fuera. No habríamos podido lidiar con ella... al menos yo no. ¿Podría Barrows? Tal vez podría usarla, explotarla... o quizá ella le dañaría, incluso le destruiría. O las dos cosas. Pero también estaba Bundy. Y entre Bundy y Pris podían construir un simulacro sin problemas. No necesitaban a Maury y desde luego no me necesitaban a mí.

Inclinándose hacia mí, el Lincoln me dijo con voz cargada de simpatía:

-Se beneficiarán ustedes de la habilidad del señor Stanton para tomar decisiones firmes. Él, con su enorme energía, ayudará a su empresa casi inmediatamente.

-Mi salud no es del todo buena -refunfuñó el Stanton, pero parecía confiado y satisfecho-. Haré lo que pueda.

-Lamento lo de tu hija -le dije a mi socio.

-Cristo -murmuró-, ¿cómo pudo hacerlo?

-Volverá -dijo mi padre, agarrándole del brazo-. Los *kindern* siempre lo hacen.

-No quiero que vuelva -dijo Maury, pero obviamente sí quería.

-Vamos a bajar a tomarnos un café -dije yo.

Había una buena cafetería en la acera de enfrente.

-Id vosotros -repuso Pris-. Creo que me iré a casa. Tengo muchas cosas por hacer. ¿Puedo llevarme el *Jaguar*?

-No -dijo Maury.

Ella se encogió de hombros, recogió su bolso y salió de la oficina. La puerta se cerró a sus espaldas. Se había marchado.

El Lincoln nos había ayudado mucho con Barrows, pensé mientras tomábamos nuestro café. Encontró una manera de librarnos de él. Y después de todo no fue culpa suya que las cosas terminaran de aquella manera... no había forma de saber por dónde iba a salir Pris. Ni podía haber imaginado que tenía a nuestro ingeniero en la palma de la mano. Yo no lo había sospechado ni Maury tampoco.

La camarera nos había estado mirando. Por fin se acercó.

-Ése es el maniquí del escaparate. ¿no? El Abraham Lincoln.

-No, la verdad es que es un maniquí de W. C. Fields -le contesté-. Pero tiene puesto un disfraz de Lincoln.

-Mi novio y yo vimos su demostración el otro día. Sí que parece real. ¿Puedo tocarlo?

-Claro.

Estiró una mano con cautela y tocó la de Lincoln.

-¡Ooh, incluso está caliente! -exclamó-. ¡Y vaya, está tomando café!

Por fin pudimos librarnos de ella y pudimos reemprender nuestra triste discusión.

-Ha conseguido ajustarse perfectamente a nuestra sociedad -le dije al simulacro-. Mejor que muchos de nosotros.

-El señor Lincoln siempre ha sido capaz de llevarse bien con todo el mundo -dijo el Stanton con tono brusco-, por el simple método de contar un chiste.

El Lincoln sonrió mientras sorbía su café.

-Me pregunto qué estará haciendo Pris ahora -dijo Maury-. Las maletas, tal vez. Esto de no tenerla aquí con nosotros es horrible. Es parte del equipo.

Me di cuenta de que habíamos perdido a un montón de gente allá en la oficina. Nos deshicimos de Barrows, de Dave Blunk, la señorita Nild y, para nuestra sorpresa, de Pris Frauenzimmer y nuestro vital ingeniero, Bob Bundy. Me pregunté si volveríamos a ver a

Barrows de nuevo. Me pregunté si volveríamos a ver a Bob Bundy. Me pregunté si volveríamos a ver a Pris. Si lo hacíamos, ¿habría cambiado?

-¿Cómo pudo vendernos de esa forma? -se quejó Maury en voz alta-. Pasarse al otro bando... esa Clínica y ese doctor Horstowski no hicieron nada, absolutamente nada a pesar de todo el tiempo y el dinero que invertí. ¿Qué lealtad mostró? Quiero que me devuelva el dinero. Pero no me importa si no vuelvo a verla a ella nunca más... se acabó para mí. Hablo en serio.

Por cambiar de conversación, me dirigí al Lincoln.

-¿Tiene algún otro consejo que darnos sobre lo que deberíamos hacer, señor?

-Me temo que no ayudé como había esperado -dijo el Lincoln-. Con las mujeres no hay predicción que valga; el destino adquiere una forma caprichosa... sin embargo, sugiero que me conserven como consejero legal suyo. Igual que ellos tienen al señor Blunk.

-Magnífica idea -dije, sacando mi talonario de cheques-. ¿Cuánto pide por el trabajo?

-Diez dólares serán suficientes -dijo el Lincoln.

Así que escribí esa cantidad en el cheque; él lo aceptó y me dio las gracias.

-Hoy en día un asesor gana al menos doscientos -dijo tristemente Maury-. El dólar no vale lo que antes.

-Diez servirán -dijo el Lincoln-. Y empezaré por los papeles de venta de SAMA ASOCIADOS a su Fábrica de Pianos de Boise. Sugiero que se forme una sociedad limitada, como sugirió el señor Barrows. Y yo me encargaré de estudiar las leyes actuales para ver cómo deben ser distribuidas las acciones. Me llevará tiempo hacer la investigación, me temo, así que deben ser ustedes pacientes.

-Muy bien -dije yo.

La pérdida de Pris nos había afectado profundamente; sobre todo a Maury. Pérdida en vez de ganancia; así era como habíamos escapado de las manos de Barrows. Y sin embargo... ¿había otra manera de escapar? El Lincoln tenía razón. Lo impredecible funcionaba sobre nuestras vidas. Barrows había quedado tan sorprendido como nosotros.

-¿Podemos construir simulacros sin ella? -le pregunté a Maury.

-Sí. Pero no sin Bob Bundy.

-Podemos buscar a alguien que lo reemplace.

Pero a Maury no le preocupaba Bob Bundy; aún estaba pensando en su hija.

-Te diré qué es lo que la echó a perder. Ese maldito libro *«Marjorie Morningstar»*.

-¿Por qué? -pregunté.

Era terrible ver a Maury desvariando de esa manera y dando aquellos postulados irracionales. El *shock* había sido tan grande que parecía senilidad.

-Ese libro le dio a Pris la idea de que podría conocer a alguien rico, famoso y guapo -explicó Maury-. Como ya sabes quién. Como Sam Barrows. Es una idea del viejo país sobre el matrimonio. Se casan fríamente por provecho. Los jóvenes en este país se casan por amor y tal vez eso esté bien, pero no es calculador. Cuando leyó ese libro, empezó a hacer cálculos sobre el amor. La única cosa que podría haber salvado a Pris es que se hubiera enamorado a pies juntillas de algún muchacho. Y ahora se ha ido. -Su voz se quebró-. Vamos a aceptarlo; es sólo un negocio. Quiero decir que es un negocio, pero no el de los simulacros. Ella quiere venderse a él, y conseguir algo a cambio; ya sabes a lo que me refiero. Louis. -Meneó la cabeza, mirándome desesperanzado-. Y él puede darle lo que ella quiera. Y Pris lo sabe.

-Sí.

-Yo nunca le habría dejado acercarse a ella. Pero no le echo la culpa; ella es la responsable. Todo lo que le pase ahora es culpa suya. Haga lo que haga y se convierta en lo que se convierta. Será mejor que vigilemos los periódicos, Louis. Ya sabes que siempre cuentan lo que hace Barrows. Podemos saber de Pris por los malditos periódicos.

Apartó la cabeza y sorbió ruidosamente su café, sin dejarnos ver su cara.

-¿Cuándo asumo mi cargo como Presidente del Consejo? -preguntó el Stanton tras una pausa.

-Cuando quiera -contestó Maury.

-¿Les parece bien, caballeros? -nos preguntó el Stanton. Mi padre y yo asentimos; lo mismo hizo el Lincoln-. Entonces asumiré que ostento el cargo ahora, caballeros. -Se aclaró la garganta, se sonó la nariz y se atusó las patillas-. Tenemos que empezar a trabajar. Una fusión de las dos compañías nos propiciará un nuevo periodo de actividad. He estado pensando en el producto que debemos manufacturar. No creo que sea buena idea dar vida a más simulacros Lincoln ni a más... -reflexionó y una mueca cáustica y sardónica se dibujó en sus facciones-... a más Stanton. Uno de cada es suficiente. En el futuro, hagamos algo más simple. Además, eso reducirá nuestros problemas mecánicos, ¿no? Tengo que examinar a los trabajadores y al equipo y ver si todo está en orden... sin embargo, incluso ahora confío en que nuestra empresa pueda producir algo simple, deseado por todos, unos simulacros no únicos ni complejos, pero al mismo tiempo necesitados. Tal vez trabajadores que pueden producir ellos mismos más simulacros.

Pensé que aquélla era una idea buena, aunque asustaba.

-En mi opinión -dijo el Stanton-, deberíamos diseñar, ejecutar y empezar a construir inmediatamente un modelo estándar y uniforme. Será el primer simulacro oficial producido por nuestra empresa, y lo tendremos en el mercado antes de que el señor Barrows haya hecho uso de los conocimientos y el talento de la señorita Frauenzimmer.

Todos asentimos.

-Sugiero específicamente un simulacro que haga una tarea simple para la casa, y venderlo sobre esa base; una niñera. Y debemos de simplificarlo al máximo para que se venda lo más barato posible. Por ejemplo, a cuarenta dólares.

Nos miramos mutuamente. No era mala idea.

-He tenido la oportunidad de ver esta necesidad -continuó el Stanton-, y sé que si fuera adecuado atender a los niños de una familia todo el tiempo, sería un producto instantáneamente vendible y no tendríamos en el futuro problemas de índole financiera. Así que solicito una votación para llevar adelante esta propuesta. Todos los que estén a favor, que digan «Sí».

-Sí -dije yo.

-Sí -respondió Maury.

-Sí, también -dijo mi padre tras considerarlo un momento.

-Entonces la moción ha sido aprobada -declaró el Stanton. Sorbió su café y luego, colocando la taza sobre el mostrador, dijo con voz firme y confiada-. La empresa necesita un nombre nuevo. Propongo que la llamemos RYR ASOCIADOS DE BOlSE, IDAHO. ¿Les parece satisfactorio? -Nos miró. Todos asentimos-. Bien. -Se limpió la barbilla con una servilleta de papel-. Entonces empecemos de una vez; señor Lincoln, como asesor nuestro. ¿Quiere ver si nuestros papeles legales están en orden? Si es necesario, puede contratar a un abogado mas joven que esté familiarizado con las leyes actuales; le autorizo a hacerlo. Empezaremos a trabajar de inmediato. Nuestro trabajo está lleno de empeño honesto y activo, y no viviremos del pasado ni de las cosas desagradables ni retrocesos que hemos experimentado tan recientemente. Es esencial, caballeros, que miremos adelante, no atrás... ¿podremos hacerlo, señor Rock? ¿A pesar de todas las tentaciones?

-Sí -contestó Maury-. Tiene razón, Stanton.

Sacó una caja de cerillas del bolsillo; se levantó del taburete y se acercó a la caja registradora en el mostrador y cogió unos cigarros. Regresó con dos largos puros envueltos en papel dorado, y tendió uno a mi padre.

-El Conde de Güell -dijo-. Hechos en Filipinas.

Desenvolvió su cigarro y lo encendió; mi padre hizo lo mismo.

-Lo haremos bien -dijo mi padre, dando una calada.

-Por supuesto -repuso Maury.

Los demás acabamos el café.

12

Temí que la marcha de Pris al bando de Barrows pesara tanto sobre Maury que dejara de ser un buen socio. Pero me equivoque. En realidad, pareció redoblar sus esfuerzos: contestaba cartas referentes a pianos y espinetas, concertaba envíos de la fábrica a todos los puntos de la costa noroeste del Pacífico y California. Nevada, Nuevo México y Arizona, y, además, se entregó a la nueva tarea de diseñar y empezar la producción de las niñeras simulacro.

Sin Bob Bundy no podía desarrollar nuevos circuitos; Maury se encontró con que tenía que modificar los viejos. Nuestras niñeras serían una evolución del Lincoln; sus hijos, como si dijéramos.

Años atrás, en un autobús, Maury había encontrado una revista de ciencia-ficción llamada «*Thrilling Wonder Stories*» donde aparecía una historia sobre unos eficientes robots que protegían a un grupo de niños como si fueran enormes perros mecánicos *«Nannies»*, sin duda en honor al chucho de *Peter Pan*. A Maury le gustó aquel nombre y cuando se reunió nuestro Consejo de Dirección (Stanton presidiendo, más yo mismo, Maury, Jerome, Chester y nuestro abogado Abraham Lincoln), propuso la idea de utilizarlo.

-¿Y si el editor de la revista nos demanda? -pregunté.

-Fue hace mucho tiempo -dijo Maury-. La revista ya no existe, y probablemente el autor está muerto.

-Consúltale a nuestro abogado.

Tras cuidadosas consideraciones, el señor Lincoln decidió que la idea de llamar *«Nanny»* a una niñera mecánica era ya de dominio público.

-Por lo que veo -señaló-, conocen ustedes el nombre sin haber leído la historia de donde procede.

Así que llamamos Nannies a nuestras niñeras simulacro. Pero la decisión nos llevó varias semanas, ya que para tomar la suya, el Lincoln tuvo que leer *Peter Pan*. Le gustó tanto que se lo traía a las reuniones del Consejo y lo leía en voz alta, riéndose mucho, particularmente con los fragmentos que le divertían de modo especial. No tuvimos otra opción; tuvimos que soportar las lecturas.

-Les avisé -nos dijo el Stanton, después de una intensa lectura que nos hizo escapar al lavabo para fumar.

-Lo que me molesta es que es un maldito libro infantil -se quejó Maury-. Si tiene que leer en voz alta, ¿por qué no lee algo útil como el *New York Times*?

Mientras tanto, Maury se había suscrito a los periódicos de Seattle, esperando averiguar algo sobre Pris. Estaba seguro de que dentro de poco aparecería algún artículo. Estaba allí, con toda seguridad, porque una furgoneta de mudanzas había llegado a la casa y había recogido el resto de sus posesiones y el conductor le había dicho a Maury que sus órdenes eran transportarlas a Seattle. Obviamente, Sam K. Barrows pagaba la factura. Pris no tenía tanto dinero.

-Aún puedes llamar a la Policía -le dije a Maury.

-Tengo fe en Pris -contestó él sombríamente-. Sé que encontrará ella sola el buen camino y regresará conmigo y con su madre. Y, de todas formas, vamos a aceptarlo; está bajo custodia del Gobierno. Yo no soy ya legalmente su tutor.

Por mi parte, seguía esperando que no regresara; en su ausencia me había sentido mucho más relajado y en buenos términos con el mundo. Y me parecía que a pesar de su aspecto alicaído Maury sacaba más provecho de su trabajo. Ya no tenía preocupaciones en casa. Ni tampoco tenía que pagar cada mes una fortuna en facturas del doctor Horstowski.

-¿Crees que Sam Barrows le habrá encontrado un analista mejor? -me preguntó una tarde-. Me pregunto cuánto le costará. Tres días por semana, a cuarenta dólares la visita, son ciento veinte a la semana; casi quinientos al mes. ¡Sólo para curar su convulsionada psique!

Meneó la cabeza.

Recordé el eslogan de Salud Mental que las autoridades habían colocado en todas las oficinas de correos de los Estados Unidos hacía un año aproximadamente.

> GUÍE EL CAMINO HACIA LA SALUD MENTAL... ¡SEA EL PRIMERO DE SU FAMILIA EN INGRESAR EN UNA CLÍNICA DE SALUD MENTAL!

Y escolares que llevaban brillantes banderines habían llamado a las puertas por las tardes recolectando fondos para investigaciones sobre la Salud Mental; habían abrumado al público y recaudado una fortuna, todo por la buena causa de nuestra era.

-Lo siento por Barrows -dijo Maury-. Espero por su bien que le diseñe un simulacro, pero lo dudo. Sin mí, es sólo una aficionada; no hará más que hermosos dibujos. Aquel mural del cuarto de baño... ésa fue una de las pocas cosas que llegó a terminar. Y se gastó cientos de dólares en material sobrante.

-Guau -dije yo, felicitándome una vez más por la buena suerte que teníamos de que Pris ya no estuviera con nosotros.

-Esos proyectos creativos suyos... se entrega a ellos, al menos al principio. No la subestimes, amigo mío. Mira lo bien que diseñó los cuerpos del Stanton y del Lincoln. Tienes que admitir que es buena.

-Es buena -admití.

-¿Y quién va a diseñar el modelo Nanny ahora que se ha ido? Tú no, desde luego; no tienes ni pizca de habilidad artística. Ni yo. Ni esa cosa que salió del suelo a la que llamas hermano.

Me preocupé.

-Escucha, Maury -dije de repente-, ¿qué te parece la idea de tener niñeras mecánicas de la Guerra Civil?

Él me miró, inseguro.

-Ya tenemos el diseño -continué-. Haremos dos modelos. Una niñera azul yanqui, la otra gris rebelde. Piquetes haciendo su deber. ¿Qué dices?

-¿Qué es un piquete?

-Como un centinela, sólo que hay un montón de ellos.

-Sí, el soldado sugiere devoción al deber -dijo Maury tras una larga pausa-. Y a los chavales les gustará. No será el típico diseño robótico; no será frío e impersonal -asintió-. Es una buena idea, Louis. Reunamos al Consejo y expongamos nuestra idea, tu idea, más bien, para poder empezar a trabajar con ella. ¿De acuerdo? -Corrió hacia la puerta, ansioso-. Llamaré a Jerome y a Chester y se lo diré al Lincoln y al Stanton.

Los dos simulacros tenían habitaciones separadas en la planta baja de la casa de Maury; en un principio las había alquilado, pero ahora las usaba personalmente.

-¿Crees que tendrán algo que objetar? -preguntó-. Especialmente Stanton. Es tan cabezota... Supón que piensa que es... ¿blasfemia? Bien, tendremos que olvidarnos de la idea y cruzar el río.

-Si tienen algo que objetar, defenderemos nuestra idea. Al final nos saldremos con la nuestra; ¿qué puede haber en contra? Nada excepto alguna extraña idea puritana por parte de Stanton.

Sin embargo, aunque era idea mía, sentía una extraña sensación, como si en mi momento de creatividad, mi último estallido de inspiración, nos hubiera derrotado a nosotros y a todo aquello por lo que estábamos luchando. ¿Por qué? ¿Era esta idea demasiado fácil? Después de todo era simplemente una adaptación de lo que nosotros (o más bien Maury y su hija) habíamos querido hacer al principio. Habían soñado con volver a celebrar la Guerra Civil con todos los millones de participantes; ahora estábamos entusiasmándonos simplemente con la idea de tener un sirviente tipo Guerra Civil para librar al ama de casa de sus quehaceres diarios. En alguna parte del camino habíamos perdido la parte más valiosa de nuestra idea.

Una vez más éramos sólo una pequeña empresa dispuesta a hacer dinero; no teníamos ninguna gran visión, sólo un plan para hacernos ricos. Éramos otro Barrows pero a escala

reducida; teníamos su avaricia, pero no su tamaño. Pronto, si era posible, empezaríamos una operación de venta Nanny; probablemente pondríamos nuestro producto en el mercado con algún truco comparado con aquello de la «reventa» clasificada que habíamos estado usando.

-No -le dije a Maury-. Es terrible. Olvídalo.

Maury se detuvo en la puerta.

-¿Por qué? Es magnífico.

-Porque es... -dije.

No podía expresarlo. Me sentí cansado y desesperado, y, aún más, solo. ¿Por qué o por quién? ¿Por Pris Frauenzimmer? Por Barrows... por todos ellos, Barrows y Burks y Colleen Nild y Bob Bundy y Pris; ¿qué estaban haciendo ahora? ¿Qué locura impracticable estarían planeando?, quise saber. Nosotros, Maury, Jerome, mi hermano Chester y yo habíamos quedado atrás.

-Dilo -dijo Maury, bailando de desesperación-. ¿Por qué?

-Es... penoso.

-¡Penoso! ¡Al diablo!

Me miró, sorprendido.

-Olvida la idea. ¿Qué crees que estará haciendo Barrows ahora mismo? ¿Crees que estarán construyendo a la familia Edwards? ¿O nos estarán robando nuestra idea del Centenario? ¿O imaginando algo completamente nuevo? Maury, no tenemos visión ninguna. Eso es lo malo. Ninguna visión.

-Claro que la tenemos.

-No. No la tenemos porque no estamos locos. Estamos sobrios y cuerdos. No somos como tu hija, no somos como Barrows. ¿No es eso un hecho? ¿Quieres decir que no puedes sentir su falta, aquí mismo, en esta casa? ¿No echas en falta ningún lunático pariendo algún proyecto monstruoso durante horas y que luego, cuando ya lo tiene medio hecho, pasa a otro asunto, algo igualmente loco?

-Tal vez. Pero por amor de Dios, Louis, no podemos tumbarnos y morir simplemente porque Pris se haya pasado al otro bando. ¿Crees que no he pensado lo mismo? La conozco mucho mejor que tú, amigo. Muchísimo mejor. Me he atormentado cada noche pensando en ellos, pero tenemos que seguir y hacerlo lo mejor que podamos. Esa idea tuya puede que no sea igual que la luz eléctrica o la cerilla, pero es buena. Es pequeña y es vendible. Al menos nos ahorrará dinero, nos ahorrará tener que contratar a alguien de fuera para que nos diseñe el cuerpo de la Nanny, y un ingeniero que ocupe el puesto de Bundy... suponiendo que podamos encontrar a alguno. ¿De acuerdo, amigo?

Ahorrar dinero. Pris y Barrows no tendrían que preocuparse por eso; mira cómo enviaron la furgoneta para que recogiera sus cosas desde Boise a Seattle. Somos poca cosa. Somos pequeños.

Somos escarabajos.

Sin Pris..., sin ella.

«¿Qué he hecho? -me pregunté-. ¿Enamorarme de ella? ¿De una mujer con ojos de hielo, una esquizoide ambiciosa y calculadora, a cargo del Instituto Federal de Salud Mental que necesitará psicoterapia el resto de su vida, una ex psicótica que se dedica a proyectos catatónico-excitantes cerebrales, que vilipendia y ataca lo que quiere cuando quiere? Vaya una mujer, vaya una cosa de la que enamorarse. ¿Qué terrible destino me aguarda ahora?»

Era como si Pris fuera para mí a la vez la vida y la antivida, lo muerto, lo cruel, lo mordaz y lacerante, y a la vez el espíritu de la existencia misma. Movimiento: era el movimiento en sí. La vida en su actualidad desarrollándose, planteándose, calculando, dura, irreflexiva. No podía soportar tenerla cerca; no podía soportar estar sin ella. Sin Pris me apagaría hasta no ser nada y morir como un insecto en el patio, inadvertido y sin importancia, con ella me sentía acorralado, aplastado, roto en pedazos, pisoteado... y sin embargo de alguna manera vivía, era real. ¿Me gustaba sufrir? No. Me parecía que sufrir era parte de la vida, parte de estar con Pris. Sin Pris no había sufrimiento, nada errático, injusto, desequilibrado. Pero tampoco había

nada vivo, sólo planes pequeños, una oficina polvorienta con dos o tres hombres escarbando en la arena...

Dios sabía que no quería sufrir a manos de Pris ni de nadie más. Pero sufrir era una indicación de que la realidad estaba cerca. En un sueño hay miedo, pero no el lento dolor corporal, el tormento diario que Pris me infringía con su presencia. No era algo que nos hiciera deliberadamente; era una extensión natural de lo que era ella.

Sólo podíamos evitarlo librándonos de ella, y eso era lo que habíamos hecho; la habíamos perdido. Y con ella se había ido la misma realidad, con todas sus contradicciones y peculiaridades; ahora la vida sería predecible: produciríamos Nannies-Soldado de la Guerra Civil. Ganaríamos cierta cantidad de dinero, etcétera. ¿Pero qué significaba? ¿Qué importaba?

-Escucha -me decía Maury-. Tenemos que continuar.

Asentí.

-Hablo en serio -me dijo Maury fuertemente al oído-. No podemos rendirnos. Reuniremos al Consejo, como íbamos a hacer. Dile lo que se te ha ocurrido, lucha por tu idea. ¿Lo prometes? -Me palmeó en la espalda-. Vamos, maldita sea, o te daré un puñetazo en el ojo que te enviará al hospital. ¡Venga, amigo!

-De acuerdo -dije-, pero siento que le estás hablando a alguien que está al otro lado de la tumba.

-Sí, es lo que pareces. Pero vamos de todas formas y empecemos: baja y cuéntaselo a Stanton; sé que Lincoln no nos creará ningún problema... todo lo que hace es sentarse en su habitación y reírse con *Winnie the Pooh*.

-¿Qué demonios es eso? ¿Otro libro infantil?

-Exactamente, amigo mío. Vamos.

Le seguí, sintiéndome un poco reconfortado. Pero nada me devolvería verdaderamente a la vida excepto Pris. Tenía que enfrentarme a aquel hecho y aceptarlo con más fuerzas a cada hora del día.

El primer artículo que encontramos en los periódicos de Seattle, que tenía relación con Pris, casi se nos pasó por alto, porque no parecía que tratara de Pris en absoluto. Tuvimos que leerlo una y otra vez para asegurarnos.

Hablaba de Sam K. Barrows. Eso fue lo que nos llamó la atención. Y de una joven artista con la que había sido visto en un *Club* nocturno. El nombre de la muchacha, según el columnista, era Pristine Womankind.

-¡Jesús! -exclamó Maury, la cara negra-. Ése es su nombre. Es una traducción de Frauenzimmer. Pero no lo es. Escucha, amigo, siempre se lo he contado a todo el mundo, incluso a Pris y a mi ex esposa. Frauenzimmer no significa feminidad; significa damas de placer. Ya sabes. Busconas callejeras. -Releyó el artículo, incrédulo-. Ha cambiado su nombre pero no lo sabe; demonios, debería ser *Pristine Recorreaceras*. Qué farsa. Es una locura. ¿Sabes lo que es? Esa *Marjorie Morningstar*. Se llamaba Morgenstern y significa eso, *Estrella de la Mañana*. Pris sacó la idea de ahí. Y Priscilla por Pristine. Me estoy volviendo loco.

Recorrió la oficina, leyendo el artículo una y otra vez.

-Sé que es Pris. Tiene que serlo. Escucha la descripción. Dime si es o no es Pris.

> *Le vimos en Swami's. Nada menos que a Sam (El Gran Hombre) Barrows acompañado por lo que, en atención a los niños que se acuestan tarde, llamaremos su «nueva protegida», un pimpollo más listo que una maestra de sexto grado llamada (si pueden creérselo) Pristine Womankind, que tiene una expresión de superioridad como si no tuviera nada que ver con nosotros, los simples mortales. Pelo negro, y una figura que haría que una de esas proas de los barcos de madera (¿captan la idea?) se volvieran verdes de envidia. También les acompañaba Dave Blunk, el abogado, que nos dijo que Pris es artista, con otros talentos que no están*

a la vista... y que, indicó Dave, tal vez aparezca en la tele un día de estos, ¡como actriz, nada menos!...

-Dios, qué basura -dijo Maury, retirando el periódico-. ¿Cómo pueden esos columnistas del corazón escribir así? Están locos. Pero se nota que es Pris de todas formas. ¿Qué querrá decir con que va a aparecer como actriz de televisión?

-Barrows debe de ser el dueño de una emisora o de parte de alguna de ellas -dije yo.

-Es dueño de una compañía de comida para perros que enlata grasa de ballena. Y patrocina un programa de televisión semanal, una especie de circo y espectáculo de variedades. Probablemente les habrá indicado que le den a Pris un par de minutos. Pero ¿haciendo qué? ¡No sabe actuar! ¡No tiene talento! Creo que voy a llamar a la Policía. Dile a Lincoln que venga, ¡quiero el consejo de un abogado!

Intenté calmarle; estaba sumido en un estado de agitación salvaje.

-¡Está acostándose con ella! ¡Ese bestia está acostándose con mi hija Pris! ¡Es la corrupción personificada! -Maury empezó a llamar al aeropuerto de Boise intentando conseguir un cohete que le llevara a Seattle-. Voy a ir allí a hacer que lo arresten -me dijo entre llamada y llamada-. Voy a llevarme una pistola; al diablo con la policía. Esa niña solo tiene dieciocho años; es una felonía. Tenemos un caso *prima facie* contra él... le arruinaré la vida. Lo meterán en la trena por veinticinco años.

-Escucha, Barrows lo tiene todo absolutamente controlado, como ya hemos dicho más de una vez; tiene a ese abogado Blunk encargándose de todo. Están cubiertos; no me preguntes cómo, pero ya han pensado en todo. Sólo porque un columnista cotilla decida escribir que tu hija es...

-La mataré -dijo Maury.

-Espera. Por el amor de Dios, calla y escucha. No sé si está acostándose con él, como dices, o no. Probablemente es su amante. Creo que tienes razón. Pero probarlo es otro asunto. Ahora puedes obligarla a que vuelva a Ontario, pero incluso así puede que él consiga librarse de eso.

-Ojalá estuviera en Kansas City. Ojalá no hubiera salido nunca de la Clínica de Salud Mental. ¡Es sólo una pobre chiquilla ex psicótica! -Se calmó un poco-. ¿Cómo podría devolverla?

-Barrows puede hacer que algún tipo de su Organización se case con ella. Y una vez que eso suceda, nadie tendrá autoridad sobre ella. ¿Quieres eso? He hablado con el Lincoln y lo sé; el Lincoln ya me ha mostrado lo difícil que es obligar a un hombre como Barrows, que conoce la Ley al dedillo. Barrows puede doblar la Ley como si fuera un fontanero. Para él, no es una regla o una norma, sino una conveniencia.

-Eso sería terrible -dijo Maury. Su cara era gris-. Veo lo que quieres decir. Como pretexto legal para conservarla en Seattle.

-Y nunca la recuperarás.

-Y estará acostándose con dos hombres, su marido, algún maldito chico de los recados de alguna fábrica de Barrows y... con el propio Barrows.

Me miró con los ojos desencajados.

-Maury, tenemos que aceptar los hechos. Pris probablemente ya se ha acostado con algún muchacho, por ejemplo en el colegio.

Su expresión se volvió más dolorida.

-Odio tener que decirte esto, pero por la forma en que me habló una noche...

-De acuerdo -dijo Maury-. Dejémoslo correr.

-Acostarse con Barrows no la matará, y no te matará a ti. Al menos no se quedará embarazada, él es suficientemente listo para asegurarse de que eso no suceda. Ya se encargará de que tome las pastillas.

Maury asintió.

-Ojalá me muriera.

-Me siento igual. Pero ¿recuerdas lo que me dijiste hace un par de días? ¿Que teníamos que continuar, no importa lo mal que nos sintiéramos? Ahora te digo lo mismo. No importa lo mucho que Pris signifique para nosotros... ¿no es cierto?

-Sí -dijo por fin.

Seguimos caminando y continuamos haciendo lo que teníamos pensado. En la reunión del Consejo el Stanton puso objeciones a que los Nannies llevaran el uniforme gris de los rebeldes; le gustaba la idea de seguir adelante con el tema de la Guerra Civil, pero los soldados tenían que ser leales chicos de la Unión. ¿Quién, preguntó el Stanton, confiaría sus hijos a un rebelde? Le dimos la razón y le dijimos a Jerome que empezara a poner al día la fábrica Rosen, mientras nosotros en la oficina de RYR ASOCIADOS de Ontario empezábamos a hacer los bocetos y a reunirnos con un ingeniero electrónico japonés a quien habíamos contratado temporalmente.

Unos días más tarde apareció un segundo artículo en un periódico de Seattle. Éste lo vi yo antes que Maury.

> *La señorita Pristine Womankind, la exuberante starlet descubierta por la Organización Barrows, entregará una pelota de béisbol de oro a los campeones de la Pequeña Liga, según contó hoy a los medios informativos Irving Kahn, secretario de prensa del señor Barrows. Como aún queda por jugar uno de los partidos de la Liga, aún no se sabe...*

Así que Sam Barrows tenía contratado a un secretario de prensa, como a Dave Blunk y los otros. Barrows le estaba dando a Pris lo que ella había querido tanto tiempo; estaba cumpliendo su parte del acuerdo que habían hecho, no había duda. Y tampoco dudaba que ella también cumplía con la suya.

«Está en buenas manos -me dije-. Probablemente no hay un ser humano en Norteamérica más cualificado para darle a Pris lo que quiere de la vida».

El artículo estaba titulado:

«PRIMERA DIVISIÓN CONCEDE LA PELOTA DE ORO A LA PEQUEÑA LIGA»

Así que Pris era *«primera división»* ahora. Un estudio posterior me dijo que el señor Sam K. Barrows había pagado los uniformes del club de la Pequeña Liga que esperaba ganar la pelota de oro (o hacía falta añadir que Barrows proporcionaría la pelota), y en sus espaldas aparecerían las palabras: ORGANIZACIÓN BARROWS.

Por delante, naturalmente, aparecería el nombre del equipo, fuera cual fuese el área o el colegio al que pertenecieran los chavales.

No había duda de que ella era feliz. Después de todo, Jayne Mansfield empezó siendo nombrada *Señorita Espina Dorsal Recta* por los quiroprácticos norteamericanos allá en los años cincuenta; aquélla había sido su primera aparición publicitaria. En aquellos días, era una de esas adictas a la comida sana.

«Mira lo que tiene Pris por delante -me dije-. Primero entrega la pelota de oro a un equipo de críos y de ahí sube rápidamente a la cima. Tal vez Barrows pueda colocar una serie de fotos de ella desnuda en *Life*; no es nada descabellado, aparecen fotos de chicas desnudas todas las semanas. De esa manera su fama sería grandiosa. Todo lo que tendría que hacer es quitarse la ropa en público, ante un fotógrafo experto en vez de hacerlo simplemente en privado ante los ojos de Sam K. Barrows».

Luego podría casarse brevemente con el Presidente Mendoza. Ya ha estado casado cuarenta y una veces, en ocasiones durante menos de una semana. O al menos quizá la invitasen a una de esas fiestas en la Casa Blanca, o a dar un paseo por alta mar en el yate presidencial o a pasar una semana en el lujoso satélite de vacaciones del Presidente. Especialmente esas fiestas: las chicas que invitan para actuar nunca son las mismas: su fama

estaría asegurada, toda clase de posibilidades se abrirían ante ella, especialmente en el campo del espectáculo. Pues si el Presidente Mendoza las quiere, todo el mundo en los Estados Unidos las quiere también, porque como es bien sabido el Presidente de los Estados Unidos tiene un gusto increíblemente bueno, así como la primera oportunidad de...

Estos pensamientos me estaban volviendo loco.

¿Cuánto tardaría?, me pregunté. ¿Semanas? ¿Meses? ¿Podría hacerlo inmediatamente o le costaría tiempo?

Una semana después, mientras ojeaba la guía de televisión, descubrí a Pris en el elenco del programa semanal patrocinado por la compañía de comida para perros de Barrows. Según el anuncio, actuaba en un número de lanzamiento de cuchillos: le arrojaban cuchillos encendidos mientras danzaba el *Baile Lunar* llevando uno de los nuevos trajes de baño transparentes. La escena había sido rodada en Suecia, pues ese tipo de trajes de baño aún eran ilegales en las playas de los Estados Unidos.

No le mostré la revista a Maury, pero él la descubrió por su cuenta. Un día antes del programa me llamó a mi casa y me mostró el elenco. En la revista había también una foto pequeña de Pris, sólo su cabeza y los hombros. Sin embargo, había sido tomada de manera que indicaba que no llevaba puesto nada encima. Los dos la miramos con ferocidad y desesperación. Y, sin embargo, ella parecía feliz. Probablemente lo era.

Tras ella, en la foto, podían verse montañas verdes y agua. Las maravillas naturales de la Tierra. Y recortada contra ellas, esta sonriente y esbelta muchacha, llena de vida, excitación y vitalidad. Llena de... futuro.

El futuro le pertenece, advertí mientras examinaba la foto. Aparezca desnuda sobre una alfombra de piel de cabra en *Life* o se convierta en la amante del Presidente durante un fin de semana, o baile locamente, desnuda de cintura para arriba, mientras le lanzan cuchillos ardientes durante un programa de televisión infantil... sigue siendo real, hermosa y maravillosa, como las colinas y el océano, y nadie puede destruir ni estropear eso, por muy furiosos y amargados que se sientan. ¿Qué tenemos Maury y yo? ¿Qué podemos ofrecerle? Sólo algo inestable. Algo que huele a ayer, al pasado, no al futuro. Algo que apesta a pena, edad, y muerte.

-Amigo mío -le dije a Maury-. Creo que voy a viajar hasta Seattle.

Él no dijo nada. Continuó leyendo el texto de la guía de televisión.

-Francamente, ya no me importan los simulacros -le dije-. Lamento decirlo, pero es la verdad. Sólo quiero ir a Seattle y ver cómo está. Tal vez después...

-No volverás. Ninguno de los dos lo hará.

-Tal vez sí.

-¿Quieres apostar?

Le aposté diez pavos. Eso era todo lo que podía hacer; no tenía sentido hacer una promesa que probablemente no podría, ni querría, mantener.

-Esto hundirá a RYR ASOCIADOS -dijo Maury.

-Tal vez, pero tengo que ir.

Esa noche empecé a empaquetar mis cosas. Hice una reserva en un vuelo a Seattle en un cohete *Boeing* 900 de la *TWA*; salía a las once menos veinte de la mañana siguiente. Ahora ya no había nada que me retuviera; ni siquiera me molesté en telefonear a Maury para decírselo. ¿Para qué perder el tiempo? Él no podría hacer nada. ¿Y yo? Eso quedaba por ver.

Mi revólver del 45 del Servicio Militar era demasiado grande, así que empaqueté un revólver más pequeño, un 38, envuelto en una toalla junto con una caja de munición. Nunca he sido muy buen tirador, pero podía alcanzar a un ser humano dentro de los límites de una habitación normal, y posiblemente a través del espacio de un salón público como un *Club* nocturno o un teatro. Y puestos en lo peor, podía usarlo conmigo mismo; con toda seguridad podría alcanzar eso, mi propia cabeza.

Como no tenía nada más que hacer hasta la mañana siguiente, me acosté y me puse a leer un ejemplar de *«Marjorie Morningstar»* que Maury me había prestado. Era suyo, y

posiblemente era el mismo ejemplar que Pris había leído hacía años. Con él, esperaba poder comprender mejor a Pris; no lo leía por placer.

A la mañana siguiente me levanté temprano, me afeité y me lavé, tomé un desayuno ligero y me dirigí hacia el aeropuerto de Boise.

13

Si se preguntan ustedes cómo habría sido San Francisco si no hubiera sufrido incendios ni terremotos, pueden averiguarlo visitando Seattle. Es una vieja ciudad portuaria edificada sobre colinas, con calles estilo cañón: no hay nada moderno excepto la Biblioteca Pública, y en la zona de los suburbios encontrarán guijarros y ladrillos rojos, como en algunos lugares de Porcatello, Idaho. Los suburbios se extienden durante millas y están infestados de ratas. En el centro de Seattle hay una próspera zona comercial, construida cerca de los grandes hoteles como el *Olympus*. El viento sopla desde Canadá, y cuando el *Boeing* 900 aterriza en el Aeropuerto Sea-Tac se ven las montañas de origen. Dan miedo.

Cogí una limosina para que me llevara del aeropuerto a la propia Seattle, ya que sólo cuesta cinco dólares. La conductora se arrastró a paso de tortuga a través del tráfico durante kilómetros hasta que llegamos al *Hotel Olympus*. Es como cualquier otro hotel de una gran ciudad, con su galería de tiendas en la planta baja; tiene todos los servicios que debe tener un hotel, y son excelentes. Hay varios comedores; de hecho, uno se encuentra en un mundo propio en un gran hotel, un mundo compuesto de alfombras y vieja madera pulida, gente bien vestida y siempre charlando, pasillos y ascensores, más doncellas que limpian constantemente.

En mi habitación, conecté el hilo musical en vez del televisor, me asomé a la ventana, ajusté la ventilación y la calefacción, me quité los zapatos y anduve descalzo sobre el suelo alfombrado de pared a pared, luego abrí la maleta y me puse a desempaquetar. Sólo una hora antes estaba en Boise; ahora estaba en la costa oeste, casi en la frontera canadiense. Era sorprendente. Había ido directamente de una gran ciudad a otra sin tener que soportar el paisaje en medio. Nada me podría haber complacido más.

Un buen hotel se reconoce por el hecho de que, cuando necesitas cualquier tipo de servicio de habitaciones, el empleado nunca te mira cuando entra. Baja la vista y actúa; eres invisible, que es lo que uno quiere, aunque estés en calzoncillos o desnudo. El empleado entra muy despacio, te deja la camisa planchada, o la bandeja de comida, el periódico o la bebida; le tiendes el dinero, te murmura las gracias y se va. La forma en que no miran es casi japonesa. Te sientes como si no hubiera entrado nadie en tu habitación, ni siquiera el ocupante anterior; es absolutamente tuya, incluso cuando te encuentras con las mujeres de la limpieza en el vestíbulo. Los empleados del hotel tienen tal respeto por tu intimidad que es increíble. Por supuesto, cuando llega el momento de acercarse al mostrador de recepción, todo esto se paga. Te cuesta cincuenta dólares en vez de veinte. Pero no dejen que nadie les diga que no vale la pena. Una persona al borde del colapso psicótico puede recuperarse en cuestión de unos pocos días en un auténtico hotel de primera clase, con su servicio permanente de habitaciones y sus tiendas; créanme.

Cuando ya llevaba en mi habitación del *Olympus* un par de horas, me pregunté por qué me había sentido tan agitado como para hacer el viaje. Me sentía como si estuviera disfrutando de unas vacaciones y un descanso bien merecidos. Podría vivir allí, comer la comida del hotel, afeitarme y lavarme en mi cuarto de baño privado, leer el periódico y hacer mis compras hasta que se me acabara el dinero. Y, sin embargo, venía por asunto de negocios. Por eso es tan duro dejar el hotel y salir a esas calles frías, grises, ventosas y deambular solo. Es entonces cuando empieza el dolor. Estás de regreso en un mundo donde nadie te abre la puerta; estás en una esquina con otras personas que son iguales que tú, tan buenas como tú, esperando a que la luz del semáforo cambie, y una vez más eres un individuo ordinario que sufre, la presa de

cualquier dolencia que pase. Es una especie de trauma natal de nuevo, pero al menos puedes regresar al hotel, por fin, cuando termines tus negocios.

Y utilizando el negocio de la habitación del hotel, puedes resolver tus asuntos sin moverte. Haces así todo lo que puedes; es el instinto el que te guía. En realidad, uno intenta que la gente venga a verte en vez de hacer lo contrario.

Sin embargo, esta vez mis asuntos no podían resolverse dentro del hotel. No me molesté en intentarlo. Simplemente lo retrasé todo lo que pude: pasé el resto del día en mi habitación y al anochecer bajé al bar y luego entré en uno de los comedores, y después recorrí las galerías y entré en las tiendas. Me entretuve donde pude sin tener que salir a la fría noche típica canadiense.

Todo el tiempo tuve el 38 en el bolsillo de la chaqueta.

Era extraño hacerlo de manera ilegal. Tal vez podría haberlo resuelto legalmente, si Lincoln encontraba una manera de quitarle a Pris de las manos a Barrows. Pero en mi interior estaba disfrutando de todo esto, de haber venido a Seattle con el revólver en la maleta. Me gustaba la sensación de estar solo, sin conocer a nadie, a punto de salir y enfrentarme al señor Sam Barrows sin nadie que me ayudara. Era como una gesta heroica o una vieja película de vaqueros. Yo era el forastero en la ciudad, armado y con una misión por cumplir.

Entretanto, bebí en el bar. Volví a subir a mi habitación, me tumbé en la cama, leí el periódico. Miré la tele, ordené café caliente al servicio de habitaciones a media noche. Estaba en la cima del mundo. Si pudiera hacerlo durar...

«Mañana por la mañana iré a buscar a Barrows -me dije-. Esto debe acabar. Pero aún no».

Y entonces (eran casi las doce y media y estaba a punto de acostarme), se me ocurrió. «¿Por qué no telefonear a Barrows ahora mismo? ¿Por qué no despertarle, como solía hacer la Gestapo? Sin decirle dónde estoy, sólo decirle: *Voy por ti, Sam*». Asustarle de veras; por la cercanía de mi voz sabría que estaba en alguna parte de la ciudad.

¡Magnífico!

Había tomado un par de vasos; demonios, había bebido seis o siete. Marqué y le dije a la operadora:

-Póngame con Sam Barrows. No conozco el número.

Era la operadora del hotel, y así lo hizo.

Poco después oí que el teléfono de Sam sonaba.

Ensayé lo que iba a decirle: «Devuelva a Pris a RYR ASOCIADOS -le diría-, la odio, pero nos pertenece. En lo que a nosotros respecta, es la vida misma».

El teléfono sonó y sonó. Obviamente no había nadie en casa, o nadie iba a contestar. Finalmente, colgué.

Qué situación endemoniada para un hombre adulto, me dije mientras deambulaba por la habitación. ¿Cómo podría algo del estilo de Pris empezar a representar la vida misma para nosotros, cómo iba a decirlo a Sam Barrows? ¿Tan liados estamos? ¿No es nada más que una indicación de la naturaleza de la vida, no de nosotros mismos? Sí, no es culpa nuestra que la vida sea así; nosotros no la inventamos. ¿O sí?

Y así continué. Debí de pasar un par de horas dándole vueltas, sin otra cosa en la mente que estas preocupaciones. Estaba en un estado terrible. Era como la gripe, una especie que atacaba al metabolismo en el cerebro, a un paso de la muerte. O eso me parecía entonces. Había perdido todo contacto con la realidad, incluso con la del hotel; había olvidado el servicio de habitaciones, la galería de tiendas, los bares y los comedores... Incluso dejé de asomarme a la ventana para mirar las luces y las calles intensamente iluminadas. Una forma de morir es perder el contacto con la ciudad de esa manera.

A la una (mientras aún recorría la habitación), sonó el teléfono.

-Diga.

No era Sam K. Barrows. Era Maury, llamándome desde Ontario.

-¿Cómo sabías que estoy en el *Olympus*? -le pregunté.

Estaba totalmente anonadado; era como si hubiera utilizado algún poder oculto para localizarme.

-Sabía que estabas en Seattle, retrasado. ¿Cuántos grandes hoteles hay? Sabía que querrías el mejor; apuesto a que estás en la *suite* nupcial y tienes a alguna mujer contigo a la que estás atacando como un loco.

-Escucha, he venido a matar a Sam K. Barrows.

-¿Con qué? ¿Con tu dura cabeza? ¿Vas a correr hacia él y le vas a golpear en el estómago hasta matarlo?

Le conté a Maury lo del revólver del 38.

-Escucha amigo -dijo Maury con voz suave-. Si nos haces eso, estamos arruinados.

No dije nada.

-Esta llamada nos está costando mucho, así que no voy a pasarme una hora suplicándote como hacen esos pastores. Duerme y llámame mañana, ¿me lo prometes? Prométemelo o llamaré a la Policía de Seattle y haré que te arresten en tu habitación, lo juro por Dios.

-No.

-Tienes que prometerlo.

-De acuerdo, Maury. Prometo no hacer nada esta noche.

¿Cómo podría hacerlo? Ya lo había intentado y había fallado; sólo estaba dando vueltas por la habitación.

-Muy bien. Escucha, Louis. Esto no hará volver a Pris. Ya lo he pensado. Sólo arruinará su vida si vas y te cargas a ese tipo. Piénsalo y lo verás. ¿No crees que yo mismo lo habría hecho si pensara que iba a funcionar?

Sacudí la cabeza.

-No lo sé. -Me dolía la cabeza y me sentía exhausto-. Sólo quiero irme a la cama.

-Muy bien, amigo. Descansa. Escucha, quiero que busques por tu habitación. Mira a ver si hay una mesa con cajones de algún tipo. ¿Vale? Mira en el cajón superior. Vamos, Louis. Hazlo ahora, mientras estoy al teléfono. Mira dentro.

-¿Para qué?

-Hay una *«Biblia»*. La sociedad la puso allí.

Colgué el teléfono.

Bastardo, me dije. Darme un consejo así.

Deseé no haber venido a Seattle. Era como el simulacro Stanton, como una máquina: impulsándome hacia un universo que no comprendía, buscando en Seattle una esquina familiar donde pudiera representar sus actos de costumbre. En el caso de Stanton, abrir un bufete de abogado. En el mío... en el mío ¿qué? Intentar de alguna manera restablecer un entorno familiar, aunque desagradable. Estaba acostumbrado a Pris y a su crueldad; había empezado a acostumbrarme a Sam K. Barrows y a su secretaria y su abogado. Mis instintos me impulsaban de vuelta a lo conocido. Era la única manera en la que podía funcionar. Era como una cosa ciega aleteando para moverse.

«¡Sé lo que quiero! -me dije-. ¡Quiero unirme a la organización de Sam K. Barrows! Quiero formar parte de ella, como Pris. No quiero pegarle un tiro».

Me voy a pasar al otro bando.

«Tiene que haber un sitio para mí -me dije-. Tal vez no haciendo el Baile Lunar; no pretendo eso. No quiero salir por la tele. No me interesa ver mi nombre en luces de neón. Sólo quiero ser útil. Quiero que mis habilidades sean de utilidad al gran hombre».Cogí el teléfono y solicité a la operadora que me pusiera con Ontario, Oregón. Contacté con la operadora de Ontario y le di el número de teléfono de la casa de Maury.

El teléfono sonó y Maury contestó con voz soñolienta.

-¿Qué hiciste, irte a la cama? -le pregunté-. Escucha, Maury, tengo que decirte algo. Es justo que lo sepas. Voy a pasarme al otro bando. Voy a unirme a Barrows y al infierno contigo, mi padre, Chester y el Stanton, que de todas formas es un dictador y nos va a hacer la

vida imposible. Sólo lamento hacerle esto al Lincoln. Pero si es tan sabio y comprensivo, comprenderá y perdonará, como Cristo.

-¿Cómo? -dijo Maury.

No parecía comprenderme.

-Me he vendido.

-No, te equivocas.

-¿Cómo puedo equivocarme? ¿Qué quieres decir con eso?

-Si te pasas a Barrows, ya no habrá RYR ASOCIADOS, así que no habrá nada que vender. Simplemente nos hundiremos, amigo. Lo sabes. -Parecía perfectamente tranquilo-. ¿No es eso un hecho?

-Me importa un rábano. Sólo sé que Pris tiene razón: no se puede conocer a un hombre como San Barrows y luego olvidar que lo has conocido. Es una estrella, un cometa. O bien te subes a su carro o cesas en todos los intentos y propósitos para existir. Siento un ansia emocional, irracional, pero real. Es un instinto. Un día de estos te tocará también a ti. Tiene magia. Sin él somos gusanos. ¿Cuál es el sentido de la vida de todas formas? ¿Arrastrarnos en el polvo? No se vive eternamente. Si no puedes alcanzar las estrellas estás muerto. ¿Sabes que tengo un treinta y ocho? Si no puedo unirme a la Organización de Barrows, me volaré la tapa de los sesos. No voy a quedarme atrás. Los instintos en el interior de una persona... ¡los instintos para vivir! son demasiado fuertes.

Maury guardó silencio. Pero pude oírle al otro lado de la línea.

-Escucha -dije-. Lamento haberte despertado, pero tenía que decírtelo.

-Estás mentalmente enfermo -dijo Maury-. Voy a... escucha, amigo, voy a llamar al doctor Horstowski.

-¿Para qué?

-Le diré que te llame al hotel.

-Muy bien. Dejaré libre la línea.

Y colgué.

Me senté en la cama y, naturalmente, menos de veinte minutos después, a la una y media de la madrugada, el teléfono sonó una vez más.

-Diga.

-Habla Milton Horstowski -contestó una voz lejana.

-Louis Rosen, doctor.

-El señor Rock me llamó. -Una larga pausa-. ¿Cómo se siente, señor Rosen? El señor Rock dijo que estaba trastornado por algo.

-Escuche, empleado del Gobierno -dije-. Esto no es asunto suyo. He tenido una discusión con mi socio, Maury Rock, y eso es todo. Ahora estoy en Seattle para contactar con una Organización mucho más grande y más progresista. ¿Recuerda que le mencioné a Sam K. Barrows?

-Sé quién es.

-¿Es una locura?

-No -dijo el doctor Horstowski-. No lo parece.

-Le hablé a Maury del revólver sólo para asustarle. Es tarde y estoy un poco cansado. A veces es duro psicológicamente cuando uno rompe una sociedad. -Esperé, pero Horstowski no dijo nada-. Creo que voy a colgar. Tal vez cuando vuelva a Boise pase a visitarle; todo esto es muy duro para mí. Pris se fue y se unió a la Organización de Barrows, ya sabe.

-Lo sé. Aún estoy en contacto con ella.

-Es toda una mujer -dije-. Estoy empezando a pensar que estoy enamorado de ella. ¿Podría ser? Quiero decir, ¿una persona de mi tipo psicológico?

-Es posible.

-Bien, supongo que eso es lo que ha pasado. No puedo vivir sin Pris. Por eso estoy en Seattle. Pero sigo diciendo que me inventé lo del revólver; puede contárselo a Maury si eso va a calmarle. Sólo intentaba demostrar que hablo en serio. ¿Lo comprende?

-Sí, creo que sí -dijo el doctor Horstowski.

Hablamos sin llegar a nada durante un rato, y luego colgó. Enseguida, me dije: «Ese tipo va a llamar a la Policía de Seattle o a la OFSM. No puedo correr el riesgo».

Así que empecé a empaquetar mis cosas lo más rápidamente que pude. Lo metí todo en la maleta y luego salí de la habitación; bajé a la planta baja en ascensor y, en recepción, pedí la cuenta.

-¿Le ha disgustado algo, señor Rosen? -me preguntó el encargado de noche mientras la chica sumaba los cargos.

-No. Conseguí contactar con la persona que vine a ver y quiere que pase la noche en su casa.

Pagué la cuenta -era bastante moderada-, y luego llamé a un taxi. El portero me llevó la maleta y la colocó en el maletero del taxi; le di un par de dólares y un momento después el taxi se sumergió en el tráfico sorprendentemente denso.

Cuando pasamos junto a un motel moderno de aspecto agradable, anoté su emplazamiento. Hice que el taxi parara a unas cuantas manzanas de distancia, le pagué al conductor y luego rehice mis pasos. Le dije al propietario del motel que mi coche se había averiado, que venía a Seattle por asunto de negocios, y me registré bajo el nombre de James W. Byrd, que inventé sobre la marcha. Pagué por adelantado (dieciocho cincuenta), y luego con la llave en la mano, me dirigí a la habitación número 6.

Era agradable, limpia y brillante, justo lo que quería; me acosté inmediatamente y me quedé dormido. «Ahora no me cogerán -recuerdo que pensé mientras me dormía-. Estoy a salvo. Y mañana me pondré en contacto con Sam Barrows y le daré la noticia de que me paso a su bando».

«Y estaré con Pris pronto -pensé luego-. Estaré con ella en su ascenso a la fama. Estaré presente para verlo todo. Tal vez nos casemos. Le diré lo que siento por ella, que la quiero. Probablemente ahora es el doble de hermosa que antes, ahora que Barrows se ha apoderado de ella. Y si Barrows compite conmigo, le borraré del mapa. Le desintegraré con métodos todavía inéditos. No se interpondrá en mi camino. No bromeo».

Pensando esto, me quedé dormido.

El sol me despertó a las ocho al alumbrar sobre mí, la cama y la habitación. No había corrido las cortinas. Los coches aparcados en fila brillaban y reflejaban el sol. Parecía un buen día.

¿Qué había pensado la noche antes? Mis pensamientos regresaron. Pensamientos locos y descabellados sobre casarme con Pris y matar a Sam Barrows, pensamientos infantiles. Cuando te vas a dormir regresas a la infancia, sin duda. Me sentí avergonzado.

Y, sin embargo, básicamente, me mantenía en mi postura. Había venido a por Pris, y si Barrows intentaba interponerse en mi camino... lo siento por él.

Me había dejado llevar, pero no intenté regresar. La cordura prevalecía, ahora que era de día. Entré en el cuarto de baño y tomé una larga ducha fría, pero ni siquiera la luz del día disipó mis profundas convicciones. Sólo las elaboré hasta que fueron más racionales, más convincentes, más prácticas.

Primero, tenía que acercarme a Barrows de manera adecuada; tenía que ocultar mis sentimientos, mi motivo auténtico. Tenía que ocultar todo lo relacionado con Pris; le diría que quería trabajar para él, tal vez ayudarle a diseñar el simulacro... ofrecerle todo el conocimiento y experiencia que había obtenido de mis años con Maury y Jerome. Pero no dar ninguna pista sobre Pris, porque si se daba cuenta, entonces...

«Eres listo, Sam K. Barrows -me dije-. Pero no puedes leer mi mente. Y no lo mostraré en la cara. Soy demasiado experimentado, demasiado profesional, para traicionarme de esa forma».

Mientras me vestía y me anudaba la corbata, practiqué delante del espejo. Mi cara era absolutamente impasible; nadie habría supuesto que me moría de resquemor por dentro,

comido por el gusano del deseo: amor por Pris Frauenzimmer o Womankind o como quisiera llamarse ahora.

«Eso es lo que significa la madurez -me dije mientras me sentaba en la cama y me limpiaba los zapatos-. Poder ocultar tus sentimientos reales, poder erigir una máscara. Poder engañar incluso a un gran hombre como Barrows. Si puedes hacer eso, lo habrás conseguido».

De otra manera, estás acabado. Ése es el secreto.

Había un teléfono en la habitación del motel. Salí y desayuné jamón y huevos, tostadas, café, incluido zumo. Luego, a las nueve y media, regresé a mi habitación y busqué en la guía de Seattle. Pasé un buen rato examinando las muchas empresas de Barrows, hasta que encontré una en donde pensé que estaría. Entonces marqué.

-*Northwest Electronics* -dijo la secretaria alegremente-. Buenos días.

-¿Ha llegado ya el señor Barrows?

-Sí, señor, pero está al otro teléfono.

-Esperaré.

-Le pondré con su secretaria -dijo la muchacha.

Hubo una larga pausa y entonces sonó otra voz, también de mujer, pero mucho más profunda y mayor.

-Oficina del señor Barrows. ¿Quién llama, por favor?

-Me gustaría ver al señor Barrows. Soy Louis Rosen, vine a Seattle desde Boise anoche. El señor Barrows me conoce.

-Un momento. -Una larga pausa. Luego se puso otra vez la mujer-. El señor Barrows hablará con usted ahora. Adelante, señor.

-Hola -dije.

-Hola. -La voz de Barrows resonó en mis oídos-. ¿Cómo está, Rosen? ¿Qué puedo hacer por usted?

Parecía alegre.

-¿Cómo está Pris? -dije, sorprendiéndome a mí mismo al hablarle así.

-Pris está muy bien. ¿Cómo se encuentran su padre y su hermano?

-Bien.

-Debe de ser interesante tener un hermano con la cara al revés; ojalá le hubiera visto. ¿Por qué no se pasa por aquí mientras está en Seattle? ¿Qué le parece a la una de la tarde?

-A la una.

-Muy bien. Gracias y adiós.

-Barrows -dije-, ¿va a casarse con Pris?

No hubo respuesta.

-Voy a pegarle un tiro -dije.

-¡Oh, por el amor de Dios!

-Tengo en mi poder una mina encefalotrópica flotante antipersonal transistorizada hecha en Japón. -Así era como pensaba en mi revólver del 38-. Y voy a soltarla en la zona de Seattle. ¿Sabe lo que eso significa?

-Esto... no exactamente. Encefalotrópica... ¿no tiene algo que ver eso con el cerebro?

-Sí, Sam. Su cerebro. Maury y yo grabamos sus pautas cerebrales cuando estuvo en nuestra oficina de Ontario. Fue un error por su parte acudir. La mina le buscará y estallará. Una vez que la libere, no habrá forma de detenerla. Le buscará.

-¡Prlmorddoss! -farfulló él.

-Pris está enamorada de mí. Me lo dijo una noche cuando me llevaba a casa. Apártese de ella o está acabado. ¿Sabe la edad que tiene? ¿Quiere saberlo?

-Dieciocho.

Colgué el teléfono.

«Voy a matarle -me dije-. Voy a hacerlo. Tiene a mi chica. Dios sabe lo que está haciendo con ella».

Marqué el número una vez más y contacté con la misma recepcionista de voz alegre.

-*Northwest Electronics*, buenos días.

-Estaba hablando con el señor Barrows.

-Oh, ¿se cortó la comunicación? Le pondré otra vez, señor. Sólo un momento.

-Dígale al señor Barrows que voy a por él con mi tecnología avanzada, ¿quiere? Adiós.

Y colgué una vez más.

«Recibirá el mensaje, -me dije-. Tal vez debería decirle que mande a Pris para acá, o algo parecido. ¿Lo hará para salvarse? ¡Maldito seas, Barrows!»

Sé que lo haría. Me la daría para salvarse; puedo recuperarla cuando quiera. Ella no significa tanto para él; fue sólo otra chica mona en su vida. Yo soy el único que está realmente enamorado de ella porque es única.

Marqué una vez más.

-*Northwest Electronics,* buenos días.

-Póngame otra vez con el señor Barrows, por favor.

Una serie de clics.

-Soy la señorita Wallace, secretaria del señor Barrows. ¿Quién llama?

-Louis Rosen. Déjeme volver a hablar con el señor Barrows.

Una pausa.

-Sólo un momento, señor Rosen.

Esperé.

-Hola. Louis. -La voz de Sam Barrows-. Bueno, está pasándose un poco, ¿no? -Se echó a reír-. Llamé a la Guarnición del Ejército y no existe nada parecido a una mina encefalotrópica. ¿Cómo pudo conseguir una? Apuesto a que no la tiene de verdad.

-Devuélvame a Pris y le perdonaré la vida.

-Vamos, Rosen.

-No estoy bromeando. -Mi voz tembló-. ¿Cree que esto es un juego? Estoy al final de la cuerda; la amo y no me importa nada más.

-Jesucristo.

-¿Lo hará? -chillé-. ¿O tendré que ir a por usted? -Mi voz se quebró; estaba temblando-. Tengo todo tipo de armas del Ejército, de cuando estuve en ultramar; ¡hablo en serio!

En el fondo de mi mente, una parte calmada de mí pensó: «El bastardo la entregará; sé que es un cobarde».

-Cálmese -dijo Barrows.

-De acuerdo, voy por usted con todos los adelantos tecnológicos que tengo a mi disposición.

-Ahora escuche, Rosen. Supongo que Maury Rock le ha convencido para que haga esto. He hablado con Dave y me aseguró que la acusación de violación de menores no tiene significado si...

-Le mataré si la ha violado -le grité al teléfono. Y en el fondo de mi mente la voz tranquila y sardónica decía: «El bastardo se lo merece». La voz tranquila y sardónica se rió deleitado; se lo estaba pasando magníficamente-. ¿Me oye? -chillé.

-Es usted un psicótico, Rosen -dijo Barrows-. Voy a llamar a Maury; al menos él está cuerdo. Mire, le llamaré y le diré que Pris va a regresar a Boise.

-¿Cuándo? -grité.

-Hoy. Pero no con usted. Y creo que debería ver usted a un psiquiatra del Gobierno; está muy enfermo.

-De acuerdo -dije, más tranquilo-. Hoy. Pero me quedaré aquí hasta que Maury me llame y me diga que ella está en Boise.

Entonces colgué.

Guau.

Me aparté del teléfono, entré en el cuarto de baño y me lavé la cara con agua fría.

¡Así que comportarse de manera incontrolada e irracional daba resultado! Vaya cosa para aprender a mi edad. ¡Había recuperado a Pris! Le había asustado hasta hacerle creer que era

un loco. ¿Y no era ésa la verdad? Realmente estaba fuera de mis casillas; mira mi conducta. La pérdida de Pris me había vuelto loco.

Después de calmarme, regresé junto al teléfono y llamé a Maury a la fábrica de Boise.

-Pris va de regreso. Llámame en cuanto llegue. Me quedaré aquí. Asusté a Barrows. Soy más fuerte que él.

-Lo creeré cuando la vea -dijo Maury.

-El hombre está muerto de miedo. Petrificado... no perdió el tiempo en sacársela de encima. No te imaginas en el maníaco delirante en que me convertí por la terrible tensión que se produjo en aquel momento.

Le di el número de teléfono del motel.

-¿Te llamó Horstowski anoche?

-Sí, pero es un incompetente. Has malgastado todo tu dinero, como dijiste. No siento hacia él más que desprecio, y es lo que voy a decirle cuando regrese.

-Admiro tu fría pose -dijo Maury.

-Haces bien en admirarla; mi fría pose, como la llamas, recuperó a Pris. Maury, estoy enamorado de ella.

Tras un largo silencio, Maury dijo:

-Escucha, es una niña.

-Tengo la intención de casarme con ella. No soy otro Sam Barrows.

-¡No me importa quién seas ni lo que seas! -Ahora era Maury quien gritaba-. No puedes casarte con ella, es una niña. Tiene que volver al colegio. ¡Aléjate de mi hija, Louis!

-Estamos enamorados. No puedes interponerte. Llámame en cuanto ponga los pies en Boise; de otro modo voy a matar a Sam K. Barrows y si tengo que hacerlo, también me mataré yo y la mataré a ella.

-Louis -dijo Maury con voz lenta y cuidadosa-, necesitas la ayuda de la Oficina Federal de Salud Mental, en serio. No dejaré que Pris se case contigo por todo el dinero del mundo ni por cualquier otra razón. Desearía que hubieras dejado las cosas tal como estaban. Ojalá no hubieras ido a Seattle. Ojalá se quedara Pris con Barrows; sí, mejor que se quede con Barrows y no contigo. ¿Qué puedes darle? ¡Mira la cantidad de cosas que Sam Barrows puede ofrecerle a una chica!

-La convirtió en una prostituta, eso es lo que le ha ofrecido.

-¡No me importa! -gritó Maury-. Eso es sólo charla, una palabra y nada más. Vuelve a Boise. Nuestra sociedad se ha acabado. Tienes que salir de RYR ASOCIADOS. Voy a llamar a Sam Barrows para decirle que no tengo nada que ver contigo; quiero que se quede con Pris.

-Maldito seas.

-¿Tú mi yerno? ¿Crees que la *he* parido... es una forma de hablar... para que se case contigo? Qué risa. ¡No eres absolutamente nada! ¡Lárgate de aquí!

-Lástima -dije, pero me sentía aturdido-. Quiero casarme con ella -repetí.

-¿Le has dicho a Pris que vas a casarte con ella?

-No, todavía no.

-Te escupirá en la cara.

-¿Y qué?

-¿Y qué? ¿Quién te quiere? ¿Quién te necesita? Sólo tu defectuoso hermano Chester y tu padre senil. Voy a hablar con Abraham Lincoln para averiguar el medio de acabar con nuestra relación para siempre.

El teléfono restalló; me había colgado.

No podía creerlo. Me senté en la cama sin hacer nada, mirando al suelo. Así que Maury, igual que Pris, iba detrás del dinero. «Mala sangre -me dije-. Lo llevan en los genes».

Debería de haberlo sabido. Ella tuvo que conseguirlo de alguna manera.

«¿Qué hago ahora?», me pregunté.

Volarme los sesos y hacer feliz a todo el mundo; podrán pasárselo bien sin mí, como dijo Maury.

Pero no me apetece hacerlo; la fría voz calmada en mi interior, la voz del instinto, dijo que no. «Lucha contra todos ellos -dijo-. Enfréntate a todos... Pris y Maury, Sam Barrows, el Stanton, el Lincoln. Levántate y lucha».

Lo que descubre uno sobre su socio; cómo se siente realmente hacia ti, cómo te mira en secreto. Dios, qué cosa más temible... la verdad.

Me alegro de haberlo descubierto. No me extraña que se dedicara a fabricar el Lincoln del Soldado Niñera de la Guerra Civil. Estaba contento de que su hija se hubiera convertido en la amante de Sam K. Barrows. Estaba orgulloso. También había leído el libro de *«Marjorie Morningstar»*.

Ahora sé de qué está hecho el mundo. Sé cómo es la gente, qué es lo que valoran de la vida. Es suficiente para hacer que uno se cayera muerto al suelo; o al menos que se suicidara.

Pero no me rendiré. Quiero a Pris y voy a apartarla de Maury, Sam Barrows y todos los demás. Pris es mía, me pertenece. No me importa lo que piense ella ni nadie más. No me importa cuál sea el precio de este mundo del que se sienten parte, todo lo que sé es lo que dice mi voz interior. Dice: «Quítales a Pris Frauenzimmer y cásate con ella. Estaba destinada desde el principio para ser la señora de Louis Rosen de Ontario, Oregón».

Ése fue mi juramento. Cogí el teléfono y marqué una vez más.

-Northwest Electronics, buenos días.

-Póngame otra vez con el señor Barrows. Soy Louis Rosen.

Una pausa. Luego la mujer de la voz profunda.

-Soy la señorita Wallace.

-Déjeme hablar con Sam.

-El señor Barrows ha salido. ¿Quién le llama?

-Louis Rosen. Dígale al señor Barrows que haga que la señorita Frauenzimmer...

-¿Quién?

-La señorita Womankind, entonces. Dígale a Barrows que la envíe a mi motel en un taxi. -Le di la dirección que leí de la llave-. Dígale que no la ponga en un avión con destino a Boise. Dígale que si no lo hace voy a ir para allá a llevármela.

Silencio. Entonces la señorita Wallace dijo:

-No puedo decirle nada porque no está aquí, se fue a casa, de verdad.

-Entonces le llamaré a casa. Déme su número.

Con voz quebrada, la señorita Wallace me dio el número de teléfono. Yo ya lo sabía; le había llamado la noche anterior.

Colgué y lo marqué.

Pris contestó.

-Soy Louis. Louis Rosen.

-Por el amor de Dios -dijo Pris, sorprendida-. ¿Dónde estás? Tu voz suena cerca.

Parecía nerviosa.

-Estoy aquí, en Seattle. Vine anoche en un vuelo de la *TWA*; estoy aquí para rescatarte de Sam Barrows.

-Oh, Dios mío.

-Escucha, Pris. Quédate donde estás. Voy a pasar a recogerte. ¿De acuerdo? ¿Comprendes?

-Oh, no. Louis... -dijo Pris. Su voz se endureció-. Espera un segundo. He hablado con Horstowski esta mañana. Me habló de ti y de tu acceso de ira catatónica. Me advirtió sobre ti.

-Dile a Sam que te meta en un taxi y te envíe para acá.

-Pensé que eras Sam.

-Si no vienes conmigo, voy a matarte.

-No, no vas a hacerlo -dijo con voz dura y tranquila; había recuperado su pose helada-. Inténtalo. Bastardo de clase baja.

Me quedé de piedra.

-Escucha... -empecé a decir.

-Cretino. Simplón. Cáete muerto si piensas que voy a marcharme contigo. Sé qué es lo que pasa; vosotros, caras de culo, no podéis diseñar vuestro simulacro sin mí, ¿verdad? Por eso queréis que vuelva. Pues iros al infierno. Y si apareces por aquí, gritaré que me estás violando o asesinando y pasarás el resto de la vida en la cárcel. Así que piénsatelo.

Se calló, entonces, pero no colgó; pude oírla allí. Estaba esperando, con fruición, oír lo que yo tenía que decir.

-Te amo -le dije.

-Ve a bañarte al mar. Oh, aquí está ya Sam. Despeja el teléfono. Y no me llames Pris. Mi nombre es Pristine. Pristine Womankind. Vuélvete a Boise y ponte a trabajar con tu pobre simulacro de segunda fila, ¿quieres? -Una vez más esperó y no se me ocurrió nada que decir; tampoco había nada que mereciera la pena-. Adiós, pobre fealdad de clase baja -dijo Pris con tono indiferente-. Y por favor no me molestes con más llamadas telefónicas en el futuro. Ahorra tus esfuerzos para otra mujer grasienta que quiera que le pongas las manos encima. Si es que puedes encontrarla, nulidad de clase baja.

Esta vez el teléfono chasqueó; ella había colgado por fin, y yo me estremecí aliviado. Temblé, libre del teléfono y de su voz familiar, calmada, punzante y acusadora.

«Pris -pensé-. Te quiero. ¿Por qué? ¿Qué he hecho para ser llevado hacia ti? ¿A qué retorcido instinto se debe?»

Me senté en la cama y cerré los ojos.

14

No había nada que hacer sino regresar a Boise.

Había sido derrotado. No por el poderoso y experimentado Sam K. Barrows, ni tampoco por mi socio Maury Rock, sino por Pris, una muchacha de dieciocho años. No tenía sentido quedarme en Seattle.

¿Qué me deparaba el futuro? Volver a RYR ASOCIADOS, hacer las paces con Maury, reemprender el camino donde lo había abandonado. Volver a trabajar en el Soldado Niñera de la Guerra Civil. Volver a trabajar para el sobrio y antipático Edwin M. Stanton. Volver a soportar interminables lecturas en voz alta de *Winnie the Pooh* y *Peter Pan* a cargo del simulacro Lincoln. Oler una vez más el aroma de los cigarros *Corina Lark*, y de vez en cuando el olor más dulzón de los *A&C* de mi padre. Volver al mundo que había abandonado, la Fábrica de Órganos y Espinetas Electrónicas de Boise, a nuestra oficina en Ontario...

Y siempre quedaba la posibilidad de que Maury no me dejara regresar, de que hablara en serio de romper nuestra asociación. Así que incluso podría encontrarme sin el mundo que había conocido y abandonado; podría no tener ni siquiera eso por delante.

Tal vez ésta era la ocasión. El momento de sacar el 38 y volarme la tapa de los sesos. En vez de volver a Boise.

El metabolismo de mi cuerpo se aceleraba y se refrenaba; me estaba rompiendo debido a la fuerza centrífuga y al mismo tiempo intentaba agarrarme a todo lo que tenía alrededor. Pris me había tenido, y, sin embargo, en el instante de tenerme me había despedido llena de maldiciones y desdén. Era como si el ir allí fuera particularmente humillante; estaba capturado en una oscilación mortal.

Mientras tanto, Pris seguía sin advertirlo.

Por fin, el significado de mi vida se me hizo claro. Estaba condenado a amar a alguien más allá de la vida, una cosa fría y estéril, Pris Frauenzimmer. Habría sido mejor odiar al mundo entero.

En vista de lo desesperanzado de mi situación, decidí tomar una medida definitiva. Antes de rendirme, lo intentaría, con el simulacro Lincoln. Me había ayudado antes; tal vez pudiera ayudarme ahora.

-Soy Louis otra vez -dije cuando contacté con Maury-. Quiero que lleves al Lincoln al aeropuerto y lo pongas en un cohete camino de Seattle ahora mismo. Quiero usarlo durante veinticuatro horas.

Él inició una discusión rápida y frenética; nos peleamos durante media hora. Pero por fin cedió; cuando colgué el teléfono, me prometió que Lincoln estaría en el *Boeing* 900 camino de Seattle al anochecer.

Exhausto, me tumbé para recuperarme. «Si no puede encontrar este motel -decidí-, probablemente no servirá de todas maneras... me quedaré aquí y descansaré».

La ironía era que Pris lo había diseñado.

Ahora recuperaremos parte de nuestra inversión. Nos costó mucho construirlo y no logramos llegar a un trato con Barrows; todo lo que hace es estar sentado todo el día leyendo y riéndose.

En algún rincón de mi mente recordé una anécdota que tenía que ver con Abraham Lincoln y las mujeres. Alguna muchacha en particular le había gustado en su juventud. ¿Con éxito? Por el amor de Dios, no pude recordar cómo le había salido el asunto. Todo lo que recordaba era que había sufrido mucho por su causa.

Como yo. Lincoln y yo tenemos mucho en común; las mujeres nos han hecho pasar malos ratos. Así que él sabrá comprenderme.

¿Qué podía hacer hasta que llegara el simulacro? Era peligroso quedarme en la habitación del motel... ¿ir a la Biblioteca Pública de Seattle y leer sobre la juventud y los amoríos de Lincoln? Le dije al encargado del motel dónde estaría por si alguien parecido a Abraham Lincoln venía preguntando por mí, y luego llamé a un taxi y me marché. Tenía mucho tiempo por delante, sólo eran las diez de la mañana.

Aún hay esperanza, me dije mientras el taxi me transportaba a través del tráfico hacia la Biblioteca. ¡No voy a rendirme!

No mientras tuviera a Lincoln para ayudarme a superar mis problemas. Uno de los mejores Presidentes de la historia americana, y, además, un soberbio abogado. ¿Quién podría pedir más?

Si alguien puede ayudarme, ése es Abraham Lincoln.

Los libros de referencia de la Biblioteca de Seattle no hicieron mucho para mejorar mi estado de ánimo. Según ellos, Abe Lincoln había sido rechazado por la muchacha que amaba. Se había sentido tan deprimido que se había sumido en una melancolía casi psicótica durante meses; había estado a punto de matarse, y el incidente le dejó cicatrices emocionales para el resto de su vida.

Magnífico, pensé sombríamente mientras cerraba los libros. Justo lo que necesitaba. Alguien aún peor que yo.

Pero era demasiado tarde; el simulacro venía de camino desde Boise.

Tal vez los dos nos suicidaremos, me dije mientras salía de la Biblioteca. Repasaremos unas cuantas cartas de amor y luego... bang, con el 38.

Por otro lado, después había tenido éxito; se había convertido en Presidente de los Estados Unidos. Para mí, eso significaba que después de casi matarte de pena por una mujer se podía continuar, superarlo, aunque por supuesto nunca se olvidara. Continuaría marcado el resto de mi vida; sería una persona más profunda, más pensativa. Había notado la melancolía del Lincoln. Probablemente yo llevaría hasta la muerte el mismo aspecto.

Sin embargo, eso requeriría años, y tenía derecho a considerarlo ahora.

Recorrí las calles de Seattle hasta que encontré una librería que vendía libros de bolsillo. Compré un ejemplar de la biografía de Lincoln escrita por Carl Sandburg y me lo llevé a mi habitación del motel, donde me puse cómodo con una caja de cerveza y una gran bolsa de patatas fritas al lado.

En particular, estudié la parte que trataba de la adolescencia de Lincoln y de la muchacha en cuestión. Ann Rutledge. Pero algo en la forma de escribir de Sandburg oscurecía el asunto;

parecía dar vueltas en torno al tema. Así que dejé el libro, la cerveza y las patatas fritas, y cogí un taxi de vuelta a la Biblioteca y los libros de referencia que había visto. Ya era más de mediodía.

El asunto con Ann Rutledge. Después de que muriera de malaria en 1835, a la edad de diecinueve años, Lincoln había caído en lo que la *«Británica»* llamaba un «estado de mórbida depresión que parecía deberse a un brote de locura. Aparentemente él mismo sentía terror ante este aspecto de su personalidad, un terror que es revelado en la más misteriosa de sus experiencias, ocurrida años más tarde». Se refería al suceso de 1841.

En 1840, Lincoln se prometió a una hermosa joven llamada Mary Todd. Entonces tenía veintinueve años. Pero de repente, el primero de enero de 1841, Lincoln rompió el compromiso. Ya habían puesto fecha para la boda. La novia tenía ya puesto el traje de rigor; todo estaba preparado. Lincoln, sin embargo, no apareció. Sus amigos fueron a ver qué había pasado. Lo encontraron en un estado de locura. Y su recuperación fue muy lenta. El veintitrés de enero escribía a su amigo John T. Stuart:

> *Ahora soy el hombre más miserable que existe. Si lo que siento se distribuyera equitativamente entre toda la familia humana, no habría una sola cara alegre en toda la tierra. No puedo decir si mejoraré alguna vez; temo que no. Permanecer tal como estoy es imposible; me parece que he de morir o recuperarme.*

Y en una carta previa a Stuart, fechada el 20 de enero, Lincoln dice:

> *He estado haciendo en los últimos días una desacreditable exhibición de hipocondría y tengo la impresión de que el doctor Henry es necesario para mi existencia. A menos que consiga esa plaza que hay en Springfield. Ya ves lo mucho que me interesa esa materia.*

La «materia» era conseguir que nombraran al doctor Henry Director General de Correos en Springfield para que pudiera estar cerca atendiendo a Lincoln y manteniéndole vivo. En otras palabras, Lincoln, en ese período de su vida, estaba al borde del suicidio, la locura o las dos cosas a la vez.

Sentado allí, en la Biblioteca Pública de Seattle con todos los libros a mi alrededor, llegué a la conclusión de que Lincoln era lo que ahora llaman un psicótico maníaco depresivo.

El comentario más interesante lo hace la *«Británica»*, y dice lo siguiente:

> *«Toda la vida hubo en él un carácter remoto, algo que no le hizo realista, pero que quedaba tan velado por su aparente realismo que la gente descuidada no lo percibía. A él no le importaba que lo notaran o no, estaba dispuesto a continuar, permitiendo que las circunstancias jugaran la parte más importante a la hora de determinar su curso de acción y no parándose a recapacitar si sus apegos terrenales brotaban de percepciones genuinamente realistas, de afinidad, o de aproximaciones a los sueños de su espíritu».*

Y luego la *«Británica»* comenta el incidente con Ann Rutledge. También añade esto:

> *«Revelan la profunda sensibilidad y la vena de melancolía y reacciones emocionales desenfrenadas que iban y venían, en alternancia con períodos de júbilo, hasta el fin de sus días».*

Más tarde, en sus discursos políticos, le gustaban los sarcasmos, algo común en los maníaco depresivos, según descubrí tras mis investigaciones. Y la alternancia de «períodos de júbilo» con otros de «melancolía» es la base de la clasificación maníaco depresiva.

Pero lo que avala este diagnóstico mío es la siguiente nota ominosa:

«La reticencia, degenerando a veces en lo secreto, es una de sus características fijas».

Y:

«...Su capacidad para lo que Stevenson llamó «una holgazanería grande y genial» merece ser tomada en cuenta».

Pero la parte más ominosa de todas trata de su indecisión. Porque eso es un síntoma de la manía depresiva, es un síntoma de la psicosis introvertida. De la esquizofrenia.

Era las cinco y media de la tarde, la hora de cenar, estaba cansado y me dolían los ojos y la cabeza. Devolví los libros de referencia, le di las gracias al bibliotecario y salí a las calles frías y ventosas en busca de un lugar donde cenar.

Estaba claro que le había pedido a Maury que me dejara usar a uno de los más profundos y complicados de la historia. Mientras estaba sentado en el restaurante cenando aquella noche (y era una buena cena), no pude quitarme esa idea de la cabeza.

Lincoln era exactamente como yo. Podría haber estado leyendo *mi* propia biografía en aquella Biblioteca; psicológicamente éramos iguales como dos gotas de agua, y al comprenderle a él me comprendía a mí mismo.

Lincoln se lo había tomado todo por la tremenda. Podría haber sido remoto, pero no estaba muerto emocionalmente todo lo contrario. Era completamente opuesto a Pris, perteneciente al tipo de esquizoide frío. La pena y la empatía emocional estaban escritas en su cara. Sentía plenamente todas las penalidades de la guerra, cada una de las muertes.

Así que era difícil creer que lo que la *«Británica»* llamaba su «carácter remoto» fuera un signo de esquizofrenia. Lo mismo con respecto a su conocida indecisión. Y, además, yo tenía mi propia experiencia personal con él... o para ser más exacto, con su simulacro. No sentía con el simulacro la extrañeza, el carácter ajeno que había sentido con Pris.

Sentía un afecto y una confianza natural hacia Lincoln, y eso era ciertamente lo contrario de lo que sentía hacia Pris. Había algo innatamente bueno, cálido y humano en él, una vulnerabilidad. Y sabía, por mi propia experiencia con Pris, que el esquizoide no era vulnerable; se replegaba a un punto a salvo donde podía observar a los otros humanos y estudiarlos científicamente sin ponerse en peligro. La esencia de alguien como Pris estaba en la cuestión de la distancia. Pude ver que su miedo principal era estar cerca de otras personas. Y ese miedo les llenaba de recelos, asignándole motivos para sus acciones que no existían realmente. Ella y yo éramos tan diferentes... Pude ver que ella podía volverse paranoide en cualquier momento; no tenía conocimiento de la auténtica naturaleza humana, de los encuentros cotidianos con la gente que Lincoln había adquirido en su juventud. En el análisis final, eso era lo que los distinguía. Lincoln conocía las paradojas del alma humana, sus grandezas, sus debilidades, sus ansiedades, su nobleza, todas las extrañas piezas que lo componían en una gama casi infinita. Él se había relacionado. Pris tenía una visión férrea, esquemática y rígida, un esbozo de la humanidad. Una abstracción. Y vivía en ella.

No era extraño que fuera imposible de alcanzar.

Acabé la cena, me levanté, pagué la cuenta y salí a las calles oscuras. ¿Adónde me dirigiría ahora? Al motel una vez más. Llamé a un taxi y pronto me encontré recorriendo la ciudad.

Cuando llegué al motel vi que las luces de mi habitación estaban encendidas. El encargado salió apresuradamente de su oficina y me saludó.

-Tiene visita. Santo Dios, sí que se parece a Lincoln, como dijo. ¿Qué es, una broma o algo parecido? Le dejé pasar.

-Gracias -dije, y entré en la habitación.

Allí, sentado en una silla con las largas piernas estiradas, estaba el simulacro Lincoln. Leía la biografía escrita por Carl Sandburg, inconsciente de mi presencia. Junto a él, en el suelo, había una bolsita de tela: *su equipaje.*

-Señor Lincoln.

Él alzó la mirada y me sonrió.

-Buenas noches, Louis.

-¿Qué le parece el libro de Sandburg?

-Todavía no he tenido tiempo para formarme una opinión. -Marcó el lugar por donde iba leyendo, cerró el libro y lo dejó a un lado-. Maury me dijo que está en dificultades y requería mi presencia y consejo. Espero no haber llegado demasiado tarde.

-No, ha llegado a tiempo. ¿Le gustó el vuelo desde Boise?

-Me quedé sorprendido al observar lo rápido que se movía el paisaje por debajo. Apenas habíamos despegado cuando ya estábamos aterrizando; la pastora me dijo que habíamos recorrido más de mil quinientos kilómetros.

No supe qué pensar.

-Oh. Se refiere a la azafata.

-Sí. Perdone mi estupidez.

-¿Puedo servirle una bebida?

Indiqué la cerveza, pero el simulacro negó con la cabeza.

-Preferiría no tomar. ¿Por qué no me explica sus problemas, Louis? Así veremos inmediatamente qué puede hacerse.

Con una expresión de simpatía, el simulacro esperó.

Me senté frente a él. Pero dudé. Después de lo que había leído hoy me preguntaba si quería consultarlo con él. No porque no tuviera fe en sus opiniones, sino porque mi problema podría abrir en él viejas heridas. Mi situación era demasiado parecida a la suya con Ann Rutledge.

-Adelante, Louis.

-Deje que me sirva una cerveza primero.

Me puse a abrir la lata; pero me retrasé un poco, preguntándome qué iba a hacer.

-Tal vez debería hablar yo entonces. Durante mi viaje he meditado sobre la situación con el señor Barrows. -Se agachó y sacó de su bolsa varias páginas escritas con lápiz-. ¿Desea oponerse con fuerza al señor Barrows? ¿Para que por propia voluntad devuelva a la señorita Frauenzimmer, no importa lo que pueda sentir ella?

Asentí.

-Entonces telefonee a esta persona -dijo el simulacro.

Me pasó una hoja de papel que tenía un nombre:

SILVIA DEVORAC

No pude situar el nombre. Lo había oído antes, pero no pude hacer la conexión.

-Dígale que le gustaría visitarla en su casa y discutir un asunto delicado -continuó el simulacro suavemente-. Algo relativo al señor Barrows... eso será suficiente; le invitará a visitarla de inmediato.

-¿Y entonces qué?

-Le acompañaré. No habrá problema, creo. No necesitará inventar ninguna historia con ella; sólo tendrá que describir su relación con la señorita Frauenzimmer, que representa a su padre y que tiene una profunda atadura sentimental hacia la muchacha.

Yo estaba intrigado.

-¿Quién es esa Silvia Devorac?

-La antagonista política del señor Barrows; es la que quiere condenar las casas de *Green Peach Hat* que él posee y de las que saca una renta enorme. Es una dama preocupada por los temas sociales, entregada a proyectos relevantes. -El simulacro me pasó un puñado de recortes

de periódico-. Los conseguí con ayuda del señor Stanton. Como puede ver por ellos, la señora Devorac es incansable. Y bastante astuta.

-Quiere decir que este asunto de que Pris sea menor de edad y esté bajo custodia del Gobierno Federal...

-Quiero decir, Louis, que la señora Devorac sabrá qué hacer con la información que le proporcione.

-¿Merece la pena? -pregunté tras un momento; me sentía abrumado-. Hacer una cosa así...

-Sólo Dios puede estar seguro -dijo el simulacro.

-¿Cuál es su opinión?

-Pris es la mujer a la que ama. ¿No es ésa la verdad? ¿Qué hay en el mundo más importante para usted? ¿No arriesgaría la vida en esta lucha? Creo que ya lo ha hecho, y tal vez, si Maury tiene razón, las vidas de otros.

-Demonios -dije-, el amor es un culto norteamericano. Nos lo tomamos demasiado en serio; es prácticamente una religión nacional.

El simulacro no habló. En cambio se meció adelante y atrás.

-Para mí es serio -dije.

-Entonces eso es lo que debe considerar, no si es apropiadamente serio para otras personas o no. Creo que sería inhumano retirarse a su mundo de valores de renta, como hará el señor Barrows. ¿No es cierto que está contra usted, Louis? Tendrá éxito precisamente en ese punto: que lo que él siente por Pris no es serio. ¿Y eso está bien? ¿Es moral o racional? Si sintiera lo mismo que usted, dejaría que la señora Devorac consiguiera su condena; se casaría con Pris y pensaría entonces que habría salido ganando. Pero no lo hace, y eso le priva de su humanidad. Usted no haría eso... usted se está arriesgando. Para usted, la persona que ama tiene más importancia que todo lo demás, y por eso creo que tiene usted razón y que el equivocado es él.

-Gracias. Sabe, tiene usted una profunda comprensión de cuáles son los valores apropiados de la vida; tengo que admitirlo. He conocido a mucha gente, pero usted va directo al corazón de las cosas.

El simulacro estiró la mano y me palmeó en el hombro.

-Creo que hay un lazo entre nosotros, Louis. Usted y yo tenemos mucho en común.

-Lo sé. Somos iguales.

Los dos estábamos profundamente conmovidos.

15

Durante un rato, el simulacro Lincoln me aleccionó sobre lo que debería decir exactamente por teléfono a la señora Silvia Devorac. Practiqué una y otra vez, pero el miedo me embargaba.

Sin embargo, al final estuve preparado. Encontré su número en la guía de Seattle y lo marqué. Al momento, una voz de mujer melodiosa, cultivada y de mediana edad me dijo al oído:

-¿Sí?

-¿Señora Devorac? Lamento molestarla. Estoy interesado en *Green Peach Hat* y en su proyecto de que lo derriben. Me llamo Louis Rosen y soy de Ontario, Oregón.

-No tenía ni idea de que nuestro comité hubiera llamado la atención tan lejos.

-Lo que me estaba preguntando es si puedo pasarme a verla con mi abogado para charlar con usted unos minutos.

-¡Su abogado! Oh, Dios mío, ¿pasa algo malo?

-Hay algo malo, sí, pero no con su comité. Tiene que ver... -Miré al simulacro, que me asintió-. Bien, tiene que ver con Sam K. Barrows.

-Ya veo.

-Conozco al señor Barrows a través de una desafortunada relación comercial que tuve con él en Ontario. Pensé que podría serme usted de ayuda.

-Dice que tiene un abogado... no sé qué podría hacer yo por usted que no pueda hacer él. -La voz de la señora Devorac era medida y firme-. Pero puede venir si podemos reducirlo a, digamos, media hora. Tengo invitados a las ocho.

Dándole las gracias, colgué.

-Muy bien hecho, Louis -dijo el Lincoln. Se puso en pie-. Iremos en taxi inmediatamente.

Se dirigió a la puerta.

-Espere -dije.

Se volvió para mirarme.

-No puedo hacerlo.

-Entonces vamos a dar un paseo. -Me abrió la puerta-. Disfrutemos del aire de la noche; huele a montaña.

Así, recorrimos juntos las aceras oscuras.

-¿Qué cree que será de la señorita Pris? -preguntó el simulacro.

-Estará bien. Se quedará con Barrows; él le dará todo lo que quiera de la vida.

El simulacro se detuvo en una gasolinera.

-Tendrá que volver a llamar a la señora Devorac para decirle que no vamos a ir.

Había una cabina telefónica.

Me encerré en la cabina y marqué el número de la señora Devorac una vez más. Me sentía aún peor que antes; apenas podía meter el dedo en el agujero adecuado.

-¿Sí? -preguntó en mi oído la voz cortés.

-Soy el señor Rosen otra vez. Lo lamento, pero no tengo todavía completamente en orden mis datos, señora Devorac.

-¿Y quiere posponer su visita para más adelante?

-Sí.

-Perfectamente. Hágalo cuando lo crea conveniente. Señor Rosen, antes de que cuelgue... ¿ha estado alguna vez en *Green Peach Hat*?

-No.

-Es un lugar penoso.

-No me extraña.

-Por favor, intente visitarlo.

-De acuerdo, lo haré.

Colgó. Me quedé sujetando el auricular y luego por fin lo colgué y salí de la cabina.

El Lincoln no aparecía por ninguna parte.

¿Se ha ido?, me pregunté. ¿Estoy solo ahora? Escruté la oscuridad de la noche de Seattle.

El simulacro estaba sentado en el interior del edificio de la gasolinera, frente al muchacho de uniforme blanco; se mecía en la silla y charlaba amistosamente. Abrí la puerta.

-Vámonos -dije.

El simulacro dio las buenas noches al muchacho y caminamos los dos juntos en silencio.

-¿Por qué no vamos a visitar a la señorita Pris? -dijo el simulacro.

-Oh, no -contesté, horrorizado-. Tal vez haya un vuelo de regreso a Boise esta noche; si es así, lo tomaremos.

-Le da miedo. De todas formas, no la encontraremos en casa; sin duda ella y el señor Barrows disfrutan apareciendo en público. El muchacho de la gasolinera me dijo que gente famosa del espectáculo, algunos incluso de Europa, vienen a actuar a Seattle. Creo que dijo que Earl Grant está aquí ahora. ¿Es famoso?

-Sí.

-El chico dijo que normalmente actúan sólo una noche y luego se marchan. Ya que el señor Grant está aquí esta noche, supongo que no lo hizo ayer, y por eso posiblemente el señor Barrows y la señorita Pris acudan a verlo.

-Canta muy bien.

-¿Tenemos dinero para ir?

-Sí.

-¿Por qué no vamos entonces?

Hice un gesto. ¿Por qué no?

-No quiero -dije.

-He recorrido una gran distancia para ayudarle, Louis -dijo el simulacro suavemente-, creo que a cambio debería hacerme un favor. Me gustaría escuchar al señor Grant interpretando las canciones de moda. ¿Querría tener la bondad de acompañarme?

-Me está presionando deliberadamente.

-Quiero que visite el lugar donde es más probable que vea al señor Barrows y a la señorita Pris.

Evidentemente, no tenía otra elección.

-De acuerdo, iremos.

Empecé a buscar un taxi por la calle, sintiéndome amargado.

Una enorme multitud se había congregado para ver al legendario Earl Grant; apenas pudimos entrar. Sin embargo, no había señales de Pris ni de Sam Barrows. Nos sentamos en la barra, pedimos bebidas y observamos desde allí. Probablemente no aparecerán, me dije. Me sentí un poco mejor. Una posibilidad entre mil...

-Canta maravillosamente -dijo el simulacro, entre una actuación y otra.

-Sí.

-Los negros llevan la música en la sangre.

Le miré. ¿Estaba siendo sarcástico? Aquella observación trivial, aquel cliché... pero tenía una expresión seria en la cara. En su época, tal vez, la observación no significaba lo mismo que ahora. Habían pasado tantos años...

-Recuerdo mis viajes a Nueva Orleans cuando era un niño -dijo el simulacro-. Fue entonces cuando advertí por primera vez la penosa situación de los negros. Creo que fue en mil ochocientos veintiséis. Me quedé sorprendido por la naturaleza española de esa ciudad; era totalmente diferente de la América en la que había crecido.

-¿Eso fue cuando Denton Offcutt le contrató? ¿El buhonero?

-Conoce muy bien mi vida anterior.

Parecía sorprendido de mi sapiencia.

-Demonios. Lo investigué. En mil ochocientos treinta y cinco murió Ann Rutledge. En mil ochocientos cuarenta y uno... -me interrumpí. ¿Por qué había mencionado aquello? Podría haberme callado la boca. La cara del simulacro, incluso con la oscuridad del bar, mostraba dolor y una profunda conmoción-. Lo siento.

Mientras tanto, gracias a Dios, Grant había empezado otra canción. Sin embargo, era un dulce y melancólico *blues*. Sintiéndome cada vez más nervioso, llamé al camarero y pedí un whisky doble.

Meditabundo, el simulacro se había sentado encorvado, con las piernas sobre el aro del taburete. Después de que Earl Grant terminara de cantar, permaneció en silencio, como si no se diera cuenta de lo que le rodeaba. Su cara era inexpresiva y sombría.

-Lamento haberle deprimido -le dije; estaba empezando a sentir lástima de él.

-No es culpa suya; estas canciones son más fuertes que yo. Soy terriblemente supersticioso, ¿sabe? ¿Es eso un defecto? En cualquier caso, no puedo evitarlo. Es parte de mí.

Sus palabras eran entrecortadas, como si hiciera un gran esfuerzo, como si apenas pudiera encontrar energía para seguir hablando.

-Tome otra bebida -le dije, y entonces descubrí que no había probado su primera y única bebida.

El simulacro negó silenciosamente con la cabeza.

-Escuche, salgamos de aquí y tomemos ese cohete; regresemos a Boise. -Salté de mi taburete-. Vamos.

El simulacro se quedó donde estaba.

-No se deprima tanto. Debí haberme dado cuenta... el *blues* afecta a todo el mundo de esa forma.

-No es la canción del hombre de color -dijo el simulacro-. Soy yo mismo. No le eche la culpa por eso, Louis, ni se lo reproche usted. Durante el vuelo miré los bosques de debajo y pensé en mí y en mis primeros días y en los viajes de mi familia y especialmente en la muerte de mi madre y en nuestro viaje a Illinois en un carro de bueyes.

-Por el amor de Dios, este lugar es demasiado sombrío; cojamos un taxi que nos lleve al Aeropuerto Sea-Tac y...

Me interrumpí.

Pris y Sam habían entrado en la sala; una camarera les mostraba el camino hacia una mesa reservada.

Al verlos, el simulacro sonrió.

-Bien, Louis. Debí de haberle hecho caso. Ahora me temo que es ya demasiado tarde.

Me quedé rígido junto al taburete.

16

-Louis, vuelva a subirse al taburete -me dijo al oído el simulacro Lincoln.

Asintiendo, volví a encaramarme a él. Pris... estaba radiante, sorprendente, con aquel vestido nuevo Mirada Total. Se había recortado el pelo y lo había peinado hacia atrás, y llevaba una curiosa sombra de ojos que hacía que éstos parecieran grandes y negros. Barrows, con su cabeza perfectamente peinada y sus modales joviales, estaba igual que siempre: atareado y activo, sonriente. Aceptó la carta y empezó a pedir.

-Es sorprendentemente encantadora -me dijo el simulacro.

-Sí -afirmé.

Los hombres que estaban sentados en la barra a nuestro alrededor (y las mujeres también), se habían detenido para mirarla con admiración. No pude reprochárselo.

-Debe actuar -me dijo el simulacro-. No puede marcharse ahora, me temo, y tampoco puede quedarse como está. Me acercaré a su mesa y les diré que tiene una cita luego con la señora Devorac, y eso es todo lo que puedo hacer por usted; el resto, Louis, depende de usted.

Se bajó del taburete y se marchó dando grandes zancadas antes de que pudiera detenerle.

Llegó a la mesa de Barrows y se inclinó, apoyando la mano sobre el hombro de Barrows se volvió para verme. Pris también se volvió; sus fríos ojos oscuros titilaron.

El Lincoln regresó al bar.

-Vaya a verlos, Louis.

Automáticamente, me puse en pie y me encaminé hacia Barrows y Pris sorteando las mesas. Ellos me miraron con resquemor. Probablemente creían que tenía mi 38 encima, pero no lo llevaba; lo había dejado en el motel.

-Sam, está acabado -le dije-. Tengo todo el material preparado para Silvia. -Examiné mi reloj-. Es una lástima, pero ya es demasiado tarde; tuvo su oportunidad y la desaprovechó.

-Siéntese, Rosen.

Así lo hice.

La camarera trajo dos *Martinis* para Barrows y Pris.

-Hemos construido nuestro primer simulacro -dijo Barrows.

-¿Sí? ¿De quién?

-De George Washington, el Padre de Nuestra Nación.

-Es una pena ver cómo su imperio se desmorona.

-No entiendo lo que quiere decir, pero me alegro de haberle encontrado -dijo Barrows-. Es una oportunidad para resolver algunos malentendidos. -Se volvió a Pris. -Lamento discutir de negocios, querida, pero es una suerte habernos encontrado con Louis; ¿no te importa?

-Sí me importa. Si no se marcha, hemos terminado.

-Eres tan violenta, querida... Es un asunto menor, pero interesante, el que me gustaría resolver con el señor Rosen. Si estás tan disgustada, puedo enviarte de regreso a casa en taxi.

-No voy a marcharme -dijo Pris con su tono plano y remoto-. Intenta desembarazarte de mí y te encontrarás en el suelo tan rápidamente que tu cabeza dará vueltas.

Los dos la miramos. Pese al hermoso vestido, el peinado y el maquillaje seguía siendo la Pris de siempre.

-Creo que voy a enviarte a casa -dijo Barrows.

-No.

Barrows llamó a la camarera.

-¿Quiere pedir un taxi...?

-Me follaste ante testigos -dijo Pris.

Palideciendo, Barrows hizo un gesto a la camarera para que se marchara.

-Mira -le temblaban las manos-. ¿Quieres sentarte, tomarte la *vichyssoise* y estarte callada? ¿Puedes estarte callada?

-Diré lo que quiera cuando quiera.

-¿Qué testigos? -Barrows consiguió sonreír-. ¿Dave Blunk? ¿Colleen Nild? -Su sonrisa se amplió-. Vamos, querida.

-Eres un viejo sucio al que le gusta mirar bajo las faldas de las niñas. Deberías estar entre rejas -dijo Pris. Su voz, aunque no era fuerte, era tan clara que varios comensales de las mesas cercanas volvieron la cabeza-. Me la has metido demasiado a menudo. Y puedo decirte esto: me extraña que se te levante. Es tan pequeña y fláccida... Eres demasiado viejo y fláccido, viejo verde.

Barrows parpadeó y sonrió con una mueca.

-¿Algo más?

-No. Tienes comprado a todo el mundo para que no testifique contra ti.

-¿Algo más?

Ella sacudió la cabeza, jadeando.

-Bien, continuemos -dijo Barrows volviéndose hacia mí.

Aún parecía conservar su pose. Era increíble; podía soportarlo todo.

-¿Me pongo en contacto con la señora Devorac o no? -dije-. Usted decide.

Barrows miró su reloj.

-Me gustaría consultar con mi abogado. ¿Le importa que telefonee a Dave Blunk para que venga?

-Adelante, hágalo -dije, sabiendo que Blunk le aconsejaría que se rindiera.

Barrows pidió excusas y se dirigió al teléfono. Mientras lo hacía, Pris y yo nos quedamos sentados frente a frente, sin hablar. Por fin regresó y Pris le recibió con expresión triste y suspicaz.

-¿Qué nueva artimaña viciosa estás planeando, Sam?

Sam Barrows no respondió. Se echó hacia atrás, acomodándose.

-Louis, trama algo -dijo Pris mientras miraba salvajemente alrededor-. ¿No lo ves? ¿No le conoces lo suficiente para darte cuenta? ¡Oh, Louis!

-No te preocupes -dije yo. Pero me sentía incómodo.

Noté que en el bar el Lincoln se agitaba y fruncía el ceño sin descanso. ¿Había cometido un error? Ya era demasiado tarde; había accedido.

-¿Quiere acercarse? -le dije al simulacro, que se levantó de inmediato y se acercó, inclinándose para escuchar-. El señor Barrows está esperando a su abogado para hacerle una consulta.

-Supongo que no hay nada de malo en eso -meditó el simulacro mientras se sentaba.

Todos esperamos. Media hora después apareció Dave Blunk. Le acompañaba Colleen Nild, muy bien vestida, y tras ella venía una tercera persona, un joven con el pelo rapado y una corbata de lazo que tenía una expresión ansiosa y alerta en la cara.

¿Quién era este hombre? ¿Qué estaba pasando? Mi intranquilidad aumentó.

-Disculpen que lleguemos tarde -dijo Blunk mientras ayudaba a sentarse a la señorita Nild.

Luego el hombre de la corbata de lazo y él se sentaron. Nadie presentó a nadie.

Debe de ser algún empleado de Barrows, me dije. ¿Puede ser el bastardo que va a cumplir la formalidad de casarse legalmente con Pris?

Al ver que miraba al hombre, Barrows habló.

-Éste es Johnny Booth. Johnny, quiero que conozca a Louis Rosen.

El joven hizo un gesto con la cabeza.

-Encantado de conocerle, señor Rosen. -Inclinó la cabeza hacia los demás-. Hola. Hola. ¿Cómo están?

-Espere un momento -dije, me sentía helado por dentro-. ¿Este es John Booth? ¿John Wilkes Booth?

-Ha dado en el clavo -dijo Barrows.

-Pero no se parece en nada a John Wilkes Booth.

Era un simulacro y terrible. Yo acababa de leer los libros de referencia: John Wilkes Booth había sido un individuo de aspecto dramático y teatral... éste era sólo un tipo ordinario, anodino, el típico dependiente que uno ve en cualquier ciudad de los Estados Unidos.

-No me haga reír -dije-. ¿Éste es su primer logro? Siga mi consejo; mejor vuelva atrás y inténtelo de nuevo.

Pero mientras hablaba no dejaba de mirar aterrorizado al simulacro, pues a pesar de su desmañado aspecto funcionaba; era un éxito desde el punto de vista técnico. Y aquello implicaba un terrible presagio para todos nosotros. ¡El simulacro de John Wilkes Booth! No pude evitar mirar de reojo a Lincoln para ver su reacción. ¿Sabía lo que significaba esto?

El Lincoln no había dicho nada. Pero las arrugas de su cara se habían vuelto más profundas, y el deje de melancolía siempre presente en él se había intensificado. Parecía conocer lo que le esperaba, lo que este nuevo simulacro implicaba.

No pude creer que Pris fuera capaz de diseñar una cosa así. Y entonces me di cuenta de que naturalmente no lo había hecho. Por eso el simulacro no tenía cara. Sólo Bundy había estado relacionado. Gracias a él habían desarrollado los mecanismos internos y luego los habían colocado en el receptáculo de este hombre-masa, que estaba ahora sentado ante la mesa asintiendo, un típico *Ja-Sager*, un mandado nato. Ni siquiera habían intentado recrear la auténtica apariencia de Booth, quizá ni siquiera habían estado interesados en hacerlo. Era un trabajo apresurado hecho para un propósito específico.

-¿Continuamos con nuestra discusión? -dijo Barrows.

Dave Blunk asintió, el John Wilkes Booth asintió también. La señorita Nild examinó su menú. Pris miraba al nuevo simulacro como si se hubiera vuelto de piedra. Yo tenía razón: era una sorpresa para ella. Mientras se había dedicado a salir y beber y a cenar, a dormir y a divertirse, Bob Bundy había estado atareado en algún taller de la Organización de Barrows, elaborando este artefacto.

-De acuerdo -contesté-. Continuemos.

-Johnny -le dijo Barrows a su simulacro-, este hombre alto con barba, por cierto, es Abe Lincoln. Te estaba hablando de él ¿recuerdas?

-Oh, sí, señor Barrows -contestó al instante el Booth con un amplio movimiento de cabeza-. Lo recuerdo perfectamente.

-Barrows -dije yo-, es una chapuza lo que tiene aquí; es sólo un asesino con el nombre «Booth». No se parece ni habla bien, y lo sabe. Esto es una bajeza y me pone enfermo. Siento vergüenza por usted.

Barrows se encogió de hombros.

-Recite algo de Shakespeare -le dije al Booth.

Él me sonrió tontamente.

-Diga entonces algo en latín.

Él continuó sonriendo.

-¿Cuántas horas les llevó montar esta nulidad? -le dije a Barrows-. ¿Media mañana? ¿Dónde está la fidelidad a los detalles? ¿Dónde ha ido la profesionalidad? Todo lo que queda es el instinto asesino plantado en esta abominación, ¿verdad?

-Creo que querrá retirar su amenaza de contactar con la señora Devorac a la vista de Johnny Booth, aquí presente -dijo Barrows.

-¿Cómo va a hacerlo? ¿Con un anillo envenenado? ¿Con armas bacteriológicas?

Dave Blunk se echó a reír. La señorita Nild sonrió. La cosa Booth hizo lo mismo que los otros, siguiendo las indicaciones de su jefe, y sonrió huecamente. El señor Barrows les tenía cogidos por las cuerdas y los agitaba con todo su poder.

Mirando al simulacro Booth, Pris se había vuelto casi irreconocible. Estaba demacrada. Su cuello se estiraba como el de una jirafa y sus ojos brillaban llenos de lucecitas.

-Escucha -dijo, señalando al Lincoln-. Yo construí a ése.

Barrows la miró.

-Es mío -continuó diciendo Pris. Se dirigió al Lincoln-. ¿Lo sabe? ¿Sabe que mi padre y yo le construimos?

-Pris -dije yo-, por el amor de Dios...

-Cállate.

-Quédate al margen de todo esto -le dije-. Es entre Barrows y yo. -Estaba temblando-. Tal vez tus intenciones fueron buenas, y me doy cuenta de que no tuviste nada que ver con la construcción de esta cosa Booth. Y tú...

-Por el amor de Dios, cállate -me dijo Pris. Se volvió hacia Barrows-. Bob Bundy y tú construisteis esta cosa para destruir al Lincoln y me lo ocultasteis con mucho cuidado. Cerdo. Nunca te perdonaré por esto.

-¿Qué es lo que te molesta, Pris? -dijo Barrows-. No me digas que has tenido un lío con el simulacro Lincoln.

-No veré cómo asesinan a mi trabajo.

-Tal vez sí.

-Señorita Pris -dijo el Lincoln con voz pesada-, creo que el señor Rosen tiene razón. Debe dejar que el señor Barrows y él encuentren la solución a su problema.

-Puedo resolverlo yo -dijo Pris.

Se agachó y empezó a tantear algo bajo la mesa. No pude imaginar qué estaba haciendo, y tampoco pudo hacerlo Barrows; en realidad, todos nos quedamos de una pieza. Pris emergió, sosteniendo en la mano uno de sus altos zapatos de tacón.

-Maldito seas -le dijo a Barrows.

Barrows saltó de la silla.

-No -dijo, alzando la mano.

El zapato se estrelló contra la cabeza del simulacro Booth. El tacón de metal se hundió en la cabeza de la cosa, justo tras la oreja.

-Toma -le dijo Pris a Barrows, los ojos húmedos y brillantes, la boca convertida en una línea delgada y retorcida.

-Glap -dijo el simulacro Booth.

Sus manos se agitaron en el aire; sus pies tamborilearon sobre el suelo. Entonces dejó de moverse. Un viento interno lo recorrió; sus miembros colgaron y se retorcieron. Se quedó inmóvil.

-No le golpees otra vez, Pris -dije yo.

No me sentía capaz de soportarlo más. Barrows estaba diciendo casi lo mismo, murmurando a Pris con tono sorprendido.

-¿Para qué iba a hacerlo otra vez? -dijo Pris indiferente retiró el tacón de la cabeza, se agachó y volvió a ponerse el zapato.

Los comensales de las mesas a nuestro alrededor nos miraron sorprendidos.

Barrows sacó un pañuelo de lino blanco y se secó la frente. Empezó a hablar, cambió de opinión y guardó silencio.

Gradualmente, el simulacro Booth empezó a caerse de la silla. Me levanté y traté de agarrarle para que se quedara como estaba. Dave Blunk se levantó también. Entre los dos nos las arreglamos para ponerlo derecho y evitar que se cayera. Pris sorbió su bebida sin ninguna expresión en el rostro.

-Es un muñeco -le dijo Barrows a los ocupantes de las mesas cercanas-. Un muñeco de tamaño natural. Mecánico.

Para convencerles, les mostró la parte interna de metal y plástico del cráneo del simulacro. Dentro de la herida pude ver algo brillante, la *mónada* de control estropeada, supongo. Me pregunté si Bob Bundy podría repararlo. Me pregunté si me importaba que lo repararan o no.

Barrows apagó su cigarro y tomó su bebida. Luego dijo a Pris con voz ronca:

-Te has puesto contra mí al hacer eso.

-Entonces adiós -dijo Pris-. Adiós, Sam K. Barrows, sucio y feo petardo.

Se puso en pie, volcando deliberadamente la silla; se marchó, se abrió paso entra las otras mesas y llegó al guardarropa, donde cogió su abrigo.

Ni Barrows ni yo nos movimos.

-Ha salido por la puerta -dijo poco después Dave Blunk-. Puedo verlo desde aquí mejor que ustedes. Se ha ido.

-¿Qué voy a hacer con esto? -le dijo Barrows a Blunk, refiriéndose al simulacro Booth muerto-. Tenemos que sacarlo de aquí.

-Podemos hacerlo entre los dos -sugirió Blunk.

-Les echaré una mano -dije yo.

-Nunca volveremos a verla -comentó Barrows-. O tal vez nos esté esperando en la calle. -Se dirigió a mí-. ¿Puede usted decirlo? Yo no. No la entiendo.

Recorrí el pasillo junto al bar y pasé el guardarropa. Empujé la puerta que daba a la calle, donde se encontraba el portero uniformado que me saludó cortésmente.

No había ni rastro de Pris.

-¿Qué ha pasado con la chica que acaba de salir?

El portero se encogió de hombros.

-No lo sé, señor. -Indicó los taxis, el tráfico, la gente apiñada como abejas en la puerta del *Club*-. Lamento no poder decirlo.

Miré la acera arriba y abajo. Incluso corrí un poco en cada dirección, esforzándome por verla.

Nada.

Por fin, regresé al *Club* y a la mesa donde Barrows y los otros estaban sentados con el simulacro Booth, muerto y estropeado. Se había inclinado en su asiento, ahora, y tenía la cabeza torcida y la boca abierta. Lo enderecé de nuevo con la ayuda de Dave Blunk.

-Lo ha perdido todo -le dije a Barrows.

-No he perdido nada.

-Sam tiene razón -dijo Dave Blunk-. ¿Qué es lo que ha perdido? Bob Bundy puede hacer otro simulacro si es necesario.

-Ha perdido a Pris -dije yo-. Eso es todo.

-Oh, diablos, ¿a quién le importa Pris? Ni siquiera creo que le importe a ella misma.

-Eso parece -dije. Sentía la lengua espesa, adherida a los lados de la boca. Apreté las mandíbulas, sin sentir dolor, nada en absoluto-. Yo también la he perdido.

-Evidentemente -dijo Barrows-. Pero es lo mejor que podría pasarle. ¿Cree que podría soportar tener que pasar por algo como esto todos los días?

-No.

Mientras estábamos sentados allí, el gran Earl Grant apareció en el escenario una vez más. El piano estaba sonando y todo el mundo se había callado. Nosotros lo hicimos también.

Tengo un saltamontes en la almohada, nena.
Tengo grillos en la comida.

¿Me estaba cantando a mí? ¿Me había visto sentado allí, notado la expresión de mi cara? ¿Sabía cómo me sentía? Era una canción vieja y triste. Tal vez me había visto; tal vez no. No podía decirlo, pero eso parecía.

Pris es salvaje, pensé. No es parte de nosotros. Pris es primitiva de una manera horrible; todo lo que tiene que ver con la gente, todos los que estamos aquí, fracasan al tocarla. Cuando uno la mira ve el pasado distante; nos ve tal como empezamos hace un millón, dos millones de años...

La canción que entonaba Earl Grant; ésa era una de las formas de domarnos, de cambiarnos, de modificarnos lentamente una y otra vez en incontables maneras. El Creador aún trabajaba, aún moldeaba lo que en la mayoría de nosotros estaba sin acabar. Pero no con Pris; no era posible moldearla más, ni siquiera Él podía hacerlo.

He visto lo otro cuando vi a Pris. ¿Y dónde me he quedado? Esperando sólo la muerte, como el simulacro Booth cuando ella se quitó el zapato. El simulacro Booth había recibido finalmente su merecido por lo que había hecho hacía más de un siglo. Antes de su muerte, Lincoln había soñado que moría asesinado, había visto en su sueño un ataúd con crespones negros y procesiones llorando. ¿Había sentido este simulacro alguna premonición anoche? ¿Había soñado de alguna manera mecánica y mística?

Todos lo veríamos. Chug-chug. La mancha negra del tren pasando por medio de campos de trigo. La gente asomada siendo testigo, quitándose el sombrero. Chug-chug.

El tren negro con el ataúd guardado por soldados de azul que llevaban armas y que no se movían nunca, desde el principio hasta el fin del largo, largo viaje.

-Señor Rosen.

Me hablaba alguien al lado. Una mujer.

Sorprendido, alcé la mirada. La señorita Nild me estaba hablando.

-¿Quiere ayudarnos? El señor Barrows ha ido a buscar el coche; quiere que metamos en él al simulacro Booth.

-Oh, claro -asentí.

Mientras me ponía en pie miré al Lincoln para ver si iba a unirse a nosotros. Pero el Lincoln estaba sentado con la cabeza inclinada y sumido en la más profunda melancolía, sin prestar atención a nosotros ni a lo que hacíamos. ¿Estaba escuchando a Earl Grant? ¿Estaba abrumado por su triste canción? No lo creía. Estaba encorvado, recogido, como si sus huesos se estuvieran convirtiendo en un hueso único. Y estaba completamente en silencio; ni siquiera parecía respirar.

Una especie de plegaria, pensé mientras lo miraba. Y, sin embargo, no era una plegaria en absoluto. La interrupción de la plegaria, tal vez. Blunk y yo nos volvimos hacia el Booth; empezamos a levantarlo. Pesaba mucho.

-El coche es un *Mercedes Benz* -jadeó Blunk mientras recorríamos el pasillo-. Blanco, con el interior tapizado de cuero rojo.

-Abriré la puerta -dijo la señorita Nild, siguiéndonos.

Llevamos al Booth por el largo pasillo hasta la entrada del *Club*. El portero nos miró con curiosidad, pero ni él ni nadie hizo un gesto para interferir ni para preguntar qué sucedía. El portero, sin embargo, nos abrió la puerta y le dimos las gracias porque eso permitía a la señorita Nild salir a la calle para llamar al coche de Sam Barrows.

-Ahí viene -dijo Blunk, agitando la cabeza.

La señorita Nild nos abrió la puerta del coche y entre Blunk y yo conseguimos meter al simulacro en el asiento trasero.

-Será mejor que venga con nosotros -me dijo la señorita Nild cuando me marchaba.

-Buena idea -dijo Blunk-. Vamos a tomar un trago, ¿vale, Rosen? Llevaremos al Booth al taller y luego iremos al apartamento de Collie; la bebida está allí.

-No -respondí.

-Vamos -dijo Barrows tras el volante-. Entrad para que podamos marcharnos. Eso le incluye también a usted, Rosen, y por supuesto a su simulacro. Vuelva y tráigalo.

-No, no, gracias -dije-. Pueden marcharse sin nosotros.

Blunk y la señorita Nild cerraron la puerta del coche y éste partió y desapareció en el denso tráfico de la noche.

Con las manos metidas en los bolsillos, regresé al *Club*, y recorrí de vuelta el pasillo hasta llegar a la mesa donde el Lincoln permanecía aún sentado, cabizbajo, con los brazos cruzados y en completo silencio.

¿Qué podría decirle? ¿Cómo podría alegrarle?

-No debería dejar que un incidente así le haga mella -le dije-. Debería intentar superarlo.

El Lincoln no respondió.

-Con paciencia y una caña... -dije.

El simulacro alzó la cabeza y me miró desesperanzado.

-¿Qué significa eso?

-No lo sé. La verdad es que no lo sé.

Entonces los dos nos sentamos en silencio.

-Escuche -dije-. Voy a llevarle de vuelta a Boise y haré que le vea el doctor Horstowski. No le hará ningún daño y tal vez pueda hacer algo con esas depresiones suyas. ¿Le parece?

El Lincoln parecía ya más calmado; había sacado un gran pañuelo rojo y se estaba sonando la nariz.

-Gracias por su interés -dijo detrás del pañuelo.

-¿Un trago? ¿O una taza de café o algo de comer?

El simulacro negó con la cabeza.

-¿Cuándo advirtió por primera vez esas depresiones? Me refiero a su juventud. ¿Le gustaría hablar del tema? Dígame lo que se le ocurra, qué asociaciones libres tiene en la mente. Por favor, tengo el presentimiento de que le hará sentirse mejor.

El Lincoln se aclaró la garganta y dijo:

-¿Volverán el señor Barrows y su grupo?

-Lo dudo. Nos invitaron a ir con ellos, han ido al apartamento de la señorita Nild.

El Lincoln me dirigió una mirada larga, lenta y enigmática.

-¿Por qué van a ese sitio y no a casa del señor Barrows?

-La bebida está allí. Eso es lo que dijo Dave Blunk, al menos.

El Lincoln volvió a aclararse la garganta y bebió un poco de agua del vaso que tenía delante de la mesa. Aquella extraña expresión permaneció en su cara, como si hubiera algo que no comprendiera, como si estuviera sorprendido pero al mismo tiempo hubiera visto la luz.

-¿Qué pasa? -dije.

Hubo una pausa y entonces el Lincoln dijo súbitamente:

-Louis, vaya al apartamento de la señorita Nild. No pierda el tiempo.

-¿Por qué?

-Ella tiene que estar allí.

Sentí que se me erizaban los pelos de la nuca.

-Creo que ha estado viviendo allí con la señorita Nild -dijo el simulacro-. Ahora voy a regresar al motel. No se preocupe por mí... si es necesario, podré volver a Boise mañana solo. Vaya inmediatamente, Louis, antes de que el grupo llegue.

Me puse en pie.

-No sé...

-Puede conseguir la dirección en la guía telefónica.

-Sí, eso es. Gracias por el consejo, lo aprecio de veras. Tengo la sensación de que es una buena idea. Entonces ya nos veremos. Hasta luego. Y si...

-Vaya.

Me marché.

Consulté la guía en un *drugstore* que abría durante toda la noche. Encontré la dirección de Colleen Nild y luego salí a la calle y llamé a un taxi. Por fin, me puse de camino.

Su edificio era una gran casa de apartamentos hecha de ladrillos oscuros. Sólo había unas pocas ventanas encendidas aquí y allá. Encontré su número y presioné el botón que había al lado. Tras un largo rato, el pequeño altavoz produjo un ruido de estática y una voz de mujer pregunto quién era.

-Louis Rosen -¿Era Pris?-. ¿Puedo subir?

La pesada puerta de hierro forjado y cristal zumbó; salté para agarrarla y la empujé. En un momento crucé el vestíbulo desierto y subí la escalera hacia el tercer piso. Era una larga subida y cuando llegué a su puerta estaba cansado y jadeante.

La puerta estaba abierta. Llamé, dudé, y luego entré en el apartamento.

La señorita Nild estaba sentada en el salón con una bebida en la mano, y frente a ella se encontraba Sam Barrows. Los dos me miraron.

-Hola, Rosen. -Barrows hizo un gesto con la cabeza hacia una mesa donde había una botella de vodka, limones, una coctelera, zumo de lima y vasos y cubitos de hielo-. Adelante, sírvase.

Sin saber qué otra cosa hacer, obedecí.

Mientras lo hacía, Barrows dijo:

-Tengo que darle una noticia. Alguien a quien quiere mucho está aquí. -Señaló con su vaso-. Vaya a mirar al dormitorio.

Barrows y la señorita Nild sonrieron.

Solté mi bebida y corrí en dirección a la puerta.

-¿Cómo es que cambió de opinión y decidió venir? -me preguntó Barrows, que agitaba su bebida.

-El Lincoln pensó que Pris podría estar aquí.

-Bien, Rosen, odio decirlo, pero en mi opinión le hizo un mal favor. Está usted realmente loco por dejarse enganchar por esa chica.

-No estoy de acuerdo.

-Demonios, eso es porque están enfermos, los tres. Pris, el Lincoln y usted. Le diré una cosa, Rosen. Johnny Booth valía por un millón de Lincolns. Creo que vamos a repararlo y usarlo para nuestro desarrollo lunar... después de todo, Booth es un buen nombre norteamericano; no veo ninguna razón por la que la familia de la puerta de al lado no pueda llamarse Booth. ¿Sabe, Rosen? Tiene que venir a la Luna algún día y ver lo que hemos hecho. No tiene ni idea. No trato de ofenderle, pero es imposible comprenderlo desde aquí; tiene que ir allí.

-Eso es, señor Rosen -dijo la señorita Nild.

-Un hombre de éxito no tiene que rebajarse a embaucar a la gente.

-¿Embaucar? -exclamó Barrows-. Diablos, fue un intento de conseguir que la gente se decidiera a hacer lo que va a hacer algún día de todas maneras. Oh, demonios, no quiero discutir. Éste ha sido un día bastante duro; estoy cansado. No siento animosidad hacia nadie. -Me sonrió-. Si su pequeña firma se hubiera unido a nosotros... deberían haber intuido lo que habría significado. Ustedes me rechazaron, yo no les rechacé a ustedes. Pero ahora es ya demasiado tarde. No para mí; nosotros continuaremos y lo haremos, probablemente usando el Booth, sea por los medios que sea.

-Todo el mundo sabe eso -dijo la señorita Nild.

Le palmeó.

-Gracias, Collie -dijo Barrows-. Es que odio ver a tipos así, sin ambiciones, ni visión, ni objetivos. Es descorazonador, en serio.

Yo no dije nada. Me quedé plantado ante la puerta del dormitorio, esperando que terminaran de hablarme.

-Adelante, entre -me dijo la señorita Nild-. Está en su casa.

Agarré el pomo de la puerta y la abrí.

El dormitorio estaba sumido en la oscuridad. En el centro pude ver los contornos de una cama. Sobre ésta había una figura. Se había acomodado con una almohada y fumaba un cigarrillo, ¿o no? El humo era de cigarro. Corrí hacia el interruptor y encendí la luz.

En la cama estaba mi padre, fumando un cigarro y mirándome con expresión pensativa. Tenía puesto su bata y su pijama, y junto a la cama había colocado sus zapatillas de piel. Junto a las zapatillas estaban su maleta y sus ropas ordenadamente apiladas.

-Cierra la puerta, *mein Sohn* -dijo con voz amable.

Obedecí inmediatamente, atónito. Cerré la puerta a mis espaldas pero no lo suficientemente rápido como para no percibir las risotadas que procedían del salón, las risas de Sam Barrows y la señorita Nild. Qué bromazo me habían gastado todo el rato; toda su charla, solemne y pretenciosa, sabiendo que Pris no estaba allí, que no se encontraba en el apartamento, que el Lincoln se había confundido.

-Una lástima, Louis -dijo mi padre, evidentemente leyendo mi expresión-. Tal vez debí de haber salido y poner fin a la discusión, pero estaba interesado en lo que decía el señor Barrows. No era completamente desacertado, ¿verdad? En ciertos aspectos, es un gran hombre. Siéntate.

Me indicó la silla que había junto a la cama, y me senté.

-¿No sabes dónde está? -pregunté-. ¿Tampoco puedes ayudarme?

-Me temo que no, Louis.

Ni siquiera merecía la pena levantarse y marcharme. Esto era lo más lejos que podía llegar, a esta silla, junto a la cama donde fumaba mi padre.

La puerta se abrió de golpe y en ella apareció un hombre con la cara al revés, mi hermano Chester, pavoneándose y lleno de importancia.

-He conseguido una buena habitación para nosotros, papá -dijo, y luego, al verme, sonrió feliz-. De modo que estás aquí, Louis. Después de todos nuestros problemas, por fin conseguimos localizarte.

-Varias veces he estado tentado de corregir al señor Barrows -dijo mi padre-. Sin embargo, un hombre como él no puede ser reeducado, así que ¿por qué perder el tiempo?

No pude soportar la idea de que mi padre estuviera a punto de soltarme otra de sus filípicas filosóficas; me hundí en la silla y haciendo como si no le escuchara sentí que sus palabras sonaban como un zumbido de moscas. En el estupor producido por la decepción, me imaginé cómo habría sido si no me hubieran gastado ninguna broma, si hubiera encontrado a Pris en esta habitación, en la cama.

Piensa en cómo podría haber sido. La habría encontrado dormida, tal vez borracha; la habría alzado y la habría recogido en mis brazos, le habría apartado el pelo de los ojos, la habría besado en la oreja. Pude imaginármela volviendo a la vida mientras la sacaba de su sueño.

-No estás prestando atención -reprochó mi padre. Y era cierto; estaba completamente apartado de la decepción, sumergido en mi sueño de Pris-. Aún persigues ese fuego fatuo.

Frunció el ceño.

En mi sueño de una vida más feliz besé a Pris una vez más, y ella abrió los ojos. La tumbé, me eché sobre ella y la abracé.

-¿Cómo está el Lincoln? -murmuraba a mi oído la voz de Pris.

No mostró sorpresa al verme, al notar que me había reunido con ella y la besaba; en realidad, no mostraba ninguna reacción. Pero así era Pris.

-Todo lo bien que se puede esperar. -Le acaricié el pelo mientras ella me miraba en la oscuridad. Apenas podía distinguir sus contornos-. No -admití-, la verdad es que está fatal. Está sufriendo una depresión psicótica. ¿Qué te importa? Tú la provocaste.

-Lo salvé -dijo Pris remota, lánguidamente-. Tráeme un cigarrillo, ¿quieres?

Encendí un cigarrillo y se lo tendí. Ella lo fumó tumbada.

La voz de mi padre acudió a mí.

-Ignora ese ideal introvertido, *mein Sohn*. Te aparta de la realidad, como te dijo el señor Barrows, ¡y es algo serio! Perdona la expresión, pero esto es lo que el doctor Horstowski llamaría enfermedad, ¿no lo ves?

Apenas oí la voz de Chester.

-Es esquizofrenia, papá, como la de todos esos adolescentes; millones de norteamericanos la tienen sin saberlo. Nunca llegan a acudir a las Clínicas. Leí un artículo donde hablaba del tema.

-Eres una buena persona, Louis -dijo Pris-. Lamento que estés enamorado de mí. Estás perdiendo el tiempo, pero supongo que no te importa. ¿Puedes explicar qué es el amor? ¿Amor así?

-No.

-¿No vas a intentarlo? ¿Está cerrada la puerta? Si no lo está, ciérrala.

-Demonios -dije miserablemente-, no puedo librarme de ellos, están justo encima de nosotros. Nunca podremos desembarazarnos de ellos, nunca estaremos a solas los dos... lo sé.

Pero de todas formas, sabiendo lo que sabía, fui y cerré la puerta.

Cuando volví a la cama encontré levantada a Pris: se estaba desabrochando la falda. Se la sacó por encima de la cabeza y la arrojó sobre una silla; se estaba desnudando. Ahora empezó a quitarse los zapatos.

-¿Quién más puede enseñarme, Louis, sino tú? Abre la cama -dijo. Empezó a quitarse la ropa interior, pero la detuve-. ¿Por qué no?

-Me estoy volviendo loco. No puedo soportarlo. Tengo que volver a Boise y ver al doctor Horstowski. Esto no puede continuar, no aquí, con mi familia en la misma habitación.

-Mañana volaremos de regreso a Boise. Pero ahora no. -dijo Pris gentilmente. Apartó las mantas y la sábana superior y se tendió, sosteniendo de nuevo el cigarrillo, desnuda, sin taparse-. Estoy tan cansada. Louis... Quédate conmigo esta noche.

-No puedo.

-Entonces llévame contigo a donde estás alojado.

-Tampoco puedo hacerlo; el Lincoln está allí.

-Louis, sólo quiero dormir. Acuéstate y tápanos. No nos molestarán. No tengas miedo de ellos. Lamento que el Lincoln resultara afectado. No me eches la culpa de eso, Louis. Fue por culpa de ellos, y le salvé la vida. Es mi hijo... ¿verdad?

-Supongo que puedes expresarlo en esos términos.

-Yo le di vida, fui su madre. Estoy muy orgullosa de eso. Cuando vi a ese repugnante objeto Booth... todo lo que quise hacer fue matarlo instantáneamente. En cuanto lo vi supe para qué era. ¿Podría ser también tu madre? Ojalá te hubiera dado vida como hice con él; ojalá le hubiera dado vida a todo el mundo. Doy vida. Y esta noche la tomé, y eso es bueno si puedes soportarlo. Hace falta mucho valor para quitarle la vida a alguien, ¿no crees, Louis?

-Sí -dije.

Me senté junto a ella en la cama una vez más.

En la oscuridad, ella alargó la mano y me apartó el pelo de los ojos.

-Tengo ese poder sobre ti, darte vida o quitártela. ¿Te asusta? Sabes que es verdad.

-No me asusta ahora. Lo hizo una vez, cuando lo advertí por primera vez.

-A mí nunca me asustó -dijo Pris-. Si lo hiciera perdería el poder, ¿no es así, Louis? Y tengo que conservarlo; alguien tiene que tenerlo.

No respondí. El humo de cigarro me rodeaba, me enfermaba, me hacía consciente de la presencia de mi padre y mi hermano, que me observaban.

-El hombre debe albergar algunas ilusiones -dijo mi padre, inhalando rápidamente-, pero esto es ridículo.

Chester asintió.

-Pris... -dije en voz alta.

-Escucha eso, escucha eso -dijo mi padre excitado-. La está llamando. ¿Está hablando con ella?

-Salid de aquí -les dije a mi padre y a Chester.

Agité las manos, pero no sirvió de nada. Nadie se movió.

-Tienes que comprender, Louis, que tengo simpatía por ti -dijo mi padre-. Veo lo que el señor Barrows no ve, la nobleza de tu búsqueda.

A través de la oscuridad y del farfulleo de sus voces, me reuní una vez más con Pris. Ella había formado una pelota con sus ropas al borde de la cama y las abrazaba.

-¿Importa lo que diga o piense la gente sobre nosotros? Yo no me preocuparía -dijo-. No dejaría que las palabras se convirtieran en realidades. Todo el mundo del exterior está enfadado con nosotros. Sam, Maury y el resto. El Lincoln no te habría enviado aquí si no fuera adecuado, ¿no crees?

-Pris, todo saldrá bien. Vamos a tener un futuro feliz.

Ella sonrió; en la oscuridad, vi el destello de sus dientes. Era una sonrisa de gran sufrimiento y pena, y me pareció, sólo por un momento, que lo que había visto en el simulacro Lincoln había salido de ella. Ahora se veía tan claramente el dolor que Pris sentía... Lo había puesto en su creación quizá sin pretenderlo; tal vez sin saber que estaba allí.

-Te amo -le dije.

Pris se puso en pie, desnuda, fría y delgada. Me cogió la cabeza con las manos y me atrajo hacia sí.

-*Mein Sohn* -le estaba diciendo mi padre a Chester-, *er schlaft in dem Freiheit der Liebesnacht.* Lo que quiero decir, *es que está dormido, en la libertad de una noche de amor,* si me entiendes.

-¿Qué dirán en Boise? -dijo Chester irritado-. ¿Cómo vamos a llevarlo así a casa?

-Oh, cierra el pico, Chester -reprendió mi padre-. No comprendes la profundidad de su psique, lo que siente. Hay un doble aspecto en la psicosis mental. También es un regreso a la fuente original de la que todos hemos salido. Mejor que recuerdes eso, Chester, antes de abrir la boca.

-¿Les oyes? -le pregunté a Pris.

Pris dejó escapar una risa suave y compasiva mientras se apretaba contra mí. Me miró fijamente, sin expresión. Y, sin embargo, estaba completamente alerta. Para ella, cambio y realidad, los sucesos de su vida, el tiempo mismo, habían cesado en este momento.Maravillada, alzó la mano y me tocó la mejilla, acariciándome con la yema de sus dedos.

Fuera, junto a la puerta, la señorita Nild dijo claramente:

-Nos vamos, señor Rosen. Le dejamos el apartamento.

Más lejos, oí que Sam Barrows murmuraba:

-Esa chica está subdesarrollada. Todo le resbala. ¿Qué está haciendo en el dormitorio de todas formas? ¿Tiene ese cuerpo huesudo...?

Su voz se desvaneció.

Ni Pris ni yo dijimos nada. Poco después, oímos que la puerta del apartamento se cerraba.

-Eso ha sido muy amable de su parte -dijo mi padre-. Louis, al menos deberías haberles dado las gracias. Ese señor Barrows es todo un caballero a pesar de lo que diga. Se sabe cómo es una persona por lo que hace.

-Deberías darle las gracias -me regañó Chester.

Mi padre y él me miraron, reprochándome.

Me apreté contra Pris. Y para mí, eso era todo.

17

Cuando mi padre y Chester me llevaron de vuelta a Boise al día siguiente, descubrieron que el doctor Horstowski no podía (o no quería) tratarme. Sin embargo, me aplicó algunos tests psicológicos para hacer un diagnóstico. Recuerdo que uno tenía algo que ver con una

serie de voces grabadas que hablaban en la distancia. Sólo unas pocas frases eran inteligibles de vez en cuando. Lo que tenía que hacer era anotar de qué trataban cada una de aquellas conversaciones sucesivas.

Creo que Horstowski hizo su diagnóstico según los resultados de aquel test, porque oí que cada conversación tenía que ver conmigo. Las oí analizando al detalle mis fallos, mis defectos, analizándome por lo que era, diagnosticando mi conducta... oí como insultaban a Pris, a mí y a nuestra relación.

Todo lo que Horstowski dijo alegremente fue:

-Louis, cada vez que oía la palabra «allí» pensaba que estaban diciendo «Pris». Y cuando pensaba que decían «Louis» lo que decían era «así».

Me miró ceñudo, y después se desentendió de mí.

Sin embargo, no quedé fuera del alcance de la profesión psiquiátrica, porque el doctor Horstowski me pasó al Comisario Federal de la Oficina de la Salud Mental del Área Cinco, la costa noroeste del Pacífico. Yo había oído hablar de él. Se llamaba Ragland Nisea, y su trabajo era determinar finalmente todas las solicitudes de ingreso originadas en esta zona. Él solito, desde 1980, había confinado a muchos miles de personas perturbadas a las Clínicas repartidas por todo el país: le consideraban un psiquiatra brillante y entre nosotros había corrido durante años, el chiste de que tarde o temprano caeríamos en manos de Nisea. Era un chiste que hacía todo el mundo y que muchos de nosotros vimos hacerse realidad.

-Encontrará al doctor Nisea muy capacitado y simpático -me dijo Horstowski, mientras me llevaba a las instalaciones de la Oficina de Salud Mental en Boise.

-Es muy amable por su parte llevarme -dije.

-Entro y salgo de allí todos los días. Tenía que venir de todas formas. Lo que estoy haciendo es ahorrarle aparecer ante un Tribunal y los costes de un Jurado. Como sabe, Nisea es quien toma la decisión final de todas formas, y estará mejor en sus manos que ante un Jurado.

Asentí. Así era.

-No se siente hostil por todo esto, ¿no? -preguntó Horstowski-. No es ningún estigma ser ingresado en una Clínica... sucede a todas horas del día. Una de cada nueve personas tiene una enfermedad mental que les incapacita para...

Siguió charlando. No le presté atención. Había oído todo eso antes en los incontables anuncios de la tele, en los infinitos artículos de las revistas.

Pero, de hecho, sentía hostilidad hacia él por haberse desentendido de mí y entregarme a los encargados de Salud Mental, aunque sabía que por ley tenía que hacerlo así si notaba que era psicótico. Y me sentía hostil hacia todo el mundo, incluyendo los dos simulacros. Mientras recorríamos las calles familiares y soleadas de Boise entre su consulta y la Oficina, sentí que todo el mundo era un traidor y mi enemigo, que estaba rodeado por un mundo extraño y aborrecible.

Y todo esto y mucho más, por supuesto, había aparecido en los tests que Horstowski me había aplicado. En el *Test de Rorschach*, por ejemplo. Había interpretado cada mancha de tinta y cada imagen como un conjunto de maquinaria aplastante y retorcida diseñada desde el principio de los tiempos para moverse con la intención de hacerme algo malo. En realidad, mientras nos dirigíamos a ver al doctor Nisea, vi claramente que había filas de coches que nos seguían, debido sin duda a que estaba de regreso en la ciudad. Los conductores de los coches habían sido alertados en el momento en que llegué al aeropuerto de Boise.

-¿Puede ayudarme el doctor Nisea? -le pregunté a Horstowski mientras aparcábamos junto a un edificio grande y moderno con muchas plantas y ventanas. Ahora había empezado a sentir pánico-. Quiero decir que los del Servicio de Salud Mental tienen todas esas nuevas técnicas que ni siquiera tiene usted, todos los últimos...

-Depende de lo que entienda por ayuda -dijo Horstowski mientras abría la puerta del coche y me hacía señas para que le acompañase al interior del edificio.

Así que por fin estuve en el lugar donde muchos otros habían estado antes que yo: en la División de Diagnósticos del Instituto Federal de Salud Mental, el primer paso, tal vez, hacia una nueva etapa de mi vida.

Cuánta razón había tenido Pris cuando me dijo que tenía en mi interior un rasgo inestable que algún día me causaría problemas. Alucinado, cansado y sin esperanza, al menos había sido tomado en custodia por las autoridades, igual que ella hacía unos pocos años. No había visto el diagnóstico de Horstowski, pero sabía sin preguntar que había encontrado en mí respuestas esquizofrénicas... las sentía en mi interior yo también. ¿Por qué negar lo que era obvio?

Era afortunado de que hubiera ayuda disponible para mí a gran escala. Dios sabía en qué estado me encontraba, cercano al suicido o a un colapso total del cual no podría haber ninguna recuperación. Y ya que me habían localizado tan pronto... tal vez había esperanza para mí. Específicamente, advertía que estaba en los primeros estadios de la excitación catatónica, antes de que ninguna pauta permanente de inadaptación como la temida hebefrenia o la paranoia se hubieran instalado. Padecía la enfermedad en su forma simple y original, donde aún era posible la terapia.

Podía sentirme agradecido hacia mi padre y mi hermano por haber actuando con tanta rapidez.

Y, sin embargo, aunque sabía todo esto, acompañé a Horstowski en un estado de temblequeante temor, aún consciente de mi propia hostilidad y de la hostilidad que me rodeaba. Una parte de mí sabía y comprendía, y la otra se revolvía como un animal capturado que aúlla para regresar a su propio ambiente, sus propios lugares familiares.

En este momento sólo podía hablar por una pequeña porción de mi mente, mientras que el resto seguía por un camino distinto.

Esto me aclaró las razones por las que el *Acta McHeston* era tan necesaria. Un individuo verdaderamente psicótico, como yo, no podía buscar ayuda por sí solo; tenía que ser obligado por la Ley. Eso era lo que significaba ser psicótico.

Pris, pensé. Una vez estuviste así. Te cogieron cuando estabas en el colegio, te separaron de los otros, te apartaron como me están apartando a mí. Y consiguieron reintegrarte a la sociedad. ¿Tendrán éxito conmigo?

¿Seré como tú cuando la terapia haya acabado? ¿A qué otro estado de mi historia más ajustado me restaurarán?

¿Cómo me sentiré entonces? ¿Te recordaré?

Y si lo hago. ¿Me importarás como lo haces ahora?

El doctor Horstowski me dejó en la sala de espera y me quedé sentado durante una hora con todos los otros enfermos hasta que por fin llegó una enfermera y me llamó. Me presentaron al doctor Nisea en un pequeño despacho interior. El doctor resultó ser un hombre apuesto no mucho mayor que yo con suaves ojos marrones, pelo denso bien peinado y unos modales cuidadosos que nunca había encontrado en ninguna parte excepto en el terreno de la veterinaria. El hombre tenía una simpatía innata que desplegó de inmediato, asegurándose de que me sentía cómodo y que comprendía por qué estaba aquí.

-Estoy aquí porque ya no tengo ninguna base con la que pueda comunicar mis deseos y emociones a los otros seres humanos. -Mientras esperaba había podido elaborarlo exactamente-. Así que para mí ya no hay ninguna posibilidad de satisfacer mis necesidades en el mundo de la gente real; en cambio me he vuelto hacia un mundo fantástico interno.

El doctor Nisea se echó hacia atrás en su silla y me estudió pensativamente.

-Y quiere cambiar.

-Quiero conseguir una satisfacción verdadera.

-¿No tiene absolutamente nada en común con las otras personas?

-Nada. Mi realidad está fuera por completo del mundo que otros experimentan. Para usted, por ejemplo, podría ser una fantasía si le hablara de ella.

-¿Quién es ella?

-Pris.

Esperó, pero yo no seguí.

-El doctor Horstowski me habló brevemente por teléfono sobre usted -dijo-. Aparentemente tiene el dinamismo de dificultad que llamamos el tipo de esquizofrenia *Magna Mater*. Sin embargo, según la Ley, tengo que administrarle primero el *Test de Proverbios de James Benjamin* y a continuación el *Test de Bloques soviético Vigotsky-Luria*. -Hizo una indicación con la cabeza y una enfermera apareció detrás de mí con una libreta y un lápiz-. Ahora le daré varios proverbios y usted vaya diciéndome su significado. ¿Está preparado?

-Sí.

-Cuando el gato está fuera, los ratones juegan.

Reflexioné y entonces dije:

-Cuando no hay autoridad, se hacen malas cosas.

Continuamos de esta manera hasta que el doctor Nisea llegó a lo que para mí resultó ser el fatal número seis.

-Una piedra rodante no cría moho.

Por mucho que lo intenté, no logré recordar el significado.

-Bueno... -Me aventuré por fin-. Significa que una persona que siempre es activa y nunca se para a reflexionar... -No, aquello no parecía adecuado. Lo intenté otra vez-. Significa que un hombre que es siempre activo y sigue creciendo en estatura mental y moral no se quedará estancado... -Él me estaba mirando con más intensidad, así que asentí para aclararme-. Quiero decir que un hombre que es activo no deja que la hierba crezca bajo sus pies, saldrá adelante en la vida.

-Ya veo -dijo el doctor Nisea.

Y supe que había revelado, para el propósito del diagnóstico legal, un desorden esquizofrénico en el pensamiento.

-¿Qué significa? -pregunté-. ¿Lo he hecho mal?

-Sí, me temo que sí. El significado generalmente aceptado del proverbio es el contrario al que usted ha dado; generalmente se entiende que una persona que...

-No tiene que decírmelo -interrumpí-. Lo recuerdo... la verdad es que lo sabía. Una persona inestable nunca conseguirá nada de valor.

El doctor Nisea asintió y siguió con el siguiente proverbio. Pero el estatuto había sido cumplimentado, yo mostraba un pensamiento formal deteriorado.

Después de los proverbios hice un intento de clasificar los bloques, pero sin éxito. Tanto el doctor Nisea como yo nos sentimos aliviados cuando me rendí y retiré los bloques.

-Entonces eso es todo -dijo Nisea. Hizo un ademán a la enfermera para que se marchase-. Podemos continuar y rellenar los impresos. ¿Tiene preferencia por alguna Clínica? En mi opinión, la mejor de todas es la de Los Ángeles; aunque quizá sea porque la conozco mejor que a las otras. La *Clínica Kasanin* en Kansas City...

-Envíeme a ésa -dije ansiosamente.

-¿Alguna razón especial?

-Varios amigos míos salieron de allí -dije con evasivas.

Él me miró como si sospechara que había una razón más profunda.

-Y tiene buena reputación. Casi todo el mundo que conozco que ha sido ayudado de verdad en su enfermedad mental ha estado en *Kasanin*. No es que las otras Clínicas no sean buenas, pero ésa es la mejor. Mi tía Gretchen, que está en la *Clínica Harry Stack Sullivan* en San Diego; ella fue la primera persona mentalmente enferma a la que conocí, ya ha habido un montón desde entonces, naturalmente, ya que lo mismo le pasa a tanta gente, como nos dicen cada día por la tele. Estaba mi primo Leo Roggis. Está aún en una de las Clínicas en alguna parte. Mi profesor de inglés en el instituto, el señor Haskins murió en una Clínica. Estaba el viejo pensionista italiano de mi calle, George Oliveri; tenía excitaciones catatónicas y le internaron. Recuerdo a un amigote del Servicio, Art Boles; tenía esquizofrenia y fue a la *Clínica Fromm-Reichmann* en Rochester, Nueva York. Estaba Alys Johnson, una chica con la

que fui a la Universidad; está en la *Clínica Samuel Anderson* en el Área Tres, en Baton Rouge, Lousiana. Y un hombre para el que trabajé, Ed Yeats; contrajo esquizofrenia que se convirtió en paranoia aguda. Waldo Dangerfield, otro amigo mío. Gloria Milstein, una chica a la que conocí; está Dios sabe dónde, pero la detectaron gracias a un test psíquico que hizo cuando solicitaba un trabajo de secretaria. Los Federales la cogieron... era bajita, morena, muy atractiva, y nadie lo había imaginado siquiera hasta que el test lo demostró. Y John Franklin Mann, un vendedor de coches usados que conocía; lo clasificaron como esquizofrénico dilapidado y lo internaron. Creo que fue en *Kasanin*, porque tiene parientes en Missouri. Y Marge Morrison, otra chica que conocí. Está otra vez fuera; estoy seguro de que la curaron en *Kasanin*. Todos los que fueron a *Kasanin* me parecieron como nuevos, si no mejor. *Kasanin* no cumplió simplemente los requisitos del *Acta McHeston*; curó de verdad. O eso me pareció.

El doctor Nisea escribió *Clínica Kasanin* en KC en los impresos del Gobierno y suspiré aliviado.

-Sí -murmuró-. Dicen que Kansas City está bien. El Presidente, ya sabe, pasó dos meses allí.

-Eso he oído -admití.

Todo el mundo conocía la heroica historia de la lucha del presidente con la enfermedad mental durante su adolescencia y su subsiguiente triunfo cuando cumplió los veinte años.

-Y ahora, antes de separarnos -dijo el doctor Nisea-, me gustaría hablarle un poco del tipo de esquizofrenia *Magna Mater.*

-Bien. Estoy ansioso por oírlo.

-De hecho, me ha interesado especialmente. He escrito varias monografías sobre el tema. Ya conoce la *Teoría de Anderson* que identifica cada subforma de esquizofrenia con una subforma de religión.

Asentí. La visión de Anderson de la esquizofrenia había sido popularizada por casi todas las revistas norteamericanas; era la moda corriente.

-La forma primaria que toma la esquizofrenia es la forma heliocéntrica, la forma de adoración solar donde el sol es deificado, donde es visto en realidad como el padre del paciente. Usted no ha experimentado eso. La forma heliocéntrica es la más primitiva y coincide con la primera religión conocida, la adoración solar, incluyendo el gran culto heliocéntrico del Período Romano, el *mitraísmo*. También el primer culto solar persa, la adoración de *Mazda*.

-Sí -asentí.

-Ahora bien, la *Magna Mater*, la forma que usted tiene, fue la gran deidad femenina del Mediterráneo durante la civilización micénica. *Ishtar, Cibeles, Attis,* luego la propia *Atenea*... finalmente la *Virgen María.* Lo que le ha sucedido es que su *ánima*, es decir, la encarnadura de su inconsciente, su arquetipo, ha sido proyectada hacia fuera, hacia el cosmos, donde es percibida y adorada.

-Ya veo.

-Allí, es experimentada como un ser peligroso, hostil e increíblemente poderoso aunque atractivo. La encarnación de todos los pares de opuestos: posee la totalidad de la vida, aunque está muerta; todo el amor, aunque es fría; toda la inteligencia, aunque se da a una tendencia destructiva analítica que no es creativa; aunque es vista como la fuente de la creatividad en sí. Estos son los opuestos que duermen en el inconsciente que se convierten en formas de conciencia. Cuando los opuestos son experimentados directamente, como usted hace ahora, no pueden ser esquivados ni tratados. Tarde o temprano romperán su ego y los aniquilarán, pues como sabe, en su forma original son arquetipos y no pueden ser asimilados por el ego.

-Ya veo.

-Así que esta batalla es el gran enfrentamiento de la mente consciente por llegar a un entendimiento con sus propios aspectos colectivos, su inconsciente, y está condenada a fracasar. Los arquetipos del inconsciente deben ser experimentados indirectamente, a través del *ánima*, y en una forma benigna libre de sus cualidades bipolares. Para que esto suceda,

tiene que entablar una relación completamente diferente con su inconsciente; tal como está ahora, usted es pasivo, y posee todos los poderes de decisión.

-Cierto.

-Su conciencia ha quedado tan empobrecida que ya no puede actuar. No tiene autoridad excepto la que deriva del inconsciente, y ahora mismo está separada de él. Así que no se puede establecer ningún contacto a través del *ánima* -concluyó el doctor Nisea-. Tiene una forma relativamente *suave* de esquizofrenia. Pero sigue siendo una psicosis y aún requiere tratamiento en una Clínica Federal. Me gustaría volver a verle cuando vuelva de Kansas City; sé que la mejoría de su estado será fenomenal.

Me sonrió con calor genuino, y le devolví la sonrisa. Se puso en pie, tendió la mano y nos despedimos.

Iba de camino a la *Clínica Kasanin* en Kansas City.

En una audiencia formal ante testigos, el doctor Nisea me presentó con una citación, preguntándome si había alguna razón por la que no debería ser llevado de inmediato a Kansas City. Todas estas formalidades legales tenían una realidad gélida que hicieron sentirme más ansioso que nunca por ponerme en camino. Nisea me ofreció un período de veinticuatro horas para que pudiera concluir mis asuntos propios, pero lo rechacé.

Quería marcharme de inmediato. Al final, lo dejamos en ocho horas. El personal de Nisea me reservó los pasajes de avión y salí de la Oficina en taxi para regresar a Ontario hasta que fuera la hora de emprender mi gran viaje hacia el este.

Hice que el taxi me llevara a casa de Maury, donde tenía buena parte de mis pertenencias. Pronto estuve llamando a la puerta.

No había nadie en casa. Probé con el pomo; la puerta no tenía echado el cerrojo. Así que entré en la casa desierta y silenciosa.

En el cuarto de baño estaba el mural de cerámica en el que Pris había estado trabajando la primera noche. Ahora estaba terminado. Me quedé mirándolo durante un rato, maravillado por los colores y el diseño, la sirena y el pez, el pulpo con los ojos hechos de botones: lo había terminado por fin.

Una losa azul se había aflojado. La saqué por completo y me la guardé en el bolsillo.

Por si llego a olvidarte, pensé. A ti y a tu mural, tu sirena con tetitas de losa rosa, tus creaciones monstruosas y encantadoras que reptan y viven bajo la superficie del agua. El agua plácida y eterna... ella había hecho la línea por encima de mi cabeza, casi a dos metros de altura. Por encima, el cielo. Muy poco. El cielo no jugaba ningún papel en el esquema de la creación.

Mientras estaba allí oí ruidos en la puerta principal. Alguien me seguía, pero me quedé donde estaba. ¿Qué importaba? Esperé, y poco después Maury Rock entró, jadeando y sofocado. Al verme se paró en seco.

-Louis Rosen -dijo-. Y en el cuarto de baño.

-Ya me iba.

-Una vecina me llamó a la oficina. Te vio bajar del taxi y entrar y sabía que no estaba en casa.

-Espiándome -dije. No estaba sorprendido-. Todos lo hacen, no importa dónde vaya.

Continué mirando la pared de colores, las manos metidas en los bolsillos.

-Sólo pensó que debería saberlo. Me imaginé que serías tú. -Entonces vio mi maleta y las pertenencias que había estado recogiendo-. Estás loco de veras. Apenas acabas de volver de Seattle... ¿cuándo ha sido? No pudo ser antes de esta mañana. Y ahora te vas a otra parte.

-Tengo que ir, Maury. Es la Ley.

Él me miró, abriendo la boca gradualmente. Luego se ruborizó.

-Lo siento, Louis. Lamento haber dicho que estás loco.

-Sí, pero lo estoy. Hice el *Test de Proverbios de Benjamin* y el otro de los Bloques y no pude pasar ninguno. Ya me han aplicado la Ley.

-¿Quién te entregó? -me preguntó mientras se frotaba la mandíbula.

-Mi padre y Chester.

-Santo Dios, tu propia sangre.

-Me salvaron de la paranoia. Escucha, Maury. -Me di la vuelta para mirarle-. ¿Sabes dónde está Pris?

-Si lo supiera, Louis, de verdad que te lo diría. Aunque hayas sido certificado.

-¿Sabes adónde me van a enviar?

-¿Kansas City?

Asentí.

-Tal vez la encuentres allí. Tal vez los tipos de Salud Mental la cogieron y la enviaron de vuelta y se olvidaron de decírmelo.

-Sí, tal vez.

Se acercó a mí y me palmeó la espalda.

-Buena suerte, hijo de perra. Sé que saldrás de ésta. Tienes esquizofrenia, supongo. Es lo que tienen todos.

-Tengo la esquizofrenia *Magna Mater.* -Rebusqué en el bolsillo y saqué el azulejo y se lo enseñé-. Para recordarla. Espero que no te importe. Después de todo, es tu casa y tu mural.

-Llévatelo. Llévate un pez entero. Llévate una teta. -Se dirigió a la sirena-. No bromeo. Louis. Soltaremos una teta para que puedas llevártela, ¿de acuerdo?

-Muy bien.

Los dos nos quedamos mirándonos fijamente durante un rato.

-¿Cómo se siente uno al tener esquizofrenia? -preguntó él por fin.

-Mal, Maury. Muy, muy mal.

-Eso es lo que pensaba. Es lo que decía siempre Pris. Se alegró de superarlo.

-El marcharme a Seattle, eso fue el principio. Lo que llaman excitación catatónica, una sensación de urgencia, de que tienes que hacer algo. Siempre resulta ser lo contrario de lo que deberías hacer; no se consigue nada. Y te das cuenta y entonces sientes pánico y luego contraes la psicosis real. Oí voces y vi...

Me detuve.

-¿Qué viste?

-A Pris.

-Cristo.

-¿Me llevarás al Aeropuerto?

-Oh, claro, amigo. Claro -asintió vigorosamente.

-No tengo que ir hasta última hora de la noche. Así que tal vez podamos cenar juntos. No me apetece ver a mi familia de nuevo después de lo que sucedió. Me da un poco de vergüenza.

-¿Cómo es que hablas tan racionalmente si eres esquizofrénico?

-Ahora mismo no estoy bajo tensión, y por eso puedo enfocar mi atención. Eso es un ataque de esquizofrenia, un debilitamiento de la atención tal que los procesos inconscientes se fortalecen y se hacen con el control. Capturan la conciencia. Son procesos muy arcaicos, arquetípicos, cosa que no tienen los no esquizofrénicos desde la edad de cinco años.

-¿Piensas locuras, como que todo el mundo está contra ti y que eres el centro del universo?

-No. El doctor Nisea me explicó que es el esquizofrénico heliocéntrico el que...

-¿Nisea? ¿Ragland Nisea? Claro, tienes que haberle visto por Ley. Es el que localizó a Pris al principio. Le aplicó el *Test de Bloques Vigotsky-Luria* en su propia oficina, personalmente. Siempre he querido conocerlo.

-Es un hombre brillante. Y muy humano.

-¿Eres peligroso?

-Sólo si me acosan.

-¿Me marcho entonces?

-Supongo que sí. Pero te veré esta noche, aquí, para cenar. A eso de las seis. Así me dará tiempo para coger el vuelo.

-¿Puedo hacer algo por ti? ¿Conseguirte algo?

-No. Gracias de todas formas.

Maury merodeó por la casa un poco más y luego oí cerrarse la puerta principal. La casa se quedó en silencio una vez más. Estaba solo, como antes.

Poco después, continué haciendo lentamente las maletas.

Maury y yo cenamos juntos y luego me llevó al aeropuerto de Boise en su *Jaguar* blanco. Miré las calles al pasar y cada mujer que veía se parecía a Pris, al menos por un instante. Cada vez pensé que era ella, pero no lo era. Maury notó mi absorción pero no dijo nada.

El vuelo que los encargados de Salud Mental me habían conseguido era de primera clase y en el nuevo cohete australiano, el C-80. Pensé que la Oficina disponía de muchísimos fondos públicos para utilizar. Sólo tardamos media hora en llegar al aeropuerto de Kansas City, así que antes de las nueve estaba bajando ya del cohete buscando a la gente de Salud Mental que se suponía estaría allí para recibirme.

Al final de la rampa se me acercaron un hombre y una mujer. Los dos llevaban alegres chaquetas de brillantes colores escoceses. Ellos eran. En Boise me habían dicho que buscara las chaquetas.

-¿Señor Rosen? -preguntó el joven, expectante.

-Sí -dije, encaminándome al edificio al otro lado del campo.

Se colocaron uno a cada lado.

-Hace un poco de frío esta noche -dijo la muchacha.

No debían de tener más de veinte años. Eran dos jóvenes que indudablemente se habían enrolado en la OFSM por idealismo y estaban cumpliendo su tarea heroica ahora mismo. Caminaban con pasos breves y ansiosos, dirigiéndome hacia la zona de equipajes, charlando de nada en particular... yo debería de haberme sentido relajado excepto porque a la luz de las balizas que guiaban a las naves podía ver que la chica se parecía sorprendentemente a Pris.

-¿Cuál es su nombre? -le pregunté.

-Julie. Y éste es Ralf.

-¿Recuerdan ustedes a una paciente que tuvieron hace unos pocos meses, una joven de Boise llamada Pris Frauenzimmer?

-Lo siento -respondió Julie-. Llegué a la *Clínica Kasanin* la semana pasada. Los dos lo hicimos. -Indicó a su compañero-. Nos unimos al Cuerpo de Salud Mental esta primavera.

-¿Les gusta? ¿Es como esperaban?

-Oh, es terriblemente satisfactorio -dijo la muchacha sin aliento-. ¿Verdad, Ralf? -Él asintió-. No lo cambiaríamos por nada.

-¿Saben algo sobre mí? -pregunté mientras esperábamos que la máquina empezara a sacar los equipajes.

-Sólo que el doctor Shedd trabajará con usted -dijo Ralf.

Mis maletas aparecieron; Ralf cogió una y yo tomé la otra y nos dirigimos a la salida.

-Bonito aeropuerto -dije-. Nunca lo había visto antes.

-Lo han terminado este mismo año -dijo Ralf-. Es el primero que puede albergar vuelos domésticos y extraterrestres. Podrá salir para la Luna desde aquí.

-No cuenten conmigo -dije, pero Ralf no me oyó.

Poco después subimos a un helicóptero, propiedad de la *Clínica Kasanin*, y volamos sobre los tejados de Kansas City. El aire era frío y bajo nosotros un millón de luces brillaban con incontables pautas, y constelaciones sin sentido que no eran pautas en absoluto, sólo aglomeraciones.

-¿Creen que cada vez que muere una persona se apaga una luz en Kansas City?

Ralf y Julie sonrieron ante mi ocurrencia.

-¿Saben lo que me habría sucedido si no hubiera un programa de Salud Mental obligatorio? -dije-. Ahora estaría muerto. Todo esto, literalmente, me ha salvado la vida.

Los dos sonrieron una vez más.

-Gracias a Dios que el Congreso aprobó el *Acta McHeston*.

Los dos asintieron solemnemente.

-No saben lo que es tener la urgencia catatónica, ese anhelo. Te impulsa una y otra vez y de pronto te colapsas; sabes que no estás bien de la cabeza, que estás viviendo en un reino de sombras. Me acosté delante de mi padre y de mi hermano con una chica que no existía más que en mi imaginación. Oía a la gente hablando de nosotros, mientras lo hacíamos a través de la puerta.

-¿Lo hizo a través de la puerta? -preguntó Ralf.

-Quiere decir que les oyó hablar -aclaró Julie-. Las voces que notaban lo que estaba haciendo y expresaban su desaprobación. ¿No es eso, señor Rosen?

-Sí. Y es un signo del colapso de mi habilidad para comunicarme el que tenga que traducir eso. Antes podía haberlo expresado de una manera clara. No fue hasta que el doctor Nisea llegó a la parte de la piedra rodante en que vi la brecha que se había abierto entre mi lenguaje personal y el de la sociedad. Y entonces comprendí todos los problemas que había padecido hasta entonces.

-Ah, sí -dijo Julie-, el número seis del *Test de Proverbios de Benjamin*.

-Me pregunto qué proverbio falló Pris hace años -dije-. Eso fue lo que hizo que la internaran.

-¿Quién es Pris? -preguntó Julie.

-Yo diría que es la muchacha con la que tuvo la relación -respondió Ralf.

-Ha dado en el clavo -le dije-. Estuvo aquí, antes que ustedes. Ahora está bien de nuevo, la soltaron bajo palabra. El doctor Nisea dice que es mi *Gran Madre.* Mi vida está dedicada a adorar a Pris, como si fuera una diosa. He proyectado su arquetipo al universo; sólo la veo a ella, todo lo demás es irreal para mí. Este viaje que estamos haciendo, ustedes dos, el doctor Nisea, la Clínica de Kansas City entera... todo son sombras.

Después de lo que acababa de decir, pareció no haber manera de continuar la conversación. Así que hicimos el resto del viaje en silencio.

18

Al día siguiente, a las diez de la mañana, conocí al doctor Albert Shedd en el baño de vapor de la *Clínica Kasanin*. Los pacientes caminaban por la sauna desnudos, mientras que los miembros del personal llevaban calzones azules, evidentemente, un símbolo de su estatus o la enseña de su oficio; era, ciertamente, una indicación de su diferencia respecto a nosotros.

El doctor Shedd se me aproximó, surgiendo de las nubes blancas de vapor, y me sonrió amistosamente. Era ya mayor, por lo menos tenía setenta años, con rizos de pelo que surgían como cables curvados de su cabeza redonda y arrugada. Su piel, al menos en el baño de vapor, era de un rosa brillante.

-Buenos días, Rosen -dijo, inclinando la cabeza y mirándome astutamente, como un pequeño gnomo-. ¿Cómo le fue el viaje?

-Muy bien, doctor.

-No le siguió ningún otro avión, puedo asegurárselo -dijo, riendo.

Tuve que admirar su chiste, porque implicaba que reconocía en alguna parte de mí un elemento básicamente sano que alcanzaba a través del humor. Estaba dando poca importancia a mi paranoia, y al hacerlo, la superaba ligera pero sutilmente.

-¿Se siente libre para hablar en esta atmósfera informal? -preguntó el doctor Shedd.

-Oh, claro. Solía acudir a un baño finlandés todo el tiempo cuando estaba en la zona de Los Ángeles.

-Veamos. -Consultó sus papeles-. Es usted vendedor de Pianos. Y también de Órganos Electrónicos.

-Sí, el Órgano Electrónico Rosen... el mejor del mundo.

-Estaba usted en Seattle de negocios cuando surgió su interludio esquizofrénico, visitando a un tal señor Barrows, según dice este informe de su familia.

-Es exactamente así.

-Tenemos los registros de sus tests psíquicos escolares y parece no haber tenido dificultad... luego, a los diecinueve años, tenemos los archivos del Servicio Militar; tampoco hay problema. Ni en las subsiguientes solicitudes de empleo. Parece entonces que es una esquizofrenia situacional, en vez de un proceso vital. Estuvo usted sometido a un estrés terrible allá en Seattle, ¿verdad?

-Sí -dije, asintiendo vigorosamente.

-Puede que nunca vuelva a ocurrirle en la vida; sin embargo, constituye un aviso... es una señal de peligro y tenemos que ocuparnos de ella. -Me estudió durante largo rato a través de la cortina de vapor-. Ahora bien, es posible que en su caso podamos equiparle para tratar con éxito con su entorno por lo que se llama terapia de fuga controlada. ¿Ha oído hablar del tema?

-No, doctor -dije, pero me gustaba cómo sonaba aquello.

-Se le administrarán drogas alucinógenas... drogas que inducirán su rotura psicótica, que alimentarán sus alucinaciones. Durante un período muy limitado cada día. Esto le dará a su libido una satisfacción de sus anhelos regresivos que en este momento son demasiado fuertes para soportar. Entonces, gradualmente, disminuiremos el período fugal, con la esperanza de eliminarlo eventualmente. Parte de este período lo pasará aquí. Esperamos que más tarde pueda regresar a Boise, a su trabajo, y recibir allí terapia externa. Ya sabe que estamos saturados aquí en *Kasanin*.

-Lo sé.

-¿Querrá intentarlo?

-¡Sí!

-Puede que haya nuevos episodios esquizofrénicos. Por supuesto, ocurrirán bajo condiciones supervisadas y controladas.

-No me importa. Quiero intentarlo.

-No hace falta que le diga que yo mismo y otros miembros del personal estaremos presentes para ser testigos de su conducta durante esos episodios. En otras palabras, la invasión de su intimidad...

-No, no me importa -interrumpí-. No me importa que me vigilen.

-Su tendencia paranoica -dijo el doctor Shedd pensativo- no puede ser demasiado severa si no le molesta que le observen.

-No me molesta para nada.

-Bien -parecía complacido-. Es un buen augurio.

Y con esto volvió a hundirse en las nubes blancas de vapor, llevando sus calzones azules y con su clasificador bajo el brazo. Mi primera entrevista con mi psiquiatra en la *Clínica Kasanin* había terminado.

A la una del mediodía me llevaron a una gran habitación donde me esperaban una enfermera y dos médicos. Me tumbaron sobre una mesa tapizada de cuero y me inyectaron una droga alucinógena. Los doctores y enfermeras, todos experimentados y amistosos, se retiraron y esperaron. Yo también esperé, atado a la mesa y con una bata de hospital, los pies desnudos y los brazos a los lados.

Varios minutos después la droga empezó a hacer efecto. Me encontré en el centro de Oakland, California, sentado en un banco de la Plaza *Jack London*. Junto a mí, dando migas de pan a los palomos, estaba Pris. Llevaba pantalones *capri* y un jersey de cuello alto verde. Tenía el pelo recogido con una cinta roja y estaba totalmente absorta en lo que hacía, aparentemente ignorándome.

-¡Eh! -dije.

Girando la cabeza, ella dijo tranquilamente:

Librodot

-Maldito seas, te dije que te callaras. Si hablas las asustarás y entonces será ese viejo de allí quien les dé de comer y no yo.

En un banco a corta distancia sendero abajo estaba sentado el doctor Shedd, sonriente, con su propia bolsa de migas de pan. Mi psique había tratado con su presencia de esta forma y le había incorporado así a la escena.

-Pris -dije en voz baja-, tengo que hablar contigo.

-¿Por qué? -Ella me miró con su expresión fría y remota-. Es importante para ti, pero ¿lo es para mí? ¿O te importa?

-Me importa -dije, sintiéndome desesperanzado.

-Muéstralo en vez de decirlo... cállate. Me siento bastante feliz haciendo lo que estoy haciendo.

Volvió a dar de comer a los palomos.

-¿Me quieres? -pregunté.

-¡Cristo, no!

Y, sin embargo, sentí que sí me quería.

Nos quedamos sentados juntos en el banco durante un rato y luego el Parque, el banco y la propia Pris se desvanecieron y una vez más me encontré tumbado en la mesa, atado y observado por el doctor Shedd y las atareadas enfermeras de la *Clínica Kasanin*.

-Eso ha estado mucho mejor -dijo el doctor Shedd mientras me soltaban.

-¿Mejor que qué?

-Que las dos ocasiones anteriores.

No tenía ningún recuerdo de ninguna ocasión anterior, y así se lo dije.

-Claro que no lo recuerda. No tuvo éxito con ello, ninguna fantasía se activó; simplemente se puso a dormir. Pero ahora podemos esperar resultados cada vez.

Me llevaron de vuelta a mi habitación. A la mañana siguiente acudí una vez más a la sala de terapia para recibir mi ración de fantasía escapista, mi hora con Pris.

Mientras me ataban, el doctor Shedd entró y me saludó.

-Rosen, voy a introducirle en una terapia de grupo; eso aumentará lo que estamos haciendo aquí. ¿Sabe lo que es la terapia de grupo? Explicará sus problemas delante de un grupo de pacientes para que los comenten... se sentará con ellos mientras discuten acerca de usted y acerca de dónde han ido sus pensamientos. Descubrirá que todo se desarrolla en un ambiente de amistad e informalidad. Y generalmente es algo que sirve de mucha ayuda.

-Muy bien.

Me había sentido muy solo en la clínica.

-¿No tiene ninguna objeción que hacer al hecho de que el material de sus fugas sea disponible para su grupo?

-Dios, no. ¿Por qué iba a tenerla?

-Serán editadas y distribuidas a cada uno de ellos antes de cada sesión de terapia... sabe usted que estamos grabando esas fugas suyas para propósitos analíticos, y con su permiso, las usaremos con el grupo.

-Tienen mi permiso. Naturalmente. No tengo nada que objetar a que un grupo de compañeros pacientes sepan los contenidos de mis fantasías, especialmente si pueden ayudarme a explicar dónde me he equivocado.

-Descubrirá que no hay nadie más deseoso de ayudarle que sus compañeros pacientes -dijo el doctor Shedd.

Me pusieron la inyección de drogas alucinógenas y una vez más me introduje en mi fuga controlada.

Estaba al volante de mi *Chevrolet Magic Fire*, regresando a casa por la autopista al acabar el día. En la radio, un locutor anunciaba que había un atasco de tráfico delante.

-Confusión, construcción o caos -estaba diciendo-. Yo les guiaré, queridos amigos.

-Gracias -dije en voz alta.

A mi lado Pris se agitó y dijo irritada:

-¿Siempre le contestas a la radio? No es buena señal. Siempre he sabido que tu salud mental no era la mejor.

-Pris, a pesar de lo que digas, sé que me amas. ¿No nos recuerdas en el apartamento de Collie Nild en Seattle?

-No.

-¿No recuerdas cómo hicimos el amor?

-Aagh -dijo ella con repulsión.

-Sé que me amas, no importa lo que digas.

-Si vas a seguir hablando así, deja que me baje aquí mismo. Me pones enferma.

-Pris, ¿por qué estamos aquí juntos? ¿Vamos a casa? ¿Estamos casados?

-Oh, Dios -gimió ella.

-Contéstame -dije, mirando fijamente el camión que tenía delante.

Ella no respondió; se apartó y se apoyó contra la puerta, lo más lejos posible de mí.

-Lo estamos -dije-. Sé que lo estamos.

Cuando regresé de mi fuga, el doctor Shedd parecía complacido.

-Está mostrando una tendencia progresiva. Creo que se puede decir que está consiguiendo una catarsis externa efectiva para las inclinaciones regresivas de su libido, y eso es lo que cuenta.

Me palmeó en la espalda, animándome, como había hecho mi socio Maury Rock no hacía mucho tiempo.

En mi siguiente fuga controlada, Pris parecía más vieja. Los dos caminábamos lentamente por la gran estación de trenes de Cheyenne, Wyoming, muy tarde por la noche, y atravesábamos el camino subterráneo bajo los raíles y salimos al otro lado, donde los dos nos quedamos juntos en silencio. Pensé que su cara tenía una cualidad más completa, como si estuviera madurando. Definitivamente, había cambiado. Su figura era más rotunda. Y parecía más tranquila.

-¿Cuánto tiempo llevamos casados? -pregunté.

-¿No lo sabes?

-Entonces lo estamos -dije, con el corazón lleno de alegría.

-Claro que lo estamos; ¿crees que estamos viviendo en pecado? ¿Qué es lo que te pasa, tienes amnesia o algo?

-Vamos a entrar en el bar que vimos frente a la estación; parecía animado.

-De acuerdo -dijo ella.

Mientras volvíamos por donde habíamos venido ella me dijo una vez más:

-Me alegra que me sacaras de esos rieles vacíos... me deprimían. ¿Sabes qué estaba empezando a pensar? Me estaba preguntando cómo se sentiría una al sentir acercarse la máquina, y luego caer ante ella, a las vías, y sentir que te pasa por encima, te corta por la mitad... me pregunté qué se sentiría al final, sólo con caer hacia adelante, como si te fueras a dormir.

-No hables así -le dije, rodeándola con el brazo y abrazándola.

Ella estaba envarada y reacia, como siempre.

Cuando el doctor Shedd me sacó de mi fuga, parecía muy serio.

-No me gusta demasiado ver elementos morbosos en sus proyecciones. Sin embargo, era de esperar; demuestra el largo camino que aún nos queda por recorrer. En el próximo intento, en la fuga número quince...

-¡Quince! -exclamé-. ¿Quiere decir que ésa fue la catorce?

-Lleva aquí más de un mes. Me doy cuenta de que sus episodios se están uniendo; eso era de esperar, ya que a veces no hay progreso en absoluto y a veces se repite el mismo material. No se preocupe por eso, Rosen.

-De acuerdo, doctor -dije, sintiéndome fatal.

En el siguiente intento (o en lo que a mi confusa mente le pareció el siguiente), estaba sentado una vez más con Pris en el Parque *Jack London* en Oakland, California. Esta vez ella estaba callada y triste. No daba de comer a los palomos que nos rodeaban, sino que tenía las manos juntas y miraba al suelo.

-¿Qué pasa? -le pregunté, intentando atraerla hacia mí.

Una lágrima corrió por su mejilla.

-Nada, Louis.

Sacó un pañuelo de su bolso, se secó los ojos y luego se sonó la nariz.

-Me siento como muerta y vacía, eso es todo. Tal vez estoy embarazada. Llevo ya una semana entera de retraso.

Sentí un júbilo salvaje; la abracé y la besé en la boca, que estaba fría y no reaccionó.

-¡Esa es la mejor noticia que he oído nunca!

Ella alzó sus ojos grises y tristes.

-Me alegra de que te guste, Louis.

Me palmeó la mano sonriendo un poco.

Ahora pude ver definitivamente que había cambiado. Había arrugas en torno a sus ojos que le daban un aspecto sombrío y cansado. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuándo tiempo llevábamos ya juntos? ¿Una docena de años? ¿Cien? No podía decirlo; el tiempo había desaparecido para mí, era una cosa que ya no fluía sino que avanzaba a saltos, plegándose por completo y luego arrancando de nuevo. Yo también me sentía más viejo y mucho más cansado. Y, sin embargo... qué buena noticia era aquélla.

En cuanto regresé a la sala de terapias, le hablé al doctor Shedd del embarazo de Pris. Él también se sintió complacido.

-¿Ve cómo sus fugas muestran más madurez, Rosen, más elementos de búsqueda responsable de la realidad por su parte? Eventualmente su madurez se emparejará con su edad cronológica y en ese punto la mayor parte de la calidad escapista habrá sido descartada.

Bajé la escalera lleno de alegría para reunirme con mi grupo de compañeros pacientes para escuchar sus explicaciones y preguntas relativas a este nuevo e importante desarrollo. Sabía que cuando leyeran el informe de la sesión de hoy tendrían mucho que decir.

En mi quincuagésima segunda fuga pude ver a Pris y a mi hijo, un bebé guapo y sano con los ojos grises como los de Pris y el pelo como yo. Pris estaba sentada en el salón, dándole el biberón, absorta. Yo estaba sentado frente a ellos, en un estado de deleite casi total, como si todas mis tensiones, todas mis ansiedades y penas hubieran desaparecido por fin.

-Malditas tetinas de plástico -dijo Pris, sacudiendo el biberón enfadada-. Se atascan cuando mama; debe de ser por la forma en que las esterilizo.

Corrí a la cocina para coger una botella nueva del esterilizador que hervía en el fuego.

-¿Cómo se llama, querida? -pregunté nada más regresar.

-¿Cómo se llama? -Pris me miró con resignación-. ¿Estás dormido, Louis? Mira que preguntar cómo se llama tu hijo, ¡por el amor de Dios! Se llama Rosen, como tú.

Mansamente, tuve que sonreír y decir:

-Perdóname.

-Te perdono. Estoy acostumbrada a ti -suspiró-. Lamento decirlo.

Pero ¿cuál es su nombre?, me pregunté. Tal vez lo sepa la próxima vez, o si no, tal vez dentro de cien veces. Tengo que saberlo o todo esto no significará nada para mí, será en vano.

-Charles -murmuró Pris al bebé-, ¿te estás haciendo pipí?

Se llamaba Charles, y me alegré; era un buen nombre. Tal vez lo había elegido yo; parecía el tipo de nombre que yo habría escogido.

Ese día, después de mi fuga, mientras corría escalera abajo para reunirme en el auditorio con mi grupo de terapia, vi a un grupo de mujeres que entraban por una puerta en la zona femenina del edificio. Una tenía el pelo negro corto y era delgada y menuda, mucho más pequeña que las otras; todas parecían globos inflados en comparación con ella. ¿Es ésa Pris?, me pregunté, deteniéndome. Por favor, date la vuelta, supliqué, fijando los ojos a su espalda.

Justo cuando cruzaba el umbral, ella se volvió por un instante. Vi su cara atrevida, petulante, los desapasionados ojos grises... era Pris.

-¡Pris! -exclamé, agitando los brazos.

Ella me vio. Me miró, frunciendo el ceño. Sus labios se tensaron. Luego, muy débilmente, sonrió.

¿Era un fantasma? La muchacha (Pris Frauenzimmer) había entrado ahora en la sala, desapareciendo de mi vista. Estás de nuevo en la *Clínica Kasanin*, me dije. Sabía que sucedería tarde o temprano. Y esto no es una fantasía, una fuga, controlada o no. Te he encontrado de verdad, en el mundo real, el mundo exterior que no es producto de la libido regresiva ni de las drogas. No te he visto desde aquella noche en el *Club* de Seattle, cuando golpeaste en la cabeza al simulacro Johnny Booth con tu zapato. ¡Cuánto tiempo hace! Cuántas cosas he visto y hecho desde entonces... en el vacío, sin ti, sin la auténtica y real Pris. Satisfecho con un simple fantasma en vez de la real... Pris, me dije. Gracias a Dios, te he encontrado. Sabía que lo haría algún día.

No fui a mi terapia de grupo. Me quedé en el pasillo, esperando y observando.

Por fin, horas más tarde, ella salió. Cruzó el patio abierto directamente hacia mí, la cara despejada y tranquila, una leve sombra en los ojos, más de diversión que de otra cosa.

-Hola -dije.

-Así que te han cazado, Louis Rosen -dijo ella-. Finalmente te volviste también esquizofrénico. No me sorprende.

-Pris, llevo aquí varios meses.

-Bien, ¿te estás curando?

-Sí. Eso creo. Tengo fugas controladas como terapia cada día; siempre voy a ti, Pris, cada vez. Estamos casados y tenemos un niño que se llama Charles. Creo que estamos viviendo en Oakland, California.

-Oakland -repitió ella, arrugando la nariz-. Algunas zonas de Oakland son bonitas, otras horribles. -Se distanció de mí y empezó a recorrer el pasillo-. Me alegra haberte vuelto a ver, Louis. Tal vez volvamos a encontrarnos.

-¡Pris! -llamé lleno de desesperación-. ¡Vuelve!

Pero ella continuó y se perdió tras las puertas al otro lado del vestíbulo.

La siguiente ocasión, cuando la vi en mi fuga controlada, había envejecido claramente; su figura era más tipo matrona y tenía sombras oscuras y permanentes bajo los ojos. Los dos estábamos en la cocina, fregando los platos. Pris los lavaba y yo los secaba. Bajo la luz, su piel parecía seca, con arruguitas finas circundándola. No llevaba maquillaje. Su pelo, en particular, había cambiado; también era seco, como su piel, y ya no era negro, sino de un marrón rojizo, muy hermoso. Lo toqué y lo noté áspero aunque limpio y agradable al tacto.

-Pris, te vi ayer en el vestíbulo -le dije-. Aquí, donde estoy, en *Kasanin*.

-Muy bien -dijo ella simplemente.

-¿Fue real? ¿Más real que esto? -Vi a Charles sentado en el salón ante el televisor tridimensional, con los ojos fijos en la pantalla-. ¿Recuerdas ese encuentro después de tanto tiempo? ¿Fue real para ti como lo fue para mí? ¿Es esto real para ti ahora? Por favor, dímelo. Ya no comprendo nada.

-Louis -dijo ella mientras frotaba una sartén-, ¿no puedes aceptar la vida tal como llega? ¿Tienes que ser un filósofo? Actúas como un aspirante a universitario. Me pregunto si vas a crecer alguna vez.

-Es que ya no sé qué camino seguir -dije, sintiéndome desolado, pero continuando automáticamente con mi tarea de secar los platos.

-Tómame donde me encuentres -dijo Pris-. Como me encuentres. Conténtate con eso, no hagas preguntas.

Cuando salí de mi fuga, el doctor Shedd estaba presente una vez más.

-Está equivocado, Rosen. No puede haberse encontrado con la señorita Frauenzimmer aquí en *Kasanin*. He comprobado los archivos cuidadosamente y no he encontrado nadie con ese

nombre. Me temo que ese encuentro con ella en el vestíbulo fue un lapsus involuntario de psicosis; no debemos de estar consiguiendo una catarsis tan completa de su libido como creemos. Tal vez deberíamos aumentar los minutos de regresión controlada al día.

Asentí sin decir nada. Pero no le creía. Sabía que había encontrado de verdad a Pris en el vestíbulo; no era una fantasía esquizofrénica.

La semana siguiente volví a verla en *Kasanin*. Esta vez la vi a través de la ventana del solarium; ella estaba jugando a voleibol con un equipo de muchachas que llevaban pantalones y blusas de deporte celestes.

Ella no me vio; estaba concentrada en el juego. Me quedé allí largo rato, nutriéndome de su vista, sabiendo que era real... y entonces la pelota salió botando del patio hacia el edificio y Pris corrió tras ella. Mientras se agachaba para recogerla, vi su nombre bordado en letras de colores a su blusa: ROCK, PRIS.

Eso lo explicaba todo. Había ingresado en la *Clínica Kasanin* con el apellido de su padre, no con el suyo propio. Por eso el doctor Shedd no la había encontrado en los archivos; había buscado Frauenzimmer, que era la manera en que yo siempre pensaba en ella, sin importarme cómo se llamaba realmente.

No se lo diría. Me guardaría de decirlo durante mis fugas controladas. De esa manera no lo sabría nunca o tal vez, en alguna ocasión, podría volver a hablar con ella.

Y entonces pensé: *«Tal vez todo esto forma parte de un plan deliberado de Shedd»*; tal vez era una técnica para sacarme de mis fugas y devolverme al mundo real. Porque aquellos pequeños encuentros con la Pris de verdad se habían vuelto más valiosos para mí que todas las fugas juntas. *«Ésta es su terapia, y está funcionando».*

No sabía si me sentía mejor o peor.

Fue después de mi sesión de fuga controlada doscientas veinte cuando volví a hablar con Pris una vez más. Ella salía de la cafetería de la clínica. Yo entraba. La vi antes de que ella me viera a mí. Ella estaba absorta conversando con otra joven, una amiga.

-Pris -dije, deteniéndola-. Por el amor de Dios, déjame verte unos pocos minutos. A ellos no les importa; sé que esto es parte de su terapia. Por favor.

La otra muchacha se apartó consideradamente y nos dejó solos.

-Pareces mayor, Louis -dijo Pris tras una pausa.

-Tú tienes un aspecto magnífico, como siempre.

Ansiaba rodearla con mis brazos, abrazarla contra mí. Pero en cambio me quedé a pocos centímetros de ella sin hacer nada.

-Te alegrará saber que me van a dejar salir de aquí un día de estos -dijo Pris casualmente-. Recibiré terapia externa, como antes. Según el doctor Ditchley, que es el mejor psiquiatra que hay aquí, estoy haciendo unos progresos magníficos. Le veo casi todos los días. Te he buscado en los archivos. A ti te atiende el doctor Shedd. No es gran cosa... por lo que a mí respecta, es un viejo bobo.

-Pris, tal vez podamos salir juntos. ¿Qué te parece? Yo también estoy haciendo progresos.

-¿Por qué tendríamos que salir juntos?

-Te amo, y sé que tú me amas.

Ella no replicó. Simplemente, asintió.

-¿Puede hacerse? -pregunté-. Sabes mucho más que yo de este lugar. Prácticamente, has pasado toda tu vida aquí.

-Parte de mi vida.

-¿Podrías conseguirlo?

-Consíguelo tú. Tú eres el hombre.

-Si lo hago, ¿te casarás conmigo?

Ella gruñó.

-Claro, Louis. Todo lo que tú quieras. Matrimonio, vida en pecado, follar de cuando en cuando..., lo que tú digas.

-Matrimonio.

-¿E hijos? ¿Cómo en tu fantasía? ¿Un niño llamado Charles?

Sus labios se retorcieron de diversión.

-Sí.

-Consíguelo entonces. Habla con Shedd el cabeza de chorlito, el idiota de la Clínica. Él puede soltarte; tiene autoridad. Te daré una pista. Cuando acudas a tu próxima fuga, échate atrás, dile que no estás seguro de que todo esto te lleve a ninguna parte. Y entonces, cuando estés en ella, dile a tu compañera fantástica, a la Pris Frauenzimmer que has creado en ese cerebro calenturiento tuyo, que ya no la encuentras convincente. -Sonrió con su manera familiar-. Tal vez eso te saque de aquí, tal vez no... tal vez sólo te ponga peor.

-Tú no... -dije, dudando.

-¿Quieres saber si me burlo de ti? ¿Si te engaño? Inténtalo, Louis, y averígualo. -Su cara, ahora, era intensamente seria-. La única manera de saberlo es teniendo el valor de seguir adelante.

Se dio la vuelta y se marchó rápidamente.

-Te veré -dijo por encima del hombro-. Tal vez.

Sonrió una vez más y se marchó. Otras personas que iban a comer a la cafetería se interpusieron entre nosotros.

Confío en ti.

Después de cenar, me encontré con el doctor Shedd en el pasillo. No puso objeciones cuando le dije que quería hablar con él un momento.

-¿Qué le sucede, Rosen?

-Doctor, cuando acudo a mis fugas siento como una especie de rechazo. No estoy seguro de conseguir nada de ellas.

-¿Cómo es eso? -dijo el doctor Shedd, frunciendo el ceño.

Repetí lo que había dicho. Él escuchó con mucha atención.

-Y ya no encuentro convincente a mi compañera -añadí-. Sé que es sólo una proyección de mi subconsciente. No es la Pris Frauenzimmer real.

-Interesante.

-¿Que significa? Lo que acabo de decir... ¿significa que me estoy poniendo mejor o peor?

-Sinceramente, no lo sé. Lo veremos en la próxima sesión. Sabré más cuando pueda observar su conducta durante ella.

Se despidió con un movimiento de cabeza y continuó pasillo abajo.

En mi siguiente fuga controlada, me encontré recorriendo un supermercado con Pris. Estábamos haciendo nuestras compras semanales.

Ella era ahora mucho más vieja, pero seguía siendo Pris, la misma mujer atractiva, firme y de ojos claros a la que siempre había amado. Nuestro hijo corría delante de nosotros, buscando artículos para la acampada de fin de semana con su Grupo *Scout* en el Parque *Charles Tilden*, en las colinas de Oakland.

-Estás muy callado, para variar -me dijo Pris.

-Estoy pensando.

-Preocupándote, querrás decir. Te conozco. Lo sé.

-Pris, ¿es esto real? ¿Es suficiente lo que tenemos aquí?

-Ya no -dijo ella-. No puedo soportar tus eternas filosofadas; acepta tu vida o suicídate, pero deja de farfullar sobre lo mismo.

-De acuerdo. Y a cambio quiero que dejes de darme tus constantes opiniones desdeñosas sobre mí. Ya estoy harto.

-Sólo tienes miedo de oírlas... -empezó a decir.

Antes de saber lo que hacía, me di la vuelta y la abofeteé en la cara. Ella se tambaleó y estuvo a punto de caerse. Se incorporó y se llevó la mano a la mejilla, mirándome con dolor y sorpresa.

-Maldito seas -dijo con voz quebrada-. Nunca te perdonaré.

-Ya no puedo seguir soportando tus opiniones desdeñosas.

Ella me miró y luego se dio la vuelta y salió corriendo por el pasillo del supermercado sin mirar atrás. Cogió a Charles y continuó.

De inmediato advertí que el doctor Shedd estaba a mi lado.

-Creo que ya es suficiente por hoy, Rosen.

El pasillo, con sus estantes de cartones y paquetes, onduló y se desvaneció.

-¿Hice algo mal? -Lo había hecho sin pensar, sin tener ningún plan en mente. ¿Lo había estropeado todo?-. Es la primera vez en mi vida que golpeo a una mujer -le dije al doctor Shedd.

-No se preocupe -contestó él, enfrascado en su cuaderno de notas. Hizo una señal a las enfermeras-. Levántenle. Cancelaremos la sesión de terapia de grupo por hoy. Llévenlo de vuelta a su habitación, donde pueda estar solo. Rosen, hay algo peculiar en su conducta que no comprendo -me dijo, diferente-. No es propio de usted.

No dije nada. Simplemente, bajé la cabeza.

-Casi diría -dijo lentamente el doctor Shedd-, que está usted fingiéndose enfermo.

-No, en absoluto -protesté-. Estoy enfermo de verdad. Habría muerto de no venir aquí.

-Creo que tendrá que acudir a mi despacho mañana. Me gustaría aplicarle yo mismo el *Test de Proverbios de Benjamin* y el de *Bloques de Vigotsky-Luria*. Es más importante quién aplique el test que el test mismo.

-Estoy de acuerdo con eso -dije, sintiéndome aprensivo y nervioso.

Al día siguiente, a la una de la tarde, pasé con éxito el *Test de Proverbios de Benjamin* y el de *Bloques de Vigotsky-Luria*. Según el *Acta McHeston*, estaba legalmente libre; podía irme a casa.

-Me pregunto si tenía que haber ingresado en *Kasanin* -dijo el doctor Shedd-. Con gente esperando en todo el país y el personal saturado de trabajo... -Firmó mi alta y me la tendió-. No sé qué estaba intentando hacer al venir aquí, pero tendrá que marcharse y encarar su vida una vez más, y sin el pretexto de una enfermedad mental que dudo haya tenido nunca.

Con esa brusca observación, fui expulsado formalmente de la *Clínica Kasanin* del Gobierno Federal en Kansas City, Missouri.

-Hay una muchacha aquí a la que me gustaría ver antes de marcharme, doctor. ¿Puedo hablar con ella un momento? Se apellida Rock. No conozco su nombre -añadí cautelosamente.

El doctor Shedd apretó un botón de su mesa.

-Dejen que el señor Rosen vea a la señorita Rock durante un período no superior a diez minutos. Y entonces llévenlo a la entrada principal y pónganlo fuera. Su estancia aquí se terminó.

El enfermero me llevó a la habitación que Pris compartía con otras seis muchachas en los dormitorios de las mujeres. Estaba sentada en la cama limándose las uñas. Apenas alzó la cabeza cuando me vio entrar.

-Hola, Louis -murmuró.

-Pris, tuve valor. Fui e hice lo que me dijiste. -Me incliné para tocarla-. Estoy libre. Me descartaron. Puedo irme a casa.

-Entonces vete.

Al principio no comprendí.

-¿Y tú?

-He cambiado de opinión -dijo Pris tranquilamente-. No pedí el alta; me apetece quedarme unos cuantos meses más. Estoy aprendiendo a coser. Estoy tejiendo una manta de lana de cordero negro, lana virgen. -Y entonces susurró agudamente-: Te mentí, Louis. No estoy preparada para marcharme. Estoy demasiado enferma. Tengo que quedarme aquí una larga temporada, tal vez para siempre. Lamento haberte dicho que iba a salir. Perdóname.

Me cogió la mano brevemente y luego la soltó.

No pude decir nada.

Un momento después, el enfermero me condujo a la puerta y me dejó en la calle con cincuenta dólares en el bolsillo, cortesía del Gobierno Federal. La *Clínica Kasanin* había quedado atrás, ya no era parte de mi vida. Formaba parte del pasado y, esperaba, no reaparecería nunca.

Estoy bien, me dije. Una vez más hice los tests perfectamente, como cuando estaba en el colegio. Puedo volver a Boise, con mi hermano Chester y mi padre, Maury y mi negocio. El Gobierno me curó.

Lo tenía todo, excepto a Pris.

En algún lugar en el interior del gran edificio de la *Clínica Kasanin*, Pris Frauenzimmer cardaba y tejía su madeja de lana virgen completamente absorta, sin pensar en mí ni en ninguna otra cosa.

FIN